

4  
2ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

EL ATENEO DE LA JUVENTUD:

BALANCE DE UNA GENERACION

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL  
TITULO DE DOCTORADO EN  
PEDAGOGIA



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
ESTUDIOS SUPERIORES

PRESENTA:

SUSANA RUTH QUINTANILLA OSORIO

ASESOR:

DR. GUILLERMO BONFIL BATALLA

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

PRESENTACION.....	3
ELEMENTOS TEORICOS.....	19
I. RETRATOS DE INFANCIA.....	48
II. LOS AÑOS ESTUDIANTILES.....	69
III. FUTUROS TRIBUNOS.....	85
IV. TIEMPO NUEVO.....	98
V. UN ATENEO DE LA JUVENTUD.....	115
VI. DIAS ACIAGOS.....	137
VII. EL NAUFRAGIO.....	153
VIII. LA DIASPORA.....	167
IX. ROBINSONES VS. ODISEOS.....	183
X. ENEADAS EDUCATIVAS.....	194
CONSIDERACIONES FINALES.....	209
BIBLIOGRAFIA.....	243

## PRESENTACION

Estudiar al Ateneo de la Juventud y escribir sobre personajes tan conocidos como Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso, Nemesio García Naranjo y Pedro Henríquez Ureña puede parecer una tarea temeraria e inútil. ¿Qué aporta a lo ya dicho, a lo repetido hasta el cansancio, un trabajo más sobre esta generación? ¿Por qué volver a ella, si en cualquier biblioteca bien surtida podemos encontrar numerosos estudios acerca de la obra, las ideas e incluso la vida íntima de sus miembros más destacados? ¿Tiene sentido sumergirse de nuevo en un ayer tan familiar, al que han recurrido con éxito la academia y la retórica oficial, la literatura y la historia? ¿No es tiempo de que los historiadores, fascinados por los grandes hombres y el poder, fijemos nuestra mirada en otros sujetos menos ilustres?

De haberme formulado en un principio estas preguntas, es muy probable que hubiera elegido otro tema a investigar. La ignorancia característica de los principiantes, sin embargo, actuó en mi favor. Cuando me enfrenté con la extensa bibliografía existente en torno al Ateneo y pude apreciar las dificultades para acercarse a él en forma original, ya no podía dar marcha atrás. La atracción que despertaron en mí algunos ateneístas, la curiosidad que sentía por otros, las interrogantes que surgían conforme más me adentraba en sus odiseas, hicieron que, tras alejarme, volviera siempre a esta generación. Cautivada por los actores, comencé a interesarme en la trama, misma que tiene como escenario inicial a la sociedad porfirista y se desenvuelve en un periodo particularmente crítico, y por ello vivo, de nuestra historia: la Revolución. Como en los grandes dramas, en éste confluyen, ya sea para amalgamarse

o chocar, personalidades conflictivas e intensas, circunstancias irrepetibles y pasiones desbordadas.

Fundamentar el por qué elegí a la generación del Ateneo me lleva a los lugares comunes que, en vano, quise evitar. Es sabida la importancia que tuvo este poderoso grupo en la literatura, la filosofía, la política y la educación mexicanas. También lo es el singular comportamiento público de muchos de sus integrantes, su extraordinaria labor en el campo de la cultura, la monumentalidad de su obra y las vendettas, algunas jocosas, otras trágicas, que protagonizaron. Insistir en el talento literario de Alfonso Reyes, la personalidad heroica de José Vasconcelos, la agudeza filosófica de Antonio Caso, la integridad política de Alfonso Cravioto, el encanto de Julio Torri o la maestría de Pedro Henríquez Ureña, por citar sólo los ejemplos más sobresalientes, resulta un tanto trivial. Asimismo, destacar la batalla de esta pléyade intelectual en contra de la doctrina positivista, su aporte a la renovación del pensamiento latinoamericano moderno y su identidad con las demandas y las aspiraciones revolucionarias implicaría repetir tesis que no comparto del todo.

La fortuna que acompañó al Ateneo y la controversia e interés que todavía suscita influyeron, sin duda, en mi elección. Pero lo que inclinó la balanza hacia él fue que, formado durante la bella época del porfiriato, haya sobrevivido la contienda revolucionaria para colocarse en la cresta de esa ola de cambio cultural que se filtró en la era porfiriana, ganó vigor con la Revolución y alcanzaría toda su fuerza potencial en la década de los 20. Reconstruir su historia implica penetrar en un proceso de ruptura que, sin desprenderse del todo de la tradición decimonónica, fracturó las estructuras sociales. En sólo quince años, el país transitó, no sin dejar puentes hacia el pasado, del dominio oligárquico al desarrollo de una

voluntad colectiva popular, de la cultura europeizante al nacionalismo cultural, de la gerontocracia ilustrada al caudillismo militar. Los ateneístas tuvieron que padecer un mundo convulsionado por la guerra, en el marco de nuevas formas de relación entre dirigentes y dirigidos. Imagínese el lector lo que significaría para él, probablemente un académico ciudadano educado bajo la perspectiva, deseada o no, de un futuro apacible, el arribo desde el campo de un ímpetu renovador con capacidad para transformar aquello que, quizás con pesar, constituye su vida.

La generación del centenario ha motivado numerosos estudios, pero casi todos ellos dirigidos a interpretar su pensamiento o a definir su posición en el desarrollo de la cultura mexicana moderna, de la cual es inevitable punto de partida<sup>1</sup>. Campo fértil para el cultivo de la crítica literaria, la biografía, la condena pasional o la prédica, no ha logrado atraer a los sociólogos e historiadores, de modo que son escasos los estudios sociohistóricos en torno a ella<sup>2</sup>. Se trata, en su mayoría, de investigaciones centradas en algunas figuras estelares<sup>3</sup> y que no siguen de cerca su recorrido por los caminos de la cultura, la política, la milicia, la academia o la diplomacia. Por lo general, no remiten sino en forma tangencial a los antecedentes más remotos del núcleo que dio vida al Ateneo de la Juventud y, pasando por alto el trance revolucionario, o tomándolo sólo como el telón de fondo de aventuras e intrigas personales, concluyen con la campaña vasconcelista. Acerca de las conferencias del Ateneo de la Juventud, las luchas en pro de la autonomía universitaria y la creación de la Secretaría de Educación Pública hay un número considerable de trabajos. Poco se sabe, en cambio, de las empresas culturales y educativas impulsadas en el transcurso de la lucha armada, de cómo subsistió la academia durante esos años o de los avatares sufridos por quienes ejercían el oficio de intelectual. Menos aún se

conoce sobre las alianzas y estrategias de orden político que, hombres al fin, desarrollaron los ateneístas para hacer valer sus títulos y, si no acrecentar, por lo menos mantener su prestigio e influencia social.

Independientemente de nuestros acuerdos o diferencias con respecto a estos estudios, es necesario reconocer que estamos ante un problema sobre el cual se desconoce más de lo que se sabe, del cual podemos encontrar más juicios de valor que investigaciones académicas. Deslumbrada por los fascinantes giros en la esfera del poder, la historiografía ha relegado los procesos culturales e ideológicos que acompañaron a la Revolución, como si en el transcurso de ésta la cultura, sus agentes, ideas e instituciones hubieran muerto para renacer gracias a los cuidados de Obregón y sin vínculos de parentesco con el porfiriato. Hemos olvidado que, por lo menos en la ciudad de México, la vida cultural no se vio seriamente lesionada por la catástrofe<sup>4</sup>. Buena parte de los organismos académicos y las asociaciones culturales creados en el cénit porfirista mantuvieron abiertas sus puertas; muchos otros nacieron al calor de la contienda, pero con los hombres que se habían formado en los años del progreso y la paz. Pese al desorden, el intercambio de ideas continuó dándose, ahora estimulado por un movimiento que puso en la mira a un país, México, desconocido. Incluso la Revolución abrió oportunidades inéditas de ascenso a quienes comenzaban su carrera cuando la tormenta estalló. Fue en medio de ésta, con sus calmas chichas y vendavales, cuando se constituyó un nuevo liderazgo intelectual y se levantaron los pilares que habrían de sostener la política cultural posterior al combate.

Queda aún por hacer un estudio que dé cuenta de estos y otros procesos seguramente pasados por alto, que dé cuerpo a un rompecabezas del que sólo tenemos algunas partes armadas y cuya posible solución apenas percibimos. En esta

búsqueda, el Ateneo y sus integrantes son piezas claves, de esas que, una vez colocadas en su lugar, facilitan la resolución del acertijo y hacen más agradable el juego.

Este trabajo trata sobre la vida de algunas de estas piezas y del escenario en el que representaron su obra. Los artistas estelares son cinco ateneístas que enunciaré por orden alfabético para que no intervengan mis preferencias: Antonio Caso, Nemesio García Naranjo, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos<sup>2</sup>. A lo largo del texto, seguiremos a estos individuos para atisbar en la formación de la élite intelectual porfiriana, los vaivenes del campo cultural durante la Revolución y las relaciones entre los intelectuales y el poder. La obra abarca del ocaso del siglo XIX (1882) a la aurora del XX (1920), tiene como protagonista social a la minoría ilustrada urbana y se desarrolla en ciertos espacios e instituciones: las Escuelas Nacionales Preparatoria y de Jurisprudencia, la Universidad Nacional, el Ministerio de Instrucción Pública, el barrio estudiantil, la colonia Santa María, etcétera. Los actores secundarios son otros miembros del Ateneo que acompañaron a nuestros personajes en tramos de su recorrido, así como sus maestros (los "científicos" y los "modernistas") y discípulos más aventajados: los "siete sabios" y el primer círculo de los "contemporáneos". También aparecen en la escena algunas figuras porfiristas, uno que otro caudillo militar y hasta algunos presidentes.

Sin llegar a ser una historia de vida en el sentido estricto del término<sup>3</sup>, el texto describe en orden cronológico algunos pasajes de las trayectorias colectiva e individual de los sujetos elegidos, ubicándolas desde una perspectiva teórica que antecede a la narración. La crónica recupera aquellos acontecimientos vinculados con mis intereses y descarta otros que en un ensayo biográfico podrían ser relevantes. Más que un retrato psicológico o una caracterización ideológica, el lector hallará posibles

respuestas al cómo se formaron estos ateneístas, cuál fue su labor en la cultura y la educación y qué tipo de relaciones sostuvieron con el Estado. Si bien estos tres problemas constituyen la brújula que orientó, a veces erráticamente, mi travesía por el tiempo, fue inevitable, para resolver los enigmas que se abrían, arribar en el dato curioso, el chisme de vecindario, lo anecdótico y personal. El resultado fue una narración histórica a la antigua, de esas que aún se preocupan, según Luis González<sup>7</sup>, por los hechos que afectan al corazón, que caen dentro de la categoría de emotivos y poéticos.

Jóvenes aún para dictar testamentos, algunos fundadores del Ateneo se dieron a la tarea de relatar su historia y legar testimonios de sus luchas. De hacer caso a estos ejercicios autobiográficos, la generación del centenario tendría que ser vista como un ave exótica que levantó su vuelo por encima de una realidad en donde campeaban la ignorancia y la improvisación. Esta imagen de una juventud rebelde, formada por sí misma, sin lazos que la ataran a un mundo terrenal que no merecía ni estaba preparado para recibir a tan pródigos vástagos, ha sido reproducida por quienes, afectos a las teorías de los grandes hombres, aceptaron con facilidad la "rareza", el "exotismo" y el "genio innato" del grupo que dio vida al Ateneo de la Juventud<sup>8</sup>.

Que algunos de los ateneístas estudiados poseían un talento excepcional es algo que nadie, después de leerlos, puede poner en duda. La cuestión no radica en buscar más adjetivos con los cuales calificar sus dones, sino intentar una explicación del cómo llegaron a ser lo que fueron, para lo cual es necesario remontarnos a sus orígenes socioeconómicos, sus primeras lecturas, hábitos y aprendizajes. Resulta también indispensable incursionar por las escuelas donde estudiaron, conocer sus normas, profesores, métodos y contenidos, meterse a los salones de clase, pasear por los corredores y ubicar ahí, en ese

territorio, a aquellos jóvenes porfirianos, para después acompañarlos en sus excursiones por la cultura.

Este viaje por la infancia, la rutina familiar, las aulas y el ambiente estudiantil de la época ocupa los tres primeros capítulos del trabajo. En el primero de ellos examino por separado la niñez de cada uno de mis personajes, sus antecedentes familiares, las enseñanzas básicas que recibieron, los sucesos e influencias decisivas en su desarrollo, las doctrinas tanto cívicas como religiosas con las que crecieron y sus primeras lecturas. A partir del segundo capítulo, la atención se desplaza de la familia hacia las instituciones educativas. El relato tiene como escenografía principal la Escuela Nacional Preparatoria y versa sobre sus docentes, programas, alumnos, pugnas intestinas y reglas disciplinarias. La experiencia de Nemesio García Naranjo en el Instituto Civil de Nuevo León permite hacer un contraste entre la enseñanza media de la metrópoli y la impartida en la despreciada provincia.

En el tercer capítulo describo el paso de los protagonistas por la Escuela Nacional de Jurisprudencia, semillero de la élite política e intelectual porfiriana y única opción para quienes estaban interesados en las humanidades. Guiados por el propósito de entender cómo se formaban los futuros tribunales, nos trasladaremos a los recintos de esta dependencia y sus alrededores: las calles, los cafés, los prostíbulos, las bibliotecas. En estos espacios urbanos, la pléyade estudiantil se afanaba por sobresalir, buscar acomodo en la burocracia y vivir según los cánones de una modernidad apenas entrevista.

Influidos por el arquetipo de una juventud autodidacta en campaña contra el positivismo, los especialistas han puesto poca atención al cómo se constituyó el núcleo original del Ateneo de la Juventud y el proceso por el cual pasó antes de su espectacular debut en 1910. Salvo una que otra

mención al ascendiente de Justo Sierra, el influjo perdurable de la literatura europea y el encuentro con Rodó, no contamos con un mapa del trayecto intelectual de estos aprendices y sus primeros pasos en la corte porfiriana. Sobre este trayecto trata el cuarto capítulo del trabajo, en el cual hablo de una revista juvenil, *Savia Moderna*, en cuyas páginas quedaron escritos los nombres de algunos futuros ateneístas. Hablo, asimismo, sobre un grupo de aspirantes a filósofos que leía a Kant, recitaba los Diálogos de Platón, quiso revitalizar, en pleno barrio de Santa María, la cultura mexicana e hizo la defensa del programa de Barreda.

El texto continúa con un capítulo dedicado tanto a la creación, estatutos, objetivos, actividades e identidad del Ateneo de la Juventud como a las aventuras políticas de sus miembros y las vías que tuvieron que transitar para, ya licenciados, asegurarse el pan. La última parte de la narración está avocada a descifrar las conferencias impartidas por Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos en los festejos del centenario, mismas que usé para describir los rasgos más sobresalientes de su pensamiento: el encuentro con Latinoamérica, el descubrimiento de lo nacional, la crítica a la ciencia y la reivindicación de las humanidades.

A partir del sexto capítulo, el hilo conductor deja de ser la formación de los protagonistas, que ya para entonces iniciaban su carrera profesional. En adelante, el relato tendrá como ejes analíticos dos problemas simultáneos en el tiempo: las actividades e iniciativas culturales de los sujetos elegidos y sus relaciones con el poder. El primer problema remite al desarrollo del campo cultural durante la Revolución: el público consumidor, el mercado de empleo, los medios de producción de la cultura, las instituciones académicas (en particular la Universidad Nacional), los agentes y las ideas. El segundo rubro nos lleva a los

nexos, algunos abiertos, otros subrepticios, entre las distintas fuerzas en pugna y la intelligentsia, las imágenes que ésta última construyó de la Revolución y sus conflictos con el Estado.

Muchos de los hechos relacionados con estos temas han corrido de boca en boca; otros, nos son desconocidos. En su afán por glorificar los logros de la Revolución, de establecer los linderos entre lo "auténticamente revolucionario" y aquello ligado al espíritu, los preceptos, el sentir y los hombres del antiguo régimen, la historia ha sido injusta con quienes apostaron en favor de la continuidad, así como parcial para con las aportaciones hechas por los grupos antagónicos a aquél que a partir de 1917 hegemonizó el movimiento revolucionario. Se ha hablado hasta el hartazgo de la gestión de José Vasconcelos en el Departamento Universitario, del impulso y el nuevo sentido que le dio a la educación, pero no se dice que fue Nemesio García Naranjo, ministro de Instrucción de Huerta, quien arrió la bandera del positivismo dentro de la Escuela Nacional Preparatoria. Así, el "renacimiento cultural" de los años 20 queda como un triunfo más del gobierno de Obregón y no como lo que fue: el desenlace de un largo proceso originado desde finales del siglo XIX y en el cual participaron personalidades de las más diversas tendencias, algunas de ellas abiertamente contrarias a la Revolución.

Sin pretender cubrir las lagunas de información existentes, este trabajo relata los afanes cotidianos, éxitos y fracasos de nuestros personajes durante la década del 10 e intenta analizar la forma cómo evolucionó el campo dentro del cual emprendieron sus batallas. Qué leían los intelectuales de la época, cómo vivían, cuál era su público, quiénes sus discípulos, cuáles fueron sus preocupaciones, son las preguntas que motivaron esta excursión por el mundo de la gente de letras; un mundo que posee sus dominantes y dominados, sus conservadores y su

vanguardia, sus luchas subversivas y sus mecanismos de reproducción, y en el cual se pueden observar relaciones de fuerza, estrategias e intereses encontrados. El que buena parte de estos últimos tuvieran como piedra de choque a la Universidad Nacional no debe extrañarnos: ésta ha sido, desde su creación, el hábitat del trabajo intelectual.

Este campo de producción cultural no se desarrolló de manera autónoma de los vaivenes en la esfera del Estado; de un Estado en transición y, por tanto, más sujeto que nunca a la dinámica social, a las confrontaciones entre los distintos sectores de la población y a los volubles resultados de la conflagración bélica. El destino de las propuestas culturales y las reformas educativas de los ateneístas estaba definido por condiciones externas al gremio, ajenas a los ritmos del quehacer cultural y fuera del alcance de sus creadores. Dado que estas condiciones cambiaban vertiginosamente, las respuestas, los medios de ataque y defensa y hasta las ideas de los intelectuales también lo hacían. Algunos de sus actos nos pueden parecer reprobables; otros, plausibles. Más que aventurar juicios, intenté explicar el por qué actuaron de tal forma, así como desentrañar los mecanismos de imposición, consenso y diálogo entre el intelectual y el poder. En esta búsqueda, la única línea clara a seguir fue la legítima aspiración del primero a mantener el control de su trabajo y, si no gobernar, por lo menos compartir el poder. Dado que José Vasconcelos es el prototipo del filósofo rey que creyó en la preminencia del saber sobre la política, sus aventuras acaparan la atención de los capítulos finales. Equilibrar su presencia con la de los otros sujetos elegidos hubiera implicado abordar temas de estudio que escapan a los propósitos de esta investigación.

Las peripecias colectivas e individuales de los protagonistas sirven, a lo largo de los últimos cinco capítulos del texto, como lentes al través de los cuales

mirar los problemas arriba mencionados. El sexto capítulo inicia con una descripción del impacto de la rebelión maderista sobre los intelectuales, la incredulidad de unos, la derrota de otros, el entusiasmo de los vencedores. Posteriormente, narra el resurgimiento del Ateneo así como la fundación y las primeras labores de la Universidad Popular, sociedad que creó la mística de una educación para el pueblo.

La crisis de 1913 interrumpió la tertulia, truncó el recorrido ascendente del Ateneo y dispersó por el mundo a muchos de sus miembros. Quienes permanecieron en la capital se incorporarían al régimen usurpador para, con el apoyo de los conservadores, impulsar reformas en la Universidad Nacional, particularmente en la Escuela de Altos Estudios, institución por la que entonces transitaban los "castros" y en la que habría de sostenerse el influjo de los humanistas sobre la academia. Estos sucesos son relatados en el séptimo capítulo.

La diáspora se consumó en los años 1915-1917, etapa abordada en el octavo capítulo. Tras la caída de Huerta llegaría a la ciudad el Ejército Constitucionalista y con él la presencia inescapable de la Revolución, que hasta entonces no había tocado a la capital. Derruido el sueño de una sofocracia, y con él la lucha por independizar a la Universidad, nuestros intelectuales quedaron entre dos bloques, Carranza y la Convención, en un México nuevo dominado por las masas campesinas y los caudillos militares. En esta tierra de nadie, José Vasconcelos intentó revivir al maderismo para, una vez derrotado el gobierno de Eulalio Gutiérrez, seguir la ruta de sus compañeros: el exilio exterior. Sólo quedó en el país Antonio Caso, quien llegaría a convertirse en el mariscal del estudiantado urbano y mantuvo vivo, en medio de la desolación, el espíritu del Ateneo.

El encuentro de una intelligentsia pesimista en el exilio, el despertar de la juventud vencedora y el gobierno de Carranza domina la trama del noveno capítulo, en el cual utilizo la pugna en torno a la autonomía universitaria para descifrar el inevitable enfrentamiento entre el régimen carrancista y los sectores académicos que, con justa razón, veían amenazados sus privilegios. Restaurada esta fisura, la bohemia salió a las calles para recuperar los espacios invadidos por las tropas. Mientras tanto, los ateneístas, desdeñosos de una Revolución que los había excluido del reparto político, tutelaban desde lejos a sus hermanos menores.

El trabajo concluye con la descripción de una etapa particularmente rica en la vida cultural mexicana: la gestión de José Vasconcelos como rector de la Universidad. Cerca de diez años después de la fundación del Ateneo de la Juventud, y tras una serie de desventuras que parecían interminables, un acontecimiento vino a cambiar las relaciones entre los intelectuales elegidos y el Estado: el arribo de Alvaro Obregón a la presidencia de la República. Ambos sectores se necesitaban: el político requería del intelectual para legitimar un poder ganado por las armas; el intelectual demandaba un espacio usurpado por la "barbarie del sable". Nació, así, un binomio único en la vida intelectual mexicana; un binomio que si bien tendría un fin amargo posibilitó el desarrollo de una mística educativa bajo el mando de un profeta: José Vasconcelos. Desde la rectoría, este último impulsó una verdadera cruzada en pro de la cultura, en la cual participaron tres generaciones unidas por una doctrina que, al paso del tiempo, mostraría su efectividad.

Como se sabe, los defensores de la exposición narrativa son enemigos de las conclusiones, mismas que, según Luis González, pueden llegar a ser "tontas, inoportunas, estrafalarias, inútiles e ilegibles". Asumiendo este

riesgo, decidí concluir el texto con unas consideraciones finales donde recupero algunas tesis centrales enunciadas en los elementos teóricos con los que abro el trabajo y destaco inquietudes surgidas en el proceso de investigación. Agradezco a Guillermo Bonfil el que me haya insistido en agregar esa última sección. Gracias a ella, pude obtener una perspectiva más amplia de mi objeto de estudio, menos ceñida a la tarea de armar, pieza por pieza, un rompecabezas que en ciertos momentos parecía no tener sentido.

Los eventos, comadreo, peripecias y anécdotas que dan vida a este relato fueron obtenidos en documentos personales (autobiografías, cartas, diarios, informes, etcétera) tanto de los individuos estudiados como de algunos de sus compañeros de viaje. La veracidad de estos testimonios puede, con justicia, ser cuestionada<sup>7</sup>, pero su valor - reconocido ya por los historiadores- se sitúa en un plano común a todas las ciencias sociales: el de la subjetividad<sup>10</sup>. Por medio de la palabra escrita, el sujeto capta el curso de su vida y de las relaciones históricas en las que ésta se ubica, y evoca, vía la memoria, aquellas vivencias que considera importantes o significativas. Esta evocación no es, en efecto, una copia fiel de lo real, aunque sí dibuja con claridad el desarrollo de la historia personal de su autor. De aquí que su uso no demerite la rigurosidad de un análisis histórico.

Para la reconstrucción de los procesos institucionales (reformas, planes de estudio, debates, etcétera) y de aquéllos más amplios que contextualizan los avatares de las personas elegidas recurrí a fuentes muy variadas: ensayos históricos, antologías, revistas y publicaciones de la época, ediciones facsimilares, etcétera. Dado que la Escuela Nacional Preparatoria y la Universidad Nacional fueron campos básicos en la formación y las actividades profesionales de los ateneístas elegidos, buena parte del

trabajo de archivo se realizó en el Centro de Estudios sobre la Universidad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sin la colaboración de Alicia Civera, quien consiguió mucho del material que emplee, los resultados hubieran sido mucho más pobres aún de lo que son.

Esta investigación fue realizada en el Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, a cuya actual directora, Elsie Rockwell, debo apoyo y estímulos. Gilberto Guevara Niebla, José Angel Pescador y Olac Fuentes Molinar me proporcionaron valiosas sugerencias. El que muchas de éstas no fueron incorporadas al texto final se debió a mis limitaciones y no a que sus consejos fueran inútiles.

Guillermo Bonfil Batalla aceptó generosamente fungir como asesor de la tesis. En el transcurso de su inestable desarrollo, entre comidas caseras y pláticas prolongadas, forjamos una amistad que hizo más placentera, risueña y enriquecedora nuestra labor.

Desde mi primera incursión por la historia de la educación en México, tuve como modelo a una profesionista que nos ha dado deliciosos ratos platicándonos sobre mujeres coloniales, conventos e intrigas eclesiásticas. Me refiero a Pilar Gonzalbo, quien revisó el borrador inicial de este texto e hizo comentarios y propuestas que espero haya sabido incorporar en esta última versión.

En los años recientes, he gozado el privilegio de contar con la tutela y la lectura crítica de Mary Kay Vaughan y compartir con ella mis dudas e inquietudes. Hemos excursionado juntas, en compañía de nuestros estudiantes, por otros fragmentos de la historia de la educación en México y construido un espacio idóneo para la reflexión, el intercambio de experiencias y el debate académico. Gracias

a este soporte, así como al entusiasmo de Alicia Civera, Ma. de Lourdes Cueva y Candelaria Valdés, pude reformular una y otra vez las tesis con las que inicié la investigación, la cual no hubiera concluido sin la solidaridad de mi compañero, Luis López Loza, y la ayuda de Margarita Ramírez.

Margarita Carbó, Hira de Gortari y Gloria Villegas rebasaron, con mucho, sus funciones como sinodales e hicieron una rigurosa lectura de este material. Agradezco sus atinadas correcciones y pido disculpas por no haberlas integrado con el tiempo y la atención debidos. Doy gracias también a Guadalupe Rodríguez por su paciencia y dedicación.

## NOTAS

- 1 Véase: Enrique Krauze, "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en Caras de la historia, pp. 124-169; Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura en México en el Siglo XX", en Historia General de México Vol. IV; Samuel Ramos, El Perfil de hombre y la cultura en México, pp. 77-69; Fernando Salmerón, "Los filósofos mexicanos en el Siglo XX", en Estudios de historia de la filosofía en México, pp. 269-323.
- 2 Cfr.: Bernardo Goldsmith, The Ateneo de la Juventud, tesis Clark University, 1969; Juan Hernández Luna, "Prólogo" a Las Conferencias del Ateneo de la Juventud; Germán Posada, "la generación mexicana de 1910", en Historia Mexicana núm. XII, pp. 147-153; James Starweather, The Ateneo de la Juventud, the change in the direction of thought in Mexico, 1898-1925, Los Angeles, University of California, S.F.
- 3 El trato dado por los especialistas a los integrantes del Ateneo es muy desigual. José Vasconcelos tiene el primer lugar en las predilecciones: hay una vasta bibliografía sobre su vida, aspectos particulares de su obra y movimientos por él encabezados. Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán y Julio Torri son los favoritos entre las gentes de letras, aunque tienen escasos biógrafos e interpretes políticos. Las ideas filosóficas de Antonio Caso generan todavía debate, pero su encubierta militancia política es desconocida. De no ser por algunas menciones y la tenacidad de sus admiradores, Alfonso Cravioto, Carlos Díaz Dufío Jr., Jesús T. Acevedo y Ricardo Gómez Robelo estarían en el anonimato, al igual que Nemesio García Naranjo y José María Lozano, a quienes incluso se les niega su pertenencia al Ateneo. Alberto J. Pani, Félix F. Palavacini y Luis Cabrera han atraído a los especialistas en política.
- 4 Véase: Henry C. Schmidt, "Los intelectuales de la Revolución desde otra perspectiva", en Revista Mexicana de Sociología, Año II, Núm. 2, abril-junio 1969, pp. 67-86.
- 5 Elegí a los representantes más destacados de la fracción del Ateneo con mayor trascendencia en los ámbitos cultural y educativo. Dejé fuera a quienes hicieron de la política una forma de vida.
- 6 John Dollard, "Criterios para una historia de vida", en La historia de vida, pp. 80-101.
- 7 Luis González y González, Todo es historia, p. 27.
- 8 Esto puede deberse, entre otras causas, a la influencia que tuvo la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset sobre la historiografía mexicanística de la cultura. Perspectivas teóricas más actuales, como las de Shils y Friedmann, también han influido en esta visión.
- 9 Véase: Magrassi Guillermo, et. al. La historia de vida, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- 10 Cfr. Franco Ferraroti, Histoire et histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales, Paris, Librairie des Méridiens, 1983.

## ELEMENTOS TEORICOS

Para quienes nos dedicamos a la historia de la educación en México, nos es cada día más patente la urgencia de abandonar aquellos esquemas con los que se pretendió, en el pasado, explicar el desarrollo del sistema educativo nacional. Esta necesidad no es producto de la voluntad de unos cuantos, sino el desenlace de un movimiento que ha puesto en tela de juicio tesis hace tan sólo algunos años incuestionables. Las formas, los métodos y hasta los propósitos de la investigación historiográfica están siendo cuestionados; a medida que más nos adentramos en esta revisión crítica, más lejos estamos de encontrar estructuras firmes a las cuales asirnos.

En este proceso de cambio, los historiadores hemos abierto nuevos objetos de estudio y de reflexión. De unos años a la fecha, el campo de la historia de la educación se diversificó y comenzaron a abordarse problemas antes ni siquiera mencionados, como la sexualidad, la mujer, la lectura, la práctica docente, la vida cotidiana en la escuela, etcétera. A ello ha contribuido el desarrollo en nuestro país de ciertas disciplinas afines y la incorporación de especialistas provenientes de muy diversas áreas. Ubicada necesariamente en el terreno de la interdisciplinariedad, la historia de la educación se ha convertido en un objeto de conocimiento atractivo para pedagogos, sociólogos, economistas, antropólogos y politólogos.

Este movimiento que esquemáticamente he esbozado trajo consigo una doble revalorización: la de los procesos a investigar y la del tipo de herramientas teóricas a las cuales acudir. En oposición a una historia política que tiene como protagonista al Estado y se conforma con la enumeración cronológica de sucesos, comenzó a surgir una

historia social -categoría en debate- que recupera a otros actores de la trama histórica, destaca los procesos sobre los acontecimientos y propone marcos explicativos. En esta conversión, historiadores, etnógrafos y sociólogos de la educación se acercan en la búsqueda de respuestas a preguntas comunes.

Estas consideraciones pueden tomarse como el terreno global en el que se inscribe este trabajo, mismo que pretende recuperar la "dimensión sociológica de lo cotidiano"<sup>1</sup> en el análisis histórico de la educación. En términos metodológicos, esta perspectiva implicó el desarrollo de categorías de mediación que me permitieran transitar de las determinaciones generales a los individuos y a los grupos concretos, de las grandes tendencias a los objetos reales<sup>2</sup>. En esta pesquisa recurrí a un campo variado de la teoría social y acudí a referentes teóricos de muy diverso tipo<sup>3</sup>, de modo que una posible acusación de eclecticismo tendría argumentos en su favor. Arguyo, en defensa, que el tema de los intelectuales no es patrimonio exclusivo de ninguna disciplina ni existe una corriente de interpretación que pueda asegurar su supremacía sobre los demás. Por otro lado, en el proceso de indagación surgieron dudas e inquietudes para las cuales no encontré respuestas únicas ni verdades hechas.

Culminé la revisión de referencias teóricas e investigaciones sobre el tema estudiado sin poseer hipótesis comprobadas, explicaciones definitivas o juicios incuestionables. Tenía, por el contrario, notas de lectura dispersas, interrogantes sin solución e ideas generales en torno a cómo abordar mi objeto de estudio. En este apartado doy cuenta del esfuerzo por hilvanar dichos retazos, mismos que organicé a partir de cuatro preguntas básicas: ¿quiénes son mis intelectuales? ¿cómo se formó esta categoría profesional? ¿cómo evolucionó el campo cultural durante la Revolución? y ¿cuáles fueron las

relaciones entre la intelectualidad y el poder? La primera de ellas me permitió caracterizar a los personajes elegidos; las otras tres, orientaron y acompañaron al proceso de la investigación.

### Quiénes son los intelectuales

El término intelectual, utilizado en un sentido amplio<sup>4</sup>, se refiere a todas aquellas personas que realizan actividades no manuales en sus diversas modalidades<sup>5</sup>. El concepto incluye a una amplia gama de segmentos profesionales que va desde científicos, funcionarios o artistas, hasta otros sectores con menor status social, como los maestros de primaria o los técnicos. Esta diversidad, que tiende a acenturarse conforme la economía y el sistema escolar se complejizan, ha hecho necesaria la creación de tipologías para diferenciar unas categorías profesionales de otras. Alvin Gouldner<sup>6</sup>, por ejemplo, distingue a la intelligentsia, cuyos intereses<sup>7</sup> son fundamentalmente técnicos, de los intelectuales, cuyos intereses son primordialmente críticos, emancipadores y, por ende, políticos. Régis Debray<sup>8</sup>, a su vez, separa a los profesionales del intelecto de quienes ejercen profesiones intelectuales: mientras los primeros crean, los segundos administran, distribuyen u organizan la cultura<sup>9</sup>.

Para los fines de este estudio, usaré el concepto de intelectual en su acepción restringida, esto es, aquella identificada con los valores que excluyen al trabajo manual, al conocimiento científico, a la técnica y al sentido común u ordinario. Desde esta óptica, el intelectual es el creador, el que piensa y comunica, el que se orienta por las cosas del espíritu y el que produce ideologías<sup>10</sup>. Se distingue de otras ramas profesionales ubicadas en el mismo nivel de la división del trabajo por

su manejo de un saber situado dentro de las humanidades y de un discurso crítico (Gouldner) construido desde diversas disciplinas: literatura, sociología, historia, filosofía, etcétera. Se diferencia de los científicos por la posesión de intereses del conocimiento (Habermas) de carácter emancipado<sup>11</sup>, no paradigmático, polémico y menos especializado. A semejanza del político, no dispone de la fuerza para imponer sus principios y obtiene sus propósitos básicamente por medio de la retórica, la persuasión o el diálogo. De hecho, en la visión que los intelectuales presentan de sí mismos, se equipara la actividad intelectual con una especialización en debates, con lo cual intentan preservar la pureza de su trabajo con respecto a la política y el poder.

Si opté por esta definición, y no otra que priorice las funciones sociales del intelectual sobre sus saberes y su ubicación en la división técnica del trabajo, es porque los sujetos aquí estudiados caben dentro de ella. Se trata, en primer lugar, de "hombres de ideas"<sup>12</sup> que se deleitaron en el juego de la mente e hicieron de él una forma de vida. Aunque abogados de profesión, y en ciertas etapas de su trayectoria simples burócratas, sus intereses tenían grandes miras: construir sistemas filosóficos, dictar normas morales y conducir, en el terreno de las ideas y los valores, a la sociedad. Independientemente de si lograron o no estos propósitos, sus actividades cotidianas, incluyendo las de orden político, estaban subordinadas a ellos. Su fuerza, también sus derrotas, radicó en esta capacidad para ir más allá de lo inmediato, para darle un sentido trascendental a sus pequeñas hazañas.

De acuerdo con la tipología de Régis Debray, los sujetos que motivaron esta investigación fueron profesionales del intelecto, de los primeros existentes en México desde la Independencia. No sin dificultades, hicieron de la enseñanza, la producción literaria y filosófica, la crítica

y la palabra oral no sólo una forma de vida, sino también de obtener prestigio e influencia social. Inclusive les debemos a algunos de ellos (Reyes, Caso y Henríquez Ureña) la idea, hoy de sentido común, del trabajo intelectual como producto de un largo proceso de formación, un esfuerzo continuo y el ejercicio de saberes especializados, de manera que no es casual que todos los sujetos elegidos satisfagan -por supuesto en forma desigual- lo que Roderic A. Camp<sup>13</sup> define como las características del intelectual mexicano moderno: el uso del intelecto para vivir, la búsqueda de la verdad, el hincapié en las humanidades, la inclinación creativa y la postura crítica. En cierto modo, fueron ellos quienes crearon este modelo y, por consiguiente, dieron una nueva orientación a la actividad cultural desarrollada en nuestro país.

Inscritos en campos muy amplios del saber y estimulados por intereses a cual más diversos, los intelectuales elegidos pueden caracterizarse como humanistas, categoría que remite no sólo a un área de conocimiento, las humanidades, sino también a una orientación ideológica y a una forma de concebir la cultura. Como los humanistas de fin de la Edad Media y los orígenes del Renacimiento, espléndidamente descritos por Jacques Le Goff<sup>14</sup>, nuestros personajes se aproximaron a cierta espiritualidad mística, dieron la espalda a la ciencia y al trabajo manual e intentaron resurgir el helenismo. La generación a la que pertenecen fue la última en México que asimiló el modelo del humanista decimonónico europeo, poseedor de un conocimiento clásico sustentado en la filosofía, la literatura y las bellas artes, no particularizado en una u otra disciplina y dirigido hacia la construcción de cosmovisiones que no pasaban por la rigurosidad científica, el debate académico o la confrontación empírica. Tras ella vendrían los sociólogos, historiadores, economistas y técnicos sociales,

con sus saberes especializados y su afán por comprender y transformar la realidad.

Sin ser exhaustivos, estos rasgos permiten diferenciar a nuestros protagonistas de otros intelectuales de su época también ubicados en el más alto escalafón del trabajo social. Me refiero a la pléyade de universitarios ilustrados que engrosó las filas del movimiento opositor a Díaz y que en el transcurso del decenio se vincularía con las distintas fracciones en pugna desempeñando funciones de asesoría, dirección y gestión públicas. Alfonso Cravioto, Luis Cabrera, Alberto J. Pani e Isidro Fabela, por citar sólo algunos nombres, pertenecieron al Ateneo y compartieron estudios, experiencias e inquietudes con los ateneístas aquí analizados. Estos últimos, sin embargo, no fueron políticos en el sentido más estrecho del término ni hicieron de la política su actividad primaria. Aunque dos de ellos llegarían a ser ministros de Educación, no siguieron la trayectoria típica del hombre público mexicano. Su participación en la esfera del poder fue circunstancial y si la comparamos con la de las personalidades arriba enunciadas, podríamos calificarla de breve e intermitente<sup>15</sup>.

De los cinco sujetos escogidos, dos (Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña) representan al intelectual independiente, no vinculado en forma orgánica a una institución y autónomo con respecto a la burocracia<sup>16</sup>. Antonio Caso, por el contrario, fue un académico profesional, dedicado prioritariamente a la docencia y a la administración universitaria. José Vasconcelos y Nemesio García Naranjo fueron los más políticos del grupo. El primero es el prototipo del hombre de letras fascinado por el poder; el segundo simboliza al sector de intelectuales conservadores que la Revolución dejó tras las bambalinas de los escenarios político e intelectual.

Pese a las diferencias existentes entre ellos, estos cinco personajes tienen ciertas características compartidas que permiten tratarlos como una unidad. En el marco de la estratificación social de su época, todos formaron parte de la minoría ilustrada urbana que creció al ritmo del desarrollo nacional. La historia personal de Alfonso Reyes y Nemesio García Naranjo estuvo ligada a la de los cacicazgos regionales y a los avatares de la oligarquía porfirista sujeta a los caprichos del Dictador. Antonio Caso perteneció a la clase media alta en ascenso, aquélla definida por Díaz como el núcleo modelo de la nación. En un peldaño más bajo se encontraba José Vasconcelos, el único proveniente de los estratos medios bajos y, por ello, el más representativo de la lucha de este sector por crecer en un ambiente que día con día cerraba los caminos de la movilidad social. Con sus particularidades, la vida de Pedro Henríquez Ureña fue muy similar a la de Alfonso Reyes: también él provenía de una familia poderosa, unida a la política de su país y poseedora de una vasta cultura.

Además de estar situados en el escalón más alto de la sociedad, estos ateneístas compartieron otro elemento: su urbanismo. Si bien tres de ellos (José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Nemesio García Naranjo) se criaron en las lejanas provincias del norte del país, el escenario de sus aspiraciones, fantasías, actividades y derrotas fue la ciudad de México; una ciudad que era el centro de las intrigas del poder, la hostil morada de la multitud errante y el espejo que reflejaba las miserias y las grandezas del progreso porfirista, aquél que empantalonó a los indios para mostrar al exterior los triunfos del régimen<sup>17</sup>. Ahí estaba la promesa de la civilización, con la ópera, el teatro, los salones literarios y el acceso a la cultura francesa. El campo era la barbarie, el vestigio de glorias pasadas o la amenaza constante para la ansiada paz. Que esto haya sido así no fue producto de una elección

personal, sino de un modelo de crecimiento económico, político y cultural que centralizó el dinero, el poder y la cultura en la urbe e intentó negar la existencia de la campiña, por más que la chusma migrante durmiera en las aceras, poblara los vecindarios e invadiera el meritito centro de la capital<sup>16</sup>.

Como buenos descendientes de una clase social que ganó poder y prestigio en un medio caracterizado por una compleja red de patronazgos, vínculos familiares y clientelismo político, todos nuestros sujetos estudiaron derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y pasaron por las aulas, ya sea como alumnos o maestros, de la Escuela Nacional Preparatoria, instituciones clave en el desarrollo de la vida intelectual de la época, la conformación de las élites dirigentes y la creación de identidades de orden profesional<sup>17</sup>. De no haber sido así, difícilmente hubiera podido seguir de cerca a individuos con inquietudes e intereses tan dispares. Si esto fue posible es porque los espacios sociales y sus respectivas instituciones eran, con relación al presente, muy reducidos y funcionaban con base en esquemas de pertenencia, lealtad y apoyo mutuo hoy mucho más complicados.

#### La formación de los intelectuales

Para los propósitos de este estudio, utilizaré el término formación como el proceso mediante el cual los hombres se definen y configuran a sí mismos de acuerdo con sus necesidades, la naturaleza de su trabajo y las condiciones materiales de su existencia<sup>20</sup>. Como proceso social, la formación es determinada por límites objetivos y por el ejercicio de presiones sociales. Estas actúan al través de mediaciones, de modo que la formación no puede ser interpretada únicamente a partir de sus fines integradores,

ya sean éstos de orden económico (capacitación de fuerza de trabajo), ideológico (transmisión de la ideología dominante) o político.

Si partimos de esta definición, analizar cómo se formaron los protagonistas de este trabajo adquiere sentido en tanto permite atisbar la reproducción de nuestra sociedad en un momento histórico dado<sup>21</sup>. La apropiación que hicieron de su mundo en el curso de la vida cotidiana nos habla de las prácticas, expectativas, normas, percepciones, significados y valores de su época y del cómo las personas se adaptaban a ellas y, a menudo, lucharon por transformarlas. No se trata de estudiar sólo la acción unilateral ejercida por el medio sobre los sujetos, sino de la interacción activa que se establece entre ambos<sup>22</sup>.

Como todo proceso formativo, el de nuestros personajes fue producto de una doble determinación: por un lado, aquélla proveniente de las condiciones económicas, políticas y culturales de su sociedad; por el otro, la definida por el lugar que ocuparon en la división técnica y social del trabajo. Difícilmente podríamos explicarnos su formación sin tomar en cuenta ciertas tendencias generales de su entorno social: las desigualdades económicas, la separación entre la cultura urbana y la rural, la inequitativa distribución de los servicios educativos, la orientación de la escuela, etcétera<sup>23</sup>. Estas tendencias, sin embargo, fueron vividas por cada uno de los individuos en función de su status social. A lo largo de su vida, se apropiaron de las habilidades, costumbres, normas y modos de actuar de su estrato, haciendo suyos tan sólo algunos de los aspectos genéricos que se desarrollaban en su época; otros les serían extraños, como un mundo distinto y hostil. Así, si en lugar de haber optado por investigar a esta categoría profesional me hubiera inclinado por un grupo de maestros rurales, seguramente los contenidos, espacios actores

sociales e instituciones estudiadas serían totalmente distintos.

El hecho de reconocer a la formación como un proceso social determinado no implica adoptar posturas "mecanicistas" que reducen las manifestaciones culturales e ideológicas a simples reflejos de "condiciones objetivas" y tipifican a los sujetos en función de su origen socioeconómico. Decir que José Vasconcelos tuvo la educación típica de la pequeña burguesía porfirista, o que Alfonso Reyes se educó como lo que fue, un descendiente de la oligarquía ilustrada, puede resultar un ejercicio retórico estimulante, pero poco explicativo en tanto no da cuenta de la diversidad económica, geográfica y cultural de los sectores sociales de referencia, elude la gran cantidad de variables que intervienen en la formación de los sujetos y remite a categorías que, de tan amplias y generales, pierden su historicidad.

En este paso de lo general a lo individual, de los grandes procesos hacia los individuos particulares, el concepto de grupo social -tradicionalmente despreciado por el marxismo- constituye un puente insustituible. El sujeto no adquiere en forma directa las normas de su clase, sino mediante grupos en los que estos sistemas están representados. Vive y conoce su condición gracias a su pertenencia a los grupos, los cuales tienen una autonomía relativa y un poder de mediación entre las relaciones humanas y las de producción, entre las personas y las clases<sup>24</sup>.

Con base en lo anterior, en esta investigación destaco el papel decisivo, mas no determinante, de la familia en la formación inicial de nuestros personajes. No es mi finalidad acostar a éstos en el diván para interpretar su personalidad a partir de sus experiencias infantiles, sino rastrear algunos elementos de orden cualitativo (origen socioeconómico y geográfico, nivel cultural, creencias

religiosas y tipo de trabajo de los padres) que me permitan avistar en la educación familiar recibida por estos "señoritos" porfirianos. Una educación que iba acompañada por el desarrollo de vínculos familiares como factor decisivo en la vida, el futuro político, el acceso al poder y las relaciones de los "herederos"<sup>25</sup>.

En un segundo momento, el interés se desplaza de la familia hacia la escuela. Y es que, a diferencia de quienes no tuvieron acceso al sistema educativo, o fueron excluidos tempranamente de él, para los intelectuales estudiados la experiencia escolar fue fundamental. Por ésta entiendo no sólo los conocimientos supuestamente transmitidos por la escuela, sino también al conjunto de sucesos que viven los estudiantes dentro de ella<sup>26</sup>. Dicha experiencia no puede apreciarse a partir de los planes y las normas oficiales y remite al mundo de lo cotidiano: "dónde y cómo vivían los profesores y los estudiantes, cómo se vestían, lo que bebían y comían, cómo empleaban su tiempo, cuáles eran sus costumbres, sus devociones, su conducta sexual, sus diversiones, su muerte y sus testamentos y a veces sus funerales y sus tumbas"<sup>27</sup>. Estas interrogantes acercan a la historia con la etnografía, pero mientras los etnógrafos de la educación acuden a las aulas y tienen frente a sí su campo de observación, los historiadores recurrimos a fuentes escritas e iconográficas para reconstruir, aunque sólo sea en forma fragmentada, la vida en la escuela.

En mi análisis de esta vida escolar, parto de la tesis, ampliamente trabajada por la sociología de la educación, de que la escuela da a los estudiantes, amén de un bagaje conceptual y disciplinario, un tiempo y un espacio propicios para la apropiación de actitudes e ideologías del grupo profesional al que se pertenecerá en el futuro<sup>28</sup>. En el área de las humanidades, este aprendizaje no formal se identifica con las formas de liderazgo intelectual prevalecientes en un momento histórico dado. En el caso

que nos ocupa, la cultura "libre" era condición implícita del buen expediente universitario y las formas de desenvolverse en el campo de la cultura (elegancia, dominio retórico, soltura, ironía) sustituían otras virtudes, como el culto al trabajo. Novicios de la inteligencia, nuestros intelectuales se esforzaron por vivir según los modelos del gremio intelectual porfirista.

El estudio que realicé destaca, entre otros factores decisivos en la formación escolarizada de los sujetos, los conflictos entre las orientaciones ideológicas dominantes en el medio escolar y los movimientos de orden diverso (literarios, artísticos, filosóficos, científicos y religiosos) que surgían en el exterior. La escuela funciona básicamente por medio de la tradición, al través de la cual proporciona una versión selectiva del pasado y del presente. En esta selección, difícilmente recupera a las formaciones culturales emergentes<sup>27</sup>, por lo general ajenas a las instituciones educativas. En el periodo aquí estudiado, las tendencias de orden cultural que influían en el desarrollo de la élite intelectual urbana tenían relaciones contradictorias con un mundo académico particularmente renuente al cambio, lo cual ayuda a explicarnos el por qué la generación de 1910 inició su jornada intelectual a partir de una lucha, no tan virulenta ni tan definitiva como a veces se supone, en contra de los esquemas liberales y positivistas dominantes tanto en la Escuela Nacional Preparatoria como en la de Jurisprudencia.

Un segundo aspecto que me interesó estudiar es el que se refiere al papel de la escuela en la conformación de identidades generacionales y redes de acceso tanto al poder como al mercado laboral. En México, en especial durante el México porfiriano, el campus universitario ha funcionado como el espacio donde los futuros intelectuales se identifican entre sí, adoptan perfiles diferenciadores, buscan o niegan a sus maestros y constituyen grupos de

pares, mismos que cumplen, como veremos más adelante, una función vital en la formación de generaciones<sup>20</sup>. Las escuelas preparatorias y superiores han sido, por lo menos desde el siglo XIX, centros privilegiados para el reclutamiento de los cuadros intelectuales y el desarrollo de nexos amistosos con los líderes políticos. Ambos procesos son decisivos en la creación de canales para adentrarse en el mundo de la política y el empleo<sup>21</sup>.

En nuestro país, la función de los grupos de pares para la formación de los intelectuales ha recibido muy poca atención. Pese a que existen evidencias de que estos grupos han sido y son claves para la comprensión de la vida intelectual mexicana<sup>22</sup>, no existen investigaciones acerca de su constitución, las formas cómo operan y de su subsistencia más allá de las diferencias ideológicas entre sus miembros. De hecho, es común que los intelectuales destaquen su adscripción a un grupo de pares como su experiencia formativa más trascendente<sup>23</sup>, lo cual se explica si consideramos que el haber vivido y absorbido con otros individuos más o menos de la misma edad determinados sucesos históricos proporciona una marca perdurable al paso del tiempo. Dicha marca es aún más profunda cuando la carencia de centros académicos y circuitos especializados obliga a los aspirantes al título de intelectual a recurrir a instancias no institucionalizadas para aprender y validar el conocimiento.

### El oficio de intelectual.

La materia básica de trabajo de los intelectuales aquí analizados fue la cultura superior, motivo por el cual estuvieron al margen de la producción, aunque dependían de un sistema salarial en el que realizaban actividades de orden no manual, ya sea como productores o como administradores de la cultura. Sus campos privilegiados de acción eran las universidades, los medios de comunicación, el cuerpo diplomático y la burocracia, en donde desempeñaron cargos de los más diversos grados: desde simples burócratas hasta funcionarios de alto nivel. Sus respectivas carreras no siguieron la trayectoria normal de ascenso dentro de una jerarquía escalafonaria; por el contrario, podemos encontrar en ellas saltos vertiginosos y caídas intempestivas, mediados por los conflictos con el poder.

El desarrollo profesional de los protagonistas de este estudio no estuvo definido por las exigencias del aparato productivo, sino por la dinámica del campo cultural, esto es, por el conjunto de instituciones, prácticas, agentes e ideas que tenían como función construir y mantener la dirección del bloque dominante sobre la sociedad<sup>34</sup>. Sin pertenecer orgánicamente al Estado, dicho campo dependía, en buena medida, de las iniciativas, los cambios, los requerimientos y hasta los caprichos del poder público. Mientras en algunos países europeos con estructuras académicas estables y una sostenida tradición universitaria se conformó un campo de producción y de consumo cultural autónomo del ámbito estatal<sup>35</sup>, en México este último ha sido el espacio básico de actividad de los intelectuales. Si esto es válido aún en nuestros días, piénsese en el porfiriato, cuando incluso la academia estaba sujeta a una estructura vertical que centralizó la toma de decisiones en el Ejecutivo.

Dentro de este marco, nuestros sujetos lucharon para hacer valer sus títulos y saberes tanto en el plano económico (ingresos) como en el social (privilegios e influencia)<sup>36</sup>. No eran, por lo demás, buenos tiempos para lograr esto. Las sucesivas crisis económicas, la consecuente estrechez financiera del gobierno y la inmovilidad del aparato burocrático hacían cada vez más difícil el futuro de una élite preparada que depositó en la enseñanza superior sus expectativas de ascenso<sup>37</sup>. Las posibilidades de convertir al saber en influencia eran escasas, los momentos de las fulgurantes carreras en la administración habían pasado y se estaba generando un movimiento de "cierre social" dirigido a eliminar o reducir la competencia dentro del mercado de trabajo intelectual, sobre la base de vínculos de lealtad y afecto que favorecían el ingreso de unos pocos privilegiados y excluían a quienes, carentes de relaciones, tenían que buscar otros canales para llegar a los puestos de dirección.

La Revolución de 1910, entre cuyas causas estuvo el malestar de una *intelligentsia* sin opciones, desencadenó un proceso de apertura del mercado ocupacional y creó las condiciones para modificar, si bien no en forma radical, los esquemas de selección, reclutamiento, permanencia y control de los trabajadores intelectuales. El desmantelamiento del aparato cultural porfirista, la necesidad del nuevo régimen de contar con una intelectualidad preparada adpta a su causa, el interés gubernamental por ampliar los servicios educativos y el impulso que se le dio a la cultura, entre otros factores, ampliaron las perspectivas laborales incluso para aquellos núcleos que, por diversos motivos, habían permanecido fieles al antiguo régimen. Como veremos más adelante, este proceso implicó el establecimiento de nuevas formas de relación entre los intelectuales y el poder.

Además de los vaivenes en el mercado de trabajo, los intelectuales elegidos -en particular aquéllos no adscritos a un organismo académico- dependían del mercado de consumo de sus productos, mismo que podemos calificar como estrecho y, por lo tanto, poco favorable para el florecimiento de una cultura independiente del Estado y constataria tanto en sus formas como en sus contenidos. El alto índice de analfabetismo, las limitantes cuantitativas de las élites ilustradas, la carencia de recursos y el escaso interés financiero en torno a la comercialización de la cultura destinaban al intelectual a una posición subordinada al poder y le impedían dedicarse de tiempo completo al "cultivo del espíritu". Vivir de las regalías de un libro, de la docencia o la investigación era prácticamente imposible, a menos que los sujetos tuvieran otros ingresos (herencias, rentas, becas) que les permitieran mantenerse al margen de las ganancias de su trabajo.

El análisis del mercado de consumo no puede reducirse, sin embargo, a elementos cuantitativos, dejando de lado cuestiones relativas a la calidad, esto es, de los usos, la apropiación y el significado que se le daba a la "alta cultura"<sup>23</sup>. Es cierto que, comparado con el presente, el panorama intelectual de la época estudiada puede parecernos sombrío, pero si lo contrastamos con el de etapas históricas anteriores es mucho más alegre, dinámico y esperanzador. Al iniciarse el siglo, existía ya un público consumidor, el estudiantado urbano, que había crecido bajo el amparo de la dictadura y que, en el transcurso de la lucha armada, llegó a ocupar un lugar único en la escena cultural. La expansión del sistema educativo y de la cultura de la palabra escrita<sup>24</sup>, la rápida circulación de nuevas ideas y la búsqueda de respuestas a interrogantes abiertas por la modernidad crearon condiciones óptimas para el éxito de empresas culturales, como el Ateneo, que dieran pistas a una juventud que había roto con su pasado y

anhelaba algo más que fórmulas hechas, dogmas científicos o epopeyas épicas. A lo largo de la Revolución, esta voluntad de cambio se acrecentaría, espoleada por la necesidad de conocer y explicar una dinámica que transformaba la realidad.

Junto con la existencia de un público ávido, los ateneístas gozaron de una ventaja más: el cierre temporal de las fronteras a los productos culturales europeos que habían dominado el mercado interno. Los padecimientos para conseguir textos del exterior y estar al tanto de las novedades europeas obligaban a consumir los bienes nacionales y buscar en México raíces con las cuales sentirse identificado. Así, paradójicamente, las guerras, la de aquí y la de Europa, fomentaron el crecimiento del mercado de consumo nacional, mismo que hizo factible, aun en los momentos más difíciles del conflicto, la difusión de las ideas de los miembros del Ateneo y la comercialización, por supuesto limitada, de sus productos. Por otro lado, el creciente interés hacia lo mexicano y la creación de lazos de unidad con Latinoamérica abrieron la puerta a un mercado transnacional antes inexistente.

Estos cambios tuvieron mucho que ver con la modernización de las técnicas e instrumentos del trabajo intelectual y el impulso a los medios de distribución (editoriales, periódicos, revistas, etcétera) de la cultura. Gracias a ello, los intelectuales pudieron desempeñar ciertas funciones clave, como comunicar sus opiniones públicamente, y obtener reconocimiento de sus méritos dentro de una comunidad urbana con canales de circulación sorprendentemente rápidos. Pudieron, también, acercarse a un público más amplio, poco especializado, y dirigir desde sus tribunas los ataques o alabanzas al poder.

Ninguno de los procesos arriba enunciados hubiera sido posible sin la existencia de la Universidad Nacional,

institución que transformaría, a largo plazo, las ocupaciones tradicionales de la intelectualidad, sus modos de competir por status y sus vínculos con el aparato gubernamental<sup>10</sup>. La Universidad posibilitó la convivencia de escuelas profesionales antes dispersas, así como la definición de normas jurídicas sobre la distribución de recursos, el reclutamiento de personal académico, las líneas de desarrollo institucional, la elección de autoridades y organismos representativos y la monopolización de los certificados que acreditaran formalmente la adquisición de ciertas competencias. Permitió, también, la conformación de una comunidad académica con criterios de prestigio, reconocimiento y competencia del quehacer intelectual a menudo enfrentados con aquéllos que privaban en la política y las viejas Escuelas.

La creación de la Escuela de Altos Estudios, convertida más tarde en Facultad de Filosofía y Letras, constituyó un acontecimiento crucial para quienes, como nuestros personajes, ejercían -sin tener estudios formales en el campo- el oficio de intelectual e intentaban vivir de las letras, la investigación filosófica o la crítica literaria. A diferencia de otras profesiones -medicina, jurisprudencia e ingeniería-, las cuales contaban con escuelas especializadas de entrenamiento que codificaran un cuerpo de conocimiento y prácticas, definieran las modalidades de su transmisión, certificaran los estudios y regularan la competencia en el campo ocupacional, los "hombres de ideas", literatos, filósofos y artistas, tenían que formarse en espacios no institucionales, desempeñar sus funciones dentro de un mercado en el que los títulos tenían poco valor y competir sin normas mínimas de orden académico. Dado lo anterior, no es casual que fuera precisamente este sector el que, en su búsqueda de un espacio donde profesionalizar sus actividades, se

"apoderara" de la Universidad y le diera a ésta el perfil humanista que la caracterizaría por décadas.

Este proceso de profesionalización tardía del oficio de intelectual tuvo sus inicios en las postrimerías del porfiriato y la década de la Revolución, periodo durante el cual, pese al desorden imperante, existió una coyuntura favorable a los esfuerzos por independizar el trabajo académico y establecer criterios científicos e institucionales, es decir, un régimen de verdad desde el cual sancionar el contenido del saber y definir cuáles productos eran válidos y cuáles no<sup>41</sup>. El debilitamiento del Estado, la parcial destrucción del establishment porfiriano, la pérdida de credibilidad en los dogmas positivistas y el desenvolvimiento de la Escuela de Altos Estudios dieron cierto respiro a una intelectualidad nueva que pretendió lograr su libertad e independencia con respecto al Estado y, en general, frente a los poderes públicos. Ello se observa con claridad en la sostenida lucha por conquistar la autonomía universitaria y encontrar valores de racionalidad cognitiva<sup>42</sup> que regularan el ingreso, la promoción y la permanencia del personal docente a la Universidad. Fuera de esta última, en las revistas, diarios y organismos culturales, esta pugna también estuvo presente.

La lógica de lo que José Joaquín Bruner denomina la ideología de la libertad académica se enfrentó, en un principio, tanto con las resistencias del Ejecutivo como con los gremios tradicionales que valorizaban otro tipo de bienes simbólicos -en especial su lealtad al régimen- para acceder a los puestos de dirección. Acostumbrados a negociar presupuestos, cargos y hasta programas de estudio en las antecámaras de la burocracia, dichos gremios veían con desconfianza las aspiraciones libertarias de sus hermanos menores.

Los sucesivos cambios de gobierno, la inestabilidad en la esfera del poder central y la conflictiva dinámica de la Revolución hicieron más patente que nunca la necesidad de deslindar el terreno cultural del político. Si la vieja utopía de independizarse cobró tanta fuerza durante los años revolucionarios fue debido al comprensible horror, por parte de los intelectuales, de verse sujetos a poderes en el fondo por ellos despreciados, por caudillos, profesores de primaria o reformadores sociales que amenazaban los pocos privilegios ganados y ponían en duda la existencia misma de la Universidad, la utilidad social del conocimiento por ella producido y hasta el valor de la alta cultura. Dado lo anterior, los hombres de ideas buscaron el dominio de aquellos territorios donde ejercían sus actividades e intentaron controlar, aunque sólo fuera parcialmente, el proceso de su trabajo. Quizás por ello, cuestiones como la libertad de expresión, la emancipación del saber y la supremacía de la razón les fueran tan apreciadas.

#### Los intelectuales y la política.

El tema de las relaciones entre el intelectual y el poder durante el movimiento revolucionario es, de entre los abordados en esta investigación, tanto el que más polémica ha suscitado como en el que se confrontan con mayor claridad las distintas concepciones acerca de la Revolución Mexicana. Así, es común encontrar dentro del discurso oficial, pero también en libros o ensayos especializados, opiniones que identifican al pensamiento de la generación del 10 con las demandas de la oposición a Díaz y, más tarde, con el proyecto nacional triunfante. Desde esta perspectiva, el Ateneo de la Juventud fue, en el campo de las ideas, lo que el maderismo en la política: el despertar

de una conciencia emancipadora que, al paso del tiempo, llegaría a triunfar en nuestro país<sup>43</sup>.

Esta opinión, sin duda la favorita entre los historiadores de la cultura, se contradice con la de quienes, a partir del estudio de los ejércitos, la composición social de los distintos bloques en pugna, las tácticas, esperanzas y movilizaciones de la masa anónima, sostienen que la Revolución no contó con guías ideológicas precisas, no tuvo a una intelectualidad preparada capaz de formular doctrinas y, mucho menos, la dotara de un arsenal filosófico. Dado el carácter rural y campesino del conflicto, el papel de los intelectuales "clásicos" (Knight) fue muy diferente al que desempeñaron los *literatti* en China o la *intelligentsia* radical en Rusia<sup>44</sup>. Aislado del pueblo, ciego ante el dolor ajeno, analfabeta político, el intelectual urbano fue un pasivo espectador de la tragedia vivida. En los escasos momentos en los que salió de su torre de marfil para elaborar programas, dar coherencia a proyectos dispersos o asesorar a los hombres de poder, fue desoído por sus protectores<sup>45</sup>.

Como indica Alan Knight, ninguna de estas interpretaciones convence del todo<sup>46</sup>. No lo hacen, en primer lugar, por su generalidad, porque provienen de esquemas totalizantes que dan un sentido único e indisoluble, llámese revolución burguesa, rebelión campesina o levantamiento popular, a un proceso que hoy sabemos más heterogéneo y contradictorio de lo que suponíamos. Asimismo, no reconocen que la Revolución transitó por diversas fases ni se han preocupado por establecer las diferencias entre los distintos prototipos de intelectual existentes en la época. Como consecuencia de lo anterior, en el debate acerca de la participación del Ateneo en la gesta revolucionaria ha prevalecido una historiografía basada en documentación muy pobre, pero con amplias interpretaciones que oscilan entre dos polos: la tesis "marxista" del intelectual como agente del Estado,

representante de la burguesía en ascenso y constructor de concepciones falsas que legitiman el poder, y aquella visión convencional del hombre de ideas independiente situado por encima de la vida material y al margen de los acontecimientos sociales. De no romper con ambos modelos, corremos el riesgo de empantanar la discusión o, lo que es aún más grave, encasillarla en juicios dogmáticos.

La denominada "historiografía crítica" de la Revolución, término vago e impreciso, ha insistido en la importancia de los intelectuales en la lucha de las clases medias ilustradas que instigaron la rebelión y, posteriormente, le dieron un significado acorde con sus intereses. Aunque no se explicita, esta tesis supone que la contienda revolucionaria fue conducida por una minoría que se autoproclamó representante del "pueblo"<sup>47</sup>. Las élites culturales, radicalizadas ante el desgaste del gobierno porfiriano y su incapacidad para responder a los retos de la modernización, son vistas como los protagonistas del drama revolucionario y, por tanto, sus principales beneficiarias.

Nadie puede poner en duda el hecho de que la minoría ilustrada, de la cual formaron parte los sujetos aquí analizados, desempeñó un rol significativo en la movilización abierta en las elecciones de 1904, recrudecida en 1908 a raíz de la sucesión presidencial y parcialmente resuelta con el levantamiento de Madero, en 1910. Aunque de manera contradictoria, el Ateneo de la Juventud se sumó a esta ola de inconformidad; electo Madero, colaboró en la definición, nunca lograda del todo, de una política cultural distinta a la de los "científicos". Muerto el profeta, sus relaciones con el movimiento revolucionario serían más ambiguas y complejas. Buena parte de los miembros del Ateneo, horrorizados ante el cataclismo que se avecinaba, se integró al régimen usurpador; otra buscaría acomodo en el Ejército Constitucionalista, desarrollando

actividades de asesoría, dirección, enlace y difusión. Una vez escindidas las fuerzas antihuertistas, una fracción importante se sumaría al gobierno de Carranza; la otra optó por el de la Convención. Derrotada ésta, sus simpatizantes tomaron, una vez más, la ruta del exilio. Quienes se habían sumado a las fuerzas carrancistas pasaron a ocupar puestos de dirección. El ascenso de Obregón modificaría de nuevo el panorama, ahora favorable hacia aquéllos que, por razones distintas, decidieron unir sus destinos con el del bloque triunfante tras la rebelión de Agua Prieta.

Pese a esta diversidad, podemos encontrar, en lo que respecta a los ateneístas aquí estudiados, líneas que se mantuvieron constantes al paso del tiempo. La primera de ellas es la proximidad de este sector intelectual con los temores, victorias, fracasos y expectativas de la élite ilustrada de la capital. Sus diarios, discursos, memorias, artículos y cartas dicen mucho acerca de los padecimientos de esta capa de la población, de sus prejuicios hacia el campo, su miedo ante la "chusma" campesina, su desprecio por los caudillos militares y, finalmente, su asombro ante un México "bárbaro" que les era desconocido. Las acciones de nuestros personajes, con toda su carga de oportunismo, adulación y charlatanería, son representativas de aquéllas que, no sin pesar, tuvo que emprender la minoría ilustrada urbana para sobrevivir en un mundo cambiante.

Los medios de trabajo y formas de vida de esta fracción de la intelligentsia la colocaban en una situación favorable para la defensa de los privilegios ganados durante el porfiriato por una minoría amenazada ante el ascenso de las masas y el rumbo popular que tomó la contienda revolucionaria. Esto puede ayudarnos, aunque no explica del todo, el por qué nuestros personajes, pese a sus azarosos e inestables vínculos con los poderes centrales, no pudieron establecer nexos orgánicos con la Revolución. Su falta de arraigo, de raíces profundas con el México

nuevo que surgió en la lucha, permeó el pensamiento y las acciones de los ateneístas elegidos en este estudio, quienes, de manera independiente a sus simpatías políticas, se sintieron incómodos en un mundo que ya no les pertenecía.

Independientemente del bloque al cual se aliara, del nivel de aceptación que tuviera hacia el proyecto de los gobernantes, la intelectualidad mantuvo relaciones conflictivas, a veces de franco enfrentamiento, con las autoridades centrales, los funcionarios y caudillos, lo cual resta validez a aquellos esquemas que ven al intelectual como apéndice pasivo del Estado y sugiere la necesidad de analizar el problema desde ópticas que privilegien las contradicciones sobre los mecanismos de reproducción, que destaquen la función liberadora del trabajo intelectual sobre aquéllas dirigidas a mantener el status quo.

La mayoría de los estudios sobre este tema señala al factor económico como la principal causa de las sucesivas crisis entre la intelligentsia y el gobierno<sup>49</sup>. La obstrucción del ascenso social, las limitaciones para lograr los propósitos a los que aspiraban los universitarios, la constante amenaza por parte del Ejecutivo de clausurar o reducir campos ocupacionales y su lógica renuencia a ampliar el presupuesto destinado a la expansión de la enseñanza superior pudieron crear, en efecto, un clima favorable para la confrontación intelectuales vs poder público. Los nexos entre las esferas económica, política y cultural, sin embargo, no son mecánicas: cada una de ellas posee ritmos propios, y no es improbable que las transformaciones en el terreno de la cultura precedieran a las de orden político y económico.

Estoy de acuerdo con Alan Knight cuando sostiene que el malestar y la inconformidad de los intelectuales en los

últimos años del porfiriato no tuvieron como razón única, ni siquiera principal, situaciones económicas o, como apuntan los sociólogos, "infraestructurales". Estas tampoco tuvieron un peso definitivo en los conflictos posteriores, donde lo que estaba en juego eran principalmente cuestiones de índole ideológica y, más aún, el choque entre la lógica de la libertad académica, explicada páginas atrás, y la del aparato gubernamental. Esta última, sujeta a presiones de distintas fuerzas y grupos, a caprichos presidenciales o a necesidades legitimadoras, chocaba a menudo con la dinámica cultural, con los gustos de un público que deseaba algo más que ceremonias oficiales y la pretendida rigurosidad científica. Dicho choque entre dos formas de concebir, validar y usar la cultura no estaba exento de matices políticos, es decir, de elementos de dominio y control. Tras la ideología liberal que envolvió la lucha por la independencia de la Universidad y del quehacer artístico podemos identificar una pugna más amplia de la intelectualidad por conquistar espacios de poder e imponer sus intereses.

Retomar aquí la discusión de si los sujetos analizados actuaron en función de los intereses de una clase o si fungieron como una capa intermedia sin objetivos propios resultaría una labor infructuosa. De acuerdo con el modelo de Gramsci<sup>49</sup>, éste no es el problema central, sino el tipo de funciones que desempeñan los intelectuales en el ejercicio de la hegemonía social y del gobierno político. Los intelectuales son organizadores en el sentido amplio del término: insertos en la vida práctica, construyen, organizan, persuaden y dirigen, esto es, funcionan como elementos de cohesión en las frágiles relaciones entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos. Sus actividades, lejos de estar maquiavélicamente encaminadas a la defensa de un solo grupo, fueron eficaces en la medida en que lograron crear conciencia y homogeneidad entre los

distintos grupos sociales de su papel en los campos económico, político y social.

Los vínculos entre los intelectuales, las fuerzas sociales y los organismos en los que éstos actúan pueden ser de distintos grados de organicidad, desde el intelectual militante comprometido con una organización (Nemesio García Naranjo) hasta aquél que se mantiene aislado de la política (Alfonso Reyes). Pero la organicidad no se define a partir de la afiliación partidaria o los niveles de compromiso asumidos individualmente, sino de los lazos, muchas veces indirectos, entre los procesos culturales, las relaciones de fuerza coyunturales y las tendencias históricas de larga duración que van mucho más allá de las acciones personales o los sucesos políticos. Sería absurdo juzgar únicamente a José Vasconcelos por sus conexiones con el gobierno obregonista, con el cual siempre estuvo en conflicto. Asimismo, decir que fue un "típico intelectual pequeño-burgués" puede resultar retóricamente atractivo, pero no ayuda en nada a la comprensión de la vida política y cultural mexicana.

Menciono esto último, porque cuando nos remitimos a la historia es fácil caer en esquemas totalizantes. Ciertas categorías, como las de intelectual orgánico o intelectual tradicional, son usados, incorrectamente, para encasillar a la creación cultural, encontrar sus vínculos con causas desafortunadas y hasta para identificar supuestas traiciones o propósitos ocultos, objetivos que están muy alejados de los de esta investigación.

## NOTAS

- 1 Véase: Agnes Heller, Sociología de la vida cotidiana, Barcelona, Península, 1977; Historia y vida cotidiana, México, Erijalbo, 1983.
- 2 Esta preocupación fue desarrollada por Jean Paul Sartre en su conocido ensayo "Cuestiones de método". Cfr. Critica de la razón dialéctica, tomo I, pp. 27-28.
- 3 A lo largo de este capítulo, el lector podrá identificar los referentes teóricos que utilicé. La influencia más decisiva que recibí fue la de José Joaquín Brunner, quien me alentó a "leer" la teoría sin dogmas ni temores.
- 4 Este sentido amplio rompe con aquellas concepciones para las que el término intelectual sólo puede aplicarse a los artistas o a los científicos, es decir, a quienes poseen un alto grado de conocimientos y los utilizan en la creación artística o científica. El Diccionario de la lengua española, por ejemplo, define al intelectual como todo aquél... "dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y letras".
- 5 La excepción son los artistas plásticos.
- 6 Alvin Gouldner, El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase, Madrid, Alianza, 1980.
- 7 El autor parte del concepto de interés desarrollado por Habermas, es decir, de aquella categoría que define "...las orientaciones fundamentales que van inherentes a determinadas condiciones básicas de la posible reproducción y autoconstitución de la especie humana, a saber: el trabajo y la interacción". Citado por Raúl Gabás en: Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística, p. 191.
- 8 Véase: José Joaquín Brunner, Op. Cit. pp. 77-83.
- 9 Seymour Lipset, y Aldo Solari (comps.) Elites y desarrollo en América Latina, Buenos Aires, Paidós, 1977.
- 10 Michael Lowy, Op. Cit. p. 17.
- 11 De acuerdo con Habermas, el interés emancipado va ligado a la liberación de una tutela o un poder ajeno y tiende a la instauración de la propia autonomía, ambas ligadas a la autoreflexión que desata en el sujeto la dependencia a poderes hipostasiados.
- 12 Lewis A. Coser, Hombres de ideas, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- 13 Roderic A. Camp, Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- 14 Jacques Le Goff, Los intelectuales en la Edad Media, Barcelona, Gedisa, 1985.
- 15 Además de los políticos, los humanistas que motivaron esta investigación se diferencian de otros estratos intelectuales del momento por desgracia muy poco estudiados: los científicos y los técnicos de alto nivel (ingenieros, médicos, astrónomos, etcétera), cuya actuación en el proceso revolucionario y padrones de vida nos son prácticamente desconocidas.
- 16 Utilizo aquí la distinción hecha por Lewis A. Coser entre los intelectuales independientes y los académicos.

- <sup>17</sup> Carlos Monsivais, "Cultura popular. Reir llorando", en Política cultural del estado mexicano, México, GEFE, 1983, pp. 1-27.
- <sup>18</sup> Moisés González Navarro, El porfiriato: vida social, México, Hermes, 1957, pp. 690-710.
- <sup>19</sup> Véase: Francois Xavier Guerra, Le Mexique de l'Ancien Régime a la Revolution, tomo 1, pp. 53-106.
- <sup>20</sup> Raymond Williams, Marxismo y literatura, pp. 21-31.
- <sup>21</sup> Agnes Heller, Op. Cit. pp. 19-22.
- <sup>22</sup> T. W. Adorno, et. al., Teoría crítica del sujeto, México, Siglo XXI, 1986.
- <sup>23</sup> Antonio Gramsci, Los intelectuales y la organización de la cultura, pp. 30-78.
- <sup>24</sup> Jean Paul Sartre, Op. Cit. pp. 40-58.
- <sup>25</sup> De acuerdo con Francois Guerra, durante el porfiriato las relaciones basadas en el parentesco de sangre eran las más sólidas, motivo por el cual la influencia local y, a menudo, el éxito social de los "herederos" pueden explicarse principalmente por la red de vínculos en la que se han integrado desde su juventud. Cfr. Francois-Xavier Guerra, Op. Cit. pp. 127-132.
- <sup>26</sup> Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell, "Escuela y clases subalternas", en Educación y clases populares en América Latina, pp. 195-217.
- <sup>27</sup> Jacques Le Goff, Op. Cit., p. 16.
- <sup>28</sup> Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, Los estudiantes y la cultura, pp. 25-41
- <sup>29</sup> Raymond Williams, Op. Cit., pp. 127-142.
- <sup>30</sup> Véase: Roderic Camp. "Education and political recruitment in Mexico: The aleman generation" en Journal of inter american studies and word affair, vol. 18, agosto de 1976, pp. 295-321; México Leaders, their education and recruitment, University Arizona Press, Tucson, 1988; La formación de un gobernante, México, Fondo de Cultura Económica 1981.
- <sup>31</sup> Roderic A. Camp., Op. Cit. pp. 39-58.
- <sup>32</sup> El caso de los "contemporáneos" ha sido recientemente estudiado por Guillermo Sheridan en el libro intitulado Los contemporáneos ayer, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- <sup>33</sup> Cfr. Emanuel Carballo, Protagonistas de la literatura mexicana, México, SEP, 1986.
- <sup>34</sup> Christine Buci-Glucksmann, Gramsci y el Estado, pp. 33-69.
- <sup>35</sup> Lewis A. Coser, "The difering roles of intellectuals in contemporary France, England and America", ensayo presentado en el Simposio de Sociología del Intelectual, Buenos Aires, 3-5 de julio de 1967.
- <sup>36</sup> Joaquín José Bruner y Angel Flisfisch, Los intelectuales y las instituciones de la cultura, pp. 78-95.

- 37 Moisés González Navarro, Op. Cit. pp. 348-491.
- 38 Estudios recientes en Estados Unidos, uno de los países con mayor índice de alfabetización, desarrollo económico y mercado cultural, muestran cómo las capas escolarizadas han perdido tanto la capacidad de escribir como el interés por la lectura. Cfr.: E.D. Hirsch, Cultural literacy, New York, Vintage Books, 1988.
- 39 Mary Kay Vaughan, "Primary education and literacy in Mexico in the nineteenth century: research trends" (1968-1988).
- 40 Sobre el tema de la creación de las universidades y el desarrollo de las comunidades académicas pueden consultarse las siguientes obras: A.H. Halsey, "The changing functions of universities", en Education, economy and society, New York, Free Press, 1971; Sarfatti Larson, The rise of professionalism, California, University of California Press, 1977; D. Riessan, La revolución académica, Buenos Aires, Paidós, 1970.
- 41 Cada sociedad, dice Michel Foucault, tiene un régimen de verdad, esto es, tipos de discurso que ella acoge y hace funcionar, mecanismos que sancionan a los enunciados verdaderos, las técnicas que son valorizadas para la obtención de la verdad y el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero. Michel Foucault, "Verdad y poder", en Microfísica del poder, pp. 175-189.
- 42 Gilberto Guevara Niebla, Las luchas estudiantiles en México, México, Tomo I, pp. 35-38.
- 43 Esta tesis ha sido manejada, entre otras, por Vicente Lombardo Toledano. Cfr. Vicente Lombardo Toledano, "El sentido humanista de la Revolución", en Juan Hernández Luna. Op. Cit. pp. 176-182.
- 44 Friedrich Katz. "Pancho Villa y la Revolución Mexicana", en Revista Mexicana de Sociología. Año 11, núm. 2, pp. 87-98.
- 45 Daniel Cosío Villegas. "Los intelectuales y la política en México", en Gabriel Zeid (comp.), Daniel Cosío Villegas: imprenta y vida pública en México, pp. 101-117.
- 46 Alan Knight. "Los intelectuales en la Revolución Mexicana", en Op. Cit. pp. 25-65.
- 47 Francois Xavier Guerra, Op. Cit.
- 48 Gilberto Guevara Niebla. Op. Cit. pp. 35-38.
- 49 Antonio Gramsci. Op. Cit. pp. 7-21.

Me dijiste un día:  
¡Qué intensa y rara ha de  
parecer nuestra vida a los  
que mañana se asomen a  
contemplarla con amor!  
Alfonso Reyes \*

## I. RETRATOS DE INFANCIA\*.

### José Vasconcelos.

De acuerdo con el orden cronológico, corresponde iniciar este trabajo con la infancia de José Vasconcelos. Una aclaración antes de comenzar: Ulises criollo<sup>2</sup> es más que un libro de memorias. Como señala José Joaquín Blanco<sup>3</sup>, es la historia de un mito y no de un hombre, aunque en este caso mito y hombre sean una misma cosa<sup>4</sup>. Quien quiera encontrar en él la verdad a secas, los datos precisos, pronto se decepcionará. Si, por el contrario, se busca la imagen que el propio autor hizo de sí mismo, este texto es ideal.

José Vasconcelos nació en la Ciudad de Oaxaca, el 27 de febrero de 1882, pero sus primeros recuerdos se ubican en Sásabe, Sonora, aldea del desierto en la frontera con Arizona. De estas impresiones infantiles, dos perduraron en su memoria: la amenaza de los apaches y la presencia de los yanquis. Por un lado, la barbarie, el primitivismo de los indómitos indígenas; por el otro, el progreso inculto de los poderosos vecinos del norte. Ante ambos peligros, recuperó la herencia mestiza del interior de la República, representada en la familia de su madre, los Calderón.

Esta preferencia por la rama materna no es casual. El abuelo fue todo un personaje decimonónico: doctor, liberal, admirador de Juárez, combatiente contra los franceses, lerdista y senador del régimen porfiriano<sup>5</sup>. Los parientes

por el lado paterno no tuvieron ni los recursos ni el prestigio de los Calderón. Agustín Vasconcelos, padre de José, fue hijo ilegítimo de un próspero comerciante oaxaqueño conservador (se hacía llamar Marqués de Monserrat) y de Perfecta Varela, descendiente de españoles radicados en Puebla. Privado del nombre y del dinero indispensables para hacer carrera, optó por la modesta profesión de boticario. Al casarse con Carmen Calderón consiguió un puesto de agente aduanal. Gracias a ello, su prole crecería en el norte del país.

Después de Sásabe, la familia se trasladó a Piedras Negras, escenario de la primera infancia de José. Aunque esta comunidad pasaba por una etapa de relativo auge económico y bienestar, seguía siendo un "pueblo fronterizo". Las diferencias entre México y los Estados Unidos eran notables: el orden de las casas, las costumbres de los habitantes, la limpieza, todo era distinto entre uno y otro lado del Río Bravo, límite natural entre los dos países. Mientras Eagle Pass se pulía y hermoseaba, Piedras Negras entregábase a las fiestas y los holgorios, derrochando los pocos recursos y convirtiendo a la otrora poderosa ciudad en un basurero<sup>4</sup>.

José Vasconcelos cruzaba todos los días la frontera para asistir a la escuela de Eagle Pass, experiencia que recordaría como un enfrentamiento histórico de dos culturas en permanente pugna. En Ulises criollo revive la ira ante el trato de los "yanquis" y el enojo frente a la versión colonizadora de la apropiación de Texas. Sin embargo, recuerda con gratitud las enseñanzas recibidas, la disciplina impuesta y el sentido del orden adquirido en el colegio de Eagle Pass. Esto expresa una contradicción característica en su persona: el antiyanquismo, del cual hizo toda una alegoría, acompañado de una profunda admiración por ciertos rasgos de la cultura norteamericana.

En su casa, la responsable de dirigir la educación era doña Carmen, figura central en la vida familiar. Con el apoyo de la Historia sagrada y el Catecismo del padre Ripalda<sup>7</sup>, ella guió a sus hijos por los caminos de la fe y las letras. Las idas a misa, las visitas a iglesias, la celebración de las fiestas religiosas eran parte de la rutina cotidiana. En el hogar se rezaba todo el tiempo, acompañando la oración con ayunos y penitencias. Para el clan Vasconcelos -de donde habrían de salir dos monjas- la religión significó una actitud vital frente al mundo y un modo de actuar en él.

La lectura constituyó una actividad fundamental durante la infancia de José Vasconcelos, quien se preciaba de ser el niño más instruido de los dos pueblos<sup>8</sup>. La Iliada es el primer libro que menciona en el Ulises, lo cual es comprensible si consideramos la pasión de su autor por los clásicos griegos. En orden de aparición, siguen las obras sobre historia de México, con las que sus padres intentaron protegerlo del influjo norteamericano<sup>9</sup>. Conoció la geografía y la trayectoria nacional al través de los Atlas de García Cubas y los deshilvanados relatos familiares. La figura de Díaz representaba el único eslabón con la patria, tan lejana en distancia y costumbres. Admirado y temido, el héroe de Tuxtepec era el padre de una nación en ascenso, el hacedor de la paz y el progreso<sup>10</sup>.

La pequeña biblioteca ambulante hogareña contenía los Dramas de Calderón, un Balmes y textos de San Agustín y Tertuliano. La lectura favorita de la familia era la Historia de Jesucristo, de Louis Veuillot. Preocupada por el peligro que representaba para el alma de su vástago el contacto con herejes extranjeros, Carmen Calderón puso especial énfasis en inculcarle la "doctrina verdadera", vacuna protectora contra el positivismo ateo y la ética protestante.

Las ausencias en este primer panorama intelectual son notorias: nada de textos liberales, positivistas, ni algo semejante. Ello se explica por varios motivos: la estricta censura materna, la lejanía cultural y geográfica del norte y el poco arraigo del positivismo fuera de las instituciones del centro del país. De acuerdo con la perspectiva de su madre, el liberalismo jacobino no había traído consigo sino anarquía y la ciencia amenazaba los pilares de la religión. Era necesario, por tanto, alejar a los niños de ambas amenazas.

A los trece años, José abandonó Piedras Negras para adentrarse en la República, rumbo a Campeche. Conforme el tren avanzaba, descubría un México antes sólo conocido por medio de Atlas y leyendas. Con avidez, retornó a la zona en la que comienza "la cultura criolla", la "patria con historia", el país de los "refinamientos castizos". Finalmente llegó a la capital, en donde tuvo contacto, por vez primera, con las corrientes de pensamiento entonces en boga. Leyó con resistencias a Spencer y Rousseau, sin que las ideas de estos pensadores pusieran en crisis su adhesión a la divinidad de Jesucristo<sup>11</sup>.

En espera de la permuta del padre, la familia Vasconcelos se instaló en Toluca. José fue inscrito en el famoso Instituto Científico y Literario de la ciudad, cuna de dos glorias del liberalismo mexicano: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano. Gracias al Gobernador de la Entidad, el Instituto fue la segunda institución en reformar la enseñanza conforme a los principios de Gabino Barreda. Muy pronto, estos principios se enfrentaron con los adquiridos en casa: un día, los estudiantes fueron sacados de las aulas para participar en una manifestación anticlerical. Vivió entonces el conflicto entre la doctrina familiar y la del Estado.

A principios de 1897, emprendió el viaje a Campeche. "Puerto abierto al Caribe y al comercio internacional, principalmente europeo (Campeche) tenía débiles y difíciles lazos terrestres con las ciudades del interior. Incluso gozaba de cierta autonomía y se beneficiaba con el comercio del palo de tinte. Una ciudad aristocrática, culta, lujosa, más próxima a la Cuba española que al nacionalismo liberal, con una división de clases y razas muy rígidas: una especie de Europa amurallada en tierra de indios"<sup>12</sup>. Su lejanía la mantuvo apartada de las "reformas confusas de la capital" y las típicas luchas entre los bandos políticos de la meseta no existían. Campeche gozaba, pues, de las ventajas del norte y una más: sus clases medias eran ilustradas.

En el Instituto Campechano, Colegio en el que no existía la pasión jacobizante y anticatólica del de Toluca, conoció la literatura francesa. Tuvo acceso abierto a la biblioteca escolar y a los acervos de cultos personajes del puerto, en donde acrecentó su formación. A esa época corresponden lecturas como los Dramas de Shakespeare y novelas románticas al estilo de Pablo y Virginia (Bernardino de Saint Pierre) y María (Jorge Isaacs). Lamartine era el autor obligado, aunque el favorito fue Chateaubriand, cuya obra principal, El genio del cristianismo, sustituyó al Catecismo del Padre Ripalda en las discusiones familiares.

En Campeche, descubrió una nueva faceta de México: el trópico. La selva -exuberante y bárbara- y el mar -espacio de aventuras- serían después dos temas de su obra. Vivió también el deterioro del progreso campechano, anticipo de la ruina porfiriana. Disposiciones comerciales del gobierno federal provocaron la rápida decadencia del puerto. Los criollos comenzaron a emigrar dejando sólo el espectáculo de los rudos indígenas analfabetas. Una vez más, el dilema civilización-barbarie estuvo presente: en Piedras Negras, los norteamericanos impusieron,

gradualmente, sus costumbres; en Campeche, la selva y los indios invadieron los restos de la civilización criolla.

Cuando abandonó el sureste para dirigirse a la capital, José Vasconcelos tenía 17 años. Pese a que no era sino un estudiante con pocos recursos, una cultura regular y un horizonte limitado, imaginaba brillantes planes para sí mismo. El deseo de llegar a ser "alguien importante", de superar el estrecho futuro al cual estaba destinado por su origen social, aparece como una constante en sus memorias. Viajó a la metrópoli llevando como equipaje una "ambición desenfrenada" y el deseo de conquistar el centro escolar más prestigiado del país: la Escuela Nacional Preparatoria.

#### Nemesio García Naranjo.

8 de marzo de 1883. El ex-presidente Porfirio Díaz<sup>13</sup> llega a la Villa de Lampazos, Nuevo León. Horas antes del arribo del tren había nacido, a unas cuadras de la estación, Nemesio García Naranjo. Dos personajes de la historia nacional tuvieron, así, su primer encuentro.

Cuando nació, el futuro de Nemesio parecía asegurado. Tanto por el lado paterno como por el materno pertenecía al clan que durante décadas gobernó a la región y, aprovechando sus nexos con el poder central, se apoderó de su desértico territorio. Su tío, Francisco Naranjo, héroe militar y ex-ministro de Guerra, era amo y señor de la localidad. Ningún acontecimiento trascendental para esta última dejaba de tener como figura básica al General. Con la protección de sus amigos "tuxtepecadores"<sup>14</sup> fundó un pequeño imperio. Hoy, el poblado en el cual nació tiene el nombre de Lampazos de Naranjo.

Su padre, Nemesio García García, tuvo en su juventud una exitosa carrera. A los 31 años era presidente del

Ayuntamiento, gerente de la casa comercial más importante de Lampazos y jefe de una secta francmasona. A partir de 1885, la imprudencia política cambió su vida. Inconforme con el derrocamiento del gobernador en Nuevo León, Genaro Garza, por parte del gobierno federal<sup>15</sup>, organizó un grupo de cuarenta hombres para defender la soberanía del estado. Gastó todo lo que poseía para sostener este cuerpo, mismo que fue dominado por la guarnición del general Bernardo Reyes, nuevo protegido del Dictador. Fue así como a la edad de 36 años, con cuatro hijos y la humillación a cuestas, cruzó el río Bravo para instalarse en Encinal, E.E.U.U.; habría de vivir ahí 12 años.

El Encinal era una aldea ubicada en el sur del árido y monótono desierto de Texas. La mayoría de sus habitantes eran peones rurales o agricultores, gente con la que no se "podía tener ningún tipo de contacto intelectual". La barbarie era común a mexicanos y norteamericanos, gracias a lo cual, reconoce Nemesio García Naranjo, la familia no sufrió un proceso de extranjerización. La vida en esta comunidad obligaba a adherirse a una patria lejana e idealizada:

"La vida norteamericana es la más movida y dinámica del planeta, y convida a una acción continua; pero eso no rezaba en Encinal en donde todo era aridez, apatía, inercia, rutina y estancamiento. Por eso fue que al comparar aquel rincón de los Estados Unidos con Lampazos... infería que México era muy superior a la Unión Anglosajona. Error inmenso, pero que me resultó utilísimo, porque fue un dique que detenía cualquiera corriente posible de extranjerización... Desde este punto de vista, mi padre no pudo haber escogido un sitio mejor para que sus hijos continuaran siendo mexicanos..."<sup>16</sup>.

La rutina de la familia García Naranjo era tan árida como el paisaje. Sus miembros no tenían contacto sino con algunas personalidades selectas de la comunidad. En casa reinaba la estricta disciplina impuesta por la madre,

Carmen Naranjo, mujer seca y rígida que supo sobrellevar con altivez la

derrota de su marido, el destierro y la pobreza. Aristócrata en "tierra de salvajes", gobernó su hogar sin "sentimientos dulces", tratando de inculcar en sus vástagos la sobriedad, la dureza y el orden que le eran propios.

En 1888, Nemesio ingresó a la escuelita privada de Francisca Salas, donde aprendió a leer a la antigua con el silabario de San Miguel. Aunque eran los tiempos de la pizarra y de la esponja, de memorizar, castigar con coscorrones y palmetazos<sup>17</sup> su maestra fue tolerante. Ella le contaba las proezas mexicanas; su padre, creyente de todas las leyendas patrióticas, las amplificaba, de tal manera que desde pequeño se nutrió de crónicas heroicas y nostalgias épicas. Al entrar al Colegio Norteamericano del condado, luchó por mantener estas creencias.

Como José Vasconcelos, Nemesio García Naranjo sufrió humillaciones y burlas durante su experiencia escolar en instituciones extranjeras. Como él, se aferró a una tradición mítica, transmitida por relatos familiares. Ambos se sintieron orgullosos de haber resistido los encantos de la vida "yanki" y conservado su mexicanidad; orgullo que acompañaron de cierta admiración por algunos rasgos de la cultura anglosajona y de un sentido de superioridad con respecto a quienes o se dejaron llevar por los atractivos del país vecino o nunca tuvieron la posibilidad de elegir entre una u otra nacionalidad. A diferencia de los demás, ellos fueron mexicanos "por convicción".

Pese a las molestias que implicaba el estudiar en Estados Unidos, Nemesio pudo introducirse en el campo de las letras. Conoció primero a los clásicos ingleses - Shakespeare, Jonathan, Swift-; después a los autores

norteamericanos: Poe y Emerson, entre otros. Hasta entonces, nunca había leído a los escritores de lengua hispana y no conocía nada sobre el positivismo u otras corrientes de moda en la capital. Su formación escolar fue anglosajona, si bien dentro de casa el padre se esforzaba por mantener en sus hijos la fe en la Reforma, el pensamiento liberal y la doctrina masona. La religión no tuvo lugar ni en la escuela ni en la vida familiar, lo que no impedía que sus padres tuvieran excelentes relaciones con los sacerdotes locales.

Al cumplir trece años (1886), regresó a Lampazos para terminar los estudios primarios en el Instituto Felipe Naranjo, fundado por su abuelo materno. Aunque ubicada a 1,300 kms. de la capital, esta localidad tenía una vida cultural regular: 80 por ciento de sus habitantes sabía leer y contaba con tres colegios municipales, un teatro, dos periódicos semanales y una orquesta. Gracias a la casa editorial de Balleescá, circulaban las obras de Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Manuel Flores, Alejandro Dumas y Eugenio Sue. Ocasionalmente, llegaban espectáculos y compañías teatrales<sup>1ª</sup>.

El "trasplante" a la patria se dio con ciertas dificultades. Nemesio aventajaba a sus condiscípulos en matemáticas y otras disciplinas, pero desconocía la historia nacional y tenía problemas con el español. Cursó quinto y sexto de primaria y, con el tiempo, conoció la "infortunada y triste" historia de su país. Alejado del control materno, su disciplina se relajó y tuvo que desfogar su energía con el ejercicio. Las costumbres morales austeras de Lampazos no le daban otra salida.

Durante su estadía en Lampazos, Nemesio vivió la decadencia del general Naranjo. Mientras el héroe se iba perdiendo en la vejez y el olvido, la actividad industrial y mercantil comenzaba a bullir en la región. Sobre la ruina de los

antiguos cacicazgos se fueron levantando fábricas, fundidoras y cervecerías que, en poco tiempo, darían un nuevo perfil al desierto de Nuevo León. La ciudad a la cual Nemesio marchó para realizar sus estudios de preparatoria, Monterrey, era el polo de este febril desarrollo.

#### Antonio Caso<sup>19</sup>.

El apellido Caso se originó en un pequeño pueblo de Asturias, cerca de Oviedo, llamado Campo de Caso. Dos miembros de la familia que le dio nombre a este poblado partieron hacia la Nueva España en 1786, con el propósito de hacer fortuna. Entre sus descendientes destacó Bruno Caso, conocido médico de ideas liberales. Uno de sus hijos, Antonio, fue discípulo de Gabino Barreda, compañero de Porfirio Parra y miembro de la primera generación formada bajo la influencia del positivismo, doctrina que hizo suya<sup>20</sup>. Su título de ingeniería civil y sus relaciones con los "científicos" le permitieron adentrarse exitosamente en el mundo de los negocios, aunque nunca perteneció al grupo de "los del carro"<sup>21</sup>.

El ingeniero civil Antonio Caso contrajo matrimonio con María Andrade, también capitalina y rica. Pero a diferencia de su marido, positivista y ateo, ella profesaba la fe cristiana. El hijo mayor de esta unión, Antonio Caso Andrade, nació en diciembre de 1883 y gozó de los privilegios que suponía el pertenecer a la clase alta de la capital. El enfrentamiento entre los principios liberales de su padre y las convicciones religiosas de su madre no constituyó un problema grave. Pese a las diferencias, ambos tenían un punto en común: la severidad con la que trataban a sus vástagos.

María Andrade relegó en su familia el cuidado de Antonio, quien fue educado por la abuela y las tías maternas. Ellas se encargaron de inculcarle el dogma cristiano, mientras que las primeras letras las aprendió en la escuela de párvulos de una parienta lejana, en donde tuvo como compañero a Isidro Fabela. Más tarde, asistiría a una primaria oficial dirigida por el padre de Alfonso Pruneda. La extensa biblioteca paterna le permitió satisfacer sus precoces inquietudes.

En su infancia, Antonio Caso absorbió las contradicciones, expectativas e inquietudes del sector ilustrado que había crecido al ritmo del progreso porfirista y que paulatinamente fue abandonando la herencia liberal. En su formación, se pueden observar los rasgos que caracterizaron a esta clase: la complicidad entre la razón científica y la fe religiosa, el uso utilitario del liberalismo, el desarrollo de una ideología conservadora y la creencia en un futuro prometedor, siempre y cuando el Dictador siguiera al frente de la nación. Ya adolescente, Antonio Caso poseía los "dones" propios de este grupo: elegancia en el vestir, desdén por lo rural, facilidad de palabra y dominio del francés.

#### Pedro Henríquez Ureña.

Al llegar a la Ciudad de México, en 1906, Pedro Henríquez Ureña ocupó de inmediato un lugar destacado dentro del grupo de noveles escritores que, por aquel entonces, comenzaba a incursionar en las letras y la filosofía. A los veintidós años, contaba ya con una sólida trayectoria como escritor y una cultura muy superior a la de sus condiscípulos mexicanos. Ello le valió el mote de "Sócrates", con el cual se quiso rendir homenaje a su vocación docente.

Esta excepcional formación fue resultado de situaciones particulares relacionadas, en primer lugar, con el medio familiar. Nació en la Ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, el 29 de junio de 1884. Su padre fue un personaje clave en la historia de esta pequeña isla, cuya trágica historia puede resumirse en pocas palabras: tiranía, invasiones, anhelos de libertad y represión. Convencido patriota y liberal al mejor estilo decimonónico, el doctor Henríquez y Carvajal vivió al ritmo de la vida política del país. Gracias a ello, su hijo Pedro experimentó los avatares de la lucha de las naciones caribeñas por la conquista de su autonomía.

La madre, Salomé Ureña de Henríquez, "poetisa nacional"<sup>22</sup>, era una figura en la vida cultural dominicana. En una época en la que la mayoría de las mujeres estaba destinada a los quehaceres de la casa, se dedicó a la literatura y la docencia. Como poeta, produjo varios libros; como profesora formó a varias generaciones de escritoras. Instaló en su casa el Instituto para Señoritas, primera escuela en abrir las puertas de la educación superior al sexo femenino en Santo Domingo.

El Dr. Henríquez y Salomé Ureña formaban parte del círculo de intelectuales reunidos en la Sociedad Amigos del País<sup>23</sup> -inspirada en sus homónimas de España-, cuya activa labor cultural alcanzó su apogeo hacia 1880, con la protección del movimiento político progresista de 1873. Este grupo reorganizó, bajo la dirección de Eugenio María de Hostos<sup>24</sup>, la enseñanza pública devastada durante la invasión haitiana<sup>25</sup>. En el periodo 1880-1887 fundó la Escuela Normal, el Instituto Profesional y el de Señoritas, en los cuales se formó la generación de escritores con la que Pedro Henríquez Ureña inició su carrera. El espíritu tradicional reinaba aún en las normas filosóficas y en el orden pedagógico, pero sin discriminar, como en otros países, las aficiones humanistas. En el campo literario, se

iniciaba por entonces el gobierno del modernismo, cuya influencia hizo aparecer novedades y elegancias<sup>26</sup>.

El propósito de la Sociedad de Amigos del País<sup>27</sup> era formar dirigentes para la futura patria que habría de levantarse sobre las ruinas dejadas tras dos siglos de orfandad. La nostalgia por el antiguo esplendor de la isla antillana, el ideal de una gran confederación que agrupara a las naciones del Caribe y un tímido democratismo orientaron su actividad en todos los frentes de la cultura, la ciencia y las humanidades. Fue así como sus miembros fijaron la conciencia de la nacionalidad dominicana en instituciones, libros y poemas.

Qué tanta influencia tuvo este medio sobre los hermanos Henríquez Ureña lo demuestra el hecho de que todos ellos (Fran, Pedro, Max y Camila) se dedicaran, con desigual talento y disciplina, a las artes. La madre fue definitiva en su formación inicial. Ella los introdujo en las letras y dirigió sus primeras lecturas. Con el regreso del padre -quien había viajado a París para obtener su doctorado en medicina- este primer panorama se amplió<sup>28</sup>.

Los intereses de Pedro eran muy vastos: mostró destreza en las matemáticas, la zoología le apasionaba y tuvo atracción por la geografía. La actualizada biblioteca hogareña le permitió estar al tanto de los avances científicos y literarios europeos. Entre sus textos favoritos estaban La Historia natural, del doctor Behn, y los Dramas de Shakespeare.

Fue hasta la edad de once años que Pedro Henríquez Ureña asistió a la escuela, en donde recibió una educación similar a la de su casa. El director del Liceo Dominicano, Emilio Prud'homme<sup>29</sup>, era su padrino de confirmación y compartía las ideas políticas y los gustos literarios de sus padres. Si bien el positivismo comenzaba a ganar

terreno, la enseñanza humanista tradicional aún prevalecía en el plan de estudios. La cultura española del Renacimiento y el Siglo de Oro dominó en su formación, de modo que, a diferencia de sus condiscípulos mexicanos, debía muy poco a la cultura francesa<sup>30</sup>.

Su actividad literaria comenzó desde temprana edad, con la edición de una hojita, intitulada La Patria, que circulaba entre la familia. En ella reproducía poemas de autores dominicanos, prologados con comentarios propios. Más tarde, en Puerto Plata, participó en una sociedad literaria infantil, el "Siglo Veinte", en la cual presentó sus primeros ensayos críticos y poemas. Estas veladas continuaron en Cabo Haitiano, refugio de la familia perseguida por el dictador en turno<sup>31</sup>.

En julio de 1899, cayó abatido a balazos Ulises Heureaux y los revolucionarios tomaron el poder. El Dr. Henríquez, quien había apoyado al movimiento libertador, fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores del nuevo régimen. Para sus hijos, el retorno a la patria abrió la posibilidad de desarrollar con plenitud sus aficiones literarias. Fran, el hermano mayor, publicó una revista, El Ibis, que tiempo después se fundiría en Nuevas Páginas. Pedro colaboró en ambas publicaciones y en la Revista Literaria, dirigida por Enrique Deschamps<sup>32</sup>.

A principios de 1901 viajó a Nueva York, donde permanecería tres años. Mientras los hados políticos favorecían al padre, se dedicó de nueva cuenta al culto exclusivo de lo intelectual y artístico<sup>33</sup>. En 1902, el panorama cambió: cayó el gobierno de Jiménez y el Dr. Henríquez se exilió en Cuba. Obligado a sostenerse, Pedro aprendió teneduría de libros y consiguió un modesto empleo<sup>34</sup>. Pronto (1904) alcanzaría a su familia en la Habana, en donde publicó los trabajos que le dieron a conocer como ensayista y crítico. Tiempo después, "hostigado por el medio" y buscando

"progreso e independencia", partió hacia México. Tenía entonces veintiún años.

#### Alfonso Reyes.

La trayectoria de la familia Reyes en México comenzó con el arribo de Domingo Reyes al país<sup>35</sup>. Proveniente de Nicaragua... "se hizo mexicano, se compenetró en aquel ambiente romántico, provinciano y señorial a un tiempo, dividido entre las luchas de cuarteles e iglesias; militó con bravura en las filas de los liberales y murió antes de los setenta, siendo jefe político y comandante militar del Cantón de la Barca (Jalisco)"<sup>36</sup>. Un dato más: sus dos matrimonios se realizaron con hermanas del General Pedro Ogazón, ministro de Guerra tras la asonada de Tuxtepec.

Bernardo Reyes, hijo de Domingo y padre de Alfonso, fue uno de los personajes centrales en la sociedad porfiriana. Aún adolescente, decidió escapar de la férula materna para unirse a las tropas que combatían contra la invasión napoléonica y los conservadores. Entre heroicidades sin cuento, "que a veces parecen arrancadas a los antiguos romanceros"<sup>37</sup>, llegó a general de brigada, puesto que le permitió una fulgurante, aunque accidentada, carrera política. Su ayuda al golpe de Díaz, su arraigo popular entre ciertos sectores de la población, su efectividad en las campañas de "pacificación" del norte del país y su capacidad como estratega militar le dieron el triunfo social, por aquel entonces inseparable del enriquecimiento económico.

Cuando Alfonso nació, en mayo de 1889, el general Reyes había acabado de "pacificar" la conflictiva entidad de Nuevo León y se perfilaba como su futuro gobernador, cargo que ocupó hasta 1909<sup>38</sup>. Monterrey, la ciudad en la cual pasó su primera infancia, dejaba de ser un poblado

desértico y lánguido para convertirse en un centro industrial, el "Chicago de México". Atraídas por las facilidades que daba el gobierno local y por la localización geográfica privilegiada, empresas fundidoras, mineras y cerveceras se instalaron en la región<sup>37</sup>. En pocos años, hicieron de ella una potencia económica a nivel nacional.

La figura del padre, "una divinidad henchida de poder y bondad que no podía equivocarse"<sup>40</sup>, ocupó el lugar fundamental en la infancia de Alfonso. La madre<sup>41</sup>, por el contrario, aparece en sus memorias como un fantasma que supo cumplir con dignidad el papel que le correspondía: seguir y servir al General. Este gobernaba el hogar con energía militar, imponiendo, sin coerción, sus ideas y costumbres.

En casa, Alfonso aprendió los principios de la moral positivista y burguesa, ante los cuales ni siquiera hizo falta el espíritu religioso: "Mi padre, primer director de mi conciencia, creía en todas las mayúsculas de entonces - el progreso, la civilización, la perfectibilidad moral del hombre a la manera heroica de los liberales de su tiempo, sin darse a partido ante ninguno de los fracasos del bien"<sup>42</sup>. Estos principios parecían ser tan inamovibles y necesarios como Porfirio Díaz, Atlas que sostenía a la República y de cuya vida mitológica dependía el destino de los Reyes<sup>43</sup>.

Pese a la intensa actividad política y militar de Don Bernardo, Alfonso Reyes tuvo una infancia normal. Los personajes favoritos de sus recuerdos fueron los sirvientes de la familia. Sus contactos con el pueblo se limitaron a relaciones de servicio, aunque permeadas de un humanismo paternalista. En *Albores* describe a la campesina que lo amamantó, a su abominable nana, al cabo Maximino Mata-compañero obligado de sus paseos- y a Indalecio,

sobreviviente de la vencida población autóctona de la zona. Esta fue la imagen que guardó y mitificó de sus paisanos. Los demás, los "indios alzados", la "chusma sangrienta", aparecerían borrosamente en su Diario<sup>44</sup>.

Alfonso Reyes tuvo la formación escolar propia de su estrato. De la escuela de Melchorita Garza pasó al Colegio de San Luis Gonzaga, dirigido por Manuelita Sada de Treviño, y después al Instituto para varones de Don Jesús Loreto, para terminar en el Colegio Bolívar. La pedagogía de Laubscher y Rébsamen y la nueva didáctica entonces en boga habían llegado a esta última institución, gracias a lo cual sus estudiantes se libraron de la disciplina impuesta por los métodos tradicionales.

Leer y escribir fueron actividades básicas durante su infancia<sup>45</sup>. Sus primeras lecturas serían las colecciones de cuentos clásicos y las fábulas de Samaniego y La Fontaine. Más tarde vendrían La divina comedia, El Quijote, Los cantares de Heine y los Episodios nacionales de Pérez Galdós, libros descubiertos en el almacén de un ilustrado panadero y en la bien surtida biblioteca paterna.

Alfonso Reyes debe a su padre, militar culto<sup>46</sup>, su primer contacto con la poesía, la curiosidad por la antigüedad clásica y el conocimiento de las hazañas bélicas de César y Napoleón. Estas últimas formaron parte integral de su infancia, de tal modo que la guerra siempre estuvo a la vista, ya sea por los recuerdos familiares o por los textos leídos. Esta instrucción militar causó un efecto inesperado: de adulto, fue un convencido antibelicista.

En 1900, el General Reyes fue nombrado ministro de Guerra y la familia se trasladó a la capital. Alfonso ingresó al famoso Lyceé Français du Mexique, en donde recibió una educación al estilo francés. Los recuerdos de esta experiencia escolar no son favorables: castigos injustos,

bromas pesadas de sus compañeros, disciplina autoritaria, etcétera. Aun así, completó y profundizó la formación recibida en Monterrey.

Antes de vivir en la ciudad de México, Alfonso Reyes había estado al margen de la vida política porfiriana. Hasta entonces, la política era, para él, la batalla de los grandes héroes que luchan abiertamente en los campos de combate, conquistan el poder con generosidad y valentía y gobiernan como caudillos. En el estrecho círculo del gabinete descubrió una nueva faz del quehacer político: la intriga, el escarnio, la corrupción. Presintió, dentro de este medio de "reservas y artificialidades", la próxima ruina del porfiriato. Regresó con gusto a Monterrey para iniciar sus estudios preparatorios en el Colegio Civil de Nuevo León. Llevaba con él sus primeros ejercicios poéticos, cuentos y ensayos, escritos entre notas de aritmética, historia y magia en sus Cuadernos infantiles<sup>47</sup>.

Años más tarde, viviendo en el exilio voluntario y en su búsqueda de la patria perdida en la Revolución, Alfonso Reyes volvería en forma obsesiva a su primera infancia, a ese México que se disolvió violentamente en 1910. Sus escritos tienen un escenario preciso: Monterrey y sus alrededores. A él están dedicados ensayos y poemas, estudios y conferencias<sup>48</sup>. Se ha dicho, con justa razón, que Reyes fue el intelectual mexicano más universal de su época. Es verdad; pero también lo es que fue un provinciano, un celoso guardián de las costumbres y los paisajes de una región en cierto modo desprendida del resto del país. Sus recuerdos están más vinculados a la vida rural que al desarrollo económico operado en Nuevo León. Al abandonar en forma definitiva esta Entidad e irse a la capital, acabó, para él, la "época dorada de su vida".

## NOTAS

- Visto desde el presente, el concepto infancia recae a los primeros años y la niñez de los sujetos. En este trabajo, la infancia cubre desde el nacimiento hasta la primera juventud de los protagonistas, marcada más por su ingreso al bachillerato -que en esa época comprendía la enseñanza secundaria- que por la edad. En términos estrictos, no debí haber integrado en este capítulo la etapa adolescente de Pedro Henríquez Ureña. Dado que éste último no llegó a México sino hasta los veintiun años y que no consideré pertinente hacer un capítulo especial para describir su formación escolar y su trayectoria durante la época que va de su niñez a su arribo a la ciudad de México, incorporé esta descripción al primer capítulo. Arbitraria desde el punto de vista cronológico, esta decisión se permitió tratar a mis personajes en forma integral.
- <sup>1</sup> Alfonso Reyes, "Notas sobre Jesús Acevedo", en Reloj de sol, p. 146.
- <sup>2</sup> José Vasconcelos, Ulises Criollo, México, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1984, (2 vols).
- <sup>3</sup> José Joaquín Blanco, Se llamaba Vasconcelos, p. 9
- <sup>4</sup> Véase: Ilán Semo, "De Vasconcelos", en El Buscón, No. 9, pp. 17-28.
- <sup>5</sup> En 1857 dio refugio en su rancho de Tlaxiaco a Porfirio Díaz y le curó una herida de bala. Agradecido, el Presidente lo nombraría, años más tarde, senador vitalicio por Oaxaca.
- <sup>6</sup> José Vasconcelos, Op. Cit. p. 46
- <sup>7</sup> El Catecismo de Jerónimo Ripalda constituía una lectura básica para todo niño cristiano.
- <sup>8</sup> "Mi pasión de entonces era la lectura y se poseía con avidez. Devoraba lo que en la escuela nos daban y cada año nos apliaban el círculo de clásicos ingleses y norteamericanos. Leía por mi cuenta en la casa todos los libros hallados a mano... recapacitaba una noche sobre mi saber, y al consuear el recuento de los libros leídos pensaba: ningún niño en los dos pueblos ha leído cosa yo". José Vasconcelos, Op. Cit. p. 42.
- <sup>9</sup> Es de dudarse que José Vasconcelos, quien tenía entonces cerca de trece años, leyera todos estos libros. Aun así, la lista muestra bien la atmósfera cultural en la que se formó.
- <sup>10</sup> Ibid p. 42
- <sup>11</sup> Ibid p. 71.
- <sup>12</sup> José Joaquín Blanco, Op. Cit. pp. 27-28.
- <sup>13</sup> Porfirio Díaz dejó la presidencia en 1881 e impuso a Manuel González, quien gobernó hasta 1884.
- <sup>14</sup> "Por haberse hecho de las riendas de la República los abanderados del Plan de Tuxtepec, Cosío Villegas les puso a Díaz y a sus compañeros el apodo de 'tuxtepecadores'". Luis González, La ronda de las generaciones, p. 23.
- <sup>15</sup> La favorable situación de los caudillos del norte Gerónimo Treviño, Francisco Naranjo y Genaro Garza García durante el periodo presidencial de Manuel González cambió al llegar al poder Porfirio Díaz por segunda vez. Preocupado por el localismo exagerado de estos caciques,

el Dictador les quitó el mando de las fuerzas federales a los dos primeros, le retiró su apoyo político a Benaro Garza García y envió a Bernardo Reyes a "pacificar" la región. Véase: Moisés González Navarro, El porfiriato, vida política interior; segunda parte, pp. 110-124.

- <sup>16</sup> Nemesio García Naranjo, Memorias, Tomo I, pp. 133-134.
- <sup>17</sup> Ibid. pp. 151-152.
- <sup>18</sup> Ibid. p. 164.
- <sup>19</sup> Como el lector podrá apreciar, la sección dedicada a la infancia de Antonio Caso es menor en extensión que las referidas a los otros personajes. Esta diferencia no se debió a criterios personales, sino a la carencia de material escrito sobre esta etapa de la vida de Antonio Caso.
- <sup>20</sup> Leonardo Pasquel, "Juventud del maestro Antonio Caso, en Hoy, 27 de agosto de 1953.
- <sup>21</sup> Francisco Bulnes utilizaba este término para referirse al grupo cercano a José Ives Limantour.
- <sup>22</sup> Salomé Ureña fue hija de Nicolás Ureña, destacado intelectual y político de ideas conservadoras.
- <sup>23</sup> "Allí figuraban Emilio Prud'Homme y José Dubau, educadores y poetas; Pablo Pumarol, satírico muerto en la juventud, César Nicolás Pensón, erudito en cuestiones de lengua y literatura de España y América... el malogrado educador José Pantaleón Castello y José Lamarche, doctor en Derecho... de la misma generación, aunque no de la misma sociedad, proceden Enrique Henríquez, abogado y poeta, el más elegante entre sus coetáneos; y Federico García Godoy, crítico de seria ilustración y amplio criterio, a quien se deben un juicio magistral sobre la concepción religiosa de Comte y un estudio histórico en forma narrativa". Pedro Henríquez Ureña, "La vida intelectual de Santo Domingo", en Obra Crítica, pp. 128-129.
- <sup>24</sup> Eugenio María de Hostos llegó por segunda vez a Santo Domingo en mayo de 1879. Realizó en este país una fecunda labor educativa, que fue suspendida cuando el Dictador Ulises Heureaux (Lilís) llegó al poder (1887).
- <sup>25</sup> Santo Domingo obtuvo su independencia de España en 1821. Un año después, fue invadida por Haití; la dominación duró veintidós años. Durante este tiempo, la cultura española fue perseguida, se arruinaron conventos y palacios y se clausuró la Universidad.
- <sup>26</sup> Pedro Henríquez Ureña, Op. Cit. pp. 131-132.
- <sup>27</sup> Las Sociedades de Amigos del País surgieron en España como una propuesta de los ilustrados españoles para romper con el estrecho círculo intelectual, entrar en contacto con el pueblo y trabajar para resolver los problemas nacionales. En Santo Domingo, estas sociedades cumplieron un papel semejante. Véase: Eugenia Revueltas, "Henríquez Ureña, odiseo americano", en Los Universitarios, No. 16, pp. 5-8.
- <sup>28</sup> Max Henríquez Ureña, "Hermano y Maestro. Recuerdos de infancia y juventud", en Universidad y educación, pp. 14-27.
- <sup>29</sup> Emilio Prud'Homme, considerado por los historiadores dominicanos como un intelectual de segunda categoría, fue el autor del Himno Nacional de la República Dominicana. Véase: Rufino

Martínez, Diccionario biográfico-histórico dominicano 1821-1930, Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1971.

- <sup>30</sup> Cfr. Enrique Krauze en "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña", Vuelta, No. 100, vol. 9, p. 15.
- <sup>31</sup> Véase: Juan Jacobo Lara de, Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra, Santo Domingo, Universidad Nacional, 1976.
- <sup>32</sup> Pedro Henríquez Ureña, "Horas de estudio", en Obra Crítica, p. 34.
- <sup>33</sup> Enrique Krauze, Op. Cit. p. 13
- <sup>34</sup> Véase: Alfredo Roggiano, Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos, México, s/e, 1961.
- <sup>35</sup> Véase: Alfonso Reyes, Parentalia, Primer libro de recuerdos, p. 152.
- <sup>36</sup> Albores, Segundo libro de recuerdos, p. 152.
- <sup>37</sup> Ibid. p. 154.
- <sup>38</sup> Bernardo Reyes llegó a Nuevo León en 1885 y ocupó provisionalmente el gobierno entre el 12 de octubre de ese año y el 3 de octubre de 1887. Desde el 28 de febrero de 1886 era jefe de la 3a. zona militar (Nuevo León y Coahuila). Poco después, en septiembre de 1889, se hizo cargo por mucho tiempo del gobierno político del Estado. Véase: Aurelio Lartigue, Biografía del Gral. de División Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y Marina, Monterrey, Tip. del Gobierno en Palacio, 1901.
- <sup>39</sup> Véase: Isidro Vizcaya Canales, Los orígenes de la industrialización de Monterrey, Monterrey, 1971.
- <sup>40</sup> Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 86
- <sup>41</sup> Aurelia Ochoa, madre de Alfonso, pertenecía a una familia jalisciense que llegó a México entre los primeros conquistadores de Jalisco o Nueva Galicia.
- <sup>42</sup> Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 85
- <sup>43</sup> Ibid. p. 87
- <sup>44</sup> Alfonso Reyes, Diario (1911-1930), Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969.
- <sup>45</sup> Citado por Alicia Reyes en Genio y figura de Alfonso Reyes, pp. 31-32.
- <sup>46</sup> Bernardo Reyes fue autor de: El Ejército Mexicano: monografía histórica escrita en 1899 para la obra México, su evolución social, México, J. Ballezá y Cia. suc. 1901 y El General Porfirio Díaz. Estudio biográfico con fundamento de datos auténticos, México, J. Ballezá y Cia., Suc. 1903.
- <sup>47</sup> Estos Cuadernos pueden consultarse en el archivo de Alfonso Reyes.
- <sup>48</sup> Alfonso Reyes, Cuatro poemas en torno a Monterrey, Monterrey Sierra Madre, 1972.

## II. LOS AÑOS ESTUDIANTILES.

La historia de la generación del centenario no puede entenderse sin analizar el papel que desempeñó la Escuela Nacional Preparatoria en la vida política y cultural del porfiriato. Formadora de los dirigentes más destacados del país<sup>1</sup>, escenario de las luchas entre liberales, "científicos" y conservadores, pilar de la reforma educativa promovida por Juárez, esta institución fue el centro escolar más importante de la época y el paso obligado para los jóvenes de buena familia con intención de hacer carrera<sup>2</sup>. La alternativa era el colegio jesuita de Mascarones, ubicado frente al edificio de San Ildefonso.

Ser "preparatoriano" en el México anterior a 1910 daba un sello de distinción con respecto al común de los mortales; significaba entrar al mundo de la cultura -con mayúsculas y sin plural- conocer a los grandes maestros de la época y, con el tiempo, ingresar a las escuelas superiores de la capital. Quien pasara por sus aulas, privilegio de pocos, podía sentirse legítimo heredero de esa casta de ilustres que forjó la cultura nacional: Ramírez, Barrera, Sierra, Parra. Ellos, los estudiantes, se sentían destinados a consumir la obra de reconstrucción social iniciada tiempo atrás.

Este sello distintivo le era otorgado a unos cuantos, entre los cuales encontramos a tres de nuestros cinco personajes<sup>3</sup>. El primero en ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria fue Antonio Caso (1896); le seguiría José Vasconcelos (1897), quien sólo cursó los dos últimos años en esta institución. Alfonso Reyes entró en 1906, tras comenzar el bachillerato en el Colegio Civil de Nuevo León, escuela que albergó también a Nemesio García Naranjo. La tragedia política y económica de su padre obligó a este último a permanecer en Monterrey.

Cuando José Vasconcelos y Antonio Caso se matricularon en la Escuela Nacional Preparatoria, ésta vivía un periodo de relativa calma tras el movimiento estudiantil antirreeleccionista de 1892<sup>a</sup> y la última ofensiva de los liberales en contra del programa positivista. La derrota del lerdismo, la censura y la represión ejercidas en contra de los núcleos opositores y el control impuesto por las autoridades escolares explican el por qué de esta paz. Una paz obtenida no sólo gracias al temor con el que se imponía el orden porfiriano, sino también en la autoridad intelectual de algunos integrantes del gobierno y en el consenso que éste logró entre la población.

Pese a los sucesivos cambios de los que fue objeto el plan de Barrera, por esa época aún reinaba el positivismo. Gobernaba ya sin el brío y la vitalidad de los primeros años: los introductores de esta doctrina ya habían muerto o estaban en la senilidad; sus discípulos más brillantes comenzaban a dudar del método positivo. Los esfuerzos de Agustín Aragón y Porfirio Parra por difundir el pensamiento de Comte y Spencer entre las nuevas generaciones tenían poco éxito. Anquilosados e incapaces de romper el estrecho círculo de la autocomplacencia, los positivistas caían en la ceremonia ritual, el homenaje vacío y la repetición dogmática.

En el lejano Colegio Civil de Nuevo León, el positivismo sólo reinó a medias, de modo que Nemesio García Naranjo recibió una formación ecléctica. Tuvo como maestros a miembros de la vieja guardia liberal -ya prácticamente existna en la metrópoli-, discípulos de la doctrina nacionalista de Ignacio Manuel Altamirano, uno que otro admirador de Barrera y jóvenes recién titulados que llevaban al mundo de la academia las inquietudes sociales

de la época. En la provincia regiomontana, el ideario positivista rindió pobres frutos<sup>7</sup>.

Si José Vasconcelos y Antonio Caso padecieron el deterioro gradual del positivismo mexicano, más aún lo sufrió Alfonso Reyes, quien llegó a la capital justamente cuando el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes<sup>8</sup> señalaba la necesidad de restablecer la enseñanza de la metafísica y la filosofía. A más de veinte años de su famosa intervención en defensa del proyecto positivista impugnado por Ezequiel Montes, Justo Sierra tenía la posibilidad de promover las ideas que tan fervorosamente defendió en el pasado<sup>9</sup>. Pero entre el Sierra de La Libertad y el de los 1905 existía una gran distancia: precisamente aquélla que separó el autor del proyecto universitario de 1881 del creador de la Universidad Nacional. Tiempo atrás, había comenzado a dudar de las verdades comtianas y, tras un angustiante escepticismo, se declaró públicamente espiritualista<sup>10</sup>.

La necesidad de reincorporar la metafísica al plan de estudios era impensable en la época estudiantil de Antonio Caso y José Vasconcelos. Por aquel tiempo, se creía haber acabado con todos los resquicios de la filosofía "subjetiva" y privaba la pasión por las materias en las que la observación y la experiencia, pilares del sistema de Comte, podían ser aplicadas<sup>11</sup>. Los maestros se esforzaban por iniciar a sus alumnos en la nueva era de la ciencia, despreciando los pobres contenidos del área de humanidades<sup>12</sup>. Sin embargo, el objetivo de formar futuros dirigentes contrastaba con las técnicas didácticas empleadas en la cátedra, en donde la creatividad y la crítica eran reprimidas y se hacía uso del aprendizaje de leyes inmodificables:

"En la cátedra... se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos. La

observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber'. Estos y otros consejos contados recordados ante cada ocasión iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la otra definición positivista: sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse... No hay más verdad que la de la experiencia sensible, ni otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. 'Lo único absoluto es que todo es relativo'<sup>11</sup>.

El entusiasmo científicista cautivó a Vasconcelos<sup>12</sup>, quien -temeroso ante el hecho de estudiar en una institución en la que no sólo se impartía una enseñanza laica sino hostil a las creencias religiosas- extremó sus oraciones para salir victorioso en la lucha contra el ateísmo. Leyó a Humboldt, Cuvier y Reclus, cuyos juicios sobre la convivencia de las razas de América fueron germen de sus posteriores escritos acerca de este tema. El interés por la ciencia no alteró, en un principio, su fe cristiana, ni las tentaciones de la vida capitalina modificaron sus austeras costumbres. Durante su primer año en la Escuela, sólo pensaba en los beneficios que le traerían los estudios: unos cuantos años de tesón en las aulas y, tras una serie de éxitos fáciles, la prosperidad y la gloria<sup>13</sup>.

Antonio Caso había aprendido desde pequeño a combinar los principios positivistas con el dogma cristiano. En cierto modo, vivió en la Preparatoria un conflicto de sobra conocido. Supo, por ello, tomar aquellos contenidos que consideraba útiles, rescatar del positivismo la rigurosidad científica y buscar fuera de las aulas respuestas a sus inquietudes filosóficas. A diferencia de Vasconcelos, irreverente crítico de la academia, Caso guardó una imagen positiva de su experiencia estudiantil<sup>14</sup>.

Seguramente presionado por su padre, quien deseaba hacer de su primogénito un ingeniero notable, Antonio Caso dedicó especial interés al estudio de las matemáticas. Su atracción por la filosofía, que "vagaba implorante" (Sierra) dentro de la Escuela, la satisfizo de forma autodidacta, con el apoyo de la excelente biblioteca hogareña. Fanático de la retórica, comenzó a destacar en los concursos de oratoria, clave del éxito político. Nació entonces una pasión que conservaría hasta la muerte: hablar en público.

Antonio Caso y José Vasconcelos gozaron la suerte de tener como profesores a la vieja guardia de positivistas formados directamente por Barrera, fundadores de La Libertad y la Asociación Metodófila<sup>15</sup>. Justo Sierra impartía los cursos de historia universal e historia de México. Pese a que a raíz del conflicto en torno a la deuda inglesa<sup>16</sup> había perdido prestigio entre los estudiantes (varias generaciones se negaron a entrar a sus clases como rechazo a la posición progubernamental que tuvo frente al movimiento estudiantil<sup>17</sup>) y a su rigurosidad académica, sus dotes como orador y su bondad conquistaban a los preparatorianos, quienes hicieron de él un ídolo<sup>18</sup>.

La relación intelectual de Antonio Caso y José Vasconcelos con el pensamiento liberal mexicano fue indirecta y mediada por el filtro positivista, que presentaba el pasado inmediato y a la ideología jacobina como un periodo de caos. Más de una década atrás de su ingreso a la Escuela Nacional Preparatoria, había muerto Ignacio Ramírez, ministro del gobierno de Díaz. Con el fallecimiento de Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano (1893) acabó toda una época del liberalismo mexicano. Las tareas iniciadas por los últimos sobrevivientes de esta tradición se fueron secando en el costumbrismo narrativo (Federido

Gamboa), la repetición de la estética krausista (José María Vigil) y una actitud sumisa ante la dictadura<sup>19</sup>.

De la camarilla nacida en los sesenta, Ezequiel A. Chávez fue el único que tuvo contacto con Antonio Caso y José Vasconcelos durante su paso por la Escuela Nacional Preparatoria. El colaborador de Justo Sierra y traductor de Spencer impartía los cursos de lógica y psicología con apego a la doctrina de John Stuart Mill y Tichener. Por aquella época, Chávez intentaba dar cabida a las expresiones morales y psíquicas del individuo dentro de la teoría positiva, vacilando entre la rígida jerarquización comtista, el evolucionismo spenceriano y el pensamiento sociológico de Gomplowitz<sup>20</sup>. Poseedor del "difícil don del análisis íntimo" (Caso) igual hacía uso del espiritismo que de la lógica empirista.

El régimen escolar extracátedra era un remedo de cuartel. Tras el conflicto de la deuda inglesa, las autoridades designaron como director al licenciado Vidal de Castañeda y Nájera<sup>21</sup>, hombre sin trayectoria académica pero con fama de enérgico y dispuesto a restaurar el orden dentro del plantel. Sólo meses después de ser nombrado, expulsó a cuatro alumnos por el delito de no descubrirse ante su presencia. Tres estudiantes más -entre ellos el futuro dirigente Joaquín Clausell- sufrieron el mismo castigo por haber criticado públicamente al gobierno de Díaz. En 1892, cuando el movimiento antirreeleccionista cundió entre los medios estudiantiles, encabezó la represión en contra de los opositores. Más tarde, desempeñaría un papel clave en el suceso conocido como el "desmoche de la prensa"<sup>22</sup>.

Incapaz de negociar con sus oponentes y obtener consenso ante la comunidad de la Preparatoria, Vidal Castañeda, auxiliado por una docena de prefectos que hacían las veces de sargentos, impuso un clima de terror. Los estudiantes

tenían prohibido aplaudir en clase y congregarse en los patios o los alrededores del colegio, así fuera para leer poemas o para preparar festejos. Quienes transgredieran las normas disciplinarias eran encerrados en separos oscuros por varias horas; a la segunda o tercera captura, venía la expulsión irrevocable<sup>23</sup>.

Estas normas disciplinarias estaban vigentes cuando Alfonso Reyes pasó por la Preparatoria. Si bien ésta vivió durante la gestión de Manuel Flores un respiro de libertad, con José Terrés el orden militar y los castigos volvieron a utilizarse. Por acuerdo de las autoridades, los alumnos sólo podían entregarse a sus juegos libres por grupos determinados, a horas distintas y en locales fijos. Cualquier reunión de más de diez personas era considerada un complot. Preocupada al ver que los estudiantes asistían a la biblioteca a hojear libros con estampas o a leer obras "obscenas", la Dirección resolvió que no se les facilitaran sino libros de texto, obras científicas y trabajos literarios previamente escogidos por los profesores.

Esta rigidez contrastaba con la tolerancia ante la vida de los preparatorianos fuera de los recintos escolares. Nadie les impedía que acudieran a las tabernas, los billares y las casas de citas situadas en las inmediaciones del barrio estudiantil<sup>24</sup>, en el que habitaban los jóvenes provincianos enviados a la capital. Lejos del control familiar, éstos gastaban alegremente sus mesadas en los comercios de la zona. Sus costumbres, festejadas por los habitantes de los barrios populares, eran motivo de escándalo por parte de la alta sociedad. No faltó quien culpara al plan de estudios positivista del comportamiento impropio de los estudiantes.

Atraído por la vida del barrio de San Ildefonso, José Vasconcelos se entregó al "cínico abandono". La muerte de su madre lo alejó de los "poderes celestes" y lo trajo

hacia los de la carne, con los que combatió la melancolía. A ritmo de Baudelaire, el guía de aquellos años, se introdujo en el mundo de la literatura, el sexo y el alcohol, compartiendo con sus compañeros de pensión aventuras amorosas, duelos callejeros y empresas literarias. Sufrió, así, el conflicto entre la inflexibilidad de la academia y los impulsos vitales. ¿Para qué tanto estudio, si la vida podría ser gustada a sorbos en una ciudad llena de placeres? ¿De qué servían los libros sin las emociones, la estética, los sentimientos de la juventud?<sup>25</sup>.

En el círculo social donde se movía Antonio Caso privaban normas muy distintas a las de los provincianos de San Ildefonso, de tal modo que su experiencia fue muy diferente a la de José Vasconcelos. Ello explica, en parte, el hecho de que las actitudes políticas de ambos hayan sido tan disímolas. El primero sabía que bastaba cumplir ciertas reglas básicas para obtener el triunfo social; su futuro estaba asegurado. Para Vasconcelos, en cambio, las posibilidades de éxito eran muy remotas. Las continuas guerras civiles y el despegue económico habían permitido ascensos sociales y carreras político militares vertiginosas. A finales de siglo, estos saltos en la jerarquía social eran imposibles. En el aparato estatal seguían gobernando los mismos hombres que 30 años antes tomaron el poder<sup>26</sup>; en la industria, era indispensable contar con un gran capital para iniciar cualquier negocio. Los caminos estaban bloqueados para el hijo de un agente aduanal.

Mientras su experiencia condujo a Caso hacia posiciones conservadoras, la escasez de opciones llevó a Vasconcelos hacia un tímido y visceral rechazo al régimen. Desde su infancia, despreciaba a los hijos de los latifundistas que, sin mayores trabajos, lo tenían todo. En su juventud,

siendo estudiante de la Preparatoria, se desató en él un vago sentimiento en contra de Díaz<sup>27</sup>.

A diferencia de sus futuros compañeros, Alfonso Reyes no alcanzó la vieja guardia de maestros formados por Barrera, o sólo los encontró... "en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos". Porfirio Parra ya no era más que un repetidor de su Tratado de lógica; el "imcomparable" Justo Sierra se había retirado de la cátedra para cumplir sus funciones como ministro; lo acompañó en esta labor Ezequiel A. Chávez. Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, mientras que la tierra reclamaba ya los huesos del gramático Angel de la Peña<sup>28</sup>. El ilustre matemático Eduardo Prado vivía en un departamento del interior de la Preparatoria, embriagado de cifras y algo chiflado<sup>29</sup>. El viejo maestro Sánchez Marmol<sup>30</sup> no creía ya en la enseñanza y guardaba para él su sabiduría y sus sabios secretos.

Por esa época, se habían incorporado a la Escuela Nacional Preparatoria destacados representantes del modernismo<sup>31</sup>, corriente que comenzaba a perder la vitalidad, el ímpetu renovador y el ansia de novedad de sus primeros años. El desafío moral y el amor a la modernidad propios de este grupo no generaron una base de sustentación de la rebeldía, de tal modo que su empresa social fracasó<sup>32</sup>. Al integrarse al aparato escolar, los modernistas fueron incapaces de promover cambios significativos. Luis G. Urbina se contentaba con quitarse las clases de encima con graciosa desgana; Amado Nervo cumplía tareas burocráticas, mientras su gran enemigo, Salado Alvarez, reducía su cátedra a la lectura de algún drama de Galdós<sup>33</sup>.

Entre los escritores de la Revista Moderna<sup>34</sup>, Jesús Urueta -el más notable orador y prosista- fue quien mayor empeño puso en la educación. Polemizó con Justo Sierra en torno a

la orientación pragmática de los estudios y defendió la enseñanza del latín<sup>35</sup>. Desde 1904 venía organizando eventos culturales en los cuales comentaba las obras de Esquilo y de los clásicos griegos, labor que continuó en su curso de lecturas comentadas de producciones literarias selectas, "animal quimérico" (Reyes) con el que fueron sustituidas las clases de literatura. Sus dotes oratorias le permitían hablar elocuentemente sobre cualquier tema, aun acerca de los que le eran desconocidos. Tal vez por ello, Alfonso Reyes, apasionado de la rigurosidad, le reprochó el no salir de las "vaguedades sentimentales".

Al no encontrar en las aulas respuesta a sus inquietudes, Alfonso Reyes optó por el autodidactismo. Tuvo, para ello, el apoyo de sus amistades: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Díaz Dufío Jr. y Ricardo Gómez Robelo. Siendo aún estudiante de la Preparatoria ya participaba en las empresas culturales<sup>36</sup> promovidas por este núcleo de noveles literatos. Su principal guía fue el "Sócrates" del grupo: Pedro Henríquez Ureña.

El nombre de Alfonso Reyes comenzó a destacar desde 1907 -tenía entonces 18 años-, con motivo de una conferencia que dictó en un homenaje a H. Moissan<sup>37</sup>. Ese mismo año fue orador en el festejo conmemorativo del primer aniversario de la sociedad de alumnos<sup>38</sup>. Durante su paso por la Preparatoria, publicó varios poemas en Savia Moderna, algunos sonetos en El Imparcial y dos composiciones presentadas en los exámenes de literatura<sup>39</sup>. Tiempo atrás, un periódico local de Monterrey había difundido sus primeras poesías. Preocupado por la seriedad con la que su hijo tomaba la actividad literaria, Bernardo Reyes intentó orientarlo hacia la vida práctica. La perspectiva de tener un poeta en la familia desagradaba al General: una cosa era escribir poemas en los ratos de ocio y otra ser literato de profesión<sup>40</sup>.

La experiencia escolar de Nemesio García Naranjo fue muy distinta a la de los capitalinos de la Escuela Nacional Preparatoria. Sus orientadores fueron maestros de provincia que transmitían dignamente la tradición liberal, el nacionalismo de Altamirano y el amor por los "filtros exigentes de los cánones clásicos". Las modas de la metrópoli comenzaban a imponerse, pero sin romper abruptamente con los moldes tradicionales.

El núcleo estudiantil de Monterrey era muy reducido y gozaba de todo tipo de privilegios. Esta pequeñez permitía que los alumnos de distintos grados se conocieran entre sí. En el Colegio estudiaban los Garzas, Treviños, Montemayores y Hernández, descendientes de la primera generación de comerciantes y pequeños importadores de tecnología que poblaron a la pujante ciudad de Monterrey. A diferencia de sus padres, audaces pero incultos, estos jóvenes se preparaban para consolidar el auge económico iniciado tiempo atrás. De sus filas habrían de surgir exitosos profesionistas, eficientes funcionarios públicos, uno que otro diputado y, sobre todo, empresarios. De aquí salió la casta empresarial más avanzada de su época: el famoso grupo Monterrey<sup>41</sup>.

Nemesio García Naranjo no perteneció a este reducido núcleo de futuros capitanes. Por el contrario, su historia estuvo más emparentada con la crisis de los cacicazgos militares y la vieja aristocracia terrateniente. No obstante, adquirió el espíritu de eficiencia, ahorro y sobriedad propios del "grupo". En aquel entonces, todo parecía posible de obtenerse mediante el trabajo. Monterrey se convertía en un centro industrial y mercantil de primer orden<sup>42</sup>. El crecimiento de la Cervecería Cuauhtémoc, el banco de Nuevo León y la Fundidora de Hierro y Acero era el ejemplo vivo del progreso regional. Orgullosos constructores de uno de

los enclaves económicos más poderosos del país, los habitantes de esta ciudad soñaban con crear una sociedad modelo.

El auge financiero posibilitó el florecimiento de una vida cultural muy por encima del promedio de la provincia mexicana. Regularmente, desfilaban por Monterrey compañías y espectáculos teatrales. Esperanza Iris, María Conesa y Virginia Fábregas montaron ahí las obras que les dieron fama. La ópera italiana llenaba el teatro Juárez con la Bohemia y la Tosca. Además, gracias al periódico El Espectador, se podían leer los poemas de Manuel José Othón, Enrique González Martínez y Victoriano Salado Alvarez.

Inspirado en el ejemplo del progreso económico y cultural neoleonés, Nemesio dio sus primeros pasos literarios. Recibió influencias muy variadas: debe a su compañero de pensión el conocimiento de los clásicos griegos y a un poeta malogrado la pasión por el Siglo de Oro español. Alfonso Cabrera, hermano de Luis, lo puso en contacto con la Revista Moderna y la obra de Jesús Urueta, Amado Nervo y José Juan Tablada, por aquel entonces héroes de una juventud que comenzaba a hartarse de la mojigatería provinciana.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Estudiaron en la Escuela Nacional Preparatoria, directa o indirectamente bajo la dirección de Gabino Barreda: José Ives Lirantour, Pedro Vigil, Luis E. Ruiz, Porfirio Parra, Miguel Mateco, Carlos Crocco, Miguel Covarrubias, Carlos Díaz Dufoo, Juan Sánchez Arcona, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Fabio Macedo y Protasio Tagle.
- <sup>2</sup> Véase: Cleotina Díaz de Ovando, Los afanes y los días; Escuela Nacional Preparatoria (1869-1910), México, UNAM, 1972; Eusebio Castro, Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria México, UCLA, 1968; Ernesto Lescine, La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda (1867-1878), México, UNAM, 1970; Guadalupe Muriel "Reformas Educativas de Gabino Barreda", en Historia Mexicana No. XIII, Abril-Junio 1964, pp. 351-377.
- <sup>3</sup> Recuérdese que el dominicano Pedro Henríquez Ureña llegó a México hasta 1906.
- <sup>4</sup> Véase: Bernardo Méndez Lugo, "Los estudiantes contra la dictadura", en Las luchas estudiantiles en México, pp. 147-169; Ralph Roeder, Hacia el México moderno, pp. 70-84.
- <sup>5</sup> Cfr. Nemesio García Naranjo, Op. Cit. Tomo III, pp. 48-90.
- <sup>6</sup> Esta Secretaría fue creada en 1905, por iniciativa de Justo Sierra.
- <sup>7</sup> "Alocución del Sr. Ministro en la Escuela Preparatoria", El Imparcial, 16 de julio de 1905.
- <sup>8</sup> Esta transición es analizada por Edmundo O'Gorman en: "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México", Seis estudios históricos de tema mexicano, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1960.
- <sup>9</sup> De acuerdo a la reforma de 1896, promovida por Ezequiel A. Chávez, se consideraban materias básicas: aritmética y álgebra, geometría plana y en el espacio, trigonometría rectilínea, cosmografía, física, química, botánica, biología y lógica.
- <sup>10</sup> Las asignaturas en esta área eran las siguientes: moral y psicología experimental, lógica, geografía, historia general, historia patria, francés, inglés, lengua nacional, raíces griegas y latinas, literatura, recitación y lectura superior, dibujo, canto y conferencias sobre moral y sociología general.
- <sup>11</sup> José Vasconcelos, Op. Cit. p. 151.
- <sup>12</sup> "Quien no se entregaba a la ciencia con pasión exclusiva, recuerda Vasconcelos, jamás llegaría a la cumbre en la que irradian Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica". Idem.
- <sup>13</sup> Ibid. p. 131.
- <sup>14</sup> Antonio Caso, "Homenaje del Dr. D. Ezequiel A. Chávez, director honorario de la Escuela Nacional Preparatoria", El Universal, 7 julio, 1941.
- <sup>15</sup> La Libertad, diario liberal-conservador, apareció en enero de 1878, tras un año y fracción del triunfo de la asonada de Tuxtepec. Entre sus redactores se encontraban Francisco Cosmes,

Eduardo Saray, Telésforo García, Justo Sierra, Miguel Macedo, Joaquín O. Casasús y José Ivse Lixantour. La asociación metodófila Gabino Barrera se constituyó el 4 de febrero de 1877. Su objetivo era mostrar cómo un grupo de hombres dedicados al estudio podía entenderse y unirse mediante la aplicación correcta del método positivo. Participaron en ella los primeros egresados de la Escuela Nacional Preparatoria, entre ellos los fundadores de La Libertad. Véase: Anales de la Asociación Metodófila, México, Imprenta del Comercio de Durán y Chávez, 1877.

- <sup>14</sup> Sobre el movimiento de la deuda inglesa (1884) pueden consultarse los siguientes textos: Manuel López Gallo, Economía y política en la historia de México, pp. 213-227; Moisés González Navarro, Op. Cit. pp. 620-640.
- <sup>17</sup> La posición de Justo Sierra durante el debate de la Cámara sobre la deuda inglesa causó una violenta posición por parte de los estudiantes encabezados por Luis Guillén. En noviembre de 1884 fue publicado el siguiente manifiesto: "Los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, resueltos a hacer que en las aulas no figuren en lo sucesivo sino profesores dignos y patriotas; y no encontrando en Usted ninguna de estas cualidades, nos permitimos indicarle: que si no renuncia usted a la cátedra que inmerecidamente desempeña, nos veremos en el rudo, pero necesario caso, de arrojarlo de ella de un modo más ruidoso". Al iniciar las clases, en enero de 1885 Sierra se presentó en la Preparatoria y fue expulsado por medio de un voto de alumnos. En represalia el gobierno quitó la beca a Luis Guillén por haber encabezado la oposición.
- <sup>18</sup> Antonio Caso, Op. Cit. p. 2.
- <sup>19</sup> La adhesión a la Revuelta de Díaz de numerosos intelectuales de la tradición liberal no fue un acto de traición, motivado por intereses personales, hacia los principios libertadores de la Reforma. Díaz representó, en un inicio, no sólo la imagen del caudillo militar honesto y capaz, sino también la posibilidad de transformar una situación que para muchos era ya intolerable y llevar a la práctica los ideales de la Constitución del 57. Su negativa de reconocer al gobierno de Santa Ana, su lealtad hacia Juárez en los momentos más difíciles y su posición decidida en contra de la reelección, lo colocaron como defensor de las aspiraciones jacobinas. No es extraño, pues, que El Plan de la Noria y, posteriormente, el de Tuxtepec, recibieran el apoyo de reconocidos liberales como Ignacio Ramírez e Ignacio M. Altamirano. Cfr. Ralph, Roeder, Op. Cit. pp. 27-32.
- <sup>20</sup> Cfr. Juan Hernández Luna, Ezequiel A. Chávez: impulsor de la educación mexicana, México, UNAM, 1981.
- <sup>21</sup> Vidal de Castañeda y Nájera nació en la ciudad de México, en 1838. Fue regidor del Ayuntamiento de la Capital y secretario del Colegio de Abogados, cuando era director de éste Sebastián Lerdo de Tejada. Después desempeñó los cargos de asesor del Supremo Tribunal Militar y procurador de Justicia del mismo. Durante largo tiempo fue diputado al Congreso de la Unión y senador por el Estado de Puebla.
- <sup>22</sup> En mayo de 1895 un grupo de estudiantes solicitó a Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública, la destitución de Vidal Castañeda y otras autoridades de la Escuela Nacional Preparatoria, acusándoles de arbitrarios. A partir de entonces, algunos periódicos de oposición hicieron una fuerte campaña en contra del Director. Este respondió mediante una demanda legal que culminó con la clausura de los diarios y el encarcelamiento de sus redactores. A este suceso se le conoce como el "desañoche de la prensa".
- <sup>23</sup> Cfr. José Vasconcelos, Op. Cit. pp. 149-150.

- <sup>24</sup> Véase: Gilberto Aguilar, El barrio estudiantil de México, México, Editoris! Latina, 1951.
- <sup>25</sup> José Vasconcelos, Op. Cit. p. 154.
- <sup>26</sup> En el porfiriato, la renovación de los cuadros dirigentes fue limitada. En 1910, el promedio de edad del gabinete era de 70 años. Luis González, Op. Cit. pp. 14-32.
- <sup>27</sup> José Vasconcelos, Op. Cit. pp. 132-133.
- <sup>28</sup> Angel de la Peña murió en 1806, víctima de un ataque súbito de apoplejía. El Imparcial, 22 de mayo de 1906.
- <sup>29</sup> Alfonso Reyes, "Pasado inmediato", Op. Cit. pp. 133-134.
- <sup>30</sup> Alfonso Reyes, "Recuerdos preparatorianos", Op. Cit. p. 35
- <sup>31</sup> Amado Nervo fue nombrado profesor titular de lengua nacional en 1903; Luis G. Urbina y Manuel Revilla en 1905.
- <sup>32</sup> Carlos Monsiváis, Op. Cit. p.54
- <sup>33</sup> Salado Alvarez sustituyó a José Ma. Vigil en el curso de literatura española y patria en 1905.
- <sup>34</sup> La Revista Moderna surgió a fines de 1896, tras la suspensión de la Revista Azul. Subsistió hasta 1911 y fue vocero del modernismo continental. Entre sus colaboradores estuvieron Jesús Valenzuela, Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo, Rubén M. Campos, Luis Rosado y Jesús Urueta.
- <sup>35</sup> En el discurso de inauguración del año escolar de 1905, Jesús Urueta resaltó la actividad de Gabino Barrera y criticó la demolición de su obra por intereses mezquinos que intentaban preparar a los alumnos sólo en profesiones lucrativas. Con citas de los griegos, hizo una severa crítica a la Reforma de 1901.
- <sup>36</sup> Me refiero a la Revista Savia Moderna y a la Sociedad de Conferencias y Conciertos.
- <sup>37</sup> "Discurso pronunciado por el alumno Alfonso Reyes en la velada en honor de H. Moissan" el día 22 de marzo de 1907".
- <sup>38</sup> El Imparcial, 13 de julio de 1907.
- <sup>39</sup> Composiciones presentadas en los exámenes 1o. y 2o. curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria por el alumno Alfonso Reyes. México, Tip. Económica, 1907.
- <sup>40</sup> Alicia Reyes, Op. Cit. p. 30.
- <sup>41</sup> José Fuentes Mares caracteriza así a esta generación de empresarios: "optimista y sedentaria, religiosa sin excesos, enemiga de la tentación, organizada en sus actividades diarias, apolítica en cuanto a militancia activa en partido determinado e interesada en el desarrollo social en el país". Véase: José Fuentes Mares, Monterrey, una ciudad creadora y sus capitanes, pp. 57-106

42 En sólo doce años, 1893-1905, la población de Monterrey creció en un 35% y su inversión industrial en un 100%. Para 1903, era la quinta ciudad del país con treinta industrias mayores en las que laboraban 4500 obreros.

### III. FUTUROS TRIBUNOS.

En la época porfirista, se comentaba burlescamente que para llegar a la Cámara de Diputados eran necesarias dos cosas: ser amigo de Díaz y tener el título de abogado. Como toda sátira social, ésta tenía mucho de verdad. Las escuelas de leyes<sup>1</sup> fueron los centros de educación superior que aportaron mayor número de dirigentes al país. De los cien hombres que, de acuerdo con Luis González<sup>2</sup>, gobernaron la vida económica, política y cultural mexicana en el ocaso del Siglo XIX y la aurora del XX, cuarenta y tres recibieron patente de abogacía. Los licenciados sustituyeron a los sacerdotes y militares en el manejo de los asuntos públicos.

Nada tiene de casual, pues, el que prácticamente todos los fundadores del Ateneo de la Juventud -el arquitecto Jesús T. Acevedo fue la excepción- hayan estudiado derecho. Además de que era la única opción para quienes estuvieran interesados en las humanidades, la Escuela Nacional de Jurisprudencia abría las puertas para la vida política, de modo que... "el muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte, y también de buenos valedores, era fácil que, alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su 'facilidad de palabra' (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil"<sup>3</sup>.

Estos factores influyeron de forma definitiva en la elección vocacional de José Vasconcelos y Antonio Caso, quienes hubieran querido ser oficialmente filósofos. Aunque la disciplina legal les era antipática, tenía la ventaja de asegurarles una profesión "creativa y útil". Para Nemesio García Naranjo, la abogacía era el medio más

decoroso de ganarse el sustento y, al mismo tiempo, ser poeta. Alfonso Reyes tenía ya definida su carrera literaria desde antes de ingresar a la Escuela de Jurisprudencia, institución que le aseguraba la obtención de un título.

El último en ingresar a la Escuela Nacional de Jurisprudencia fue el "hermano menor" del grupo: Alfonso Reyes (1908). Cuando Nemesio García Naranjo inició sus estudios (1903), Antonio Caso cursaba ya el segundo año; tuvo como condiscípulos a Isidro Fabela, Eduardo Colín y Salvador Urbina. En el tercer año figuraban Genaro Fernández MacGregor, Vicente Sánchez Gabito e Ignacio Bravo Betancourt, mientras que en el cuarto comenzaban a destacar José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo y Abel Salazar. De la generación de Vasconcelos, por entonces en quinto año, sobresalían Carlos Sánchez Mejorada, Eduardo Tamariz, Federico González Garza y Guillermo Novoa. Miguel Alessio Robles, Alfonso Teja Zabre, Artemio del Valle Arizpe, Alfonso Rosenzweig Díaz y los Hermanos Olea formaron parte del grupo matriculado en 1904.

Esta lista nos da una idea del papel que cumplía la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la formación de cuadros directivos. Del estudiantado que realizó su carrera en los diez años previos a la Revolución egresaron secretarios de estado, tribunos de alta categoría, líderes revolucionarios, ministro de la Suprema Corte de Justicia, gobernadores, diplomáticos, hombres de letras y rectores de la Universidad Nacional.

Pese a lo que pudiera esperarse de una institución con tan alta misión social, la Escuela Nacional de Jurisprudencia se distinguía por ser uno de los centros educativos a nivel superior más conservador. Desde su creación, en 1868, permaneció inmune a los intentos de cambio. Hacia 1897, el positivista Miguel Macedo propuso una reforma radical,

misma que fue rechazada<sup>5</sup>. Salvo la agregación de uno que otro curso, el plan de estudios vigente desde 1867 se mantuvo incólume. Los esfuerzos renovadores de los "científicos" se enfrentaron con el tradicionalismo, de manera que el derecho romano, antigualla de iglesia al decir de los positivistas, todavía reinaba en las aulas a principio del siglo.

Fue hasta 1902 que la postergada reforma de Macedo pudo implantarse<sup>6</sup>. Las modificaciones introducidas tenían como objetivo, según Justo Sierra, hacer que la Escuela dejara de ser... "una institución simple y utilitaria... destinada sólo a crear litigantes fuertes en los códigos y capaces de no perderse en sus laberintos... para convertirse en un centro científico... orientado a mostrar que el derecho no está en los libros, sino en las relaciones necesarias de fenómenos sociales e históricos"<sup>7</sup>. Lo que estaba en discusión era el papel que los futuros abogados debían de cumplir en la sociedad: o simples "leguleyos" arrinconados en los separos y las notarías u hombres de empresa que sirvieran al progreso ferroviario, industrial y mercantil<sup>8</sup>.

Inmediatamente después de ser promulgada, se formaron bandos en favor y en contra de la reforma escolar. El primero de ellos, caudillado por Justo Sierra, defendía la necesidad de modernizar la enseñanza de las ciencias jurídicas, vinculándolas con la economía, la política y, sobre todo, la historia. El segundo, representado en Jacinto Pallares, rechazaba la supresión del derecho romano y, por lo tanto, del latín. Contra Pallares estaban los preparatorianos de la metrópoli que, recuerda Vasconcelos, se sentían rebajados de estudiar derecho romano después de haber cursado el plan de Comte en la Preparatoria. En el bando de Pallares se afiliaban los que, habiendo hecho su secundaria en los estados, conservaban el criterio indeciso entre la ciencia y la ideología jacobina. Aunque Pallares no era jacobino, procedía de la provincia y no era afiliado

a Comte. Además, era el rival de Justo Sierra y los metropolitanos eran sierristas. "Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida. Su obra de ministro de Educación todavía no comenzaba, pero ya era conocido como el maestro más culto, más elocuente de la época".

La planta docente de la Escuela se cubría con los abogados más distinguidos del foro mexicano. Miguel y Pablo Macedo, Joaquín Eguía Lis y el propio Jacinto Pallares fueron la herencia de la brillante generación de abogados formada en los primeros años de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Jorge Vera Estañol, Rodolfo Reyes y Luis Cabrera representaban al núcleo estudiantil que le tocó vivir las medianías del porfiriato. Los estudiantes tuvieron contacto con estilos y corrientes muy variadas: la tradición clásica (Jacinto Pallares), la teoría positivista (Miguel Macedo), el nuevo espíritu liberal (Luis Cabrera) y la mezcla de conservadurismo con espíritu mercantil representada en la figura de Jorge Vera Estañol.

Muerto Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, el viejo Jacinto Pallares fue, para las nuevas generaciones, el único eslabón con el clasicismo. Su vasta cultura, su capacidad como orador y la digna independencia que mantuvo frente al régimen conquistaban aun a quienes eran discípulos de Comte. Además, Pallares ejercía la práctica legal, manteniéndose de su trabajo como abogado. Representaba, por ello, lo opuesto a sus enemigos, los "científicos", quienes se enriquecieron haciendo uso de sus relaciones con el Dictador.

No sólo Jacinto Pallares se daba el lujo de criticar abiertamente a la camarilla de Limantour. El joven Rodolfo Reyes, quien en 1903 tenía sólo veinticinco años, encabezó en la Escuela de Jurisprudencia la crítica a la Unión Liberal y a las ambiciones de Ramón Corral. El hijo de Don

Bernardo gozaba de la simpatía del gremio estudiantil -nido de reyistas- y del apoyo de quienes veían en su padre al sucesor de Díaz. Hasta Nemesio García Naranjo, que tenía razones históricas para odiar a Rodolfo Reyes, quedó cautivado por él.

Pese al prestigio de Jacinto Pallares y Rodolfo Reyes, el positivismo llegó a reinar en la Escuela. El plan de estudios aprobado en 1902 introdujo las materias de filosofía del derecho, sociología, economía y derecho mercantil<sup>10</sup>. En las aulas se usaba la cátedra magistral, que permitía a los maestros lucir sus dotes como oradores. Los libros de texto obligatorios eran, en su mayoría, franceses<sup>11</sup>, aunque la literatura jurídica mexicana comenzaba a difundirse en el medio académico. El aprovechamiento de los estudiantes era evaluado mediante estrictos exámenes orales y escritos<sup>12</sup>.

El centro de la enseñanza era la oratoria, habilidad puesta por encima de la disciplina académica, e incluso de las virtudes morales. El culto a la oratoria, legado de la gran falange liberal, reinaba aún a principios de siglo y hacía que a los grandes oradores, independientemente de la causa que defendieran, se les perdonaran sus desmanes y desfiguros. La perfección musical era más valorada que el contenido de un discurso<sup>13</sup>.

Además del ejemplo vivo de sus maestros, los futuros abogados tenían otros medios para aprender retórica: los concursos de oratoria funcionaban como escaparates para mostrar la inspiración y el talento personales; en los juzgados, era común que la discusión sobre un caso terminara en una competencia de recursos retóricos. El arte del buen decir se aprendía también en la Cámara - especie de museo natural, dice Cosío Villegas- donde los diputados desplegaban todo tipo de estrategias para acabar

con sus oponentes, defender sus posturas y magnificar la obra de la paz porfiriana.

Es en la retórica donde el escolasticismo y el nuevo pensamiento secular se unían; pero mientras el primero intentó dar a las palabras un justo poder y se preocupaba por definir su contenido, el segundo cayó en el verbalismo, la improvisación y los excesos. Antonio Caso y José Vasconcelos, los "volcanes" del grupo, asimilaron e hicieron suyos estos rasgos; Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes se rebelarían en contra de ellos.

Junto a la palabra oral, sustento de la actividad pública, estaba la palabra escrita, la composición gramatical y el arduo trabajo de expresar con la pluma las ideas. Instrumento de poder en una sociedad prácticamente analfabeta, en la escritura se intentaba combinar la elegancia de las formas, el estilo, con la precisión de los contenidos. El dominio de las letras era indispensable en un mundo que ingresaba a la modernidad informativa y en cuyo seno la palabra escrita era altamente valorada.

Dado lo anterior, no debe sorprendernos el hecho de que el carácter teórico y libresco de la formación profesional en el campo de la abogacía no antagonizara con las necesidades de los poderes públicos. Los conocimientos exigidos para el ejercicio de la política y la administración pública eran muy limitados y no chocaban con la herencia escolástica: saber leer y escribir, conocer el latín, (base del derecho romano), manejar los principios de la ciencia jurídica, poseer la habilidad de argumentar a partir de algunos textos y aplicar los rudimentos de la economía. Por otra parte, el gusto de la élite porfirista hacia un gobierno "científico" coincidía con la aspiración escolástica de un gobierno dirigido por los "sabios", los poseedores del conocimiento.

Nuestros personajes no tomaban en serio las disciplinas jurídicas ni hicieron suya la doctrina de Comte. La Escuela de Jurisprudencia fue el refugio de poetas románticos, novelistas frustrados y aspirantes a funcionarios que veían en el título de abogado la cobertura para desarrollar su verdadera vocación. En los patios y corredores de este centro educativo se reunía la pléyade estudiantil admiradora de los modernistas, ávida de aventuras, escandalosa e irreverente. Bajo el programa positivista se formó una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidacta que hizo más caso a Nietzsche y Schopenhauer que a Spencer y Stuart Mill. Quien quiera encontrar el por qué de esto, tendrá que buscar la explicación fuera de las aulas, en los teatros, las revistas y la vida "bohemia"<sup>14</sup> de la época.

En Ulises criollo, José Vasconcelos retrata, sin censuras mojigatas, las tribulaciones de un estudiante en la bella época del porfiriato: deseos eróticos insatisfechos, ansias de celebridad, crisis místicas, intereses filosóficos y desesperación. Él realizó sus estudios entre arrebatos de "epilepsia espiritual", enamoramientos disparatados y sórdidas borracheras. No fue el único: Antonio Caso, con todo y su fama de serio, tuvo un romance desdichado que inspiró versos románticos. Nemesio García Naranjo vivió también sus aventuras y abandonó un tiempo los estudios para viajar a Europa. Otro fundador del Ateneo, Ricardo Gómez Robelo, "...voz llena de presagios, de épocas nuevas y de catástrofes", recorría los cafés en busca de mujeres.

Los últimos años del siglo XIX, afirma Pedro Henríquez Ureña, fueron de pesimismo agudo, con la influencia de Hartman y Schopenhauer, de la poesía decadente, de la novela rusa, el drama escandinavo y la filosofía de Nietzsche<sup>15</sup>. Eran los tiempos de la agonía romántica, de la búsqueda de sensaciones, de la sordidez y el sufrimiento<sup>16</sup>. La superemotividad, recuerda con bochorno

Nemesio García Naranjo, ... "estaba en todo su apogeo, los temas obligados eran el beso fogoso, la contemplación del crepúsculo vespertino, los éxtasis frente a la luna, el llanto que debía ser tan puro como amargo, el sufrimiento que se consideraba como pedestal indispensable de la belleza. Había que llorar porque el que no lloraba no podía ser considerado como poeta... Y además de perderse en el dolor, había que perderse también en el vicio, porque sin él ¿Cómo aproximarse a Lord Byron? ¿Cómo no procurar los paraísos artificiales de Baudelaire? Si no se era un pervertido había que aparentarlo"<sup>17</sup>.

El ambiente cultural metropolitano, tan alejado del México bárbaro del campo, servía de escenario a las aventuras estudiantiles. El teatro, la ópera y los conciertos florecieron gracias a la iniciativa de Justo Sierra, el entusiasmo de Carmelita Romero de Díaz y la existencia de un público ávido y dispuesto a pagar por ver las últimas novedades artísticas europeas. Nuestros jóvenes fueron testigos de los éxitos de Angela Peralta, del ascenso de Virginia Fábregas, los primeros escándalos de María Conesa, los resonantes triunfos de la Tetrassini, diva italiana que cautivó a los mexicanos, y la llegada de las compañías de opereta<sup>18</sup>.

El universo político de los estudiantes que ingresaron a la Escuela de Jurisprudencia en la última década del siglo XIX era muy reducido. A José Vasconcelos le tocó vivir el conflicto de 1903, cuando los alumnos Ricardo y Jesús Flores Magón dieron la batalla antirreeleccionista. Este suceso no aparece en sus memorias; tampoco la represión que obligó a los opositores a exiliarse en los E.U., llenó las cárceles de presos políticos y calló las voces disidentes<sup>19</sup>. Su experiencia política se limitó a una denuncia periodística en la que relataba casos de maltrato a los campesinos por parte de los hacendados campechanos. Estas "revelaciones", hechas a partir de sus recuerdos de

Campeche, no expresaban una oposición al gobierno, sino su antiguo odio en contra de los alumnos ricos del Instituto y de los juniors del Jockey Club de la capital.

Si José Vasconcelos se conformó con ver escrito su nombre en un periódico local de escasa circulación, Antonio Caso aspiraba a metas más altas. En 1904, cuando cursaba el tercer año de leyes, se reveló ante la opinión pública como un orador con facultades: "voz acariciadora, improvisación fácil, verbo florido, dicción clara, pensamiento macizo, ademanes armoniosos y adecuados y un gesto que desparramaba un magnetismo irresistible"<sup>20</sup>. Esta fecha señala el inicio de una vertiginosa carrera, en la que se puede ver la mano de Justo Sierra. El ascenso del entonces alumno de leyes tuvo, sin embargo, su primer tropiezo en 1906, cuando concursó por la cátedra de historia de la Escuela Nacional Preparatoria. Aunque del público y los periódicos lo señalaron como el más preparado de los concursantes, la plaza le fue otorgada al candidato oficial<sup>21</sup>.

Es cosa probada que Antonio Caso debió su popularidad ante todo a la palabra. Su oratoria impresionó a la corte porfirista, tan dada a ver en el discurso el arma fundamental de la inteligencia. Las simpatías hacia el joven orador provenían de todos los bandos: Sierra, Aragón, Chávez, Rodolfo Reyes, etcétera. Era inevitable, por tanto, que se viera involucrado en las rencillas políticas del gabinete. Cuando la situación exigía que tomara partido, optaba por permanecer al margen de las pugnas intestinas. Fue, eso sí, un hábil defensor del gobierno porfirista.

Las posibilidades de sobresalir eran mucho más limitadas para Nemesio García Naranjo, quien se salvó del infortunio político gracias a su traslado a la capital. Exactamente cuando iniciaba los estudios de leyes, se generó en Nuevo León un fuerte movimiento antireyista, débil anticipo de la

violencia que se desataría años después. Imposibilitado para volver a su entidad natal, Nemesio vio perder, a distancia, la ocasión de cobrarse la derrota infringida en 1885 a su familia; revancha que, por cierto, resultó de nuevo favorable al general Reyes.

La oportunidad de destacar en el mundo intelectual se le presentó cuando el Liceo Altamirano convocó a un concurso para festejar el tercer centenario del Quijote. Meses después de cerrada la convocatoria, el jurado<sup>22</sup> dio su veredicto: en el campo de la composición poética resultó electo el desde entonces conocido como "vate García Naranjo". Este triunfo le abrió las puertas al ganador, quien a partir de entonces adquirió fama de hombre de letras y obtuvo, por ese motivo, un trato especial por parte de sus profesores<sup>23</sup>.

En el momento de su victoria, Nemesio García Naranjo dejaba atrás la vida "tempestuosa", "desquiciante", de "crápula sin esplendor" del barrio estudiantil, para volver a la ruta del orden. La muerte de su padre lo obligó a buscar trabajo, mismo que consiguió por medio de Rosendo Pineda, leal amigo del general Naranjo. El puesto de subteniente de la Marina con el cual comenzó su carrera fue abandonado por una beca para realizar estudios de historia y una "compensación" proveniente de los fondos de la Biblioteca Nacional. El apoyo de Justo Sierra, mecenas de los intelectuales y mediador entre éstos y el aparato burocrático, fue decisivo en estas gestiones.

La ruta seguida por Nemesio García Naranjo y Antonio Caso para escalar la muralla social fue la misma que la de cientos de artistas porfirianos cuya única opción laboral era la burocracia. La falta de un mercado anónimo para sus productos y de una red civil con canales propios -partidos, órganos de prensa, etcétera- obligaba a la intelligentsia a vivir bajo el ala protectora del aparato estatal, con la

certidumbre de que las disensiones nunca debían expresarse de modo articulado y público, sino internamente, bajo el control del poder. Aun para un escritor con prestigio, como lo era Federico Gamboa, el ritual de pasar por el Ministerio de Instrucción para obtener favores resultaba inevitable<sup>29</sup>. Con elegante ironía, Luis G. Urbina afirmó que en el porfiriato los intelectuales se acostaban siendo ciudadanos comunes y despertaban en calidad de diputados por algún distrito del que nunca antes habían oído hablar. Más trágico en sus apreciaciones, Amado Nervo se quejaba de tener que vivir en un país analfabeta, en donde nadie mostraba interés por las letras.

## NOTAS

- 1 En 1906, existían escuelas de leyes en los siguientes estados: Campeche, Distrito Federal, Durango, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Michoacán y Nuevo León.
- 2 Luis González, Op. Cit. pp. 37-40.
- 3 Alfonso Reyes, Op. Cit. pp. 140-141.
- 4 La Escuela Nacional de Jurisprudencia se creó en 1868, en virtud de la extinción del Colegio de San Ildefonso, en donde se cursaba derecho.
- 5 Cfr. Lucio Mendieta y Núñez, Historia de la Facultad de Derecho, pp. 105-107.
- 6 El nuevo plan de estudios contenía, respecto del anterior, tres novedades: la creación de un curso de derecho administrativo y legislación fiscal; la supresión de los estudios especiales para la carrera de notario y el aumento a tres años de práctica de los estudiantes.
- 7 Justo Sierra, "Discurso del 13 de septiembre de 1902", en Lucio Mendieta y Núñez, Op. Cit. pp. 107-109.
- 8 Miguel Macedo afirmaba al respecto: "hay que recordar que en los tiempos contemporáneos se ha transformado la sociedad, entrando más y más de lleno cada día en la senda industrial y mercantil y que, como consecuencia de ese hecho, la misión social del abogado va transformándose paso a paso y adquiriendo mayor importancia y trascendencia".
- 9 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 172.
- 10 Véase: "Discurso del Director, Lic. Don Pablo Macedo", en Jorge Aguilar Islas, La Escuela Nacional de Jurisprudencia (1867-1910), pp. 43-50.
- 11 "Textos y obras de consulta para las clases", en Ibid, pp. 73-74.
- 12 "Bases a que habrán de sujetarse los exámenes que sustentarán el presente año escolar..." Ibid, p. 87.
- 13 Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 142.
- 14 "La bohemia, originada en Francia durante el siglo pasado, fue un recinto social donde los resentimientos políticos de la Revolución de 1848 y la comuna de 1871 encontraron estímulos de resistencia retando los límites del individualismo burgués mediante conductas y costumbres extremas (con el tiempo los lugares de reunión de la bohemia -los cafés- se convertirían en industrias redituables" ...Sergio González Ramírez "En el Antro", en Nexos No. 104, p. 36.
- 15 Pedro Henríquez Ureña, "Sociología", en Op. Cit. p. 29.
- 16 José Emilio Pacheco, "Sombras del novecientos", en Siempre No. 18, diciembre, 1968.
- 17 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. p. 290.
- 18 Véase: Moisés González Navarro, Op. Cit. pp. 749-812.

19 Véase: James D. Cockcroft, Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, pp. 87-114.

20 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. T. III, p. 74

21 José Gacs, "Las nocedades de Caso", en Homenaje a Antonio Caso, pp. 23-24.

22 El jurado calificador estuvo compuesto por Ignacio Mariscal, Justo Sierra, José María Vigil, Rafael Ángel de la Peña, José Porrúa y Rafael Reyes Spíndola.

23 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. p. 320.

24 Federico Gamboa, Diario (1882-1939), pp. 96-97

#### IV. TIEMPO NUEVO.

El mes de marzo de 1906 salió a luz, en la ciudad de México, una nueva revista literaria con un "nombre absurdo" (Reyes): Savia Moderna. El infortunado título fue idea de su creador y mecenas, Alfonso Cravioto<sup>1</sup>, quien había decidido invertir en la cultura la cuantiosa fortuna heredada por su padre. Para dirigir esta empresa editorial invitó a Luis Castillo Ledón; para su administración eligió a Evaristo Guillén, antiguo militante magonista. Entre la lista de redactores figuraban Jesús T. Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, Eduardo Colín, Roberto Argüelles, Antonio Caso, Marcelino Dávalos, Nemesio García Naranjo y Alfonso Reyes<sup>2</sup>. Entre los artistas plásticos estuvieron Saturnino Herrán, Jesús Martínez, Roberto Montenegro y Diego Rivera<sup>3</sup>. Ya en el número cuatro de la revista apareció como secretario de redacción Pedro Henríquez Ureña, recién llegado de Veracruz. El gran ausente en esta lista es José Vasconcelos.

Savia Moderna no tuvo programa fijo e intentó estar exenta de todo tipo de sectarismos. Quienes le dieron vida aspiraban "...al desarrollo de su propia personalidad, gustaban ...de las obras más que de las doctrinas" y tenían la intención de dar lugar en sus páginas a todas las corrientes, como repudio a las diferencias ociosas que tanto mal causaron a la cultura mexicana<sup>4</sup>.

Participaron en esta labor viejos compañeros de escuela, antiguos enemigos políticos y algunos poetas de provincia que seguían los pasos abiertos por los modernistas. Reunidos en el local de la revista, estos jóvenes comenzaron a desprenderse del tutelaje de sus mayores. Pero Savia Moderna no fue resultado de una segregación de disidentes, sino continuación de una tendencia que aspiró, al fundarla, a modernizar por completo la literatura

mexicana -ya cosmopolita en sus tendencias-, a inyectar savia nueva en el viejo tronco del modernismo<sup>6</sup>. No sólo en el nombre, sino también en el contenido, prolongaba a la Revista Moderna.

Los redactores de este órgano reconocieron el precedente de sus antecesores al abrir el primer número con un artículo de Manuel Gutiérrez Nájera. Asimismo, rindieron homenaje al "último romántico", Luis G. Urbina, reproduciendo uno de sus autógrafos. En números sucesivos difundieron otros de Manuel José Othón y Justo Sierra. La mayoría de los autores apenas se iniciaba en el mundo de la literatura. Entre los prosistas dominó la voluntad de abreviar el ensayo; entre los poetas, los diversos moldes del modernismo. Los textos iban acompañados por ilustraciones y fotografías; en la cubierta de cartulina se repetía el torso de un corredor indígena, de perfil, dibujado al carbón por Diego Rivera. Adornaban los interiores obras de noveles pintores que, por aquel tiempo, encabezaban la reacción contra los colores y las formas convencionales<sup>6</sup>. Este encuentro entre dos movimientos artísticos -uno literario; plástico el otro- caracterizó a Savia Moderna, cuyos promotores organizaron una exposición pictórica<sup>7</sup>.

Aunque la revista duró poco -menos de un año- "sirvió para dar voz a un tiempo nuevo" (Reyes) y como punto de reunión de poetas, ensayistas y pintores que tenían pocas posibilidades de hacer sentir sus opiniones. Del amplio grupo que colaboró en sus páginas se fue formando un pequeño cenáculo que, con el tiempo, daría cierta identidad y un perfil propio a las expectativas, aspiraciones, estilos e intereses de toda su generación. Pertenecieron a este selecto núcleo: Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Carlos Díaz Dufío y Alfonso Cravioto. El

"hermano diablo", Julio Torri, se uniría a ellos hasta 1908<sup>13</sup>.

El taller de Jesús T. Acevedo, así como las casas de Antonio Caso y Alfonso Reyes, eran los centros de reunión para la tertulia y la vida intelectual. Ahí se leía y comentaba a los filósofos condenados como inútiles por el positivismo: Schopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poncairé, William James, Wundt, Nietzsche, Schiller, Lessing, Winkelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Menéndez Pelayo, Croce, Hegel y, sobre todo, los clásicos griegos. De estos libros, los lectores tomaron tanto los modos de vida como los contenidos teóricos<sup>14</sup>. Buscaban en ellos, más que verdades hechas, formas de aproximarse y usar la cultura<sup>15</sup>.

Los testimonios en torno a estas veladas dan una idea de la seriedad con la que los jóvenes tomaban su formación autodidacta. El Banquete fue releído con un total olvido del mundo de la calle, cambiando de lector para el discurso de cada convidado<sup>16</sup>. La crítica de la razón era analizado párrafo por párrafo, deteniéndose a veces en un renglón<sup>17</sup>. En la literatura se volvió a la olvidada España y, gracias a Ricardo Gómez Robelo, a la cultura inglesa, prácticamente desconocida en nuestro país<sup>18</sup>. José Vasconcelos aportó al grupo la filosofía oriental con las traducciones en inglés de Yainavalki y Buda.

Los clásicos griegos fueron los que mayor impacto tuvieron sobre estos lectores, quienes encontraron en Grecia ... "la inquietud del progreso, el ansia de perfección, el método, la técnica científica y filosófica, el modelo de disciplina moral y la perfección del hombre como ideal humano"<sup>19</sup>. Esto explica, en parte, la futura insistencia en el milagro helénico como sustento de la acción educativa. En 1914, al inaugurar los cursos de la Escuela de Altos Estudios, Pedro Henríquez Ureña sostendría la necesidad de basar la enseñanza en el conocimiento del antiguo espíritu griego.

Años más tarde, José Vasconcelos iniciaría la edición masiva de los clásicos. Los títulos de sus textos indican esta influencia: Prometeo vencedor (Vasconcelos); Ifigenia cruel (Reyes); El nacimiento de Dionisios (Pedro Henríquez Ureña). Alfonso Reyes fue el más severo estudioso de la cultura griega; Vasconcelos, en cambio, la usó para formar un héroe y un modelo: Ulises criollo.

En medio de contradicciones que en sus obras cobrarían matices heroicos, los futuros ateneístas rompieron sus lazos con la teoría positiva. Caso leyó a Kant y Bergson, descubriendo en ellos la salida a su crisis mística; Vasconcelos recurrió a los clásicos para afirmar su vocación literaria. Así, lentamente, cada uno de ellos fue identificándose víctima del cientificismo<sup>15</sup> y de los dogmas imperantes. Mientras avanzaban en su travesía libresca, mayores eran sus críticas a un medio cultural que los había privado del contacto con la metafísica, el ensayo académico y la cultura clásica<sup>16</sup>.

Si bien estos jóvenes tenían inquietudes comunes, sus intereses, formas de vida, estilos y obsesiones eran muy variadas. José Vasconcelos, impetuoso, volcánico, un tanto dogmático, sentía pasión por los grandes trazos, las enormes ideas absolutas construidas sin elaboración profunda. La metafísica, la esoteria y los variados vitalismos fin de siglo le habían ayudado a escaparse de los dogmas positivistas. Pero su reacción contra la filosofía positiva tuvo, también, resultados lamentables: el ataque indiscriminado a la creencia y a la investigación empírica en beneficio de la inspiración arrebatada y el entusiasmo<sup>17</sup>. No buscaba manejar con destreza una disciplina, o llegar, por la vía del esfuerzo sostenido, al conocimiento de un problema, sino ... "acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir en ellas una visión coherente del cosmos"<sup>18</sup>.

Las fuentes a las que recurrió para llegar a tan altos objetivos fueron muy variadas: desde las hazañas de los primeros misioneros, hasta la filosofía europea contemporánea, pasando por Buda y Virgilio. Pero, como señala José Joaquín Blanco, la influencia de Nietzsche fue definitiva ... "no sólo nutrió poderosamente su pensamiento filosófico, sino su visión personal de la cultura e, incluso, la inspiración trágica que dio a su propio destino, a su propio personaje: un superhombre que no tuvo la culpa de nacer en un país dictatorial y periférico"<sup>19</sup>.

La audacia de José Vasconcelos contrastaba con la seriedad y el academicismo de Pedro Henríquez Ureña, quien ejercía una influencia socrática sobre los demás. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, suscitando interrogantes acerca de todo cuanto sucedía a su alrededor. De espíritu reservado, representó para sus escépticos compañeros de estudio la seriedad de la carrera literaria, hasta entonces apenas entrevista como una profesión, la aspiración a un saber de primera mano, sin guías ni intermediarios, y el gusto por las letras clásicas, en particular por lo griego y lo español<sup>20</sup>. Testimonio de estos intereses fueron los ensayos recopilados en Horas de estudio, escritos entre 1906-1910, en los cuales abordó temas diversos pero unidos por un mismo hilo, una misma pasión: las raíces de nuestra América. En vez de los acostumbrados torrentes de penas, amores desdichados, muertes y desolaciones que llenaron las páginas de Savia Moderna, Pedro Henríquez Ureña optó por la armonía, el rigor y la medida<sup>21</sup>.

Antonio Caso transitaba del verso romántico al ensayo filosófico<sup>22</sup>. Sus primeros escritos caían dentro de los cánones de la oratoria española del siglo XIX; el propósito que los orientó era superar el positivismo; sus fuentes de inspiración: Kant, Nietzsche, Stirner y Bergson; sus mayores dudas: la moral y la metafísica. La cuestión

religiosa, una constante en su pensamiento, jugó un papel decisivo en este proceso de búsqueda y definición<sup>23</sup>. Estos rasgos juveniles se irían acentuando al paso del tiempo, hasta crear un mito que aún pesa en la filosofía mexicana; un mito sólo explicable, agregaría Monsiváis, a partir de la miseria filosófica reinante en el país.

Alfonso Reyes es quien mejor encarna la imagen de rigurosidad, disciplina y juventud que se ha conservado de su generación. Ingresó a la vida literaria como poeta, aunque pronto transitó hacia la prosa. Bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña hizo largas excursiones al través de la lengua española, de los autores ingleses y de algunos latinoamericanos, preferencias que habría de conservar hasta su muerte. En el terreno literario abandonó -seguido por Julio Torri- la pesada herencia del párrafo largo, para buscar la soltura que le permitiría "dar forma artística a toda especie de ocurrencias" (Caso). En el campo filosófico resistió mejor que otros a la fascinación del irracionalismo, pero también la tentación de construir grandes sistemas<sup>24</sup>.

Si bien Nemesio García Naranjo participó en algunas actividades promovidas por este pequeño grupo, nunca perteneció a él. Sus amistades eran otras (Rubén Valenti, José María Lozano, Diódoro Batalla) y sus intereses distintos: la historia y la poesía. Apoyado por su protector, Don Justo Sierra, Nemesio ocupó el puesto de bibliotecario del Museo Nacional, al mando de Genaro García. Su viaje a Europa le dio prestigio entre el regimiento estudiantil y, perdonadas sus locuras adolescentes, se integró, con un cómodo salario, a la burocracia. Al paso del tiempo, sus aficiones poéticas y de historiador irían cediendo ante una nueva pasión: la política<sup>25</sup>.

El que estos jóvenes se formaran solos, sin tutorías ni maestros, fuera de las instituciones escolares, al margen del aparato oficial y, a menudo, en contra de las corrientes dominantes, generó en ellos una imagen de sí mismos como héroes que lograron rebasar los límites impuestos y crear una nueva era en la cultura nacional. Si, como dice Enrique Krauze, "una generación es ... un modo de afirmar la individualidad frente a los padres culturales, de rechazar y continuar una herencia"<sup>26</sup>, ésta se distinguió por convertir su proceso de autoafirmación en una especie de epopeya cuyos actores no fueron personas comunes, sino verdaderos Ulises que, amparados por Minerva, libraron una terrible lucha en contra del positivismo<sup>27</sup>. Las inocentes tertulias literarias adquirirían matices desmesurados en la memoria de sus participantes. Así lo demuestra la descripción hecha por Alfonso Reyes de una reducida manifestación pública, que, en sus palabras, fue convertida en toda una hazaña bélica:

"Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar La Revista Azul de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamnete las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosko público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fuegos de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirlos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos presentó sus mejores dardos y nos llamó 'buenos hijos de Grecia'. La Revista Azul pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatrar la enseñanza, y la gente aprendió a respetarnos"<sup>28</sup>.

Tras la desaparición de Savia Moderna, este grupo tomó la iniciativa<sup>29</sup> de reunir a los compañeros dispersos y

difundir la cultura mediante el trato directo con el público. En 1907 nació la Sociedad de Conferencias y Conciertos, que, sin apoyo oficial, organizó una serie de eventos en el elegante salón del Casino de Santa María. Cada miércoles por la noche se sustentaba una conferencia, se daba un concierto y se leían poemas originales<sup>30</sup>. El éxito fue franco entre los barrios burgueses y, muy pronto, los organizadores gozaron de grande prestigio. Entusiasmados, se dieron a la tarea de preparar un nuevo ciclo, éste sobre temas helénicos. Aunque las charlas no llegaron a realizarse<sup>31</sup>, su preparación reagrupó a los amigos, quienes vivieron la experiencia de estudiar juntos a los clásicos griegos mediante un método de inspiración socrática en el que cada uno aportaba lecturas, críticas y obsesiones<sup>32</sup>.

La Sociedad de Conferencias y Conciertos proporcionó dos novedades a la cultura porfirista: la voluntad de "ir hacia el pueblo", de difundir entre la población los "conocimientos universales"; el tipo de temas abordados. Sus actividades fueron renovadoras en la medida en que trajeron a cuenta autores desconocidos en nuestro país y pusieron a debate problemas inusitados con un nuevo medio de comunicación: la conferencia. Esto implicaba un cambio significativo en el concepto y el uso de la cultura, la cual era vista como un factor decisivo e insustituible en la conformación de una identidad nacional. Desde el siglo XVII, ciertos intelectuales habían escrito para defender y exaltar a la patria, tarea también emprendida por los insurgentes, quienes transformaron, según Brading, el patriotismo criollo en un nacionalismo incipiente. Tiempo después, Ramírez, Altamirano y Prieto habrían de delinear un programa cultural para combatir la servil imitación a lo extranjero, forjar la conciencia nacional y construir una épica patria con la cual los mexicanos pudieron sentirse identificados. En este programa se dio prioridad a la

literatura heroica dirigida a difundir el ejemplo de los próceres, divulgar la epopeya nacional y acabar con la dictadura lingüística española. La poesía, en palabras de Altamirano, debía revivir en el pueblo la fe en su destino, contribuir a formar la nacionalidad por la fusión de los recursos gloriosos y dar a las masas el conocimiento de su valor.

Durante el porfiriato, la relevancia de la literatura como elemento de cohesión e identidad social fue disminuyendo. De la confianza en la poesía se pasó a la fe religiosa en la ciencia (Monsiváis); del culto a la novela épica y el lirismo poético, con sus inevitables referencias a Hidalgo y Morelos, se transitó al estudio pretendidamente científico de la realidad mexicana, sus condiciones climatológicas, las características de sus razas y su evolución. Este cambio, sin embargo, operó sólo en ciertos sectores del establishment porfirista. El nacionalismo literario nunca fue del todo erradicado de la enseñanza preparatoria, espacio básico de acción de la corriente positivista, y subsistió, gracias a los clubes, el magisterio, la escuela elemental y del periodismo, como articulador de una ideología potencialmente transformadora (Knight). Como vimos, todos nuestros personajes tuvieron contacto, en su infancia, con la epopeya nacionalista, llena de héroes y gestas, tan preciada por los liberales.

Con los bohemios modernistas, reflejo de una clase social que poco a poco fue desligándose de su pasado, las letras perdieron su tarea didáctica para adquirir un contenido estético, placentero y sensual. Escribir no era ya una misión cívica, sino una actividad artística propia de unos cuantos privilegiados y hecha no era para el vulgo, sino en contra de él. La cultura perdió su sentido misionero, militante, para convertirse en un estilo de vida distinto al del común de los mortales. Incomprendido, destinado a vivir en un país analfabeta, al intelectual mexicano no le

quedaba sino aislarse en la "torre de marfil" para realizar su arte.

En el primer tramo de su carrera, los colaboradores de Savia Moderna habían renegado de la herencia liberal, aspiraban a un arte no comprometido y se deleitaron con emotivos temas que, desde su perspectiva, removían el fondo de la sensibilidad humana. Al paso del tiempo, y quizás debido a la saludable influencia de Pedro Henríquez Ureña, algunos miembros del Ateneo abandonarían esta noción de la cultura como "gozo íntimo" o "dolor intenso". En la primera y única serie de eventos organizada por la Sociedad de Conferencias y Conciertos la poesía jugaba un papel ornamental: lo importante era la divulgación de pensadores y corrientes filosóficas de los "pueblos completos" (Vasconcelos) satanizados o desconocidos en el país. Si la cultura debía cumplir una misión social, ésta era abrir las ventanas de México hacia un patrimonio universal, iniciado por los griegos, que, en aras de una nacionalidad inexistente y de un racionalismo pragmático, habíamos perdido.

Los temas tratados revelan gustos personales, pero también inquietudes e intereses de grupo. Aún no era el momento de los teatrales desplantes antipositivistas ni del hispanoamericanismo a ultranza. Música, arquitectura, crítica literaria, todo era abordado con pretensiones de severidad académica. Un supuesto rigor intelectual permeaba las pláticas, abundantes en citas y referencias bibliográficas, de los conferencistas. Incluso Antonio Caso, tan dado al ejercicio de la retórica decimonónica, usó un nuevo estilo que priorizaba los contenidos sobre las formas. Estos cambios no eran sólo de estilo; reflejan, también, el grado de aceptación por parte de los jóvenes de aquellas vertientes culturales vinculadas con la academia y que intentaban modernizar la investigación, las formas de difusión y la enseñanza tanto de la filosofía como de la

literatura. Enfrentados a un medio hostil a las innovaciones, los aspirantes a intelectual quisieron validar sus conocimientos y dotarlos de una legitimidad "científica" frente a la "charlatanería" improvisada de sus antecesores.

Para 1908, nuestros personajes concluyeron la primera etapa de un largo recorrido: habían rebasado la rígida academia porfiriana apelando a un público general, no sólo estudiantil, que recibió con entusiasmo sus ideas. Desde la estrecha ventana del aparato oficial, sus acciones eran miradas con simpatía. Justo Sierra buscaba en ellos consuelo a su propia crisis, así como el apoyo para llevar al cabo su acariciado proyecto de fundar la Universidad Nacional. Por su parte, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez se convirtieron en los "hermanos mayores" de esta nueva generación de humanistas.

En el terreno personal, los avances eran desiguales. Imposibilitado para instalar un bufete particular y sin contar con las relaciones que le permitieran ingresar al mundo de la política, José Vasconcelos aceptó el cargo de fiscal federal en el estado de Durango, lo cual significaba un descenso y una derrota. Viajó a la provincia cargando con las obras de Platón y Kant. En sus ratos de ocio, escribía borradores para futuros libros y apuntes de tesis filosóficas con las que imaginaba remover las bases del pensamiento contemporáneo. Mientras llegaba la fama, vivió la ... "doble vida del esclavo social que ha de disputar su pan y el alma que exige ocio contemplativo indispensable a su esencia"<sup>22</sup>.

Para los compañeros de José Vasconcelos, el éxito era más seguro. Todo indicaba que, de continuar por la senda trazada, llegarían a cumplir el destino del intelectual porfirista: cátedras seguras (Antonio Caso), cargos diplomáticos (Alfonso Reyes), curúl en la Cámara (Nemesio

García Naranjo). Sin embargo, una amenaza se cernía sobre el futuro. La senilidad del dictador, el resentimiento de sus presuntos herederos, la humillación de Limantour, la desgracia del general Reyes, la crítica iconoclasta de Bulnes y la crisis económica minaban las bases del régimen, acumulando material inflamable que pronto habría de estallar. Mientras tanto, una corriente opositora iba formándose desde abajo, con la creación de clubes liberales que proliferaban por todo el país.

A principios del año, fue publicada en nuestro país la entrevista Díaz-Creelman. La reacción a las emotivas declaraciones del Presidente fue diversa. De inmediato, sus amigos protestaron contra su retiro invocando argumentos que demuestran el efecto debilitante de treinta años de poder personal: el futuro de la patria se hacía depender de la diplomacia, la vida y la longevidad del General. Los grupos del gabinete comenzaron a actuar con vistas a obtener la designación de sus candidatos a la vicepresidencia. Manuel Calero, Querido Moheno, y José López Portillo, agrupados en torno a Bernardo Reyes, redactaban largos ensayos sobre la democracia, la libertad y el orden social<sup>34</sup>. Por su parte, los miembros de la Unión Liberal depuraron el programa político que habían levantado cuatro años atrás. Una cosa era evidente: el equilibrio frágilmente logrado en 1904 con la creación de la vicepresidencia no volvería a repetirse en 1910.

Como es lógico, la institución educativa oficial más importante del país, la Escuela Nacional Preparatoria, no podía quedar al margen de estas luchas. En 1908, se desató una de las campañas periodísticas más fuertes en contra de este centro escolar, orgullo de los "científicos" y del gobierno de Díaz. El conflicto se inició con la difusión de un breve folleto, La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal<sup>35</sup>, firmado por Francisco Vázquez Gómez, miembro de la Comisión de Instrucción Pública de la

Cámara de Diputados, reyista y futuro fundador del Club Antirreeleccionista. A los ataques de Vázquez Gómez se aunó la prensa católica conservadora y pronto se generó una verdadera batalla entre los defensores y los enemigos del programa de Barreda<sup>36</sup>. Los principales actores de esta polémica eran reconocidos dirigentes de las fracciones en pugna, aunque no faltaron damas aristocráticas que aprovecharan la oportunidad de señalar la carencia de colegios de altura para sus hijos.

El debate cobró tal magnitud, que en febrero de este mismo año se convocó a un acto en honor a Barreda, como desagravio a las ofensas recibidas. La invitación, dirigida a todos los liberales y estudiantes de la República, llevaba las firmas de José Ma. Lozano, Jesús T. Acevedo y Antonio Caso. El día 22 de marzo se llevó al cabo este evento, que sería recordado por los ateneístas como una acción premeditada en contra del gobierno en la cual se condenó a la dictadura y se levantaron las banderas de la oposición. Con la inocencia política que lo caracterizó, y dejando de lado las constantes protestas antigubernamentales de obreros y campesinos, Pedro Henríquez Ureña llegaría a sostener que los discursos pronunciados en la ceremonia fueron "...la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen... y que... en el orden teórico allí amanecía la revolución<sup>37</sup>."

Es cierto que en el acto se expresaron algunas críticas dirigidas no al sistema, sino al grupo de Limantour. Las reacciones de un sector del aparato gubernamental frente a estos cuestionamientos fue un tanto desproporcionada, aunque comprensible dado el contexto en el cual surgieron: la pugna reyistas vs. "científicos" y la ruptura ideológica con el positivismo oficial. En su intervención, Diódoro Batalla atacó a los antiguos partidarios de Barreda que habían olvidado las enseñanzas del maestro e iban a depositar sus ofrendas en las antecámaras del arzobispado<sup>38</sup>.

Poco después, Justo Sierra sugirió la necesidad de abrir las puertas del poder a las nuevas generaciones, las cuales habrían de continuar la tarea de sus maestros. En su alocución ubicó a los organizadores de la ceremonia como los legítimos herederos de Barreda, cuya labor educativa no fue puesta a discusión ni siquiera por Antonio Caso. Este último se limitó a demostrar la utilidad de la Escuela Nacional Preparatoria, apropiándose de los mejores momentos de la cultura porfiriana y autonombrándose sucesor de la faena pedagógica iniciada en el juarismo. Así, mientras por un lado se atacaba a los "científicos", la imagen de Barreda era venerada.

La participación activa de algunos miembros del Ateneo en la defensa de la Escuela Nacional Preparatoria ha llevado a sostener que la generación del 10 constituye el vínculo ideológico entre la Reforma y la Revolución, esto es, entre el liberalismo militante de la República y aquél que a principios de siglo enarboló las banderas anticlericales, la lucha por la democracia y las reformas sociales. Que muchos ateneístas simpatizaban con la causa del general Reyes es algo probado; con el tiempo, varios de estos jóvenes se incorporarían al maderismo y al movimiento revolucionario. Esto no prueba, sin embargo, que el Ateneo haya sido el "amanecer intelectual de la Revolución"; en todo caso, expresa la influencia que llegó a tener el reyismo entre la juventud ilustrada de la capital y en los aspirantes a políticos que apenas iniciaban su carrera. Dicha influencia indica, por un lado, la incapacidad de los "científicos" para atraer a las nuevas generaciones y, por el otro, el enorme peso que tuvo entre éstas el llamado a despertar la vida democrática.

## NOTAS

- 1 Alfonso Cravioto nació en Pachuca, Hidalgo, el 24 de enero de 1884. Su padre fue un general juarista que combatió en la Reforma y contra Maximiliano. Muerto Juárez se unió a Díaz, de quien tuvo su favor hasta 1887, fecha en la cual comenzó a declinar el poder caciquil que él y sus hermanos ejercieron en su estado natal. En 1899, Alfonso ingresó a los núcleos liberales hidalguenses opositores a la política del gobernador; hacia 1901, era ya director de El Desfanatizador, órgano periodístico de estos grupos. En ese mismo año participó en el Congreso liberal de San Luis Potosí, en donde conoció a los Flores Magón. Meses después marchó a la capital para ingresar a la agrupación estudiantil Ignacio Ramírez. Asistió como delegado a la reinstalación del Club Liberal Ponciano Arriaga (1903) y formó parte de su mesa directiva. Véase: Miguel Angel Granados Chapa, Op. Cit. pp. 10-89.
- 2 Completan esta lista: Severo Azador, Manuel Bermejo, Rafael Cabrera, Manuel Carpio, Juan Delgado, José F. Elizondo, José María Facha, José J. Gamboa, Alberto Herrera, Delio Moreno Cantó, Juan Palacios, Manuel de la Parra, Daniel Ross, Rubén Valenti, José Velasco, Miguel Velázquez, Jesús Villalpando, Francisco Zárate Ruiz, Angel Zárraga y Alfonso Zapeda.
- 3 Colaboraron también: Juan de Dios Orellano, Gonzalo Argüelles Bringas, Benjamín Correa, Fernando Elizalde, Jorge Enciso, Armando García Núñez, Alberto Garduño, Antonio Gómez, Rafael Lillo, Francisco Llop, Jesús Martínez Carrión, Sóstenes Ortega, Rafael Ponce de León, Federico Rodríguez, Juan N. Rondero, José Ruiz, Carlos Saldivar, Ricardo Sierra, Francisco de la Torre, Gabino Zárate y Francisco Zubieta.
- 4 Véase: "En el Umbral", en Savia Moderna, No. 1, Tomo I, marzo de 1906, p. 1.
- 5 Francisco Monterde, "Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena, etcétera", en Las revistas literarias de México, pp. 113-115.
- 6 Véase: Jorge Alberto Manrique, "El proceso de las artes (1910-1970)", en Historia general de México, Vol. 4, pp. 287-301.
- 7 Véase: Ricardo Gómez Robelo, "La exposición de Savia Moderna", en Obras, pp. 115-121.
- 8 Serge I. Zaitzeff, El arte de Julio Torri, pp. 11-88.
- 9 José Vasconcelos, "El movimiento intelectual contemporáneo de México", en Las conferencias del Ateneo de la Juventud, p. 128.
- 10 Pedro Henríquez Ureña, "La cultura de las humanidades", en Op. Cit. p. 60B.
- 11 Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 37.
- 12 Antonio Caso, "Kant en Argentina y en México", El Universal, 17 de febrero de 1939.
- 13 Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", en Op. Cit. p. 614.
- 14 Carlos Monsiváis, Op. Cit. p. 329.
- 15 Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 137

- 16 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 128.
- 17 José Joaquín Blanco, Op. Cit. pp. 35-39.
- 18 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 127.
- 19 José Joaquín Blanco, Op. Cit. p. 37.
- 20 Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 154. Véase también: "Vocación de Pedro Henríquez Ureña", en Novedades, 31 de junio de 1956l.
- 21 Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña, en Tres Libros, p. 173.
- 22 Eduardo Blanquell, Op. Cit. p. 8.
- 23 Antonio Caso, "La tesis admirable de Plotino", en Savia Moderna, No. 5, p. 10.
- 24 Pedro Henríquez Ureña, "Alfonso Reyes", en Op. Cit. p. 296.
- 25 Cfr. Nemesio García Naranjo, Op. Cit. Tomo IV, pp. 297, 490.
- 26 Enrique Krauze, Op. Cit. p. 126.
- 27 Fue José Vasconcelos, en una conferencia leída en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú, en 1916, quien utilizó la tragedia de Ulises para ubicar la obra de su generación.
- 28 Alfonso Reyes, Op. Cit. pp. 156-157.
- 29 Jesús T. Acevedo fue quien impulsó esta iniciativa.
- 30 En este primer ciclo se sustentaron las siguientes conferencias: Alfonso Cravioto: "La obra de Eugenio Carriere"; Antonio Caso: "La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno"; Pedro Henríquez Ureña: "La obra de Gabriel Galán"; Rubén Valenti: "La evolución de la crítica literaria"; Jesús T. Acevedo: "El porvenir de nuestra arquitectura"; Ricardo Gómez Robelo: "La obra de Edgar Poe". En estas sesiones, Nemesio García Naranjo, Manuel de la Parra, Luis Castillo Ledón, Roberto Argüelles Bringas, Abel C. Salazar, Eduardo Colín y Alfonso Reyes leyeron sus poemas.
- 31 En marzo de 1908 se celebró en el Teatro del Conservatorio Nacional la segunda serie de conferencias, de acuerdo con el siguiente programa: Antonio Caso: "Max Stirner y el individualismo exclusivo"; Max Henríquez Ureña: "La influencia de Chopin en la música moderna"; Genaro Fernández Mac Gregor: "Gabriel D'Annunzio"; Isidro Fabela: "José María de Pereda"; y Rubén Valenti: "Arte, ciencia y filosofía".
- 32 Enrique Krauze, Op. Cit. p. 87.
- 33 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 251.
- 34 Véase: Manuel Calero, Cuestiones electorales; ensayo político, México, Escalante, 1908; Querido Moheno, ¿Hacia dónde vamos? Bosquejo de un cuadro de instituciones políticas adecuadas al pueblo mexicano, México, Talleres de I. Lara, 1908; Luis Cabrera, Obras políticas del Lic. Blas Urrea, México, Imprenta Nacional, 1921.

- 35 Vázquez Gómez, Francisco, La Enseñanza Secundaria o Preparatoria en el Distrito Federal: estudio crítico; 2a. ed. México, Talleres Tipográficos de El Tiempo, 1907.
- 36 Véase: El País, 26, 28, 29 y 30 de enero; 1, 4, 6, 10, 11, 20, 23, 27 de febrero; 10, 5, 6, 8, 14, 20 de marzo. La respuesta de Porfirio Parra se encuentra en El Imparcial: 19, 20, 21, 24, 25, 26 y 28 de febrero; 9 y 11 de marzo. Para analizar la posición católica consúltese El País. Juan Palacios contestó a Vázquez Gómez con un folleto intitulado El Programa Preparatorio, México, Imprenta y Librería Inocencio Arreola, 1909.
- 37 Pedro Henriquez Ureña, Op. Cit., p. 37.
- 39 El Popular, 23 de marzo de 1908. Diódoro Batalla participaba en aquel entonces en el levantamiento del partido democrático, junto con Manuel Calero, Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Abraham Castellanos, Carlos Trejo y Patricio Leyva.

## V. UN ATENEO DE LA JUVENTUD.

Meses después de que Justo Sierra expusiera públicamente sus nuevas convicciones, dio comienzo un ciclo de conferencias acerca del positivismo. El conferencista, Antonio Caso, procuró emprender, con criterio filosófico y documentación extensa, el estudio de la filosofía positivista, desde Comte hasta Taine<sup>1</sup>. Los resultados de esta empresa, pobres, según la visión de Pedro Henríquez Ureña<sup>2</sup>, han sido vistos como el inicio de una obra grandiosa: la demolición definitiva de la doctrina oficial. Las contradicciones son evidentes: las pláticas tuvieron lugar en el Salón del Generalito de la Escuela Nacional Preparatoria y contaron con el beneplácito del Ministro de Educación.

Al análisis filosófico iniciado por Antonio Caso siguió el esfuerzo organizativo de Pedro Henríquez Ureña, cuyo "espíritu formalista y académico" (Vasconcelos) dio cuerpo al Ateneo de la Juventud<sup>3</sup>. El nombre de esta sociedad, fundada el 28 de octubre de 1909, expresa dos notas características de sus fundadores: la pasión por lo griego y la creencia en el don renovador de la juventud. Los dirigentes del Ateneo compartían el furor por lo griego y veían en la cultura clásica el modelo a seguir. Compartían, asimismo, la visión de la juventud como una etapa privilegiada en el desarrollo del hombre, la época de la belleza, la rebeldía y el ímpetu creador.

El proyecto de estatutos del Ateneo de la Juventud fue redactado por Antonio Caso, Henríquez Ureña, Acevedo, López, Cravioto y Reyes. Se estipulaba en ellos que el objeto de la asociación sería trabajar en pro de la cultura intelectual y artística de México mediante diversas actividades, como celebrar reuniones públicas para dar cuenta de trabajos literarios, científicos y filosóficos,

organizar discusiones sobre temas de interés, publicar una revista y establecer contacto con sociedades análogas. Los socios eran de las siguientes categorías: fundadores, de número, correspondientes y honorarios<sup>4</sup>. La duración de la sociedad sería indefinida y no podría disolverse sino por acuerdo de la mayor parte de sus integrantes<sup>5</sup>, entre los que destacan los escritores Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Martín Luis Guzmán e Isidro Fabela. Diego Rivera representó a los artistas plásticos; Manuel M. Ponce y Julián Rivera a los músicos. Antonio Caso y José Vasconcelos fueron los filósofos del grupo, mientras que Alfonso Cravioto y Nemesio García Naranjo los políticos.

El Ateneo de la Juventud se sumó a la larga lista de organismos con fines culturales fundados en los últimos años del porfiriato, época en la cual se puso de moda en América Latina crear corporaciones dedicadas a la difusión y la enseñanza. La ilustración del pueblo era tema recurrente en toda Latinoamérica; el problema de la función cívica de los intelectuales estaba a debate. Como resultado de estas influencias, los ateneístas intentaron inscribir sus actividades dentro de un proyecto educativo de alcance nacional. Esto los diferenció de sus antecesores, los modernistas, y los vinculó a las inquietudes de los estudiantes universitarios que, por esos años, encabezaban la lucha en contra de la educación positivista<sup>6</sup>.

Para 1909, las preocupaciones que habían dado vida a la Sociedad de Conferencias y Conciertos ya estaban fusionadas con el movimiento arielista. México comenzaba a ser reconocido como parte de un Continente, América Latina, de una tradición, la hispana, y de una matriz, la cultura humanista occidental, amenazada por la barbarie anglosajona y el utilitarismo industrial. Dentro de este marco, la actividad cultural debía poner en juego el intelecto, la moral y la sensibilidad para buscar verdades a las cuales

asirse y conducir a los países latinoamericanos por rumbos distintos a los tomados por los Estados Unidos, ejemplo de la civilización pragmática y utilitarista.

Los ateneístas acostumbraban reunirse periódicamente en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia para presentar trabajos inéditos considerados de interés<sup>7</sup>. Pese a la modestia de estos actos, la prensa hacía de ellos verdaderos acontecimientos, lo cual muestra la buena acogida que tuvieron ante la opinión pública. En el Ateneo, se decía, están las fuerzas directoras del mañana, los creadores de la obra de arte nueva e ingeniosa, los sociólogos y filósofos que discurrirán los problemas del país<sup>8</sup>.

El Ateneo de la Juventud fue la plataforma desde la cual una juventud que se sentía víctima de un medio plagado de ignorancia expresó sus ideas y divulgó sus primeros trabajos. La academia, renuente al cambio y a las disciplinas humanísticas, no podía dar cobijo a esta nueva pléyade intelectual; no contaba con los espacios institucionales para albergarla, ni con una tradición filosófica que estimulara el desarrollo, dentro de un marco académico, de su carrera. Así, los ateneístas buscaron canales para hacer oír sus opiniones, validar sus productos y obtener prestigio ante un público estudiantil. El que hayan recurrido a la conferencia como medio de comunicación no debe extrañarnos: además de que la oralidad gozaba aún de gran prestigio (saber hablar era aún más importante que dominar la escritura), no existían suficientes órganos editoriales donde publicar. Los periódicos preferían las novelas románticas por entregas o el ensayo político; las revistas estaban controladas por núcleos sectarios que divulgaban sólo aquello acorde con sus principios.

Si bien estaba estatutariamente prohibido que en las sesiones se tocaran temas políticos, buena parte de los

integrantes del Ateneo colaboraba con una u otra de las fracciones en pugna por el poder. El 2 de abril de 1909 se había reunido la gran Convención Nacional para lanzar la candidatura de Díaz, quien -"por el bien de la patria"- aceptó ser reelecto. En la fiesta nocturna en honor a los delegados a este acto, Antonio Caso pronunció un discurso en favor de la dictadura. Para mayo del mismo año, este orador era ya director del semanario la Reelección, órgano del Club Reeleccionista de la Ciudad de México. En privado, Caso juzgaba a Díaz ... "como el mal menor de un pueblo inculto, sin esperanza" (Vasconcelos).

Antonio Caso estaba más interesado por la docencia que por la política. Inició su carrera académica en 1907, como profesor de conferencias ilustradas sobre geografía e historia en la Escuela de Artes y Oficios para Hombres. Desde 1908, apenas recibido de licenciado en derecho, era director de la Escuela Nocturna Especial, cargo que combinaba con la cátedra de sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia<sup>7</sup>. Inmerso en esta rutina, se mantuvo alejado de la política. Prestó su nombre a los "científicos", pero sin colaborar activamente en el proceso electoral<sup>8</sup>. En sus escasas intervenciones públicas, se distinguió -según cuenta Nemesio García Naranjo- por su agresividad en contra del movimiento opositor.

Nemesio García Naranjo abandonó sus actividades académicas para incorporarse de lleno a la militancia partidaria. Su fobia por el reyismo, una clara simpatía por la camarilla de Limantour, la lealtad para con sus protectores<sup>9</sup> y el deseo de obtener una curul en el Congreso Federal lo orientaron hacia el bando de Ramón Corral. Formó parte de la Comisión de Propaganda del Club Reeleccionista, fue redactor de La Reelección y organizador oficial de mitines. Con el tiempo, obtuvo la diputación anhelada; la forma cómo le fue otorgado este cargo muestra los viciados canales de reclutamiento vigentes en el aparato gobernante:

"La costumbre era que el general Díaz hacía la lista de los diputados propietarios y les dejaba a los gobernadores la facultad de designar los suplentes. En vista de esta rutina, el señor Corral se tomó la molestia de dirigirse a los Ejecutivos Regionales, recomendando a aquellos que le eran más adictos, a fin de que nuestros nombres aparecieran en las listas, aunque fuese en segunda fila... El presidente aceptó en parte la lista de Limantour y yo aparecí como diputado propietario por el Primer Distrito de Michoacán. Y como los gobernadores González y Zárate atendieron la recomendación del vicepresidente también fui electo diputado suplente por un distrito del Estado de Zacatecas"<sup>12</sup>.

Hipólito Olea, José María Lozano y Ricardo Gómez Robelo fueron compañeros de partido de Nemesio García naranjo. Los "científicos", preocupados ante el giro desfavorable que tomaban los acontecimientos, decidieron impulsar a estos nuevos cuadros políticos y dar a su campaña un tinte renovador. Rosendo Pineda, tutor de la Unión Liberal, expuso claramente la necesidad de remozar su grupo y abrirle la puerta a la juventud para equilibrar con la "primavera" el "invierno" de un candidato con 80 años de edad<sup>13</sup>. Su campaña tuvo éxito y muchos jóvenes se embarcaron en la dura empresa de restaurar la imagen de un Presidente octogenario y de un candidato a vicepresidente débil, enfermizo e impopular. Incluso hubo quienes -como José María Lozano- rectificaron su posición antilimantourista para apoyar al Partido Científico. Sin embargo, la mayor parte de los miembros del ateneo era reyista -opción que no representaba un enfrentamiento con el régimen- o simpatizaba con la oposición.

En el bando contrario al de Nemesio García Naranjo se encontraba José Vasconcelos, por entonces abogado auxiliar de un bufete norteamericano dedicado a la legalización de contratos de compraventa consumados en Estados Unidos, a la organización de sociedades anónimas y a las cobranzas. El

suelo era decoroso y las perspectivas de trabajo favorables, pero el interés por la política acabó con esta vida estable<sup>14</sup>. Al leer La sucesión presidencial de 1910 y, posteriormente, conocer a su autor, Vasconcelos se convirtió al maderismo y en compañero de tribulaciones de Filomeno Mata, Federico González Garza, Roque Estrada y Luis Cabrera.

¿Qué impulsó a Vasconcelos a incorporarse a un movimiento aparentemente destinado al fracaso? Sin duda, el programa de Madero encajaba con los principios adquiridos por él en la infancia: aversión a los abusos del poder, sentimientos humanistas en contra del "matonismo militaroides" y la idea de una reforma espiritual basada en la educación<sup>15</sup>. Del porfiriato detestaba los abusos injustificados, la barbarie y la corrupción; del maderismo le atraía la honradez, la justeza de sus demandas y el viejo anhelo de construir una patria liberal<sup>16</sup>. En la decisión de participar en el proceso electoral otro factor pudo jugar un papel importante: la necesidad de abrirse espacios que le permitieran ascender en la rígida escala social. Hostil a la acaudalada élite del antiguo régimen, Vasconcelos podía identificarse con la clase media, origen social de muchos maderistas. Entre ellos se contaba a un gran número de abogados quienes sentían que las carreras en el gobierno les estaban vedadas<sup>17</sup>.

No deja de ser paradójico el hecho de que José Vasconcelos haya sido el único de entre los cinco individuos estudiados que hiciera suyo el programa de Madero. Fue el que menos contacto tuvo en su infancia con el pensamiento liberal y quien recibió la más esmerada instrucción religiosa. Era, asimismo, el que atacaba con mayor virulencia a los viejos liberales ¿Por qué, entonces, se comprometió con el maderismo? Quizás la respuesta esté en su experiencia en el norte, (región más tarde descrita por él como la puerta de entrada del "protestantismo pocho"), y su identidad con

los principios de una clase media que creía en el trabajo, la democracia electoral y el orden como sustentos de la vida colectiva. También pudo ser decisivo el tono moralizante de Madero y su particular "aurora espírita" (Krauze). Inclinado desde su infancia por los fenómenos inexplicables, la filosofía de Madero lo pudo haber incitado hacia la búsqueda de un vínculo entre el espiritismo, al cual sabemos era devoto, y los evangelios, entre las doctrinas de Buda y la caridad ciudadana.

José Vasconcelos fue secretario del Partido Antirreeleccionista, director del periódico de esta asociación y organizador de clubes. No pasó mucho tiempo sin que sintiera el castigo de la tiranía; perseguido por los cuerpos policiacos se refugió en San Luis Potosí una breve temporada<sup>16</sup>. Al regresar a la capital volvió a escribir artículos, uno de los cuales le valió su destierro a Nueva York; desde ahí seguiría los acontecimientos nacionales previos a la Revolución: la campaña y el encarcelamiento de Madero, las elecciones federales y el triunfo "limpio y absoluto" del general Díaz. Durante su estancia en Nueva York, se dedicó a leer sobre el pensamiento indostánico (valiéndose de la edición de Max Muller) y los espiritistas en boga: Blavatsky, Anne Bessant y Oldengber.

La relación entre José Vasconcelos y Madero no estuvo exenta de dificultades. Este último tenía gran confianza en el inexperto abogado, quien lo mantenía al tanto de los detalles políticos de la capital. A raíz de la represión gubernamental, comenzaron los problemas que llevaron a Vasconcelos a considerar la posibilidad de renunciar al Partido Antirreeleccionista. Valiéndose de una combinación de halagos, reproches y ofrecimientos, Madero lo disuadió<sup>17</sup>.

1909 fue también un año decisivo en la vida de Alfonso Reyes. En esa fecha, el Presidente dio el golpe final a don Bernardo, ordenándole que saliera de México. "¡Dios perdone a Díaz y salve al país! fue la exclamación única del general Reyes, a quien meses antes le habían quitado el mando del gobierno de Nuevo León. Interiorizado como estaba de los métodos del régimen, aceptó el destierro sin reproches, sometiéndose a las normas que él mismo usó para con sus adversarios. A partir de estos hechos, Alfonso se retrajo aún más del mundo político; su obra de aquellos años se fundió con la tragedia paterna, con el dolor ante la pérdida del hogar dismantelado y con la añoranza por aquel México que comenzaba a disolverse.

Llegó el año de 1910. A 33 años de la revuelta de Tuxtepec, la gloria del Caudillo culminaba; con ella desaparecía el México romántico de delicioso extranjerismo, así como la confianza en la paz y el progreso social<sup>20</sup>. Ajeno a este movimiento, el gabinete gastó sus últimas energías en la preparación de los festejos para conmemorar el centenario de la Independencia y mostrar al mundo la grandiosa obra de Díaz, recién electo Presidente por séptima ocasión. Mientras tanto, su principal adversario, Francisco I. Madero, preparaba la insurrección armada. En los meses previos al estallido de ésta, se produjo un acontecimiento que habría de marcar la historia de la cultura mexicana: la creación de la Universidad Nacional de México<sup>21</sup>, acto con el cual culminaba un largo proceso que tuvo su inicio en 1881, cuando Justo Sierra publicó en *La Libertad* su primer proyecto de Universidad coincidiendo con el momento en que el positivismo sufría las impugnaciones procedentes de altos funcionarios del gobierno<sup>22</sup>. En aquel entonces, Sierra diseñó un centro de enseñanza de corte positivista y asociado al poder Ejecutivo, aunque independiente en materia académica. Intentaba, con ello, salvar un espacio institucional amenazado por el viejo

liberalismo y, al mismo tiempo, defender una posición doctrinaria<sup>23</sup>.

Sin duda, el tezón y la habilidad política de Justo Sierra fueron decisivos en el proceso que concluyó con la inauguración de la Universidad. Pero el nacimiento de ésta no puede atribuirse exclusivamente a los esfuerzos de un hombre; tampoco a los intentos de un régimen por frenar las inquietudes de las capas medias ilustradas y dotar de empleo seguro al "proletariado profesional"<sup>24</sup>. Si la Universidad nació fue porque existía una comunidad académica, aún dispersa e incipiente, que aspiraba a profesionalizar el trabajo intelectual, esto es, a establecer normas para generar y validar el conocimiento, gobernarse y obtener prestigio. Dicha comunidad se concebía a sí misma como una aristocracia intelectual dotada con una moral específica y un sistema propio de valores emanado de la ciencia.

El nuevo establecimiento debía adaptarse -de acuerdo con su creador- a las circunstancias y condiciones de la época, buscar una verdad no dada, sino definiéndose continuamente, y promover en sus "elementos superiores" la obra educativa nacional. Lejos de adoptar un sistema filosófico -el positivismo- cuya misión histórica había sido ya satisfecha, buscaba descubrir conocimientos no revelados por el método científico y para los cuales la ciencia no tenía respuesta. Incluso la metafísica, por largo tiempo desterrada de las aulas, ocuparía un lugar dentro del plan de estudios. En este sentido, la Universidad no sólo negó todo parentesco con su predecesora, la Universidad Pontificia; también se desligó de la tradición positivista<sup>25</sup>. En su diseño original respondía a lo que se ha llamado el modelo napoleónico liberal, adoptado por la mayoría de las universidades latinoamericanas, en el cual se considera como función prioritaria de la enseñanza superior la formación de profesionistas liberales. La

importancia que se le daba a la investigación de alto nivel, las labores de difusión y la docencia especializada, nos habla, sin embargo, del posible influjo del modelo alemán.

Que la Universidad pudiera cumplir con los propósitos para los cuales fue hecha dependía del grado de libertad interna que lograra crear y de su independencia con respecto al Estado. Fue trazada, por ello, como una corporación con capacidad -ciertamente limitada- de autogobierno<sup>26</sup>. Esta aspiración a la autonomía sólo pudo lograrse a medias, hecho que Justo Sierra reconoció como algo inevitable dado el atraso político del país<sup>27</sup>. La iniciativa de ley aprobada concedió al Ejecutivo y a la burocracia estatal recursos suficientes para intervenir en y controlar al naciente centro educativo, cuyo gobierno quedó a cargo de un rector nombrado por el Presidente y de un Consejo Universitario compuesto por el rector, los directores de las Escuelas Universitarias y el director de Educación Primaria, como consejeros ex officio. Cada Escuela tenía el derecho de nombrar dos consejeros -electos por escrutinio secreto en las juntas de profesores-, mientras que la Secretaría de Instrucción Pública quedó facultada para designar a cuatro más. A los alumnos se les dio una representatividad mínima: un estudiante por cada Escuela.

Desde el momento en el cual se anunció su fundación, la Universidad pasó a ser motivo de polémica. La Revista Positiva fue la trinchera desde la que se le dirigieron los ataques más violentos. Tiempo atrás, Agustín Aragón había manifestado su desacuerdo con algunas de las medidas implantadas por Justo Sierra. Entre noviembre de 1910 y abril de 1911 publicó varios artículos<sup>28</sup> en los cuales sostenía que la creación de la Universidad era un retroceso y una medida absurda, contraria a los sabios principios positivistas<sup>29</sup>. Horacio Barreda se sumó a los ataques con

la publicación de sus "Apuntes para la historia o diálogos entre el buen sentido común y uno de sus discípulos"<sup>30</sup>.

Estas opiniones expresaban la preocupación del ala "ortodoxa" de los positivistas mexicanos ante el surgimiento de una corriente cultural contraria a sus ideas y que amenazaba sus espacios de poder<sup>31</sup>. Espacios que, por cierto, casi no fueron tocados al fundarse la Universidad. Como se sabe, ésta nació con la fusión de las Escuelas Nacionales de Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros, Bellas Artes y Altos Estudios, instituciones en las que -salvo esta última- estaban aún vigentes los programas positivistas. Al inaugurarse la Universidad, estas dependencias conservaron intactos sus planes de estudio, formas administrativas y personal docente, de tal modo que, en la práctica, el proyecto de Justo Sierra quedó trunco. La indiferencia gubernamental por el destino del nuevo centro escolar hizo todavía más difícil su despegue.

El desinterés del gobierno y la actitud beligerante del grupo reunido en torno a la Revista Positiva contrastaban con el entusiasmo de los ateneístas, quienes dotarían de un contenido filosófico al plan de Sierra y lo defenderían públicamente. Sin este apoyo, probablemente la Universidad hubiera sucumbido, como pasó con otras instituciones heredadas del porfiriato, o quedado como una mera unión administrativa de Escuelas Superiores.

En el debate en torno a la Universidad estaban en juego dos concepciones opuestas acerca de la generación y el uso del conocimiento, así como de las funciones del intelectual. Mientras los positivistas creían en el método científico como el único camino para llegar al saber y en ciertas normas empíricas para validarlo, los seguidores de Justo Sierra reivindicaban otras vías para acceder al conocimiento y proponían criterios de racionalidad académica internos, es decir, al margen de la valoración

social que se le diera a los productos del quehacer intelectual. Aragón y Barreda creían en un saber "científico" legitimado por la vía del método y no de los resultados; Justo Sierra y sus discípulos sostenían la necesidad de un sistema de competencia entre científicos, con órganos colegiados y al margen del poder estatal. De aquí, quizás, la importancia que le daban a la autonomía, entendida como la libertad académica para decidir quién pertenecía a la comunidad, enjuiciar los productos académicos y decidir sobre los contenidos de la investigación y la docencia.

Esta polémica implicaba, también, la confrontación entre modos distintos de concebir las tareas sociales del intelectual. Tanto por su experiencia como por su ideología, los positivistas veían en el hombre de ciencia a un ser práctico, útil, situado junto al poder para dictar leyes y normas que orientaran la vida social. Desde esta perspectiva, una universidad que se planteara cultivar las "cosas del espíritu" e impulsar a la nación en sus "valores más altos" no era sino, en palabras de Agustín Aragón, un "vivero de parásitos", doctores improvisados e inútiles licenciados. Para sus contrincantes, la investigación valía por sí misma y era una actividad desinteresada dirigida a la superioridad del espíritu.

Por sus características, la Escuela de Altos Estudios fue la dependencia desde la cual las nuevas generaciones se incorporarían a la vida universitaria. Destinada originalmente a perfeccionar los estudios profesionales, realizar investigación y formar profesores para la enseñanza media, dicha institución no contaba, al principio, con un plan de estudios ni con una planta docente estable. Esta flexibilidad, aunque dio lugar a arbitrariedades, permitió la configuración de un núcleo académico de avanzada que, al paso del tiempo, llegaría a dominar en la Universidad.

Casi paralelamente a la inauguración de la Universidad, el Ateneo de la Juventud organizó una serie de conferencias sobre la personalidad y la obra de artistas hispanoamericanos. Las pláticas tuvieron lugar en el salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia con el apoyo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes<sup>32</sup>. Justo Sierra inauguró el ciclo, acompañado por Luis G. Urbina y Telésforo García. La segunda conferencia fue presidida por Ezequiel A. Chávez y las siguientes por Pablo Macedo. Asistieron como invitados de honor Santiago Argüello y la escritora Laura Méndez de Cuenca<sup>33</sup>.

A diferencia de las conferencias impartidas en años anteriores, en éstas se abordaron temas latinoamericanos, hecho insólito en un medio dominado por la influencia europea. El liberalismo tradicional, empeñado en su lucha independentista, había cerrado las puertas a la cultura española. Los positivistas volvieron sus ojos a Francia, cuna del comtismo. Dentro de este panorama, la iniciativa de analizar autores de habla hispana abrió toda una etapa en la actividad intelectual mexicana moderna, cuya característica principal fue la búsqueda de una expresión propia de nuestras naciones. Esta inquietud perduraría en José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, los más obstinados en reconstruir los lazos entre los países del Continente y de éste con España.

Antonio Caso inició el ciclo con una disertación sobre la filosofía moral de don Eugenio María de Hostos<sup>34</sup>. En ella opuso el pensamiento del autor puertorriqueño a las teorías antiintelectualistas de Nietzsche y Stirner, a quienes culpó de causar estragos en los "espíritus torpemente inquietos". Para Caso, la gran aportación de Hostos a la filosofía consistió en dar a la razón, y con ella al conocimiento científico, un papel preponderante en el desarrollo humano. Merecía, por ello, ser considerado como ejemplo del racionalismo más sistemático y coherente; ejemplo que, ante

la invasión del vitalismo europeo, las nuevas generaciones debían seguir.

En la segunda parte de su discurso, Caso delineó las bases sobre las cuales levantaría su sistema filosófico. El punto de partida fue la crítica al determinismo mecanicista que suprimió la moral en aras de la razón y en contra de dos constantes en el desarrollo humano: el heroísmo y el amor<sup>35</sup>.

Al rechazar la posibilidad de llegar al conocimiento total mediante el uso exclusivo de la ciencia, Caso negó la parte más doctrinaria de la pedagogía positivista: aquélla que se contentaba... "con resumir, sin superarlos, el saber de laboratorio y de anfiteatro, el dato estadístico o el conocimiento de vitrina". Se opuso, así, a la insuficiencia del programa educativo vigente, a su precario interés por las humanidades y a la ausencia de la filosofía en los planes de estudio. La alternativa sería un modelo pedagógico que articulara el saber científico -fuente de rigurosidad y disciplina- con la moral y la metafísica. Esta opción -ya delineada por Justo Sierra- no existía aún sino como una exigencia de libertad intelectual y religiosa, una reivindicación de los principios espirituales y un juicio crítico a las tesis positivistas<sup>36</sup>.

La tercera conferencia estuvo a cargo de Pedro Henríquez Ureña, quien habló sobre la obra de José Enrique Rodó. Referirse a este autor resultaba inevitable. El buen recibimiento que se dio al *Ariel* en México se evidencia por el hecho de que la quinta edición del libro (1908) fuera impresa en Monterrey por iniciativa del gobernador del Estado, Bernardo Reyes. La sexta edición salió el mismo año y fue elaborada en la Escuela Nacional Preparatoria<sup>37</sup>. Ambos tirajes se distribuyeron gratuitamente entre los estudiantes, de modo que la imagen de Próspero hablando a

la juventud recorría los recintos escolares. En la lucha entre Calibán y Ariel, los jóvenes identificaban su propia contienda en contra de la barbarie, así como la posibilidad de forjar un nuevo poder espiritual enfrentado al empirismo norteamericano.

Pedro Henríquez Ureña -y como él muchos otros de su generación- encontró en Rodó el prototipo del "maestro que educa con sus libros", del educador que había de formar a los futuros dirigentes sociales, dándoles, a la vez, carácter individual y corpus colectivo y enseñándoles cómo nuestros pueblos no deberían buscar fuera de sí el ideal de su vida<sup>39</sup>.

De la obra de Rodó, los ateneístas tomaron -más que el estilo literario- la personalidad del escritor, del orientador moral. Si el Ariel les ofrecía el encuentro con América, les marcaba un camino de acción cultural, los Motivos de Proteo les orientó sobre las normas de vida interior del hombre de letras. Normas que marcaron profundamente a toda su generación y que, en conjunto, invitaban al aislamiento, a la soledad y a la ruptura con el mundo exterior. El nuevo intelectual no era el político comprometido, sino el orientador moral, el educador dedicado a la formación de los pueblos y entregado, ante todo, a una causa: el desarrollo del espíritu nacional.

José Vasconcelos -quien volvió a México gracias a la amnistía concedida por el Dictador- cerró la serie de conferencias con un estudio sobre don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas<sup>40</sup>. El tema había sido tratado ya por varios de sus compañeros en ocasiones previas, pero Vasconcelos lo usó de una forma inusitada: como exhortación profética para recuperar el libre albedrío y romper con el empleo que los "científicos" daban a la cultura<sup>41</sup>. En su discurso, resistió la tentación de señalar verdades y caminos hechos. La virtud de sus planteamientos estribó en

presentar la labor intelectual como una obra difícil, azarosa e improbable. Si los positivistas encontraron en la ciencia respuesta a las inquietudes de su época, la nueva generación, formada "en la desesperanza y el dolor", tenía la tarea de rehacer los valores y dar a su momento los datos y las razones que requería. En esta búsqueda - afirmaba el autor- la razón era insuficiente, una etapa superada: el conocimiento cabal sólo es posible si procede de la inspiración poética, el éxtasis místico y la especulación crítica. El filósofo genuino, aquel destinado a dirigir, además de asemejarse al poeta, de manejar la emoción y el saber científico, habría de ser un profeta<sup>1</sup>.

Pese a las diferencias de estilo, las pláticas de Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña tuvieron un punto en común: el ataque a la razón positivista. Esto los unió a las expresiones culturales europeas que, ante el derrumbe del "milagro industrial", presentaban el fracaso del desarrollo capitalista<sup>2</sup>. Los unió, sin duda, al neohumanismo europeo, con su alejamiento de la racionalidad instrumental y su búsqueda de valores "eternos", como la plenitud, la belleza y el heroísmo. En este sentido, el Ateneo no pudo escapar a la ola romántica de fin de siglo.

El humanismo propugnado por José Vasconcelos en 1910 iba mucho más allá de la reivindicación de las humanidades como un área importante del conocimiento social. Trató de dar al hombre un lugar dentro de la historia; de una historia transformada, por el positivismo, en leyes inmodificables de la evolución social. Ante una concepción que ubicaba al individuo como objeto pasivo, cuya tarea consistía en adaptarse a las circunstancias, rescató la idea de la voluntad humana como factor de cambio. Quedó, así, la visión de la actividad intelectual como una labor heroica, vivencia obsesiva del arte enfrentada al caos y a los intereses políticos.

La solución dada por Antonio Caso a los problemas antes planteados fue muy distinta. Su diatriba antipositivista acabó resolviéndose en una afirmación de "la libertad de raíces cristianas, sobre la base de que el hombre es una realidad espiritual que está por encima de la naturaleza"<sup>43</sup>. Con este "nuevo humanismo" como punto de partida, Antonio Caso intentaría construir una cosmovisión cristiana que pudiera sostenerse sin contradecir las conclusiones filosóficas y científicas de la cultura. Las fuentes básicas para el desarrollo de estas ideas fueron los pensadores franceses -Boutroux y Bergson- y el modernismo católico que tanto influyó en aquellos años.

Tanto el latinoamericanismo contenido en la exposición de Pedro Henríquez Ureña como las tesis filosóficas implícitas en las intervenciones de Antonio Caso y José Vasconcelos formaban parte de una nueva formación cultural que, si bien se nutrió de fuentes europeas, intentó dar una identidad original a los países latinoamericanos y mantener vivas sus tradiciones. El "arielismo", como denomina Jean Franco<sup>44</sup> a este movimiento, comenzaba a rendir sus primeros frutos y a consolidar sus más grandes mitos: la existencia de una América del Norte utilitaria y pragmática y la superioridad espiritual de América Latina. Ambas tesis, que se repetirían *ad nauseam* hasta parecer fórmulas vacías, planteaban a los intelectuales la necesidad de proporcionar educación a las masas y los capacitó para ver por encima de sus frustrantes y limitadas situaciones nacionales<sup>45</sup>.

Influidos por este movimiento, los ateneístas se consideraron a sí mismos como la minoría selecta destinada a crear una cultura nacional. Pero a diferencia de muchos de sus colegas latinoamericanos no optaron por el costumbrismo narrativo ni volvieron la vida en el campo el motivo de sus reflexiones o el centro de su obra. Ellos depositaron su confianza en la reforma educativa y la efectividad de la letra impresa, sin identificarse con la

idea poética de un México rural portador de las más genuinas tradiciones culturales. Sus esperanzas iniciales no fueron puestas en el indio, ni siquiera en aquel mestizo posteriormente idealizado por José Vasconcelos, sino en las capas medias ilustradas que, desamparadas por el régimen que les había permitido crecer, impulsaban una renovación política e ideológica. La Revolución, con su despertar de las masas campesinas, se encargaría de hacer naufragar este programa renovador.

Pese a sus limitaciones el Ateneo modernizó y amplió el concepto de cultura. Al programa patriótico de Altamirano opuso una concepción más libre, creadora y universal del trabajo intelectual, reivindicó la tradición hispana y aceptó la influencia de otras lenguas, además de la indispensable francesa. Frente a la fe en la ciencia, la objetividad y la tendencia a uniformar el pensamiento por la vía del método científico, recuperó el valor de las humanidades, la duda, la pluralidad ideológica y la voluntad de los hombres. Por último, combatió la noción modernista del intelectual como "bohemio" y de la cultura como terreno exclusivo de las "bellas artes". Escribir, pensar y leer son cosas que se aprenden y no el resultado de la inspiración espontánea.

## NOTAS

- 1 Durante el ciclo, Caso impartió las siguientes conferencias: I. Romanticismo y positivismo, momento histórico de la aparición del positivismo; II. Los precursores, especialmente Bacon, Descartes y Diderot; III. El fundador. Las tesis fundamentales del positivismo costiano; IV. Los positivistas heterodoxos. Stuart Mill; V. Continuación. La filosofía de Herbert Spencer; VI. El positivismo en la actualidad.
- 2 "Y he aquí las tres conferencias sobre Comte y sus precursores (a las que seguirán otras sobre el positivismo independiente: Spencer, Mill, Taine) apenas responden a lo esperado. Ni en la parte histórica, ni en la expositiva, ni en la crítica ha introducido el conferencista los deseados elementos de novedad: se ha contentado, en general, con la exposición, el trazo del positivismo: historia y crítica que, si en nuestra América se han repetido hasta la saciedad, en Europa y en la América Inglesa están ya revisadas y corregidas. No se ha abstenido Caso de hacer crítica sino de la censura franca: ha ejercido la función crítica sólo a medias". Pedro Henríquez Ureña, "El positivismo de Comte", en Op. Cit. pp. 52-53.
- 3 Pedro Henríquez Ureña atribuye a Antonio Caso la paternidad del Ateneo.
- 4 De acuerdo con Genaro Fernández MacGregor, fueron socios del Ateneo de la Juventud las siguientes personas: Jesús T. Acevedo, Evaristo Araiza, Ricardo Arenales, Roberto Argüelles Bringas, Alfonso B. Alarcón, Carlos Barajas, Ignacio Bravo Betancourt, Luis Cabrera, Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto, Jesús Castellanos, Luis Castillo Ledón, Francisco J. César, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Marcelino Dévalos, Leopoldo de la Rosa, Jorge Enciso, José Escofet, Isidro Fabela, Genaro Fernández MacGregor, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Carlos González Peña, Fernando González Roa, Martín Luis Euzmán, Max y Pedro Henríquez Ureña, Alba Hernández y Ogazón, Enrique Jiménez Rodríguez, Rafael López, Carlos Lozano, José María Lozano, Federico Mariscal, Nicolás Mariscal, Antonio Mediz Bolio, Joaquín Méndez Rivas, Guillermo Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Alberto J. Pani, Manuel de la Parra, Manuel M. Ponce, Alfonso Pruneda, Alejandro Quijano, Efrén Rebolledo, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Abel C. Salazar, José Santos Chocano, Mariano Silva y Aceves, Alfonso Tejazabre, Julio Torri, Luis G. Urbina, Jesús Urueta, José Vasconcelos, Miguel A. Velázquez y Angel Zárraga. Cfr. Genaro Fernández MacGregor, "El Ateneo de la Juventud", en Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 10. de noviembre de 1960, p. 2.
- 5 Idea.
- 6 "Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del modernismo, que - esa sí - soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración". Alfonso Reyes, Op. Cit. p.129.
- 7 En una de estas reuniones, José Vasconcelos expuso su estudio sobre el sentido místico del baile. Cfr. Alfonso Taracena, José Vasconcelos, p. 2.
- 8 Armando de María y Campos, La Fundación del Ateneo de la Juventud", p. 3.
- 9 Rosa Krauze, La filosofía de Antonio Caso, pp. 27-30.

- 10 "Y nunca se asomó [Antonio Caso] a la Comisión de Propaganda, ni tampoco acudió a preparar el primer número de la Reelección que ya estaba anunciado. Había consentido en ser el director del periódico y no mandó retirar su nombre; se limitó a abstenerse de toda acción, esperando que los políticos entendieran su actitud negativa". Nemesio García Naranjo, Op. Cit. Tomo V, p. 82.
- 11 "...Mis relaciones con el llamado Partido Científico se limitaban a contactos sin importancia con tres personajes prominentes: Don Rosendo Pineda, Don Pablo Macedo y Don Joaquín D. Casasús. Con el primero tenía una deuda de gratitud por haberme conseguido empleo en el Departamento de Marina del Ministerio de Guerra; con Don Pablo Macedo, las únicas ligas eran de respeto... y con Don Joaquín Casasús, me vinculó la circunstancia de haber recibido un premio en el Certamen Literario convocado por el Liceo Altamirano". Ibid. p. 139
- 12 Ibid. pp. 167-668.
- 13 Ibid. p. 147.
- 14 En 1909 se vio a Vasconcelos asistir a reuniones de los masones, en compañía de Rodolfo Reyes y otros abogados. Sin embargo, pronto se adhirió al programa de Madero.
- 15 José Vasconcelos, Op. Cit. pp. 310-311.
- 16 "El cultivo de la raza, el aumento de su potencia vital, escribió Vasconcelos, es la función más alta del gobernante en un país como el nuestro. Los esfuerzos por educarla son más meritorios aun desde el solo punto de vista económico... porque todo progreso económico es falso desde el punto de vista nacional, si no se basa en la mayor potencia productiva del operario mexicano y en el aumento paralelo de sus necesidades de consumo". José Vasconcelos, "Cómo debe ser el gobierno del porvenir, y por qué el corralismo no puede desempeñarlo" El Antirreeleccionista, 31 de agosto, 1909, p. 2.
- 17 John Skirius, "Vasconcelos: el político y el educador", en Op. Cit. p. 57
- 18 Jesús Flores Magón cooperó para que el gobierno levantara la orden de aprehensión en contra de Vasconcelos y de otros colaboradores del Antirreeleccionista.
- 19 Carta de F. Madero (Tehuacán, Pue.) a J. Vasconcelos (México, D.F.), en Archivo de Don Francisco I. Madero, 13 Nov. 1909, Vol. 2, pp. 484-486.
- 20 Carlos Monsiváis, "Textos y pretextos. La fabricación de la nostalgia", en El Universal, 14 marzo de 1967.
- 21 "Crónica de la fiesta de inauguración de la Universidad Nacional de México", en Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM, No. 1, Enero-Abril 1982, p. 31.
- 22 Véase: Justo Sierra, "Proyecto de creación de la Universidad Nacional"; "Contestación al Dr. Luis E. Ruiz" "Contestación al Sr. D. Enrique M. de los Ríos", en Obras completas, tomo VI, pp. 65-82.
- 23 Sobre el proyecto original de Justo Sierra, pueden consultarse los siguientes textos: Lia García Verástegui, Del proyecto nacional para una universidad en México. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras (tesis de licenciatura 1981); Juan Hernández Luna, La Universidad de Justo Sierra, México SEP, 1948; Alfonso de María y Campos, Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional Autónoma de México, México UNAM, 1975
- 24 Véase: Gilberto Guevara Niebla, "La autonomía universitaria en el proyecto de Sierra", en El saber y el poder, pp. 41-43.

- 25 Cfr. "Discurso pronunciado por el Sr. Lic. Don Justo Sierra en la inauguración de la Universidad Nacional", en Op. Cit. pp. 57-82.
- 26 Ibid., p. 49.
- 27 Sobre este punto, Justo Sierra afirmó en la Cámara de Diputados: "La forma que se ha adoptado pudiera ser transitoria y, por consiguiente, podría ser susceptible de modificarse más tarde, quizás en un sentido más liberal y en condiciones que se mejor a las exigencias del progreso nacional. Pero por ahora hemos debido adoptar una forma de transición entre una corporación gobernada exclusivamente por el poder público y otra que disfrutara de más amplia autonomía". Justo Sierra, "La Universidad, cuerpo docente", en Op. Cit. p. 321.
- 28 Agustín Aragón, "Dos discursos universitarios del secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes", en Revista Positiva, tomo X, No. 127, 5 de noviembre de 1910; "La Universidad angloamericana" y "El bicefalismo Universitario", en Op. Cit. Tomo XI, No. 129, 10 de marzo de 1911.
- 29 Gloria Villegas, "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en Op. Cit. p. 87.
- 30 Horacio Barreda, "Apuntes para la historia o diálogos entre el buen sentido común y uno de sus discípulos", en Revista Positiva, No. 128, 3 de diciembre de 1910.
- 31 Juan Hernández Luna "Sobre la fundación de la Universidad Nacional: Antonio Caso vs. Agustín Aragón", pp. 374-375.
- 32 La serie fue patrocinada por Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez. La edición de las conferencias la pagó Pablo Macedo, director de la Escuela de Jurisprudencia, y apareció con el título de Conferencias del Ateneo de la Juventud, México, Imprenta Laclaud, 1910.
- 33 Juan Hernández Luna, "Prólogo" a Las conferencias del Ateneo de la Juventud, pp. 7-14.
- 34 Antonio Caso, "La filosofía moral de Don Eugenio María de Hostos", en Op. Cit. pp. 29-40.
- 35 Ibid. p. 38.
- 36 Rosa Krauze, Op. Cit. pp. 67-77.
- 37 María Elena Rodríguez de Magis, "Rodó y el Ateneo de la Juventud" en Revista de la Universidad de México, Vol. XXVI, No. 2, octubre, 1971.
- 38 Ibid. pp. 59-60.
- 39 José Vasconcelos, "Don Gabino Barreda y las ideas Contemporáneas", en Op. Cit. pp. 97-113.
- 40 Ibid. p. 112
- 41 Véase: Margarita Vera: "El pensamiento filosófico de José Vasconcelos", en José Vasconcelos, de su vida y su obra, pp. 94-101.
- 42 Francisco A. Gómez Jara "Hacia una sociología de la sociología vasconceliana, en Ibid pp. 116-145.
- 43 Fernando Salmerón "Los filósofos mexicanos del siglo XX", en Estudios de historia de la filosofía en México, p. 303.

44 Jean Franco, La cultura moderna en América Latina, pp. 53-57.

45 Ibid. p. 72.

"Aquella generación de jóvenes se educaba -como en Plutarco- entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencioso del paisaje solar: todo el círculo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, se ha ido salvando como ha podido".

Alfonso Reyes<sup>1</sup>

## VI. DIAS ACIAGOS.

En su exposición sobre don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas, José Vasconcelos se preguntaba si su generación asistiría a ... "las épocas gloriosas en que los valores se rehacen"<sup>2</sup>. Menos de un mes después, la respuesta fue dada: Madero huyó a San Antonio, Texas, y dio a conocer el Plan de San Luis Potosí<sup>3</sup>. La Revolución había comenzado.

En sus inicios, el movimiento revolucionario se desarrolló en forma de ataques dispersos perpetrados en diferentes zonas del país. La ciudad de México permaneció indiferente hacia estos sucesos. La experiencia de convulsiones sociales previas permitía suponer que la insurrección maderista sería derrotada y que, en un plazo corto, el Ejército Federal restablecería el orden. Así, mientras algunas regiones eran escenario de batallas, la capital seguía su vida rutinaria. El primero de diciembre de 1910 se efectuó la toma de protesta del octogenario dictador, cuya presencia aseguraba, para muchos, largos años más de tranquilidad.

Conforme la rebelión se expandía, aumentaban las debilidades del gobierno porfirista y la división interna del núcleo opositor. La paz era necesaria para los dos bandos y, finalmente, se firmaron los acuerdos de Ciudad Juárez. Díaz renunció el 26 de mayo de 1911, dejando como presidente interino al diplomático León de la Barra. La

entrada de los revolucionarios causó asombro entre los metropolitanos, quienes, acostumbrados a las paradas militares y procesiones cívicas del porfiriato, en las que se hacía alarde de poder, elegancia y solemnidad, consideraron que el aparato del maderismo, aparte de ser ridículo por la indumentaria y la sencillez de su gente, era débil debido a la pobreza del armamento de sus soldados<sup>4</sup>.

Con el triunfo de Madero, José Vasconcelos volvió a México. Tras el fracaso del asalto a la guarnición de Tacubaya, en marzo de 1911, había partido a los Estados Unidos para ocupar el cargo de secretario de la misión diplomática del gobierno revolucionario instalada en Washington. Sus funciones eran pocas -hacer publicar las noticias transmitidas desde la frontera, traducir los mensajes en clave y precisar los objetivos sociales del movimiento rebelde- por lo cual tuvo el tiempo suficiente para visitar la Biblioteca del Congreso y leer en traducciones al inglés a los griegos, la patrística, los indostanos, la filosofía de la época, los títulos de divulgación científica y los autores de moda<sup>5</sup>.

Pese a que la indisciplina de Pascual Orozco y el temperamento de Francisco Villa lo alertaron sobre el rumbo "sangriento y bárbaro" que podía tomar la Revolución, José Vasconcelos se mantuvo dentro de ella. Su lealtad estaba con Madero, en quien reconocía al ideólogo e inspirador de la "renovación espiritual" por la que pasaba el país, misma que la popularidad de los caudillos militares ponía en peligro. A medida que la vieja dictadura caía, afirmó tiempo después José Vasconcelos, aumentaba la división entre el troglodita y el idealista, entre la barbarie autóctona y los intentos regenerativos<sup>6</sup>.

El temor de José Vasconcelos ante los cauces que tomó la rebelión es representativo del sentir de aquellos

intelectuales de la clase media frente al movimiento popular campesino suscitado por el Plan de San Luis. La división entre la ciudad y el campo, entre la gente decente y el pueblo, afloró a raíz de los espontáneos levantamientos rurales que cundieron por las zonas norte y centro de la República, muchos de ellos fuera de control y con demandas que rebasaban los ideales ciudadanos de Madero. La intelectualidad urbana, decisiva en el proceso opositor a Díaz, miró con horror la emergencia de los "agitadores corruptos" que comenzaban a adueñarse de la situación.

Con todo y sus temores, para José Vasconcelos la Revolución significó un ascenso escalafonario. Al salir del país, era sólo un abogado con futuro y un "filósofo" conocido dentro del ambiente cultural porfiriano. Al volver, formaba parte de la clase selecta de los triunfadores; era un "hombre de la Revolución" cercano a Madero, quien lo invitó a formar parte de su gabinete<sup>7</sup>. Vasconcelos no aceptó: podía ganar más dinero ejerciendo su profesión. Sin embargo, fue un apasionado defensor periodístico del maderismo.

La historia de Nemesio García Naranjo nos muestra el otro lado de la moneda: el de la derrota. Al estallar el conflicto revolucionario, los "científicos" pasaron a ocupar un papel subordinado en el teatro político. En su último intento por evitar el fracaso total mediante el cambio de los cuerpos directivos, Limantour promovió la renuncia del gabinete y el nombramiento de nuevos ministros. Justo Sierra dejó la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; su sustituto fue Jorge Vera Estañol. Para los dirigentes históricos de la Unión Liberal no quedó sino el camino del exilio. El primero en partir a Europa fue Ramón Corral; lo seguirían numerosos políticos e intelectuales que fueron culpados del deterioro porfirista.

Con la derrota de Díaz acabaron las aspiraciones de los jóvenes reclutados por el Partido Científico durante el proceso político electoral. Dispersos, sin guías, repudiados por los grupos políticos emergentes, estos cuadros subalternos buscaron la forma de supervivir al naufragio mientras el panorama se aclaraba. Habían creído ganar la fama apostando por la continuidad y, en menos de un año, la situación cambió radicalmente:

"A los veintisiete años de edad y sin ninguna recomendación, acababa de penetrar a un régimen cuyo ochenta por ciento se componía de ancianos; mi nombre resonaba en la Universidad, mi huella en el Museo Nacional era notoria; los cenáculos intelectuales me abrían las puertas, los principales escritores eran mis amigos, y los próceres más influyentes me sonreían... Y todo ha cambiado en los últimos meses. El gobierno con el cual me vinculé se está llenando de grietas que amenazan un posible derrumbamiento. Sobre el panorama que convidaba a soñar ha caído un nublado lleno de incertidumbre, y el diputado García Naranjo se puede convertir en un don nadie"<sup>81</sup>.

Nemesio García Naranjo buscó refugio en su estado natal, Nuevo León. Desde la renuncia de Díaz hasta la victoria en las urnas de Madero permaneció inactivo, sin vincularse a ninguna de las organizaciones que dominaban la escena política. Su vocación antireyista le impedía apoyar a Don Bernardo Reyes, mientras que su credo liberal lo alejaba del Partido Católico. El único grupo con el cual se sentía ideológicamente identificado era el del Partido Popular Evolucionista, dirigido por Vera Estañol, pero sus antiguos lazos con los "científicos" lo hacían indeseable aun para quienes tuvieran un programa conservador.

José Vasconcelos y Nemesio García Naranjo fueron casos excepcionales en un medio en el que privó la indiferencia y el desdén por los acontecimientos que asolaban a la nación. La mayoría de sus discípulos actuó como espectador pasivo e incrédulo de los sucesos revolucionarios que

vinieron a interrumpir la tertulia literaria y poner al desnudo la existencia de un México desconocido dentro del cual habría de sobrevivir. En su Diario, Alfonso Reyes dejó constancia del esfuerzo por continuar, entre tiroteos y motines, la labor intelectual, del temor ante la "turba" maderista que se había adueñado de la ciudad y de la nostalgia por la paz porfiriana que, pese a sus desventajas, ofrecía un clima propicio para la concentración personal y artística<sup>7</sup>.

Aislado de la política, Alfonso Reyes vivió la Revolución al través de su padre, quien regresó al país gracias a la amnistía pactada en Ciudad Juárez. Poco antes de su "retiro" a Europa, el general Reyes era la representación viva del éxito: querido por sus partidarios, con gran prestigio militar, ambicioso y de talento. Bastaron unos años para que esta imagen fuera destrozada: el país era otro, y don Bernardo ya no tenía cabida en él. Al volver pactó con Madero. Poco antes de las elecciones rompió el acuerdo para postularse como candidato presidencial independiente. Al ver que no tenía posibilidad de ganar, ni siquiera de hacer un papel decoroso, desistió de la empresa electoral. Su salida de México presagiaba que pronto encabezaría un levantamiento armado. Y así fue: regresó a suelo mexicano y como nadie acudió en su ayuda se entregó a un destacamento de rurales en el Distrito de Galeana. De ahí fue conducido a la cárcel de Santiago Tlaltelolco<sup>10</sup>.

La imagen de su padre preso, consumiéndose en una celda, prefiguraba, para Alfonso Reyes, la brutalidad, la injusticia y el horror del México revolucionario. Los lazos con su patria estaban ya rotos y sólo lo mantenía en ella la solidaridad para con la familia y el General derrotado. Era una presencia silenciosa, encerrada en una atmósfera libresca y, por tanto, atractiva para quienes habían hecho de la soledad del escritor un mito.

Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña persistían en mantener de pie la vida académica de la Universidad, la cual era doblemente cuestionada: por los positivistas y por algunos líderes revolucionarios que veían en este centro de enseñanza una herencia porfiriana. En medio del caos político y administrativo, Antonio Caso -por entonces secretario de la Universidad y de su Consejo- publicó cuatro artículos en la Revista de Revistas<sup>11</sup>, mismos que constituyen, amén de una valiente defensa de la institución, un punto de referencia inevitable en la conformación de una filosofía universitaria que habría de perdurar hasta la actualidad. Filosofía que tuvo un interlocutor preciso, el positivismo doctrinario, y que supo integrar las aspiraciones de una intelectualidad amenazada por las circunstancias políticas: la condena a los sectarismos, la necesaria separación entre el poder público y la cultura, la libertad de cátedra e investigación y el respeto a todas las corrientes de pensamiento. Estas tesis comenzaban a tener eco no sólo entre la comunidad universitaria, sino también dentro del gobierno.

La victoria electoral de Madero no puso fin a los días aciagos vividos meses atrás. Las continuas rebeliones tanto de dirigentes revolucionarios (Zapata y Orozco) como de destacados miembros del Ejército Federal (Reyes y Díaz), la activa presencia de los residuos porfiristas, la pérdida de bases y popularidad, hacían más frágil aún a un régimen escindido internamente e imposibilitado para rehacer, con la prontitud requerida, los daños de la guerra y organizar una nueva pléyade de hombres de gobierno experimentados en la administración pública. Entre las filas maderistas estaban algunos socios o amigos del Ateneo, como Luis Cabrera, Jesús Urueta y José Vasconcelos, a quines la prensa opositora y católica -acostumbrada a ver en el elenco porfiriano personajes considerados como "sabios,

eruditos e ilustres"- consideraba mediocres e incapaces. Con su defensa de la falsa sabiduría porfirista, los periódicos no hicieron más que defender al antiguo régimen

En el medio intelectual, la impopularidad de Madero era alarmante. Los científicos y modernistas sobrevivientes, formados bajo el signo de "caudillo de la paz" y unidos a él, concertaron una vigorosa campaña en contra de la obra revolucionaria. El tono usado por Federico Gamboa da una idea del nivel de esta polémica:

"Lo que hoy me ha sacado de quicio es el tenor de los discursos de Madero; pues después de leerlos hay que declarar a este loco de atar. Sí, estamos frente a un caso de alienación mental. El señor Madero es un demente lúcido. Padece de lonorrea y fuga de ideas. Es un retrasado que pide a gritos no oposición, no: hidroterapia, nada más hidroterapia (...)

Esta elección de Madero para la presidencia de la República, elección que pasa por unánime y consciente, demuestra -no a mí, que siempre he censurado esa imbecilidad sociológica política del sufragio universal- que cuando el tal sufragio funciona más o menos libremente se obtiene un resultado pernicioso y negativo. Puede, pues, sintetizarse en una fórmula: 'a elección por sufragio universal corresponde un Madero' ...<sup>12</sup>.

Si bien los ateneístas fueron mucho más moderados y discretos en sus opiniones, nada garantizaba su simpatía por el maderismo. Recluidos, habían persistido en su actitud de independencia con respecto a los vaivenes políticos, esperando tiempos más propicios para continuar con el programa cultural interrumpido por la "balacera y la inquina". Sacarlos de este encierro exigía un esfuerzo que sólo José Vasconcelos podía dar. Y éste, el mes de junio de 1911, hizo un llamado público para convertir realidad, en el terreno de la educación y del saber, las aspiraciones que guiaron a su generación en la lucha antipositivista<sup>13</sup>.

En su convocatoria a rehabilitar el "carácter de la raza", Vasconcelos advirtió el peligro de que los políticos impusieran sus patrones sobre la tarea intelectual. La intelligentsia no podía ser gobernada, y menos por quienes carecieran de la madurez necesaria para dirigir. La juventud habría de acabar con la "mediocridad de la ciencia porfirista", pero sobre la base del respeto al conocimiento, la libertad de expresión y la autonomía del Estado. Lejos de intentar dominar la cultura naciente, los políticos deberían cumplir los fines libertarios de la Revolución e independizar al saber de la tutela estatal<sup>14</sup>.

En 1911, José Vasconcelos fue electo presidente del Ateneo de la Juventud. Bajo su gestión, la sociedad cambió de nombre por el de Ateneo de México y pasó de ser un mero cenáculo literario a un centro nacionalista que agruparía a un impresionante catálogo de intelectuales. Sus principales promotores fueron Jesús T. Acevedo, Roberto Argüelles Bringas, Ignacio Bravo Betancourt, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, Eduardo Pallares, Alfonso Reyes y José Vasconcelos<sup>15</sup>. Más tarde, se uniría a ellos Martín Luis Guzmán.

Formalmente, el Ateneo de México no se diferenciaba de su antecesor, el Ateneo de la Juventud. Al igual que éste, su objetivo era trabajar en pro de la "cultura intelectual y artística de México", estaba compuesto por socios de distintas clases y promovía eventos considerados de interés<sup>16</sup>. Pero, más allá del plano formal, las diferencias eran notables: ya no se trataba de reunir a los amigos sin mayor programa que una común avidez por cultivarse, sino de irradiar hacia las clases populares, los "pobres de la ciudad", el saber que por tanto tiempo les fue negado. Acabada la tiranía gerontocrática del positivismo, los jóvenes habrían de tomar en sus manos la conducción de la vida espiritual mexicana.

El año en que Vasconcelos fue su presidente, el Ateneo de México recibió a varios conferencistas extranjeros, como Pedro González Blanco y José Santos Chocano. Las concepciones de estos pensadores coincidían con las de los ateneístas, quienes -justo es reconocerlo- compartían el espíritu antinorteamericano avivado con la descarada intervención de Estados Unidos en los asuntos nacionales. Si el pragmatismo, la estupidez determinista y la vulgaridad de los yanquis debían ser combatidos ¿Quién mejor que la juventud para encabezar esta lucha?

Con el tiempo, el Ateneo de México resultó insuficiente como instrumento para lograr los ambiciosos objetivos que sus miembros se habían propuesto. La falange se engrosó con elementos de otras esferas, el gobierno apoyaba sus actividades y la dispersión de los viejos cuadros abría perspectivas de actuar en medios informativos y académicos. Era necesario, por tanto, romper con la estrechez literaria y crear una institución con fines más amplios. Fue así como nació, el 13 de diciembre de 1912, la Universidad Popular Mexicana, que tuvo por lema una frase de Justo Sierra: "La ciencia protege a la patria". Sería ésta la última empresa común de los ateneístas.

La iniciativa de fundar la Universidad Popular<sup>17</sup> surgió de los comentarios a que dio lugar la lectura, en una de las sesiones del Ateneo de México, del estudio de Alberto J. Pani sobre la instrucción rudimentaria en la República. Preocupado por la necesidad de promover entre sus miembros "una benéfica labor de extensión universitaria", el Ateneo designó una comisión integrada por Alberto J. Pani, Alfonso Pruneda y Martín Luis Guzmán para redactar el programa respectivo<sup>18</sup>. La nueva institución quedó definida como un organismo destinado a fomentar la cultura del pueblo de México, en particular de los gremios obreros, por medio de conferencias, cursos, lecturas comentadas, visitas a museos y galerías de arte y excursiones a lugares históricos,

arqueológicos o pintorescos. Las conferencias deberían versar sobre todo aquello que tendiera a incrementar la cultura popular, sin repetir la labor de las escuelas obreras".

Para poder cumplir con esta meta, la Universidad Popular se declaró laica, apolítica y no partidista. Sus fondos provenían de donaciones y los conferencistas no cobraban honorarios. Esta independencia hizo posible que intelectuales con posiciones políticas disímbricas colaboraran en los programas educativos de la asociación. Antonio Caso, quien se declaraba más porfirista que nunca, fue un entusiasta participante; otro opositor de Madero, Enrique González Martínez, volvió a unirse a sus discípulos y fue el primer Vicepresidente de la Universidad. Los demás integrantes simpatizaban con el nuevo gobierno, salvo el tribuno José María Lozano, quien, en compañía de Nemesio García, Francisco Olaguibel y Querido Moheno, formaba parte del famoso cuadrilátero.

En realidad, dice José Joaquín Blanco, "... La Universidad Popular Mexicana sirvió de poco: débil anticipo del ministerio vasconcelista, organización filantrópica. Pero fundó la mística de la educación para el pueblo, socorrida bandera de los gobiernos posrevolucionarios, y agrupó en un establishment nacionalista, presidido por Vasconcelos, a los principales artistas de la época: configuró la imagen de una cultura mexicana como un movimiento anticolonialista, bolivariano, un poco indigenista. Desde los grandes momentos de la Reforma no ocurría nada semejante. Con ella empezó el mito de Vasconcelos como el Descolonizador, el Caballero del alfabeto (como lo llamaría en 1924 Alfonso Reyes), el Apóstol de la cultura mesiánica"<sup>20</sup>.

Si la Universidad Popular Mexicana prosperó fue debido a que se mantuvo al margen del sistema formal y tenía una

estructura abierta y flexible. En el terreno institucional, los avances eran más lentos y los triunfos menos considerables. Resultaba más fácil abrir establecimientos extraoficiales, fuera del aparato burocrático, que actuar dentro de éste e intentar reformarlo. La herencia del pasado pesaba aún dentro de las escuelas -sobre todo las de nivel superior- y ponía un dique a los vientos renovadores. Además, el gobierno actuaba con cautela, sin enfrentarse a los poderosos gremios de profesionales que mantenían el control sobre la educación superior. La experiencia de la Escuela de Derecho mostró tanto la fuerza como la capacidad organizativa de estos grupos, los cuales contaban con el apoyo de algunos miembros del gabinete<sup>21</sup>.

Mientras la enseñanza primaria fue objeto de profundas reformas, la Universidad permaneció tal como había sido creada, sin introducir modificaciones de fondo<sup>22</sup>. Asediada, sin recursos y fuertemente dividida en su interior, apenas si logró sobrevivir<sup>23</sup>. En el año de 1912, al analizar el presupuesto de egresos, algunos diputados cuestionaron la existencia de una institución destinada a formar doctores, cuando la mayor parte de la población era analfabeta. José María Lozano, el más brillante orador del "cuadrilátero", generó la polémica al señalar la imprudencia de "gastar en una obra que no era urgente e indispensable"<sup>24</sup>. Ezequiel A. Chávez respondió a Lozano e hizo una defensa del legado de Justo Sierra. Otro miembro del "cuadrilátero", Francisco Olaguíbel, argumentó en favor de la "suspensión temporal" de la Universidad.

La polémica fue resuelta favorablemente a la Universidad, la cual fue dotada de 40,000 pesos, la mitad del presupuesto otorgado para arreglar los jardines de Balbuena y Chapultepec<sup>25</sup>. Meses después, la Confederación Cívica Independiente, representada por Agustín Aragón, Horacio Barrera y L. Pérez Castro, presentó al Congreso una

iniciativa de ley para suprimir la Universidad y la Escuela de Altos Estudios. La solicitud no prosperó, aunque puso de nuevo al desnudo la fragilidad del centro de enseñanza superior más importante del país.

A pesar de la crítica situación financiera, las escuelas superiores pudieron prosperar gracias a que cumplían un papel claro y necesario: formar profesionistas. No sucedió lo mismo con la Escuela de Altos Estudios, cuya estructura e indefinición la volvían más vulnerable. En sus primeros meses de vida, sólo pudo organizar tres cursos impartidos por profesores extranjeros y a los cuales asistieron muy pocos alumnos. "Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa para los ataques del que no comprende. En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo... todo ello ¿para qué?"<sup>24</sup>

Con la llegada de su protector, Alfonso Pruneda, a la dirección de la Escuela de Altos Estudios, los ateneístas lograron infiltrarse en el mundo universitario e ir ganando posiciones dentro de él. A principios de 1913, Antonio Caso presentó "con éxito ruidoso y lleno de augurio" (Reyes) su curso sobre estudios filosóficos. La filosofía volvió a la academia mediante un método que permitiría a sus divulgadores posesionarse de la Escuela de Altos Estudios: los cursos libres y gratuitos. Más tarde, Alfonso Reyes inició su clase de filología; en la Escuela Preparatoria, Pedro Henríquez Ureña impartió la materia de literatura española. Con ello, se fue formando un núcleo con vocación para el trabajo académico y que podía darse el lujo de dedicar todo su tiempo a él; una especie de bohemia académica capaz de sobrevivir al margen del salario.

Muy pronto, los nuevos profesores atrajeron hacia sí a los jóvenes con aspiraciones literarias que encontraban en sus maestros dotes poco comunes en el ambiente cultural de la época: la rigurosidad científica, la erudición y el apoyo incondicional<sup>27</sup>. Pedro Henríquez Ureña vivía entre sus discípulos en un mundo de pasión, trasmitiéndoles la cultura enciclopédica e intentando imponer la disciplina que lo caracterizaba<sup>28</sup>. Gracias a ello, sus alumnos favoritos, Antonio Castro Leal, Alberto Vásquez del Mercado y Manuel Toussaint, los "Castros", pudieron valorar la profesión literaria como un ejercicio continuo, producto de un trabajo sostenido y no de la inspiración arrebatada. Tiempo después, estas enseñanzas comenzarían a dar sus primeros frutos<sup>29</sup>.

El radio de acción de los ateneístas se amplió hacia la Escuela Normal Primaria para Maestros, en donde un grupo de estudiantes creó, en diciembre de 1912, la revista *Nosotros*. Este órgano fue, en su momento, un cruce de generaciones: los escritores dispersos del Ateneo, los modernistas sobrevivientes y los nuevos literatos que iban a desprenderse del magisterio de Pedro Henríquez Ureña. También transitaron por sus páginas poetas de generaciones intermedias, como Jesús Nuñez y Rafael Heliodoro Valle y numerosos aspirantes al título de artistas que pasaron muy ligeramente sobre las letras<sup>30</sup>. La influencia de Enrique González Martínez y Rafael López era notoria entre los redactores, aunque ya se advertía el nacimiento de nuevas tendencias.

En sus inicios, *Nosotros*<sup>31</sup> tuvo una orientación pedagógica. Gregorio Torres Quintero, Alfonso Pruneda y el propio Pedro Henríquez Ureña escribieron ahí sobre cuestiones educativas. Además, los sucesos nacionales habían desatado inquietudes sociales entre los estudiantes que ingresaron a la academia en los primeros años de la Revolución. El que estas inquietudes se expresaran en publicaciones era

normal. Sin embargo, al paso del tiempo, esta preocupación fue olvidada, y en Nosotros dominó la tendencia literaria y cultista<sup>32</sup>.

La influencia de Antonio Caso fue más amplia, aunque menos perdurable, que la de Pedro Hernández Ureña. Su curso de filosofía sentó las bases de la "ilustración filosófica" en México. En la Escuela de Jurisprudencia, su cátedra de sociología comenzó a cobrar fama; el salón se abarrotaba con estudiantes de diversas carreras. El mismo éxito tuvo en la Escuela Libre de Derecho, institución de la que fue un entusiasta protector. Para mediados de 1913, Antonio Caso era ya el maestro más popular de la vida académica metropolitana.

Las dotes oratorias de Antonio Caso influyeron, sin duda, para atraer a un público devoto y dispuesto a aplaudir. Mas no era sólo la forma lo que volvía atractivo a un hombre que, en los años siguientes, llegaría a ser toda una leyenda. Los contenidos de su pensamiento satisfacían una necesidad entre las nuevas generaciones, que habían perdido las verdades aprendidas en su infancia. La quiebra de las creencias tradicionales produjo actitudes místicas que encajaban muy bien con las posiciones morales y cristianas de Antonio Caso. Eran tiempos, diría después Alfonso Reyes, de crisis intelectual y tormenta de valores. Y como toda aspiración vaga e intensa, la de la juventud encontró alivio en la religión<sup>33</sup>.

## NOTAS

- 1 Alfonso Reyes, Op. Cit. p. 78.
- 2 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 112.
- 3 Véase: Charles Cumberland, Madero y la Revolución Mexicana, pp. 140-147.
- 4 José Valadés, Historia general de la Revolución Mexicana. Los hombres en armas, p. 12.
- 5 José Joaquín Blanco, Op. Cit. pp. 54-55.
- 6 José Vasconcelos, Op. Cit. p.368
- 7 Según Taracena, Madero ofreció a Vasconcelos el cargo de subsecretario de Gobernación, pero éste no lo aceptó por su temor a no entenderse con el Ministro, Manuel Calero. Cfr. Alfonso Taracena, Op. Cit. p. 9
- 8 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. Vol. VI, p. 301
- 9 Alfonso Reyes, Op. Cit. pp. 23-24.
- 10 Alfonso Reyes, Oración del 9 de febrero, pp. 9-24.
- 11 El título de estos artículos fue: "La Universidad y la Capella o el fetichismo contista en solfa". El primero apareció con el subtítulo de "El Campeón" (19 marzo 1911); el segundo con el de "La Doctrina" (26 marzo 1911); el tercero con el de "corolarios y objeciones" (9 abril 1911); y el último sin subtítulo (16 abril 1911).
- 12 Federico Gamboa, Diario, pp. 47-51.
- 13 José Vasconcelos, "la juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", Op. Cit. p. 141.
- 14 Ibid. p. 142.
- 15 Todos ellos, socios fundadores del Ateneo de México.
- 16 Cfr. "Estatutos del Ateneo de México", en Alicia Reyes Op. Cit. pp. 42-44.
- 17 Al iniciar este estudio, tenía la intención, dada la importancia del tema, de analizar con mayor profundidad a la Universidad Popular Mexicana. Ello no fue posible debido a que el Boletín de esta institución -material indispensable para seguir su trayectoria- no fue localizado en ninguna biblioteca metropolitana.
- 18 Cfr. Alberto J. Pani, Mi contribución al nuevo régimen, pp. 118-119.
- 19 "Estatutos de la Universidad Popular Mexicana", en Ibid. pp. 119-121.
- 20 José Joaquín Blanco, Op. Cit. p. 57.

- 21 En 1912, Luis Cabrera fue nombrado director de la Escuela de Jurisprudencia. A raíz de una disposición en torno a los sistemas de evaluación y reconocimientos, los estudiantes decidieron irse a huelga y, en una parte, cancelar su matrícula. La negativa de Luis Cabrera a renunciar a su cargo agravó el conflicto y, apoyados por distinguidos jurisconsultos ligados al viejo régimen, como Emilio Rabasa, Jorge Vera Estaño y Miguel Macedo, los disidentes fundaron la Escuela Libre de Derecho. Véase: Rodolfo Martínez Suárez, "La Escuela Libre de Derecho", en Excelsior, 7 octubre, 1955.
- 22 Véase: Francisco I. Madero, "Segundo Informe de Gobierno. Educación Pública", en Isidro Castillo, México, sus revoluciones sociales y la educación, Vol. III, pp. 42-43.
- 23 En su detallado informe sobre las actividades de la Universidad en el periodo 1910-1912, Joaquín Equia Lis destaca las dificultades tenidas para reformar los planes de estudio. Salvo la de la Medicina, ninguna Escuela modificó sus programas. Cfr. Joaquín Equia Lis, Informe que el Rector de la Universidad de México eleva acerca de las labores de la misma Universidad durante el periodo de septiembre de 1910 a septiembre de 1912, México, Imprenta Escalante, 1913.
- 24 Véase: Diario de los Debates de la Cámara de Diputados, sesiones del 2 al 12 de mayo de 1912.
- 25 Cfr. Diario Oficial, 28 de noviembre de 1912; 4 de diciembre de 1912.
- 26 Pedro Henríquez Ureña, "La cultura de las humanidades", en Op. Cit. p. 595.
- 27 Julio Torri, "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", en Signore, No. 224, 10. junio de 1966, p. 7.
- 28 Vicente Lombardo Toledano, "Pedro Henríquez Ureña, el educador", en Ibid, p. 3.
- 39 "Entrevista a Alberto Castro Leal", en Los siete sabios de México, pp. 110-113.
- 30 Francisco González Guerrero, Felipe de J. Espinosa, Rubén Viscarra, Regino Balanzario.
- 31 El Fondo de Cultura Económica hizo una reproducción facsimilar de la colección completa de la revista Nosotros.
- 32 Cfr. José Luis Martínez, "Presentación" en Revistas Mexicanas Modernas, pp. 367-368.
- 33 Alfonso Reyes, "Nosotros", en Nosotros No. 9, p. 216.

...Devoción sin entusiasmo, esfuerzos y esfuerzos y esfuerzos, sin premio, eso es lo que ha de formar nuestra divisa principalmente en los días aciagos de batalla y crímenes. El mexicano culto es una de las inadaptaciones incuestionables del mundo. ¡Qué remedio!

Antonio Caso<sup>1</sup>

## VII. EL NAUFRAGIO.

Una vez más, la guerra dispersó -ahora en forma definitiva- a los ateneístas e interrumpió su labor cultural. En la madrugada del domingo 9 de febrero de 1913, cerca de mil hombres -entre voluntarios y soldados- tomaron la Ciudadela. Nueve días después, el general Victoriano Huerta, designado por Madero para enfrentar el levantamiento, se adueñó de la situación militar y consumó su golpe de estado. El 22 de febrero, el pueblo despertó con la noticia de que el Presidente y el Vicepresidente habían sido asesinados<sup>2</sup>. Los miembros del Ateneo, antes amigos y colegas, se convirtieron en enemigos.

En los días de la decena trágica, José Vasconcelos vivió la angustia de ver caer al "profeta de la Revolución". La incapacidad de los altos mandos, el recelo de los habitantes de la ciudad y la parálisis de los leales maderistas se convirtieron, para él, en una pesadilla cuyo trágico desenlace puso al descubierto la existencia de una dinastía militar que, en contubernio con la iglesia y el gobierno norteamericano, impedía concretizar la mística republicana y una vida ajena a la arbitrariedad y el despotismo. Pero no todo estaba perdido: las insurrecciones locales y la actitud heroica de algunos fieles a Madero anunciaban que el usurpador habría de caer<sup>3</sup>.

A diferencia de muchos compañeros, José Vasconcelos se negó a colaborar con Huerta, quien intentó, en vano, atraerlo hacia su bando. Tras una breve estadía en los separos

policiacos, preparó su fuga a la Habana y desde ahí viajó a Washington, donde recibió órdenes de trasladarse a Inglaterra como agente confidencial del Constitucionalismo para boicotear las finanzas internacionales de Huerta. La misión no era importante ni produjo resultados, pero le permitió a Vasconcelos vivir emocionantes aventuras. Después regresó a México, vía los Estados Unidos, para unirse a los carrancistas<sup>4</sup>.

En la Tormenta<sup>5</sup>, José Vasconcelos narra sus andanzas revolucionarias. Se trata de una narración parcial, pasada por el filtro de los años y, por tanto, poco fidedigna. Una obsesión domina en el relato: la existencia de un plan "sonorense tejano" para acabar con los ideales que dieron origen a la Revolución e imponer una dictadura disfrazada, el "pochismo" y la ética protestante<sup>6</sup>. El grupo de Sonora<sup>7</sup> terminaría con los principios maderistas para crear un México a imagen y semejanza de los Estados Unidos -pero sin las ventajas del imperio- un México bárbaro, sangriento e inculto.

En cierto modo, esta alegoría tuvo que ver con la experiencia de José Vasconcelos en la lucha constitucionalista. A partir del golpe de Huerta, el proceso revolucionario adoptó una dinámica muy diferente a la de sus primeros momentos; ya no se trataba de liquidar a la dictadura y abrir espacios para la acción política, sino de un movimiento nacional, con un fuerte contenido popular<sup>8</sup>. José Vasconcelos, para quien la Revolución era una trama en la que se jugaban pasiones y actitudes personales, no comprendió este cambio, o lo veía como una farsa más de los caudillos. Por un lado estaban los "carranclanes" y su programa pochista; por el otro, Villa y Zapata, cuya incapacidad intelectual les impedía ser una opción frente a Carranza. En medio de ambos polos se encontraban quienes, como él, guardaban los principios que originaron el levantamiento armado.

José Vasconcelos no fue el único que, obligado por la situación, tuvo que huir del país. En la toma de la Ciudadela, el general Bernardo Reyes cayó acribillado frente al Palacio Nacional. Aquella muerte<sup>7</sup> fue una herida siempre abierta para su hijo Alfonso, quien, confundido, no encontró otro camino que salir del país. Rehusó la secretaría particular ofrecida por Huerta y el 10 de agosto siguiente dejó México, rumbo a Veracruz, para embarcarse a París, donde sería secretario de la Legación. Ahí descubriría la literatura militante de la Nouvelle Revue Française y la aburrida rutina del diplomático<sup>10</sup>.

París era el refugio tanto de los exiliados políticos como de los jóvenes artistas latinoamericanos que buscaban nuevos horizontes culturales. Alfonso Reyes encontró ahí a dos antiguos camaradas, los pintores Angel Zárraga y Diego Rivera, y conoció a los redactores de la Revista de América, en donde publicaría algunos ensayos sobre literatura mexicana. Más tarde, entraría en contacto con Foulché Delbosc, director de la Revue Hispanique. Inició, así, su carrera dentro del mercado académico internacional<sup>11</sup>.

El destierro de Alfonso Reyes fue total. Salvo algunas excepciones, se mantuvo aislado de los mexicanos que, divididos por la lucha política, habitaban en París. Las noticias de México le llegaban ocasionalmente, por medio de los periódicos. Su correspondencia con los amigos dispersos fue más un diálogo de los libros que un intercambio de información acerca de los acontecimientos nacionales. Tenía mayor interés por la vida literaria que por los sucesos revolucionarios, en torno a los cuales evadía emitir su opinión. Quien leyese sus cartas sin cotejar orígenes y fechas, no podría saber que fueron escritas en la Revolución y en el centro de la Primera Guerra Mundial<sup>12</sup>.

Para quienes, ya sea por comodidad o por obligación, salieron del país en 1913, se inició una larga jornada que, en algunos casos, no culminaría sino muchos años después. Quienes se quedaron, tras reponerse del desasosiego inicial, volvieron a su vida normal, si es que puede llamarse normal a esa vida entre privaciones, y sobresaltos. Con rapidez, los ateneístas que sobrevivieron al caos aprendieron a guarecerse de las tormentas y buscar sustento económico en la burocracia, consuelo espiritual con los compañeros diseminados y apoyo intelectual entre sus discípulos<sup>13</sup>.

Atrapados en una ciudad amenazada por las "turbas" del norte y del sur, donde era igual de difícil conseguir comida que libros, los viejos colegas del Ateneo fueron reconstruyendo su mundo. El sentirse apolíticos, situados por encima de las fracciones en pugna y sin compromisos con el constitucionalismo les permitió mantenerse al margen de la Revolución, aunque ésta transformara, día a día, su entorno social. Apoyándose en una lógica de servicio "altruista" que destacaba la necesidad de que los ciudadanos cultos prestaran el bien a la comunidad, sin importarles quién tuviera el poder<sup>14</sup>, muchos ateneístas ocuparon cargos públicos dentro del aparato huertista. Jesús T. Acevedo era encargado de la Oficina de Correos; Julio Torri su secretario particular. Antonio Caso seguía su exitosa carrera académica, mientras Pedro Henríquez Ureña escalaba las jerarquías dentro de la Universidad. Otros hacían cola en los ministerios para conseguir el ideal de todo artista de la época: un puesto en alguna embajada. Quienes habían sido leales al antiguo régimen, obtuvieron su recompensa: José María Lozano fue nombrado secretario de Instrucción Pública y, más tarde, de Comunicaciones y Transportes; Ricardo Gómez Robelo ocupó el puesto de Procurador General de la Nación y Nemesio García Naranjo sustituyó a Lozano en Instrucción Pública.

Esta colaboración masiva con el gobierno usurpador se debió a distintas razones, entre ellas la necesidad de ganarse el pan. Vivir como hombre de letras, mediante el comercio de las producciones artísticas, era imposible en aquel entonces. El único camino viable para mantenerse era la Universidad, pero el control del Estado sobre ésta permitía excluir fácilmente a los opositores al gobierno, de modo que la disidencia podía costar el empleo. Por otro lado, con Huerta volvieron a la palestra prestigiados universitarios (Jorge Vera Estañol, Carlos Pereyra, Ezequiel A. Chávez), antiguos protectores del Ateneo (Enrique González Martínez, Luis G. Urbina) y viejos conocidos (Rodolfo Reyes). El huertismo, con todas sus debilidades, era un terreno mucho más seguro y familiar que las "huestes" constitucionalistas y aseguraba un espacio abierto para la actividad cultural. Sólo aquellos cuyas convicciones revolucionarias estaban claramente definidas corrieron el riesgo de apostar con la oposición: Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Martín Luis Guzmán, Alberto J. Pani y Félix Palavicini.

La actitud de los ateneístas que se adhirieron a Huerta no fue muy diferente a la de muchos antiguos adeptos al maderismo que, una vez fracasada la utopía liberal, le hicieron caravanas al Usurpador, aceptando a la dictadura militar como el único medio de ponerle fin a las fragmentadas rebeliones campesinas y a la "anarquía" reinante. Su actitud contrasta con la de aquella fracción de la intelectualidad que, tras apoyar a Madero, se integró a la lucha constitucionalista desempeñando funciones como divulgar en el exterior al causa revolucionaria, asesorar en material legal a los caudillos, redactar manifiestos y proponer reformas. Si bien la fuerza militar y social de los ejércitos rebeldes estaba en las cabecillas locales y no en la élite ilustrada, ésta cumplió un importante papel en al definición de los encontrados proyectos que, tiempo

después se debatirían en la Convención y en el Congreso Constituyente<sup>13</sup>.

Los vínculos entre el "presidente indio" y la intelligentsia que le rodeaba fueron endebles y sostenidos por la conveniencia mutua. Para nadie eran desconocidas las limitaciones del usurpador, sus vicios e incapacidades. Los crímenes del huertismo comenzaron a pesar en la conciencia de muchos; la corrupción escandalizaba aun a los aliados de Huerta y el dominio de éste sobre los porfiristas que habían creído volver al pasado abrió heridas en el gabinete. Con el tiempo, fue haciéndose patente que la posibilidad de restaurar una sofocracia estaba cancelada y que el "beodo del Palacio" acabaría por llevar a todos al precipicio. Sólo quedaba evitar que la caída fuera mortal<sup>14</sup>.

Pese a las adversidades presentes y aquéllas que se avecinaban, la actividad académica seguía en pie. No eran los mejores tiempos para escribir, leer las novedades europeas o filosofar, pero aun así algo podía hacerse. El que compañeros de generación se encontraran en puestos de poder facilitaba el desarrollo de reformas institucionales y abría las puertas a aspiraciones contenidas ¿Por qué no, entonces, aprovechar la oportunidad y actuar en favor de la educación mexicana? Esta fue la premisa empleada por Nemesio García Naranjo para promover una reforma en la enseñanza superior y atacar a los "venerables positivistas" que mantenían la tradición<sup>15</sup>.

Como el mismo García Naranjo confesó, su crítica al positivismo fue tardía e insuficiente, si se la compara con la hecha por Antonio Caso. Sin embargo, tuvo el mérito de enfrentarse a una práctica que los dos secretarios de instrucción bajo el régimen maderista habían rehusado tocar. Esto fue posible gracias a que el gobierno de Huerta evitaba "los análisis minuciosos y los detalles

interminables propios de la democracia" (García Naranjo) y se ahorró los trámites legales que pudieran interrumpir el proceso de cambio: el Congreso Federal otorgó facultades extraordinarias al Ejecutivo para modificar los planes de estudio y, en sólo unos meses, la bandera del positivismo fue arriada dentro de los recintos universitarios<sup>16</sup>.

Nemesio García Naranjo tuvo otra virtud: convocar a un equipo de trabajo integrado por algunos excolaboradores de Justo Sierra y un buen número de ateneístas. Entre los primeros estuvieron Ezequiel A. Chávez -rector de la Universidad-, Genaro García -director de la Escuela Nacional Preparatoria- y Erasmo Castellanos. Entre los segundos figuraron Antonio Caso -director de la Escuela de Altos Estudios-, Rubén Valenti -subsecretario de Instrucción Pública- y Pedro Henríquez Ureña -secretario de la Universidad-. Las gestiones de este último en favor de sus discípulos dieron frutos y los "Castros" entraron al cuerpo docente de la Preparatoria<sup>17</sup>.

La reforma educativa se inició en la Escuela Nacional Preparatoria. El nuevo plan de estudios fue diseñado por Erasmo Castellanos, con sugerencias de Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez y Eduardo Pallares. En él dominó el modelo humanista que, además de propugnar por la libertad de cátedra y orientarse por la enseñanza de la metafísica, planeaba la necesidad de estimular una renovación de orden moral:

"En el plan de estudios que formuló la Secretaría de mi cargo... se ha preocupado por corregir a todo trance la orientación exclusivamente intelectualista que había tenido la Escuela Nacional Preparatoria. La idea fundamental renovadora tiende a que la Verdad y el Bien, en lugar de estar separados por la indiferencia, formen un mundo tan compacto, que, contra él se estelle hasta la misma espada de Alejandro.

El fin de la nueva organización es el desarrollo armónico del espíritu y la resurrección del ideal humanitario y patriótico.

La cultura será simultánea y, desde el principio hasta el fin, se ocupará en la educación científica, histórica, artística y moral. El último año, además de completar los conocimientos, tendrá por objeto unificarlos: será el coronamiento del edificio.

Por eso, las ciencias naturales prepararán el estudio de la psicología; la cultura de las bellas letras y del dibujo terminará con el conocimiento intuitivo de la estética; la lógica será el último capítulo de las ciencias y, especialmente, de las matemáticas; y la moral además de informar toda la educación, será el remate superior de los estudios cívicos e históricos. Finalmente, el curso de problemas filosóficos sacudirá los espíritus y los levantará de las mezquindades cotidianas, para familiarizarlos con la inmensidad<sup>20</sup>.

Como se puede apreciar en el discurso del entonces ministro de Instrucción, la iniciativa de reforma volvía a poner el énfasis en tópicos presumiblemente superados por la doctrina positivista: el bien y el mal, los problemas del espíritu, la estética, la intuición. Con ello, se pretendía fomentar entre las nuevas generaciones un proceso de renovación moral, no cristiano pero sí místico, dirigido a superar los daños causados por el "materialismo", la lucha de intereses "mezquinos" y la supremacía de lo individual sobre lo colectivo. Dado el caos reinante, la lucha fratricida entre hermanos, la pérdida de valores y la incapacidad del conocimiento científico para dar soluciones a la crisis nacional, no quedaba sino poner en alto las banderas de la moral.

Los cambios sugeridos concordaban con el sentir anticapitalista de aquellos años, que llevó a identificar a la cultura como al mundo opuesto a la civilización y le dio a la primera un sentido más religioso y moral que

científico. Con base en esta tesis, se veía a la educación como la fórmula para llegar a la conciencia nacional, el campo privilegiado de la actividad cultural y la salvación de un país que, roto el orden porfirista, había quedado a la deriva, sin guías, principios y verdades a las cuales asirse. Puesto en manos de caudillos que "sólo buscaban su prosperidad", desatado el "instinto sanguinario de las masas", México necesitaba alzar la vista hacia nuevos horizontes éticos.

Esta reforma se enfrentó con grandes obstáculos. El más severo de ellos fue la militarización de los centros escolares ordenada por Huerta en agosto de 1913 y exigida a principios del '14 para luchar contra los "invasores de Veracruz y defender la soberanía nacional". El mandato indignó a Nemesio García Naranjo -tan dado a disculpar los desaciertos del Presidente- y a los profesores, que estaban dispuestos a manifestarse por las calles en repudio a la invasión, mas no a desfilan con uniforme y fusil. Pero órdenes son órdenes, y las enseñanzas filosóficas tuvieron que convivir con la instrucción militar. Un estudiante de bachillerato que entonces asistía a la Escuela con pantalones cortos, calcetines de hilo de Escocia y corbata "de mariposa", Jaime Torres Bodet, recordaría mucho tiempo después la bochornosa experiencia de marchar por el centro de la ciudad<sup>21</sup>. Luis Garrido y Vicente Lombardo Toledano también guardaron en su memoria este suceso<sup>22</sup>.

Entre desfiles, cursos de artes marciales y manifestaciones patrióticas, las enmiendas al sistema educativo avanzaron. Fue en la Escuela de Altos Estudios, de nuevo amenazada por sus enemigos, donde se obtuvieron los logros más significativos. El rector de la Universidad, Ezequiel A. Chávez, además de conseguir una ampliación de los recursos, puntualizó los objetivos de la Escuela y le dotó de planes de estudio y cuerpo docente estables<sup>23</sup>. Pasando por alto

la imprecisa Ley Constitutiva, definió cuatro fines básicos de la institución:

- 1) Formar profesores para las escuelas secundarias, preparatorias, normales y profesionales.
- 2) Coordinar las labores de los institutos de investigación científica.
- 3) Perfeccionar los estudios de las demás escuelas universitarias.
- 4) Proporcionar facilidades para que se llevaran a cabo investigaciones científicas<sup>24</sup>.

En su primera fase, la reorganización de la Escuela de Altos Estudios fomentó el desarrollo de cursos destinados a formar profesores en el área de lengua nacional y literatura. El plan reflejaba la tendencia humanista del Ateneo -sobre todo de Pedro Henríquez Ureña-, unida a la preocupación pedagógica de Chávez<sup>25</sup>. A mediados de 1913, la Subsección se encontraba en plena actividad, con trece profesores de alto nivel entre los que destacaban Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez y Luis G. Urbina.

¡Por fin!, casi diez años después de sus primeras lecturas comunes, los ateneístas veían realizadas, en una institución con 429 alumnos, sus aspiraciones filosóficas y humanísticas<sup>26</sup>. Así lo entendió Pedro Henríquez Ureña, quien en el discurso de inauguración de clases de la Escuela de Altos Estudios (1914) enlazó la reforma educativa con el movimiento antipositivista encabezado por su generación. Una vez obtenido el triunfo de los jóvenes opositores a la doctrina comtiana, comenzaría, un proceso ascendente de renovación cultural<sup>27</sup>.

Pese a su desbordado optimismo con respecto al futuro del país, Pedro Henríquez Ureña tenía razón al hermanar las inquietudes juveniles de su grupo con la creación, sólo cinco años después de fundado el Ateneo de la Juventud, de la Subsección en Lengua Nacional y Literatura de la Escuela de Altos Estudios. En un periodo muy breve, lo que era sólo una crítica al programa vigente y una legítima aspiración a desarrollar un centro para sistematizar, profesionalizar y dar un sentido académico a la enseñanza y a la investigación literaria, se había convertido en una realidad. Qué tanta importancia tuvo este espacio lo demuestra el hecho de que prácticamente todos los intelectuales de peso en la vida cultural mexicana posrevolucionaria pasaran por sus aulas. Ahí estudiaron los fundadores de la Sociedad Hispana, algunos miembros de la generación del 15 y uno que otro "contemporáneo".

La actividad docente de los ateneístas rebasaba, con mucho, los salones de clase. Empeñados en mantener viva la erudición frente a la "barbarie", en buscar el saber dentro de un mundo dominado por la bala, estos anacoretas desplegaron una tenaz labor de difusión que tenía como escenarios a la librería Gamoneda, la casa de Antonio Caso y los cafés y contaba con un público ávido, sin posibilidad de mirar al exterior o mantenerse al día en las novedades europeas. Para los estudiantes, el Ateneo era su única ventana hacia la cultura, entendida como "el cultivo de una sensibilidad capaz de conmoverse ante obras maestras del hombre"<sup>28</sup>. El legado ateneísta, afirmaría Vicente Lombardo Toledano -quien por entonces era un adolescente recién llegado a la capital- marcó a su generación y desató en muchos de sus miembros la vocación literaria, la inquietud por las cuestiones filosóficas y el interés por la cultura universal<sup>29</sup>.

No sin razón, Antonio Caso, Julio Torri, Pedro Henríquez Ureña y sus selectos discípulos comenzaron a sentirse como

el último reducto de la cultura en un campo de batallas perdidas. El constitucionalismo estaba ya a las puertas de la ciudad y el Ateneo de México pasaba por sus postreros soplos de vida. Conforme el gobierno de Huerta caía, se acrecentaron las pugnas entre sus colaboradores. El sector "académico" despreciaba a quienes coincidían con las medidas estatales y justificaban los crímenes del Presidente. El grupo de los "políticos", por su parte, exigía a sus colegas "independientes" un mayor compromiso. Los chismes y las intrigas comenzaron a hacer estragos entre las filas intelectuales; en 1914, Pedro Henríquez Ureña salió de México, rumbo a la Habana. Más tarde, confesaría a Alfonso Reyes que México era un infierno y que Huerta le parecía el peor gobernante en toda la historia de América Latina. Los motivos de su huida nunca quedaron claros, aunque se sabe que José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo y Rafael López se encargaron de difundir calumnias que hacían peligrosa la presencia del "extranjero" en México.

Antes de partir, Pedro Henríquez Ureña obtuvo el título de abogado. Su tesis fue escrita con el objetivo de contribuir a la defensa de la Universidad Nacional y contiene las ideas del autor sobre el papel que debía cumplir la cultura superior en las sociedades latinoamericanas. De acuerdo con su convicción americanista, encontraba en la educación el instrumento ideal para el logro de una utopía: América unida por encima de arbitrarias divisiones territoriales.

## NOTAS

- 1 Antonio Caso, "Carta a Alfonso Reyes", en Alicia Reyes, Op. cit. pág. 174.
- 2 José Valadés, Op. Cit. pp. 183-320.
- 3 José Vasconcelos, Op. Cit. pp. 434-451.
- 4 José Joaquín Blanco, Op. Cit. p. 62.
- 5 José Vasconcelos, La Tormenta; 10 ed. México, Jus, 1978.
- 6 "En estos desiertos del alma crecen el tejanismo y el pochismo que la Revolución, bastarda por la ignorancia y la mala fe de Carranza, por la ambición sin escrúpulos del callismo latente impondría por toda la extensión del México que fuera en una época punto e irradiación de cultura, con los mayas, con los españoles". José Vasconcelos, Op. Cit. p. 77.
- 7 Sobre la participación de este grupo en la Revolución, véase: Héctor Aguilar Camín, La frontera nómada; Sonora y la revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1977.
- 8 En La ideología de la Revolución Mexicana, Arnaldo Córdova analiza esta transición.
- 9 Su muerte, diría años después Alfonso Reyes,... era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad, Op. Cit. p. 17.
- 10 José Luis Martínez, en Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña Correspondencia, p. 182.
- 11 Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, en Ibid. p. 187.
- 12 No era necesario trasladarse a Europa para vivir ese aislamiento. En la Ciudad de México, hubo quienes practicaron una forma peculiar de exilio: el "exilio interior". El caso más representativo fue el de Julio Torri, cuyas cartas, colecciones de epígrafes, ensayos y cuentos son una bitácora picaresca de los padecimientos sufridos por un solitario amante de la literatura inglesa destinado a vivir en un "país de fusilamientos".
- 13 "Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes" del 27-10-1913, en Op. Cit. p. 183.
- 14 Genaro Fernández MacGregor, Op. Cit. p. 226.
- 15 Alan Knighth, Op. Cit. pp. 58-60.
- 16 Federico Gamboa, Op. Cit. pp. 189-215.
- 17 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. pp. 180-181.
- 18 Nemesio García Naranjo, Discurso pronunciado por el Sr. Licenciado... el 4 de diciembre de 1913, con motivo de las facultades solicitadas por el Ejecutivo para legislar en materia de instrucción pública, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.
- 19 Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, en Op. Cit. pp. 255-256.

- 20 Nemesio García Naranjo, Discursos pronunciados por... en las aperturas de los cursos universitarios y de la Escuela Nacional Preparatoria los días 4 y 16 de febrero de 1914, p. 26.
- 21 Jaime Torres Bodet, "Tiempo de arena", en Obras escogidas, p. 213.
- 22 Luis Garrido y Vicente Lombardo Toledano también recordarian este suceso. Véase: Luis Garrido, El tiempo de mi vida, pp. 47-49; Vicente Lombardo Toledano, en México en el Siglo XX, pp. 241-242.
- 23 Ezequiel A. Chávez, Anotaciones a propósito de iniciativas o nociones que puedan tener por fin destruir la Universidad Nacional o la Escuela de Altos Estudios. EACH-CESU, Leg. 4 Doc. 55.
- 24 Patricia Ducoing La pedagogía en la Universidad de México, p. 206.
- 25 "Oficio y bases referentes al establecimiento de una subsección en la Escuela Nacional de Altos Estudios, destinada a la formación de profesores de Lengua Nacional y Literatura, para las escuelas secundarias, preparatorias y profesional de la República", en Boletín de Instrucción Pública, V. XXI, Núms. 3 y 4, marzo-abril 1913, pp. 325-328.
- 26 Esta preferencia por las humanidades permeó a la reforma del 14 y le imprimió al sello humanista liberal que caracterizaría por muchos años a la Universidad Nacional. Los proyectos para crear una subdirección dirigida a formar profesores de ciencias físicas e impulsar la investigación científica sólo pudieron incrementarse a medias, de tal manera que el carácter interdisciplinario que le quiso dar Sierra a la Escuela de Altos Estudios se fue perdiendo.
- 27 Pedro Henríquez Ureña, Op. cit. p. 603.
- 28 Daniel Cosío Villegas, Memorias, p. 131.
- 29 Vicente Lombardo Toledano, Op. Cit. pp. 257-259.

'Como tú, no comprendo muchas cosas de mi tiempo. No quiero, por inútil, buscarles interpretación. Basta padecerlas y habituarse a vivir resignadamente ¡Qué le vamos a hacer! Somos, con Talleyrand, sobrevivientes de bons vieux temps. Paciencia. Como somos en el fondo tan irreales, casi nos basta con el recuerdo'.  
Julio Torri<sup>2</sup>.

### VIII. LA DIASPORA.

El día 20 de agosto de 1914, Carranza hizo su entrada triunfal a la ciudad de México, flanqueado por algunos de los más conocidos líderes militares del país. Previamente a su arribo, la prensa había difundido noticias alarmantes sobre el "bárbaro" comportamiento del Ejército Constitucionalista<sup>2</sup>. Atemorizados, los capitalinos esperaron la invasión de los "atilas" del norte y del sur que vendrían a "destruir los hogares, sembrar la ley del gatillo y fusilar a los colaboradores del Usurpador"<sup>2</sup>. Hasta entonces, la Revolución era para ellos un suceso lejano; en adelante, sería un hecho tangible que vino a acabar, en palabras de Genaro Fernández Mac Gregor, con el sueño de un México culto y civilizado:

Las tropas carrancistas entraron a la ciudad a mediados de agosto. La curiosidad lanzó a la calle al populacho. Los individuos de la clase media nos quedamos en nuestros domicilios. Yo me engolfé con mi amigo H. Bolaños en la lectura de Fedra, la tragedia griega de D'Annunzio, recitándole en voz alta... De pronto, en la calle, ruidos de caballerías. Suspendimos la lectura y nos asomamos a la ventana. Entraban a México... los dragones de Lucio Blanco: hombres de clase proletaria, campesinos atezados, vestidos abigarradamente los unos, y los casi sin vestir, pero eso sí cruzados los pechos y las cinturas por triples cananas... Los contemplábamos en silencio, rumiando pensamientos amargos. Nuestros sueños de un México culto habían sido vanos. Eso que desfilaba ante nuestros ojos era México, el verdadero en toda su terrible realidad, el que demandaba justicia, educación y pan... Desde aquel día fue también en nuestras mentes

inolvidable, indeleble, la tragedia de nuestra patria"<sup>4</sup>.

La mayor parte de quienes participaron en el régimen derrotado no aguardó a ver qué castigos le deparaba el bando vencedor. En cuanto Huerta envió su dimisión al Congreso, Nemesio García Naranjo se embarcó en el "Buenos Aires"; en el mismo buque iban los ateneístas José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo e Ignacio Bravo Betancourt. A mediados de 1914, la mayoría de los intelectuales que se vinculó al aparato huertista se encontraba en el extranjero; sólo Antonio Caso, Enrique González Martínez<sup>5</sup>, Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Carlos Díaz Dufío Jr. y Genaro Fernández Mac Gregor permanecieron en la ciudad.

A pesar de que desde la victoria constitucionalista era evidente el enfrentamiento con Villa y Zapata, Carranza organizó de inmediato su gobierno. El nuevo ministro de Instrucción Pública, Félix Palavicini, procedió a despedir a todo el personal que laboraba en esta dependencia, correr a muchos maestros -entre ellos a los "Castros"- y substituir a las autoridades de las escuelas superiores. Los puestos vacantes fueron concedidos a quienes habían permanecido fieles al movimiento revolucionario: Alfonso Cravioto (jefe de la Sección Universitaria), José Vasconcelos (director de la Escuela Nacional Preparatoria)<sup>6</sup>, Gerardo Murillo (director de la Escuela de Bellas Artes), Juan Sarabia (encargado del Departamento Nocturno de la Biblioteca Nacional) y Alfonso L. Herrera (director del Museo de Historia Natural)<sup>7</sup>. Valentín Gama ocupó la rectoría de la Universidad Nacional y Francisco Díaz de León la dirección de la Escuela de Altos Estudios. A esta lista hay que agregar los nombres de Isidro Fabela, Jesús Urueta, Alberto J. Pani y Luis Cabrera, todos ellos afiliados al carrancismo y, en su mayoría, miembros fundadores del Ateneo de México.

Este elenco de colaboradores muestra cómo ya para 1914 el constitucionalismo había logrado atraer e integrar a un sector de la intelectualidad, que salió de su encierro ciudadano para reclamar su herencia política y engrandecerse a la sombra de los nuevos patrones. Ellos, los intelectuales, acostumbraban señalar las carencias de los líderes militares, en particular de los de origen campesino, su falta de instrucción e incapacidad para gobernar. Entre Zapata y Carranza, preferían al segundo, quien, por lo menos, "sabía leer" y le daba a los civiles un espacio a ocupar. Los demás líderes, provincianos e iletrados, podían organizar batallas, mas no gobierno; sabían de fusiles, mas no de leyes y programas.

Dado lo anterior, no es casual que, una vez fracturada la endeble unidad de los ejércitos opositores a Huerta, la mayor parte de los "hombres de letras" optara por las filas carrancistas. La otra se afilió a la Convención, donde desempeñaría un papel significativo en la definición de proyectos de reforma y la infructuosa lucha por lograr un gobierno civil por encima de los caudillos militares. El destino de estos intelectuales, muchos de ellos antiguos maderistas, fue desigual: desoídos por sus protectores, llegarían a verse a sí mismos como los héroes sacrificados, los verdaderos protagonistas de una Revolución que olvidó sus altos principios para culminar en una pugna entre camarillas.

José Vasconcelos es un ejemplo representativo de la fracción de la intelligentsia simpatizante de Madero que, una vez muerto el profeta, anduvo al garete, con una u otra de las fuerzas en lucha. Sus vínculos con los residuos maderistas y su actitud conciliadora con Villa lo hacían sospechoso e indeseable a Carranza, quien en septiembre de 1914 mandó encarcelarlo. Poco tiempo después Vasconcelos huiría de la cárcel para asistir a la Soberana Convención de Aguascalientes. Pese a su odio por los líderes

campesinos, reconocía en ellos a los verdaderos hacedores de la Revolución, mientras que Carranza le parecía un "emperador bufonesco dedicado a desfilarse por las plazas conquistadas". Por conducto de Antonio Villareal, se unió al bloque independiente encabezado por Eulalio Gutiérrez, Eugenio Aguirre, Lucio Blanco y José Isabel Robles<sup>9</sup>.

En las filas carrancistas también militaron algunos socios del Ateneo, cuyas preocupaciones estaban muy lejos de las inquietudes eruditas de años anteriores y sus intereses eran otros: la política, así como los problemas laborales y agrarios. Las reformas sociales salieron de la reserva en que habían estado hasta entonces y comenzaban a ser blandidas como armas políticas en contra de los ejércitos campesinos<sup>9</sup>. Si el enemigo tenía soldados, se esgrimiría frente a ellos decretos, leyes y programas. Esta transición modificó el perfil del intelectual: del artista ornamental se pasó al reformador social, capaz de dar coherencia y contenido a las aspiraciones revolucionarias. Luis Cabrera y, en menor medida, Alfonso Cravioto e Isidro Fabela representaron este cambio.

El choque entre los nuevos dirigentes y aquéllos que habían mantenido abiertos los portones de la academia resultaba inevitable. En septiembre de 1914, Félix Palavicini encomendó a Valentín Gama la elaboración de un proyecto de ley para declarar la autonomía de la Universidad Nacional y confiar... "la enseñanza superior a los únicos directamente interesados en su defensa y propagación"<sup>10</sup>. La propuesta fue discutida en el Consejo Universitario los días 27 y 30 de octubre de ese mismo año<sup>11</sup>. Más tarde, Alfonso Cravioto -para entonces director de Bellas Artes- y Jesús Natividad Macías presentaron una nueva iniciativa legal<sup>12</sup>. En ella se sostenía la necesidad de que la Universidad permaneciera ajena... "a las fluctuaciones de la política, independiente del poder público y libre de toda intervención oficial, sin las limitaciones, la esclavitud burocrática y la tutela

ministerial con que fue establecida en 1910<sup>13</sup>". Ello no significaba que la institución se desvinculara de las actividades públicas; por el contrario, al actuar independientemente del Estado, podría participar en las tareas asignadas a la minoría con acceso a la enseñanza superior. En tanto esta clase poseía recursos para sufragar el costo de sus estudios, se pensó suprimir el pago de personal docente y formar un cuerpo de profesores sujeto a las leyes de oferta y demanda.

Para el grupo carrancista, la autonomía era, más que un imperativo de orden académico, un paso indispensable en la perspectiva de suprimir la Secretaría de Instrucción, liberar al gobierno federal de una carga financiera considerada no prioritaria y modificar la tendencia "reaccionaria y oportunista" de los académicos<sup>14</sup>. En el medio universitario privaba una concepción distinta que, además de exigir al Estado el sostenimiento económico de la casa de estudios, anteponía la facultad de autogobierno y el saber neutral por encima de los conflictos y los menesteres sociales. El poder público tenía el deber de subsidiar a la Universidad, mas no el derecho de administrarla; de quedar supeditada a los vaivenes políticos, ésta perdería la fuerza que emana de la libertad intelectual.

La discusión en torno a la autonomía universitaria se suspendió al iniciarse el mes de noviembre, cuando Carranza y su gabinete salieron de la capital, con destino a Veracruz, para huir de la amenaza zapatista, reorganizar sus fuerzas militares y diseñar la estrategia a seguir en la lucha contra los ejércitos leales a la Convención. El éxodo hacia el puerto de Veracruz de los intelectuales carrancistas fue inmediato. En poco tiempo, Félix Palavicini, Alberto J. Pani, Alfonso Cravioto, Gerardo Murillo, Jesús Urueta y Luis Cabrera constituyeron ahí un comando mayor responsable de elaborar propuestas de

reformas que dieran sentido político al movimiento constitucionalista. Por iniciativa de Carranza, fue creada la Sección de Legislación Social, órgano encargado de... "realizar las transformaciones sociales que la Revolución Mexicana exigía, procediendo al estudio y expedición de las leyes proteccionistas para el proletariado de las ciudades y de los campos"<sup>15</sup>.

En la madrugada del 24 de noviembre, los primeros contingentes sureños entraron a la ciudad de México, en espera del gobierno convencionista. El día 3 de diciembre, el presidente Eulalio Gutiérrez recibió de manos de Eufemio Zapata la residencia oficial. Mientras los angustiados capitalinos aguardaban con temor la llegada de las Divisiones del Norte y del Sur, un grupo de maestros universitarios -entre los que destacaron Ezequiel A. Chávez, Antonio Caso, Luis G. Urbina y Manuel Toussaint- se reunió en el Museo de Arqueología, Historia y Etnología para discutir un proyecto de ley en el cual se decretaba la autonomía universitaria y se definían mecanismos autogestionarios para la elección de autoridades<sup>16</sup>. Este último, desesperado, esfuerzo por evitar la intromisión del Estado en la vida universitaria no prosperó<sup>17</sup>.

Con Eulalio Gutiérrez, llegó a la capital el ministro de Educación por el régimen convencionista, José Vasconcelos, quien quedó atrapado en el torrente de intrigas que comenzaba a desbordarse en las filas revolucionarias. Desde su perspectiva, los rumores, secuestros, venganzas y asesinatos se imponían sobre el poder Ejecutivo, incapaz de controlar la situación; los hombres leales al Presidente estaban paralizados, sin saber cómo actuar. Envuelto en esta "pesadilla", Vasconcelos rompió definitivamente los nexos con sus "incultos" aliados. En su ánimo, la Revolución entera se había convertido, gracias a los "rufianes" del nuevo ejército, en una matanza de caníbales<sup>18</sup>.

La idea de que, gracias a su "honestidad e inteligencia", el sector independiente de la Convención se impondría sobre el "caudillaje pretoriano", verdadero dueño de la ciudad, no pasó de ser un buen propósito. Salvo evitar humillaciones y enfrentamientos con las tropas, el gabinete nada pudo hacer. Cuando el frágil equilibrio estaba por romperse, Eulalio Gutiérrez huyó de la capital. En su comitiva viajaba José Vasconcelos, quien, tras una emocionante fuga hacia el norte, se estableció en Estados Unidos. En octubre de 1915, el constitucionalismo fue reconocido por el gobierno norteamericano y José Vasconcelos perdió la esperanza de ver triunfar al único bando que, desde su perspectiva, aseguraba el orden legal y una vida civil regular. Derrotado el proyecto maderista, la Revolución no era sino una "contienda entre matones":

"Falló la profecía; nunca nadie volvió a recordar a la Convención y ni siquiera se han abochornado nunca los que la traicionaron. Es un error confiar al futuro el remedio de males que sólo la propia voluntad humana que los comete puede enderezar. Y los pueblos no se rehacen de sus errores y sus crímenes... los pagan... Sin el fracaso de la Convención, la Revolución no habría acabado en lo que es: confusión y piratería. Victoria del extranjero y decadencia de lo nacional. Exaltación de los malvados, los imbéciles, y humillación y sacrificio de los patriotas y los útiles"<sup>17</sup>.

Una de las primeras -y únicas- acciones de José Vasconcelos durante su frustrada gestión como ministro fue nombrar, previo plebiscito, a Antonio Caso director de la Escuela Nacional Preparatoria<sup>20</sup>. Para entonces, Antonio Caso era el bastión de la cultura humanista en la metrópoli: impartía los cursos de ética, psicología, lógica y problemas filosóficos en la Preparatoria; las cátedras de ética, estética, metodología e introducción a los sistemas filosóficos en la Escuela de Altos Estudios y la de sociología en la Escuela de Leyes. Si Caso hubiera llegado a exiliarse, como sus amigos, es muy probable que el

estudio de las humanidades en la capital se hubiera suspendido por falta de un líder cultural<sup>21</sup>.

A las clases de Antonio Caso asistían, además de sus discípulos regulares, estudiantes de medicina, ingeniería, leyes y normal. Alrededor de su figura se juntaban fervientes seguidores, silenciosos devotos y mujeres cerebrales. Toda esa gente... "repetía las frases y aun los gestos del filósofo; discutía sus ideas formando una atmósfera que pudiera llamarse casismo"<sup>22</sup>. Entre los fieles pupilos estaban Vicente Toledano, Alfonso Caso, Teófilo Olea y Leyva, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Luis Garrido, Jaime Torres Bodet y Concha Alvarez, cuyo testimonio da una idea del liderazgo que Antonio Caso llegó a ejercer:

"...Estaba el salón de clases, el mayor de Altos Estudios, repleto siempre, con gente de pie en los pasillos y algunos colgados de las dos ventanas del fondo. Después del auditorio, no de imberbes despistados o simplemente curiosos, sino de alguna mayor, pero, sobre todo, de estudiantes maduros por su edad, sus estudios y en particular por una viva curiosidad intelectual que los llevaba a estar pendientes de la explicación sin parpadear siquiera... Y estaba en el Centro Antonio Caso en su plenitud: expositor brillantísimo, orador consumado, era, al mismo tiempo, un gran actor, como todo verdadero maestro lo es. Y también como todo maestro excepcional, despertaba en uno el apetito de la lectura y el hábito de reflexionar"<sup>23</sup>.

Durante las vacaciones escolares de 1915, Antonio Caso impartió, en el local de la Universidad Popular Mexicana, su celebrado curso sobre la psicología del cristianismo. Mientras los estudiantes oían la prédica moral del maestro, a unas cuabras de distancia la Convención pasaba por los momentos más difíciles de su azarosa existencia. Desde Veracruz, Carranza emitía decretos que transformarían el perfil de nuestro país. En la Ciudad de México, ya ocupada una vez por Obregón, la escasez de alimentos, la pérdida

del valor adquisitivo de la moneda y la inseguridad pública comenzaban a generar una situación de desastre. Obligadas a estudiar entre balaceras, motines y fusilamientos, las nuevas generaciones se encaminaron hacia la ruta del casismo, contemporánea, pero distante, de la agitada vida política de la época. Daniel Cosío Villegas intentó explicar el por qué de esta separación:

"Para nosotros, los muchachos de entonces, que vivíamos en el desconcierto provocado por la barbarie que inevitablemente desató la Revolución, aquellas conferencias, a más de mantener en nosotros una noción de la existencia y del valor de la cultura, nos despertó la esperanza de que aquella barbarie pronto daría lugar a un pujante renacimiento cultural"<sup>24</sup>.

Esperanza, cultura y moral parecen ser las palabras claves para comprender el impacto de Antonio Caso sobre los jóvenes. Perdidas las verdades del positivismo, y con ellas la fe en el progreso y la ciencia -nociones difíciles de vislumbrar en una sociedad desmoronada-, no quedaba sino la brecha de la intuición, la voluntad y la caridad humana. La juventud, afirmó con inocencia Concha Alvarez, discípula de Caso, iba a partir, "con paso animoso y genio iconoclasta" a una gran cruzada contra el racionalismo, reivindicando los fueros del instinto y la vitalidad humana. Había que destronar la razón, proclamar la derrota de la ciencia y levantar en alto la voluntad frente al intelecto<sup>25</sup>.

Traumatizada por el impacto de la Revolución y la Primera Guerra Mundial, la juventud reaccionó contra aquello caracterizado como "superficial y materialista". Apareció, así, una versión del romanticismo anticapitalista, cuyo motivo central era el antagonismo entre cultura y civilización. Mientras que el concepto cultura definía "una esfera caracterizada por valores éticos, estéticos y políticos, un estilo de vida personal, un universo

espiritual interior, natural, orgánico, el término civilización (designaba) el progreso material, técnico-económico, exterior, mecánico, artificial"<sup>26</sup>. Esta problemática, que encontraría su expresión europea más popular en La decadencia de occidente, de Oswald Spengler, adoptó en la obra de Antonio Caso una forma tradicionalista. Su doctrina impugnaba los daños del individualismo, de la racionalidad utilitaria y del *laissez faire* económico, en nombre de los valores éticos, la armonía y la tradición cristiana:

"Que sufra su profundo castigo. Que se lave en la sangre caliente y perversa que corre a raudales, que el militarismo se una al industrialismo. Ya morirán ambos de su común locura. Mañana surgirá del dolor la redención verdadera. Un renacimiento religioso y moral pondrá sus destellos divinos sobre las ruinas de la civilización mercantil, que simbolizarán en la historia el fracaso de un siglo de egoísmo"<sup>27</sup>.

Este malestar tuvo como escenografía la devastación producida por la contienda armada. El espectáculo de los soldados pidiendo limosna, de los salones de baile convertidos en caballerizas, de las lujosas casas ocupadas por la soldadesca y de la ciudad transformada en un gran campamento, creó un campo propicio para el cultivo de pautas y actitudes culturales inéditas. Pero mientras los ateneístas veían en estos hechos la prueba de que la barbarie había arrasado con el mundo civilizado y predicaban la catástrofe, sus sucesores veían ya la salida del largo, oscuro y tenebroso túnel por el que se transitaba. Lejos de compartir la visión apocalíptica de sus antecesores, los estudiantes buscaban verdades a las cuales asirse en el futuro. Así, afirma Gómez Morín, "...cuando más seguro parecía el fracaso revolucionario, cuando con mayor estrépito se manifestaban los más penosos y ocultos defectos mexicanos y los hombres de la revolución vacilaban y perdían la fe, cuando la lucha parecía estar

inspirada nomás por bajos apetitos personales, empezó a señalarse una nueva orientación"<sup>29</sup>. Con el tiempo, esta nueva orientación se diferenciaría tanto de la tendencia mística y exaltada de los "volcanes" (Antonio Caso y José Vasconcelos) como del apoliticismo lírico de los "apolíneos" (Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña) del Ateneo.

Esta declaración de confianza<sup>30</sup> coincidió con el nacimiento de nuevos núcleos y empresas culturales. En enero de 1916, y gracias al apoyo económico concedido por Félix Palavicini, salió la revista *Gladios*, dirigida por Luis Enrique Erro, administrada por Octavio G. Barrera y bautizada por Carlos Pellicer. Sus redactores, inflamados por el romanticismo, buscaban... "ejercer una revisión de las más variadas disciplinas con un interés eminentemente educativo y de intensa propaganda científica"<sup>30</sup> y coadyuvar a combatir la ignorancia, plaga endémica cuya erradicación exigía el esfuerzo de la intelectualidad.

*Gladios* vivió sólo los dos primeros meses de 1916 y fue la primera de una serie de revistas juveniles que brotó durante los últimos años de la Revolución. Mucho más duradera sería la labor de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, fundada el 15 de septiembre de 1916 por Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leyva y Alberto Vázquez del Mercado con el fin de propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México<sup>31</sup>.

Los fundadores de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, bautizados por sus irreverentes compañeros de universidad con el mote de "los siete sabios", obtuvieron rápido prestigio frente al público estudiantil y el aparato estatal. El grupo organizó pláticas y conciertos, se apoderó de cátedras y suplementos culturales de periódicos

y obtuvo el favor de la fracción triunfante de la Revolución<sup>32</sup>. Conforme su éxito crecía, los practicantes del "exilio interior" lo hacían blanco de sus ataques.

El "espíritu del 15" no tuvo como desenlace único el descubrimiento de México al estilo Manuel Gómez Morín o Vicente Lombardo Toledano. Lejos del país, en aquellos lugares a donde habían ido a parar los miles de exiliados de distintas facciones, se produjo una especie de "cultura en el exilio" que contrasta, tanto en su contenido como en sus formas, con el entusiasmo de quienes, por su edad, fueron sólo espectadores del conflicto revolucionario. Villistas, uno que otro "científico", antiguos miembros del Partido Liberal, maderistas e independientes unieron sus voces para denunciar a un régimen incapaz de conciliar a los distintos bandos y que hizo suyos los métodos autoritarios del porfiriato. La Revolución comenzó a ser referente inevitable para repensar el destino de una nación que, salvo algunos periodos, no había conocido la paz. En 1915, en España, Martín Luis Guzmán publicó La querrela de México<sup>33</sup>, ensayo pesimista que prefiguraba toda una etapa en la literatura mexicana: la crítica a la Revolución. El desencanto, la sorpresa ante la "barbarie" de las masas, la repulsión a la violencia y, finalmente, el rencor hacia los caudillos militares, serían, en adelante, temas recurrentes de los intelectuales.

La ciudad de San Antonio, Texas, era uno de los sitios favoritos de reunión de los mexicanos en el destierro. Ahí nació, en septiembre de 1915, la Revista Mexicana, publicación que contó, entre una larga lista de colaboradores, con el apoyo de Emilio Rabasa, Victoriano Salado Alvarez, Querido Moheno, Manuel Calero y Jorge Vera Estañol. Su director, Nemesio García Naranjo, confesaría años después que, más que un órgano programático, Revista Mexicana fue un espacio para vaciar el "desahogo patriótico que no conducía a resultado práctico alguno... pero que

dejaba echar el fuego que los desterrados tenían dentro"<sup>34</sup>. Y este "fuego" tuvo dos objetivos precisos: el gobierno "asesino y usurpador" de Carranza y los movimientos populares que aún persistían en la rebelión. Con el tiempo, el tono exaltado de la Revista iría perdiendo su efecto.

Mientras Nemesio García Naranjo dedicaba todos sus recursos y energías a la denuncia periodística, atento a cuanto sucedía en su país, Alfonso Reyes -gracias a su habitual falta de compromiso para con las causas políticas- continuaba su ya desde entonces monumental obra literaria. Y es que Alfonso Reyes, como afirma Luis Cardoza y Aragón, vivió fiel a la creencia de la liberación por la cultura, prefería la injusticia al desorden, no conoció la gran virtud de la indignación y lo persiguieron sólo las erratas<sup>35</sup>.

A diferencia de su "hermano" Alfonso, José Vasconcelos no podía vivir al margen de la política, ... "único medio de contribuir a que el ambiente en el que uno va a desarrollar su vida deje de ser el de la tribu caníbal y se convierta a los usos de una mediocre civilización. Pero eran tiempos de desdicha y de exilio, también de miseria, y José Vasconcelos tuvo que padecer la separación de su país. Establecido sucesivamente en Nueva York, Lima y San Antonio, renovó su pasión por la filosofía (los yoguis, teosofía, budismo), para hallar en Plotino el camino de la redención. Había transitado de la exaltación nietzscheana al hinduismo, de los sermones de Buda a un fervor de iniciado por Pitágoras, pero la lectura de Plotino lo convirtió en monista estético"<sup>36</sup>.

El día 26 de Julio de 1916, José Vasconcelos dictó una conferencia en la Universidad de San Marcos, en Lima, Perú. El tema, el movimiento intelectual contemporáneo de México, fue sólo un pretexto para rendir homenaje a su generación,

recordar a sus viejos amigos y, hecho un tanto insólito en aquel momento de caos, reafirmar con optimismo renovado el papel que habrían de cumplir los países de América, sus intelectuales y sus artes. Ahí comenzó la alegoría del intelectual latinoamericano -y de él mismo- como un nuevo Ulises que, amparado por la diosa Minerva, vaga por el mundo, sufre derrotas, compite contra guerreros y mantiene despierto, con sus viajes y penas, el espíritu nacional. Las tragedias personales, lejos de ser una desventura individual, eran los padecimientos necesarios para temprar a aquellos héroes, mitad dioses, mitad hombres, destinados a convertirse en los guías de sus naciones:

"Cambian las formas del infortunio, con los tiempos y con los hombres; la historia no se repite en el sentido de que produzca situaciones iguales, mas lo que sí tienen de común todas las épocas, es el hado de amargura que persigue a los hombres. Si no, las aventuras, los dolores y desalientos de Ulises se repiten con variación insensible en casi toda la vida. Cuando no es el mar son los hombres... el destino es el dolor de la brega! Pero lo que no a todos nos es dado es merecer la protección sagrada de Minerva, gozar el privilegio de ser útiles obreros de una gran empresa, de un poderoso ensueño que redime las penas y las convierte en la escala del ideal. Para merecer esta predilección divina es necesario transmutar la pena en noble esfuerzo y poner el espíritu en toda su humildad y en toda potencia a disposición de la diosa, entregarle, como Ulises, la rueda de nuestros destinos"<sup>37</sup>.

La alegoría transita, con esa facilidad propia en Vasconcelos, del terreno personal (Ulises), hacia una generación (la del Ateneo) y un continente (América Latina). Pero, más allá de estos altos, es importante destacar el encuentro del dolor pasado con el optimismo hacia el futuro, entre la decadencia vista y la esperanza en el porvenir. Fue este encuentro lo que convertiría a José Vasconcelos en un profeta y, más tarde, en un caudillo cultural.

## NOTAS

- 1 Julio Torri, "Carta a Alfonso Reyes 9, IV, 1936", en Op. Cit. p. 254.
- 2 Charles Cumberlain, La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas, pp. 141-146.
- 3 Gustavo Casasola, Historia gráfica de la Revolución; 2a. Ed., pp. 757-762.
- 4 Genaro Fernández Mac Gregor, Op. Cit. p. 243.
- 5 Enrique González Martínez narró así la experiencia de aquellos años: "tras los cien días que, aunque sin delitos de mi parte, pueden considerarse ignominiosos, tras unos meses en provincia con cargos en una Secretaría de Gobierno, y castigadas más tarde mis culpas políticas con la privación de mis cátedras en la Preparatoria, la Escuela Normal de Maestros y la Escuela de Altos Estudios... volví a la prensa; pero en muy diferentes condiciones... Esperatado y contrito, sin poder hacer clara demostración de arrepentimiento, continué con tesonera laboriosidad mi obra lírica". Enrique González Martínez, Op. Cit. p. 58.
- 6 Hay diversas versiones de cómo llegó José Vasconcelos a ocupar este cargo. Félix Palavicini asegura que Martín Luis Guzmán y Vasconcelos acudieron a él para solicitarle empleo y que, pese a los tesoros de Carranza, se los concedió. Por su parte, Vasconcelos asegura que él "Jefe Máximo" le ofreció el puesto desde antes del triunfo constitucionalista.
- 7 Miguel Angel Granados Chapa, Op. Cit. p. 86.
- 8 José Vasconcelos, Op. Cit. pp. 173-194.
- 9 Arnaldo Córdova, Op. Cit. p. 194.
- 10 Félix Palavicini, "Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos universitarios", en: Boletín de Educación, Tomo 3, No. 2, pp. 19-21.
- 11 Las actas de estas reuniones se encuentran en el CESU, Fondo Consejo Universitario, caja seis, exp. 44.
- 12 "Proyecto de la ley que declara la autonomía de la Universidad", en Boletín de Educación, Tomo 3, No. 2, pp. 21-29.
- 13 Ibid.
- 14 En el mencionado proyecto de ley, se sostenía que la dependencia administrativa del personal docente... "había rebajado el nivel intelectual de los estudiantes de México y deprimido su nivel moral, en tal forma, que durante los últimos años los escolares de la Capital de la República, juventud antes liberal, se han convertido en una clase reaccionaria y acomodaticia, donde todo entusiasmo ha muerto y todo ideal se ha extinguido", Ibid. p. 21.
- 15 Félix Palavicini, Op. Cit. p. 79.
- 16 "Proyecto de ley de independencia de la Universidad Nacional de México", en Guadalupe Appendini, Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 81-82.
- 17 Todo indica que este proyecto fue elaborado con la esperanza de que el gobierno convencionista, por medio de José Vasconcelos, lo aprobara en un plazo breve.

- 18 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 136.
- 19 Ibid., p. 210.
- 20 En una carta a Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña cuenta que José Vasconcelos le había ofrecido este cargo, pero que él no lo había aceptado.
- 21 Enrique Krauze, Op. Cit. p. 68.
- 22 Samuel Ramos, "Antonio Caso", en Obras completas de Antonio Caso, p. 119.
- 23 Daniel Cosío Villegas, Op. Cit. pp. 58-59. Véase, también: Vicente Lombardo Toledano, Op. Cit. p. 74; Jaime Torres Bodet, Op. Cit. pp. 240-241; Luis Garrido, Op. Cit. p. 82; Concha Alvarez, Así pasó mi vida, pp. 160-161.
- 24 Daniel Cosío Villegas, Op. Cit. pp. 56-57.
- 25 Concha Alvarez, Op. Cit. pp. 162-163.
- 26 Michel Lowy, Op. Cit. p. 35.
- 27 Citado por Enrique Krauze, en Op. Cit. p. 69.
- 28 Manuel Gómez Morín, 1915 y otros ensayos, p. 17.
- 29 Narciso Bassols, Obras, p. 11.
- 30 Citado por Guillermo Sheridan, en Op. Cit. p. 40.
- 31 "Acta constitutiva de la Sociedad de Conferencias y Conciertos", en Luis Calderón Vega, Op. Cit. p. 81.
- 32 Véase: Enrique Krauze, Op. Cit. p. 138.
- 33 La publicación de La querrela de México coincide con la segunda edición de Los de abajo, de Mariano Azuela y La tórtola del Ajusco, de Julio Sesto. La Revolución en el reino animal, de Jerónimo Sanz, y La venganza del caporal, de Manuel Mateos, también fueron publicados en 1915.
- 34 Nenesio García Naranjo, Op. Cit. p. 79.
- 35 Luis Cardoza y Aragón, El río, pp. 170-192.
- 36 Enrique Krauze, Op. Cit. p. 49.
- 37 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 117

'Si el placer es un bien, el dolor, el esfuerzo, el trabajo, no pueden ser absolutamente malos. Al término de la ruta difícil -vía crucis- está la tierra de promisión'

Antonio Caso.<sup>3</sup>

## IX. ROBINSONES VS. ODISEOS.

En abril de 1917, puesta en marcha la Constitución elaborada en Querétaro, Carranza fue electo presidente. Aunque aún existían brotes de rebelión diseminados por la República, la ciudad de México recuperaba la tranquilidad y el decoro previos a la batalla. Los poetas podían volver a pasear por Avenida Madero o tomar café en San Felipe bajo el ruido de los "automedontes trogloditas" de los nuevos hombres de bien<sup>2</sup>. El cine Palacio estrenaba la última producción cinematográfica nacional, mientras Saturnino Herrán exponía su obra en el "Saloncito de Bach"<sup>3</sup>. Los estudiantes, por años dispersos y sin programa propio, impulsaron el gremialismo estudiantil mediante la creación de federaciones<sup>4</sup>. Incluso el Partido Católico estimuló la organización de los universitarios<sup>5</sup>.

Una vez obtenida la paz, la bohemia de la metrópoli salió a las calles para recuperar los espacios invadidos por las tropas. Enrique González Martínez, tras "torcerle el cuello al cisne"<sup>6</sup>, conquistaba el favor de los noveles poetas; Ramón López Velarde imponía su innovador estilo y Carlos Pellicer cautivaba auditorios. Los "siete sabios", como buenos descendientes de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, acumulaban cátedras, impartían conferencias, organizaban conciertos y escribían doctos ensayos sobre los más diversos temas. A mediados de 1917, decidieron crear la Revista Técnica Universitaria, con el propósito de propagar los trabajos que en pro de la historia, de la ciencia o de la filosofía<sup>7</sup> realizaran maestros, alumnos e intelectuales de todo el país. El director de la Revista era Antonio Caso, Alberto Vásquez del Mercado y Julio

Jiménez Rueda los encargados de la redacción y Vicente Lombardo Toledano fungía como administrador<sup>10</sup>.

Este clima de frivolidad urbana fue interrumpido en julio de 1917, cuando el Senado aprobó un artículo que decretaba la desaparición del Departamento Universitario<sup>11</sup>. Las decisiones del cuerpo legislativo reavivaron la añeja pugna entre los núcleos académicos y el régimen carrancista<sup>12</sup>. Pero a diferencia de 1914, cuando los primeros estaban aislados y sin fuerza, ahora tenían el respaldo de los grupos estudiantiles y contaban con la simpatía de influyentes funcionarios. En julio de 1917, profesores y alumnos enviaron un Memorial a la Cámara de Diputados solicitando fuera rechazado el acuerdo de los Senadores y que se mantuviera el Departamento Universitario conforme a lo establecido en el Artículo 14 transitorio constitucional<sup>13</sup>. La comisión que redactó este documento estaba integrada por Antonio Caso, Alfonso Pruneda, Enrique C. Aragón, Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso y Antonio Castro Leal. Entre los firmantes, iban los nombres de Vicente Lombardo Toledano, Luis Enrique Erro, Jorge Prieto Laurens, Alberto Vásquez del Mercado y Miguel E. Schulz. En él se aseguraba que, al ser la autonomía la esencia de la enseñanza superior, la incorporación de la Universidad a la Secretaría de Estado la alejaría de las metas para las cuales fue creada, sometiéndola a la lógica del poder. Los fines del gobierno y los de la Universidad eran incompatibles, motivo por el cual cada organismo estaba obligado a cumplir sus funciones sin entrometerse en aquellas esferas que no les competían<sup>14</sup>.

El acuerdo de la comisión del Senado fue discutido en el Congreso el mes de octubre de 1917. Lo que parecía ser un trámite burocrático, de rutina, se convirtió en una acalorada disputa que consumió dos días de sesiones<sup>15</sup>. El diputado Olivé fue el primero en argumentar en contra del decreto y manifestarse por que fuera el poder Legislativo,

y no el Ejecutivo, quien asumiera el control de la Universidad. Jesús Urueta y Alfonso Cravioto intervinieron en favor de la plena autonomía, alegando la necesidad de que la educación superior se liberara de la tutela estatal. Correspondió a otro ex militante ateneísta, Luis Cabrera, apoyar la propuesta gubernamental, misma que fue aprobada con sólo diez votos de diferencia. Tendrían que pasar diez años más para que la Universidad conquistara su emancipación.

En su alegato, Luis Cabrera expuso el sentir de buena parte del bloque en el poder en relación con la Universidad, la cual era vista como una herencia del porfirismo y, por tanto, una institución retrógrada e inútil. En un país devastado por la guerra, con altos índices de analfabetismo y graves carencias económicas, dotar de estudios superiores a una minoría privilegiada era para muchos un gasto oneroso e injustificado. Los universitarios, por el simple hecho de manejar conocimientos de alto nivel, no podían actuar al margen del Estado, fuera de los lineamientos establecidos para el conjunto del sistema escolar, ni dar la espalda a los urgentes problemas sociales:

"En este Congreso, en esta revolución hay muchos, habemos muchos que estamos conformes con bajar de nuestra condición, tal vez usurpada, de nuestra reputación de intelectuales, estamos conformes en abandonar el privilegio intelectual del que se creía que podíamos gozar, con tal de que haya algo efectivo para el pueblo ...si el tiempo que hemos derrochado y el dinero que empleado en disentir este bizantinismo de si la Universidad debe estar aquí o allá, lo empléasemos en ver cómo es posible hacer algo fundamental y permanente en materia de educación primaria, estaríamos cumpliendo mucho mejor con nuestro cometido, porque... vuestro cometido no le viene de los intelectuales ni viene de los cultos (aplausos), le viene de los miserables... que todavía no tienen la educación necesaria ni siquiera para comprender qué cosa es esa Universidad... Esta revolución no nos pide que estemos agotando nuestras

energías y nuestra inteligencia en discusiones acerca del lugar donde vamos a colocar la Universidad, nos pide que hagamos una base de educación pública, amplia, fuerte, firme y ancha aun cuando no sea muy alta, y si después encima podemos poner la cultura universitaria, bien está pero entretanto este es el caso de recordar las palabras del más grande revolucionario que ha tenido el mundo: "Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura..."<sup>14</sup>.

Las ideas de Luis Cabrera eran compartidas por el sector mayoritario del Congreso, mismo que privilegiaba la instrucción popular y técnica sobre la enseñanza superior. Desde la perspectiva gubernamental, valía más el formar técnicos capaces de dominar las habilidades manuales que invertir recursos en un centro destinado a formar la élite dirigente. Si la Universidad habría de sobrevivir -hecho con el cual todos estaban de acuerdo- no era con el propósito de perpetuar los privilegios de un grupo, sino de capacitar a los cuadros profesionales que la nación requería.

En la polémica sobre el futuro de la Universidad no sólo estaba en juego el problema de la autonomía y, por consiguiente, el de las relaciones entre la alta cultura y el poder, sino también intereses, proyectos y concepciones encontradas. Mientras en los círculos gubernamentales comenzaba a generalizarse un modelo pedagógico de corte antieclesiástico, empirista y popular que recogía diversas experiencias regionales de carácter radical<sup>15</sup>, demandas de sectores y clases subalternas y corrientes pedagógicas europeas y norteamericanas<sup>16</sup>, en la Universidad privaban aún los esquemas al estilo Ezequiel A. Chávez o el espiritualismo de Antonio Caso. Este último insistía en una reforma moral sustentada en la religión cristiana, en el "bien común" y los "valores nacionales". La educación, lejos de ser un instrumento que coadyuvara el progreso

material, era un acto de amor dirigido a crear hombres buenos, abnegados y caritativos:

"Por la educación resolvemos la realización de un hombre pleno. Es decir constituimos un ente ideal que no se ha efectuado plenamente en la historia. Imitar a Cristo (no como dice el célebre libro medieval en que se enseña el desprecio -contempto- del mundo), sino como lo imitó Francisco de Asís. Esto es el destino humano. Crear hombres que sean buenos y lúcidos espíritus, aptos centros vivientes de desinterés artístico y de abnegación moral (caridad), esto es la ley y los profetas resumidos en el amor al prójimo como a uno mismo"<sup>17</sup>.

La Escuela Nacional Preparatoria fue el espacio donde se confrontaron los diferentes proyectos educativos. A partir de su separación de la Universidad, este plantel pasó a depender de la Dirección General de Educación, organismo controlado por el núcleo de profesores afiliados al bloque carrancista, al magisterio y a la filosofía pragmática de John Dewey. La reacción de los maestros universitarios frente a la "amenaza del pragmatismo" no se hizo esperar: en 1918, Antonio Caso inauguró los cursos libres preparatorios en el antiguo edificio de San Ildefonso. En esta institución se mantuvo el plan de estudios de 1914, mientras que en la Preparatoria oficial, dirigida por Moisés Sáenz<sup>18</sup>, se implementó un nuevo programa con una marcada orientación técnica. Desde el tercer año, se impartían materias destinadas a preparar a los alumnos en ocupaciones prácticas, como las comerciales.

Para Moisés Sáenz y su equipo de trabajo, la Preparatoria Nacional era un refugio de los hijos de las familias adineradas que se habían mantenido al margen de las filas revolucionarias. El gobierno constitucional no tenía el deber de subsidiar a una institución "plutocrática" mientras las clases populares carecieran de la instrucción elemental. De ahí que fuese necesario, además de reformar

el plan de estudios y substituir a los profesores, organizar la escuela secundaria y acortar la brecha cultural entre los "humildes" y los universitarios. De seguir por el camino trazado durante el porfiriato, la Preparatoria no haría sino mantener la desigualdad social<sup>14</sup>.

A partir de estos acontecimientos, Antonio Caso encontró un nuevo obstáculo para la realización de sus ideales pedagógicos: el "totalitarismo pragmático" que amenazaba con destruir la obra educativa nacional. Según su punto de vista, eran totalitarios tanto los jacobinos como los positivistas, los bolcheviques y los escépticos. El problema de la educación no radicaba en las cuestiones económicas, la miseria del pueblo o los vínculos entre la enseñanza y las demandas del aparato productivo, sino en la falta de una moral que hiciera olvidar las ofensas, renegar de los intereses mezquinos y conjugar las voluntades en torno a un fin común: la reconstrucción del país. Sólo siguiendo las enseñanzas de Cristo, los desposeídos dejarían su codicia y los poderosos su "satánica avaricia"; sólo la religiosidad cristiana podría salvar al mundo del caos posterior a la gran guerra, de la violencia y la perdición espiritual<sup>20</sup>.

Si bien los apostólicos mensajes de Antonio Caso eran todavía escuchados con respeto, su ascendiente sobre los jóvenes iba siendo cada vez menor. Su discípulo más apegado y futuro enemigo, Vicente Lombardo Toledano, encontró nuevos auditorios en los centros de trabajo a los que acudían los conferencistas de la Universidad Popular Mexicana, de la cual fue designada secretario. La actividad de impartir cátedras a los trabajadores se puso de moda, de manera que para 1918 Narciso Bassols, Miguel Palacios Macedo, Daniel Cosío Villegas y muchos estudiantes más predicaban frente a un público muy heterogéneo

opiniones sobre diversos temas: desde la obra de Nietzsche hasta nociones de cooperativismo.

Una vez restauradas las fisuras abiertas a raíz de los conflictos de la autonomía y el control de la Preparatoria, las relaciones entre el gobierno y los estudiantes mejoraron notablemente. Los periódicos editaban páginas universitarias, la burocracia abría sus puertas a los jóvenes y la clase media urbana se enorgullecía de tener entre sus filas a estos predicadores del progreso social, entre los cuales fue perdiéndose el influjo de Antonio Caso. La oratoria del maestro, que tantas almas había conquistado, provocaba en Jorge Cuesta una gran irritación y en Salvador Novo la sonrisa despectiva. El encanto del "general Caso" se iba aminorando conforme la actividad cultural modificaba sus tonalidades y colores. Los nuevos ídolos no eran, no podían ser, aquéllos filósofos en los que los ateneístas encontraron la verdad. Ahora se leía a Gide, Ibsen, Stendhal, Saint-Simon, Balzac, Cocteau, Valéry y Maeterlink.

Mientras en México se formaban camadas de críticos, ensayistas y poetas, los intelectuales de 1910 vivían en el extranjero", ...desdeñosos de una Revolución que no los necesitaba"<sup>21</sup>. Alfonso Reyes encontró en España el medio óptimo para el desarrollo de sus inquietudes. Era la hora de la "barbas institucionistas", de la Institución Libre de Enseñanza que había creado un nuevo ambiente en la vida cultural española, con Francisco Giner de los Ríos, A. de Icaza, Manuel B. Cosío, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Federico Onís y Américo Castro a la cabeza. Gracias a estas amistades, Alfonso Reyes se incorporó a la Sección de Filosofía del Centro de Estudios Históricos, sede de la intelectualidad ibérica.

En 1917, apareció El suicida, colección de fragmentos y ensayos, cuyo título fue provocado por el suicidio de

Felipe Trigo, escritor español. El libro se difundió en México gracias a la labor de Julio Torri, uno de los "infortunados amigos viejos" a los que Alfonso Reyes dedicó sus "caprichosas divagaciones".

Lejos de su patria, en un exilio que pasó a ser voluntario, Alfonso Reyes hilvanó, entre retazos y evocaciones, un discurso sobre la labor intelectual, la función del artesano escriba, del escritor. Opuso a las teorías de la aceptación, del misticismo pasivo y del miedo al cambio sus conjeturas en torno a la rebeldía, la acción, la libertad, la duda y los vicios. Ubicado en el punto de equilibrio entre el conformismo que "invita a instalarse cómodamente en la vida para dormir la siesta filosófica" y el activismo rebelde que incita "a arrojarse a la calle por el balcón", Alfonso Reyes reivindicó un estilo, una forma de ser, actuar y vivir como intelectual, de dedicarse a "juego ocioso" de la inteligencia<sup>22</sup>.

En septiembre de 1917, desde San Antonio, Texas, José Vasconcelos escribió a Alfonso Reyes una carta en la cual confesaba que El suicida le había hecho reconsiderar su destino. Por entonces, José Vasconcelos volvía a la actividad intelectual, convencido que la situación en México "...estaba preñada de fetos que pronto habrían de llegar a monstruos". Entre aventuras de negocios, redactó Estudios indostánicos, texto a cuyo prólogo se le pueden aplicar las frases con las que, años después, José Carlos Mariátegui recibiría la aparición de La raza cósmica:

"José Vasconcelos ha encontrado una fórmula sobre pesimismo y optimismo que no solamente define el sentimiento de la nueva generación iberoamericana frente a la crisis contemporánea sino que también corresponde absolutamente a la mentalidad y sensibilidad de una época en la cual (...) millones de hombres trabajan con un ardimiento místico y una pasión religiosa por crear un hombre nuevo"<sup>23</sup>

En la presentación de Estudios indostánicos, José Vasconcelos anunció el nacimiento de mundos y civilizaciones que, como lo habían hecho antes la Grecia de Pitágoras y la India de Buda, resurgirían de entre los escombros bárbaros para convertirse en "zonas dionisiácas". Las lacras de la sociedad latinoamericana, como su barbarie, su impureza racial, su geografía tropical, el mestizaje y la degeneración, consideradas como obstáculo para el progreso, eran precisamente las bases desde las cuales partir en la construcción de un mundo renovado, opuesto a la cultura utilitaria de la América sajona. Mediante una óptica racional mezclada con visiones metahistóricas y profecías, José Vasconcelos profetizó el designio divino: América convertida en la sede del planeta. La hora latinoamericana estaba por llegar; su tiempo sería el futuro; sus armas, la filosofía, el mito, la magia. Y pronto, muy pronto, el momento llegaría.

## NOTAS

- 1 Antonio Caso "Nuestra misión humana", en Op. Cit. Vol. IX, p. 62.
- 2 Barón López Velarde "La avenida Madero", en: Pegaso, núm. 1, 1, 8 de marzo de 1917, p. 1.
- 3 Guillermo Sheridan, Op. Cit. p. 44.
- 4 Véase: Miguel Torner, "Las organizaciones estudiantiles", en Boletín de la Universidad, Tomo I, núm. 1, dic. de 1917, pp. 245-246.
- 5 En 1911, había sido fundada la Liga Nacional de Estudiantes Católicos para colaborar con el Partido Católico Nacional. Tiempo después, surgió la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), cuyos dirigentes más notables fueron Jorge Prieto Laurens, Julio Jiménez Rueda, Armando de María y Campos y Manuel Herrera y Lasso. Cfr. Agustín Arriaga Rivera, "El movimiento juvenil", en: México, cincuenta años de revolución, Vol. II, pp. 359-360; Luis Calderón Vega, Cuba 88, pp. 9-13.
- 6 Me refiero al poema intitulado "Tuércele el cuello al cisne", que fue considerado -pese a su autor- como un manifiesto literario en contra del modernismo.
- 7 "La Revista Técnica Universitaria", en Boletín de la Universidad, Tomo I, núm. 1, pp. 239-243.
- 8 El personal de la Revista está integrado de la siguiente forma: director, Antonio Caso; jefe de redacción, Alberto Vázquez del Mercado; secretario de redacción, Julio Jiménez Rueda; administrador, Vicente Lombardo Toledano; sección de ciencias matemáticas, Ing. Valentín Gama; sección de ciencias físico-químicas, Profr. Adolfo P. Castañares; sección de ciencias biológicas, Dr. Alfonso Pruneda; sección de ciencias políticas-sociales, Lic. Antonio Caso; sección de artes plásticas, Profr. Saturnino Herrán; sección de literatura y crítica, Dr. Enrique González Martínez; sección de música, Profr. Gustavo E. Campa; sección de historia, Don Luis González Obregón; sección de arquitectura, Arq. Carlos Ituarte. Ibid, p. 241.
- 9 En el artículo 14 transitorio de la Constitución se decretó la creación del Departamento Universitario, con carácter autónomo. El acuerdo del Senado suprimía este organismo y recomendaba su transferencia a la Secretaría de Estado (hoy de Gobernación). Cfr. Diario de los Debates de la Cámara de Senadores del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, XXVII Legislatura, Año I, T. Número 6.
- 10 Jesús Natividad Macías, "La supresión del departamento universitario", en Jorge Pinto Mazal, Op. Cit. 51-52.
- 11 "Memorias que los profesores y estudiantes de la Universidad llevan a la H. Cámara de Diputados", en Jorge Pinto Mazal, Op. Cit. pp. 75-82.
- 12 Ibid. p. 76.
- 13 Véase: Diario de los Debates de la XVII Legislatura, Año I, T. II, núm. 18, jueves 4 y sábado 6 de octubre de 1917, pp. 328-417.
- 14 Luis Cabrera, Op. Cit. pp. 15-16.

- 15 En el periodo revolucionario, se generaron numerosas reformas educativas dentro de algunos estados. Merecen destacarse, por su influencia posterior, las acciones de Cándido Aguilar en Veracruz, de Plutarco Elías Calles en Sonora, de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto en Yucatán y Manuel Aguirre Ferrnaga en Jalisco. Véase: Isidro Castillo, Op. Cit., Tomo III, pp. 63-80.
- 16 Venustiano Carranza fomentó la formación de cuadros especializados en el área educativa. En 1915, envió a cerca de cien profesores a los Estados Unidos con el propósito de que estudiaran el sistema escolar de este país. El filósofo y educador John Dewey influyó notablemente sobre el pensamiento pedagógico de los maestros mexicanos.
- 17 Antonio Caso, Op. Cit. p. 140.
- 18 Cfr. Raúl Mejía Zúñiga, Moisés Sáenz; educador de México, pp. 4-47.
- 19 Manuel González Ramírez, Recuerdos de un preparatoriano de siempre, pp. 38-40.
- 20 Antonio Caso, "Ideas que construyen e ideas que destruyen, Op. Cit. Tomo IX, p. 84.
- 21 Alfonso Reyes, Op. Cit. pp. 132-133.
- 22 En El suicida, Alfonso Reyes preludeó algunas opiniones que, casi veinte años después, desarrollaría en su ensayo Notas sobre la inteligencia americana, quizá uno de los más lúcidos de cuanto se ha escrito acerca del tema. Véase: Obras completas, Tomo XIX, pp. 352-358.
- 23 José Carlos Mariátegui, citado por Margarita Veta Op. Cit. p. 226.

"Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar"

José Vasconcelos.<sup>3</sup>

## X. ENEADAS EDUCATIVAS.

El 22 de mayo de 1920, los periódicos divulgaron una desconcertante noticia: Don Venustiano Carranza había sido asesinado en la aldea de Tlaxcalantongo<sup>2</sup>. Con su muerte, dio fin la rebelión sonoreense pactada en Agua Prieta para dar paso al caudillismo del general Alvaro Obregón. El día 2 de julio, el presidente interino, Adolfo de la Huerta, pasó revista a las tropas desde el Palacio Nacional. En el balcón de honor se hallaba José Vasconcelos; a su lado, estaban Plutarco Elías Calles, Pablo González, Genovevo de la O., Salvador Alvarado y Francisco Serrano<sup>3</sup>.

La presencia de José Vasconcelos en este acto no causó sorpresa. Meses atrás, en la ciudad de los Angeles, él y Obregón habían llegado a un acuerdo. Ambos se necesitaban: el político requería del intelectual para legitimar un poder obtenido por las armas; el segundo, una esperanza, una posibilidad de que alguien liquidara la "barbarie del sable" y abriera el porvenir al civilismo<sup>4</sup>. De este pacto nació un binomio único en la vida cultural mexicana; un binomio que legaría una obra nacional e internacional memorable, con raíces profundas, con no pocas contradicciones y con esa mezcla de libertad e intolerancia, ímpetu creador y rutina burocrática que caracterizaría, por largos años, a la cultura oficial.

El recién ganado a la causa obregonista ocupó el cargo de director del Departamento Universitario, al cual le correspondía dirigir la educación en el Distrito Federal y en los Territorios<sup>5</sup>. Aceptó el puesto convencido de que

"...a la hora de formular planes y después a la hora de gobernar, la barbarie inculta tenía que repetir los dictados de la intelectualidad, por mucho que la odiase". En espera de que los militares desocuparan el lugar destinado a la intelligentsia, José Vasconcelos sólo deseaba curar el mal hecho por los "carranclanes" a la enseñanza, expulsar a los "pochos protestantes" del sistema educativo y tomar al Departamento Universitario como base para construir un ministerio de educación que ni Justo Sierra osó soñar.

La posición política de Vasconcelos -recordaría tiempo después Alberto Vázquez del Mercado- no era muy firme. Su obra literaria era muy escasa, por no decir pobre. Se le tenía como un advenedizo y era motivo de intrigas por aquellas personas que se creían con mejor derecho -por su sabiduría y edad- para ocupar el puesto<sup>7</sup>. Frente a estas desventajas, el nuevo rector utilizó dos armas: la retórica y la acción. Ya desde su famoso discurso de toma de posesión de la Rectoría, comenzó a delinear los ejes sobre los cuales giró su actividad como ministro de educación: el paso del militarismo a un estado civil; la regeneración de México mediante el saber; el ejemplo de la empresa espiritual de los misioneros y la visión de una gran cruzada cultural dirigida a los hijos del pueblo.

La convocatoria del redentor obtuvo una respuesta inmediata por parte de los ateneístas dispersos, quienes se reagruparon para dar vida a las aspiraciones de su nuevo líder y ocupar los empleos dejados por los carrancistas vencidos. La Universidad se pobló de "gente de letras", con sus pleitos de alcoba e intrigas amorosas<sup>8</sup>. Antonio Caso fue nombrado director de la Escuela de Altos Estudios, Mariano Silva y Aceves secretario de la Universidad y Ezequiel A. Chávez director de la Escuela Nacional Preparatoria. Más tarde llegarían Martín Luis Guzmán,

Ricardo Gómez Robelo, Diego Rivera y Pedro Henríquez Ureña. De los "amigos íntimos", sólo Jesús T. Acevedo y Alfonso Reyes no regresaron. El primero se "había dejado morir" en una aldea perdida de los Estados Unidos; el segundo prefirió permanecer en España, donde estaban su comodidad personal, su biblioteca y un puesto seguro en la Embajada<sup>7</sup>. Tampoco volvió Nemesio García Naranjo, quien al ser injustamente involucrado en una conspiración en contra de Adolfo de la Huerta tuvo que alargar su exilio<sup>8</sup>.

Además del apoyo de los "dispersos o desaparecidos" (Daniel Cosío Villegas), José Vasconcelos se ganó el favor de la generación del 15 y de los "contemporáneos". Así, alrededor de él se juntaron, por primera y última vez, las generaciones posteriores al positivismo: de Ezequiel A. Chávez a Jaime Torres Bodet. Esta unidad, aunque temporal, sería un ejemplo de lo que se puede lograr en el campo de la cultura cuando privan la tolerancia y el espíritu creador.

Gracias a la respuesta recibida, el "ministro sin ministerio", como se le llamaba a José Vasconcelos, pudo formar un equipo de trabajo dispuesto a hacer de todo. El Departamento Universitario funcionaba como una verdadera secretaría de estado. Las jornadas eran extenuantes, los salarios bajos y pocas las compensaciones. La prensa, pendiente de cuanto se hacía, igual alababa al Rector que le lanzaba acusaciones: que si sus gastos eran excesivos, que si asumía funciones de otros, etcétera. Diestro en el manejo de la opinión pública, José Vasconcelos aprovechó hasta las críticas para ganar adeptos a su causa.

En junio de 1920, José Vasconcelos puso en marcha la campaña contra el analfabetismo mediante un llamado a quienes supieran leer y escribir, especialmente las mujeres, para que colaboraran en la redención del pueblo<sup>9</sup>.

Fue así como nació el Cuerpo de Profesores Honorarios de Educación Elemental, compuesto por personas comprometidas a dar por lo menos una clase semanal de lectura a dos o más analfabetas. Los cursos se impartían los domingos y, por consejo de la Rectoría, se iniciaban con nociones sobre higiene<sup>12</sup>. En seguida, valiéndose de los textos a su alcance, los maestros enseñaban pronunciación o escritura. Aquel profesor que esperaba contar con un local, que se detuviera por carecer de útiles o porque los alumnos no fuesen a él, era considerado indigno de pertenecer al cuerpo, cuyo lema, "obrar y sin excusas ni desalientos"<sup>13</sup>, inspiró a los "obreros intelectuales" que, como Carlos Pellicer, Salvador Novo y Daniel Cosío Villegas, combatieron la ignorancia:

"Y nos lanzamos a enseñarles a leer... y había que ver el espectáculo que domingo a domingo daba, por ejemplo, Carlos Pellicer... Carlitos llegaba a cualquier vecindad de barrio pobre, se plantaba en el centro del patio mayor, comenzaba a palmear ruidosamente, después hacía un llamamiento a voz en cuello, y cuando había sacado de sus escondrijos a todos, hombres, mujeres y niños, comenzaba su letanía: a la vista estaba ya la aurora del México nuevo, que todos debíamos construir, pero más que nadie ellos, los pobres, el verdadero sustento de la sociedad. El, simple poeta, era ave de paso, apenas podía servir para encarrillarlos en sus primeros pasos; por eso sólo pretendía ayudarlos a leer, para que después se alimentaran espiritualmente por su propia cuenta. Y en seguida el alfabeto, la lectura de una buena prosa, y al final versos, demostración inequívoca de lo que podía hacer con una lengua que se conocía y se amaba. Carlos nunca tuvo un público más atento, más sensible, que llegó a venerarlo"<sup>14</sup>.

Pese a su empirismo (José Vasconcelos afirmaba que más valía un punto de obra que muchos castillos en la fantasía), a la falta de recursos y a la modestia de sus propósitos en relación con la magnitud de la problemática educativa nacional, la campaña de alfabetización fue un éxito publicitario: la Universidad era noticia obligada en

los periódicos, el Rector forjaba su fama como el Caballero del Alfabeto y el régimen emanado de un golpe militar mejoró su imagen internacional. La fotografía de Lolita Driscoll, profesora honoraria de ocho años de edad, miembro del "Ejército Infantil" que salía de las aulas para educar a los pobres, simbolizaba -con su falda de tablones y moño en la cabeza- un futuro no lejano en el que, gracias a la entrega de unos cuantos ciudadanos y a la generosidad de su gobierno, el país acabaría con el oscurantismo, la barbarie y el atropello militar.

La creciente popularidad de José Vasconcelos le permitió avanzar en el proyecto de crear una Secretaría de Educación Pública Federal. A mediados de 1920, el Consejo Universitario aprobó el plan diseñado por el Rector, mismo que sería difundido en toda la República para ganar el apoyo de las legislaturas locales. La labor de convencimiento era ardua, dadas las luchas entre facciones, el recelo de los poderes regionales y el mal recuerdo dejado por los "científicos" porfiristas. Ante estas dificultades, los promotores de la iniciativa tuvieron que desplegar una tarea de proselitismo en la que se recurrió al esquema de la inteligencia puesta al servicio de la Revolución, de una cultura inspirada en lo popular y de una multitud redimida por el espíritu salvador de las letras:

"El progreso de la cultura en el mundo no podrá ser un hecho en tanto que no se realice la unión íntima de los proletarios y obreros que representan el esfuerzo humano en todas sus formas, con los obreros de la inteligencia que presentan la idea, sin la cual el esfuerzo no es capaz de lograr ninguna conquista definitiva... Esta Universidad espera contar cada vez más con el apoyo de las clases trabajadoras, y en ellas busca no solamente la fuerza que deba darle vida, sino también la inspiración que ha de llevarla hacia el progreso... Sólo el contacto íntimo de los trabajadores con los intelectuales puede dar lugar a un renacimiento espiritual que ponga nuestra edad por encima de las otras"<sup>15</sup>.

José Vasconcelos tuvo su primer tropiezo político -el inicial de una larga serie- en octubre de 1920, cuando, despojándose de su carácter de funcionario público, pero conservando su papel de Rector de la Universidad, exhortó a los estudiantes a salir por las calles en repudio del "tirano verdugo" Juan Vicente Gómez, presidente de Venezuela<sup>16</sup>). Estas inoportunas declaraciones desencadenaron una protesta formal del gobierno venezolano y las consecuentes disculpas del subsecretario de Relaciones Exteriores<sup>17</sup>. Lejos de retractarse, el Rector declaró su satisfacción por haber desenmarcado la dictadura padecida en una nación hermana y afirmó que no reconocía ningún poder por encima de la verdad. Las opiniones en favor y en contra se dividieron aún más cuando José Vasconcelos presentó su renuncia formal. Curiosamente, Plutarco Elías Calles, entonces secretario de Guerra, defendió la causa vasconcelista<sup>18</sup>). Asimismo, un nutrido grupo de intelectuales solicitó al presidente que, para honra de la intelectualidad mexicana y como garantía de la independencia de la Universidad, no fuera aceptada la renuncia.

José Vasconcelos salió fortalecido de este conflicto y su imagen de "amigo de los estudiantes y libertador de América" lo ayudó a lograr sus propósitos. Al finalizar el tempestuoso mes de octubre, la Secretaría de Gobernación envió al Congreso la iniciativa de reformar los artículos 14, 73 y 115 constitucionales, con el objeto de crear una Secretaría de Educación. Las comisiones respectivas dictaminaron favorablemente el proyecto, mismo que fue turnado a las Cámaras de Diputados y de Senadores. El dictamen fue aprobado en ambas Cámaras por abrumadora mayoría los días 9 de febrero y 3 de marzo de 1921 respectivamente. La SEP nacería hasta septiembre de 1921, por decreto presidencial<sup>19</sup>.

La SEP fue proyectada como un "organismo flexible e ilustrado", con capacidad para ... "ejercer una fuerza vivificante sobre un territorio nacional abrumado por la ignorancia, la postración y la miseria"<sup>20</sup>. Más que a una racionalidad administrativa, el diseño respondía a una concepción intelectual: la educación mexicana, obra de cruzados plenos de "celo en caridad", no era un problema de eficacia práctica, sino de estética y fe. Vestid al pueblo, dadle qué leer, dignificad su trabajo, embelleced su medio ambiente, y lo demás llegaría en forma natural.

Más que en la escuela, José Vasconcelos confiaba en lo que José Joaquín Blanco denomina los tres misioneros: el maestro, el arte y el libro<sup>21</sup>. Con relación a este último, habría de fomentar una intensa campaña en pro de la lectura. A principios de 1921, el Ejecutivo dispuso que los Talleres Gráficos del Gobierno pasaran a la Universidad. De esta medida nació la Editorial Universitaria, anticipo de la impresionante labor de divulgación desarrollada años después. "Nunca como entonces, afirma Daniel Cosío Villegas, se tuvo tanta fe en el poder del libro"<sup>22</sup>.

En abril de 1921 salió a la luz el primer número de la revista El Maestro<sup>23</sup>, la mejor en su género que se haya publicado en México. Con objetivos tan dispares como llevar a la población entera el dato útil, ampliar los horizontes del obrero y del campesino y apoyar la labor de los recintos escolares, este órgano divulgó temas muy variados: desde cómo procesar mermeladas o construir una parcela hasta las novedades literarias europeas. Sus páginas son testimonio del ambiente cultural de la época; de un ambiente que, si bien tendía a convertir en dogma ciertos principios, estaba abierto a diversas corrientes y

aceptaba como patrimonio nacional los conocimientos y las creaciones extranjeras.

La imagen era tan poderosa como las letras para aleccionar a una población analfabeta, de modo que José Vasconcelos impulsó un movimiento pictórico que habría de marcar por lustros a la plástica mexicana. En julio de 1921, Diego Rivera regresó a México, después de una estancia de once años en Europa<sup>22</sup>, para unirse al movimiento plástico que intentaba reconstruir las ruinas de nuestro "asombroso pasado". Pese a sus diferencias, José Vasconcelos favoreció a los artistas que traducían en imágenes las "miserias y grandezas" del pueblo y trazó un cuidadoso plan alegórico inspirado en el Renacimiento. En adelante, los edificios públicos, las escuelas, los estadios y hospitales, debían convertirse en escenarios de "la supremacía racial de los mexicanos"<sup>23</sup>.

Los avances en el campo de las letras también eran considerables, gracias, en buena medida, a la magnífica labor docente de Pedro Henríquez Ureña, quien fue llamado por José Vasconcelos para hacerse cargo del Departamento de Intercambio y Extensión Universitaria, dependencia que absorbió a la Universidad Popular. A su regreso, el escritor dominicano reunió un pequeño cenáculo de aspirantes a literatos. Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Salomón de la Selva, Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal fueron sus primeros devotos; después se les unirían Salvador Novo, Javier Villaurrutia y Gilberto Owen. El magisterio de Pedro Henríquez Ureña, enérgico en el dominio de la vida personal de los demás, marcó de por vida a sus discípulos, aun a quienes -como Salvador Novo- llegarían a rebelarse.

A cambio de la sumisión, los pupilos recibían consejos, cátedras, empleos y colocaciones en las revistas del

Continente. Los "viejos" del grupo, más interesados en la política que en las letras, demostrarían pronto que su ruta no era la literatura. Los "benjamines", en cambio, optaron por el camino de la crítica y la poesía, campos en los que recibieron del "Sócrates del Ateneo" la conciencia artística, la cultura al día y la técnica eficaz, valiosas influencias en un medio con poca tradición académica, cerrado al exterior tras largos años de guerra y poco afecto a la erudición.

Para mediados de 1921, el elenco intelectual mexicano, con el profeta Vasconcelos a la cabeza, había creado una mística, una iglesia y un evangelio. El optimismo hacia el futuro no tenía límites, y todo aquél que no formara parte del cambio era satanizado. El nuevo mundo sería producto de "los arquitectos", los "constructores", y no daría cobijo a quienes, hábiles para la censura, rehuían su deber o se dedicaban a hacer "literatura vana":

"Obra constructiva es lo que nosotros necesitamos, y para lograrlo es preciso extirpar el hábito, tan común en nuestros escritores, de hacer literatura vana o bien ironía mordaz y destructiva. Hábiles para la censura pero inútiles para la obra, así hemos sido en México los hombres de pensamiento, y una vez puestos ante el deber lo rehuimos, y lo rehuimos por cobardía... El intelectual de edificio no se atreve ni siquiera a escribir si no en revistas su pensamiento con todos los primores mediocres de su estilo convencional, y nada le importa que su corazón calle ante las necesidades públicas, que la pasión sofoque sus arrebatos más nobles con tal de arrancar un aplauso ruidoso y unánime del coro inmortal de los necios... Nuestro modelo de hombre será el arquitecto; seremos los arquitectos y constructores y si hay que emprender lucha emplearemos la táctica del contraste, que frente al error pone la luz, que frente al mal pone el bien, resplandeciente con los restos soberanos que le aseguren el triunfo"<sup>26</sup>.

Si bien José Vasconcelos no le puso "nombre y apellido" a

sus interlocutores, había muchos que pudieron sentirse enjuiciados. Uno de ellos era Antonio Caso, cuyo antiguo poder se iba perdiendo conforme se imponía un nuevo modelo de intelectual que le era ajeno. La juventud ascendía a saltos, comiéndose los escalones que, en otras circunstancias, hubieran tenido que subir uno a uno; terminada la guerra, la información circulaba con mayor rapidez, de modo que "estar al tanto" exigía un esfuerzo intelectual; la rápida incorporación al mundo público y sus problemas planteó la necesidad de un saber técnico, administrativo y comercial, más que filosófico, y la urgencia de un ideario pedagógico acorde con la reconstrucción nacional volvía caducos propósitos como formar hombres buenos y caritativos. Incómodo en un sitio que ya no dominaba, Antonio Caso cumplió con decoro las funciones de su cargo, pero sin figurar en el escenario intelectual. En un momento de apertura, de salir de las torres de marfil, él optó por mantenerse en su feudo: La Universidad.

Pese a las deserciones, que en el futuro irían en aumento, la doctrina vasconcelista tuvo la virtud de convocar y unir las voluntades de cientos de personajes provenientes de los más diversos campos, pero también el defecto de agruparlos en torno a patrones hechos (la cultura como expresión nacional; el arte al servicio del pueblo; los artistas como constructores) que, con el tiempo, favorecerían la intolerancia y el antiintelectualismo. Disentir de estos patrones, criticar la política estatal, ejercer libremente el pensamiento y hasta escribir sobre ciertos temas llegaría a considerarse actos de homosexualidad, frívolo extranjerismo o cobardía<sup>27</sup>. Pero era el año de 1921, y nadie se preocupaba por señalar estos peligros. Cuando Martín Luis Guzmán echó en cara a Francisco Bulnes y Querido Moheno su ingratitud para con el "benevolente" gobierno que los había recibido, indicándoles su obligación

de guardar silencio sobre los posibles desaciertos del régimen triunfante, sólo los periódicos conservadores reclamaron el derecho a la libre expresión<sup>28</sup>. Dado que, finalmente, el gobierno revolucionario se encargaba de indemnizar por los daños causados, toda crítica era considerada alta traición.

La experiencia de colaborar en el renacimiento cultural convirtió a muchos intelectuales, aun a los más escépticos, en revolucionarios. La palabra revolución dejó de ser asociada a la violencia, a los "bárbaros" de Villa y Zapata, al "arcaísmo rural", para ligarse con los deseos populares por instruirse. En 1924, Pedro Henríquez Ureña escribió:

"Para el pueblo, en fin, la Revolución ha sido una transformación espiritual. No es sólo que se le brinden mayores oportunidades de educarse: es que el pueblo ha descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho a educarse. Sobre la tristeza antigua tradicional, sobre la "vieja lágrima" de las gentes del pueblo mexicano, ha comenzado a brillar una luz de esperanza. Ahora juegan y ríen como nunca lo hicieron antes. Llevan alta la cabeza. Tal vez el mejor símbolo del México actual es el vigoroso fresco de Diego Rivera en donde, mientras el revolucionario armado detiene su cabalgadura para descansar, la maestra rural aparece rodeada por niños y de adultos, pobremente vestidos como ella, pero animados con la visión del futuro"<sup>29</sup>.

La concordia entre la intelectualidad y el Estado hizo olvidar viejas rencillas y perder la memoria sobre ciertos hechos, como la colaboración de muchos intelectuales en el gobierno de Huerta. Asimismo, la necesidad de dotar al proceso revolucionario de una filosofía que fuese más allá de los programas y las reformas sociales emparentó al movimiento ateneísta con las inquietudes revolucionarias, al grado que el primero llegaría a ubicarse como la "expresión ideológica de la Revolución". Pronto comenzaron a atribuírsele al Ateneo virtudes que no tuvo; a sus

integrantes, se les dotó de una posición política antiporfirista, e incluso de una capacidad organizativa que, salvo casos excepcionales, no habían ejercido.

En este contexto de cambio, el Congreso Estudiantil Internacional llevado al cabo en México durante los festejos conmemorativos de la consumación de la Independencia<sup>30</sup> -tan fastuosos como los de 1910- habría de marcar un hito en la historia de las luchas estudiantiles latinoamericanas. Sus resoluciones, impregnadas del mesianismo de entonces, sintetizaban las experiencias tenidas tras más de una década de pugnas dispersas y ampliaron la mirada hacia un programa nacional popular. El que este programa estuviera estrechamente relacionado con las aspiraciones por tener mayor participación en la esfera pública y con un creciente malestar frente a los regímenes públicos lo demuestra el impacto que tendrían los anhelos de esta generación sobre la vida social del Continente<sup>31</sup>.

Puesta la vista sobre un país en el que la Revolución no sólo había triunfado, sino que traía consigo una cruzada cultural, los activistas de todas las naciones hermanas encontraron en México el modelo a seguir, la esperanza de que la victoria era posible y la confianza en que, tarde o temprano, América Latina emergía como una gran potencia. Nada anunciaba, en aquel momento, que este germen fracasaría dolorosamente; por el contrario, todo indicaba que, por lo menos en México, la razón se había impuesto. Políticos e intelectuales, poder y saber, marchaban juntos y aquella generación que diez años antes, en el marco de otros festejos, quiso hacer oír sus opiniones, tenía ahora el control de un gran emporio cultural. La SEP fue creada en octubre de 1921 y su titular, José Vasconcelos, designó a Antonio Caso rector de la Universidad, institución que albergaría también a Pedro Henríquez Ureña. Alfonso Reyes triunfaba en el exterior, mientras los discípulos

compartidos ascendían en el escalafón. Pero, más que el final feliz de una historia, estos sucesos marcan el inicio de una trama cuyos protagonistas estelares -José Vasconcelos y Alvaro Obregón- habrían de definir los límites del poder intelectual.

## NOTAS

- 1 José Vasconcelos, "Discurso con motivo de la toma de posesión del cargo de rector de la Universidad Nacional de México", Boletín de la Universidad, IV época, tomo I, núm. 1, agosto 1920, pp. 7-13.
- 2 Véase: Arnaldo Córdova, Op. Cit. pp. 262-306.
- 3 John Dulles, Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936), p. 64.
- 4 José Vasconcelos, Op. Cit. p. 364.
- 5 El Universal, 31 de julio de 1920.
- 6 José Vasconcelos, El desastre, p. 38.
- 7 Citado por Alfonso Taracena en Op. Cit. p. 127.
- 8 Cfr. Julio Torri, "Carta a Alfonso Reyes del 26 de diciembre de 1920", Op. Cit., pp. 232-233.
- 9 Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri del 30 de enero de 1921, Op. Cit. pp. 234-236.
- 10 Nemesio García Naranjo, Op. Cit. pp. 42-58.
- 11 El Universal, 19 de junio de 1920, p. 1.
- 12 Ibid., 27 de junio de 1920, p. 1.
- 13 El democrata, 12 de noviembre de 1920, p. 2.
- 14 Daniel Cosío Villegas, "Justificación de la tirada", Ensayos y notas, tomo I, p. 14.
- 15 José Vasconcelos, Discursos 1920-1950, pp. 2325.
- 16 José Vasconcelos, "Discurso pronunciado por... en la fiesta de la raza", en: Boletín de la Universidad, IV época, tomo I, núm. 3, pp. 178-179.
- 17 Excelsior 14 de octubre de 1920, p. 1.
- 18 Excelsior, 16 de octubre de 1920.
- 19 Edgar Llinás, Educación, revolución y mexicanidad, p. 159.
- 20 José Vasconcelos, "Exposición de motivos del proyecto Ley para crear la Secretaría de Educación Pública".
- 21 José Joaquín Blanco, "El proyecto educativo de José Vasconcelos como programa político, En torno a la cultura nacional, p. 89.
- 22 Daniel Cosío Villegas, Op. Cit. p. 17.
- 23 El Fondo de Cultura Económica editó, hace algunos años, la colección completa de esta revista.

- 24 Eric Wolff, La fabulosa vida de Diego Rivera, pp. 130-147.
- 25 Raquel Tibol, "Panorama de las artes", Op. Cit. pp. 21-214.
- 26 José Vasconcelos, "Un llamado cordial", Op. Cit. pp. 224-225.
- 27 En El río, Luis Cardoza y Aragón expone con lucidez los peligros y usos del pensamiento vasconcelista.
- 28 Cfr. Orega, 30 de abril de 1921, p. 1.
- 29 Pedro Henríquez Ureña, Op. Cit. p. 39.
- 30 Véase: Juan Carlos Fortantiero, Op. Cit. p. 73.
- 31 Dicho Congreso se organizó a instancias de la Federación Estudiantil de México, presidida entonces por Daniel Cosío Villegas, y recibió el apoyo oficial. Sus promotores fracasaron en la intención de traer un buen número de estudiantes norteamericanos y europeos, pero en cambio llegaron delegaciones de tres países: Venezuela, Perú y Argentina.

## CONSIDERACIONES FINALES

I. La FormaciónLos orígenes.

En sus memorias, cartas y ensayos, los miembros del Ateneo se describen a sí mismos como personajes incomprensibles, figuras errantes sin un tiempo y un lugar: "Somos algo inexplicable en la historia de Anáhuac... desterrados de no sé qué época y país, dijo Julio Torri a Alfonso Reyes en su correspondencia.

Esta concepción del Ateneo como un movimiento cultural inexplicable, planta exótica en un país atrasado y bárbaro, forma parte de lo que Monsiváis denomina el destino legendario de esta generación. Destino al que contribuyó el mito iniciado por los propios ateneístas, quienes, deseosos de romper los lazos con una sociedad que les dio la espalda, se declararon -en distintos momentos de su vida- apátridas y atemporales. Al analizar su trayectoria individual y colectiva, sin embargo, este mito comienza a derrumbarse. Fueron, finalmente, hombres de carne y hueso, cercados por muros históricos infranqueables. Fuera de estos límites, su obra, sus conflictos e ideales carecen de sentido, e incluso pueden parecer extravagantes. Vistos al margen de su tiempo, quedan como sombras inertes, sin vida.

La generación del centenario fue, a la vez, producto y parte de una época parcialmente destruida por el conflicto revolucionario. Sus primeros años transcurrieron paralelamente al fortalecimiento del régimen porfirista y su formación inicial fue obtenida en ese clima de paz aparente y modernidad característico de las últimas décadas del siglo. El porfiriato fue la matriz en la que se gestaron los ateneístas. Y esta matriz igual gestó a un Nemesio García Naranjo que a un Ricardo Flores Magón, a un

Antonio Caso que a un Luis Cabrera, lo cual alerta sobre la inutilidad de las grandes generalizaciones que pretenden ubicar a las personas en moldes prefabricados.

A medida que me adentraba en el proceso constitutivo, en la genealogía y los primeros años de mis personajes, mayor era la necesidad de reconocer cuán heterogéneo fue el periodo porfirista y cuán variados fueron los actores sociales que en él crecieron. Aun en un grupo tan reducido como el aquí estudiado, esta diversidad puede apreciarse. Si bien todos los sujetos provenían de los estratos superiores, poseían recursos económicos, historias familiares y posiciones sociales muy distintos. Mientras las familias de Alfonso Reyes, Nemesio García Naranjo y, en su país natal, Pedro Henríquez Ureña contaban con una tradición de poder político y económico (no en balde su filiación con la oligarquía tradicional), la de Antonio Caso perteneció a esa tenaz, aunque "advenediza", clase media urbana ilustrada. Los antecesores de los primeros eran héroes militares, políticos, caciques y funcionarios; los del segundo, profesionistas que vivían de su trabajo y acumularon una regular fortuna. José Vasconcelos descendía de una rama menos pródiga y, por el lado paterno, más irregular: además de ser hijo ilegítimo de un comerciante, su padre nunca pasó de ser un burócrata asalariado.

Las diferencias de origen y posición tanto económica como social entre los personajes de este estudio se acentúan todavía más cuando penetramos en el terreno de la cultura. En orden jerárquico, la familia de Pedro Henríquez Ureña se sitúa en primer lugar: padres y abuelos eran ilustrados, en el mejor estilo decimonónico, y poseían una herencia intelectual muy vasta, europeizante, refinada y al día. Aunque apenas si logró culminar la secundaria, el general Bernardo Reyes también tenía intereses literarios y una extraña afición por los clásicos, las gestas bélicas y la poesía. El padre Antonio Caso era profesionista (tenía el

título de ingeniero) y un hombre docto en ciertas materias, en especial las matemáticas, pero su formación positivista y el ejercicio de su profesión lo habían alejado de las "ociosas divagaciones filosóficas" y la literatura. El ejemplo de José Vasconcelos es muy especial: la madre, poseedora de una cultura cristiana y romántica, provenía de un nivel económico e intelectual superior al de su marido, quien se preparó para boticario y trabajó como modesto agente aduanal. Aunque con mayores recursos financieros que los Vasconcelos, los García Naranjo eran menos letrados.

Con excepción de Antonio Caso, ese sí capitalino de nacimiento, todos nuestros individuos (dejo de lado a Pedro Henríquez Ureña) crecieron en las lejanas provincias del norte, por aquel entonces en pleno despegue. Aunque azaroso, este dato debe tomarse en cuenta. No olvidemos que fue esa zona del país, sólo años atrás territorio de indios alzados, aventureros y colonos, la que daría los "hombres fuertes" de la Revolución, los futuros caudillos y dirigentes. Vivir en el norte significaba participar en el ascenso de una economía moderna, en el desarrollo de una cultura secular y, en cierto modo, en la construcción de una sociedad menos atada a los lastres coloniales. Significaba, también, un contacto directo con nuestro poderoso vecino, los Estados Unidos, referente inevitable para medir los alcances y las glorias, pero también las miserias, de la nación mexicana.

### La Familia

Pese al desarrollo gradual de la escuela básica, entre las capas medias porfirianas la familia seguía siendo el centro de la vida y la formación inicial de los niños. En el ámbito doméstico, paraíso e infierno femenino, las mujeres desempeñaban un papel protagónico: guardianas de la moral privada y pública, ellas introducían a sus vástagos en las letras y la religión, censuraban sus lecturas, vigilaban su comportamiento sexual y, con el mismo rigor en el que fueron educadas, se encargaban de mantener la imagen de respetabilidad propia de la época. Algunas, como doña Salomé Ureña, poetisa y maestra, compartían estas labores con otras realizadas fuera de casa; las más, tenían como eje de su vida al hogar. A su manera, todas enfrentaron problemas comunes (familias numerosas, peligrosos partos, caídas y ascensos en las carreras de sus maridos) y, salvo María Andrade de Caso, llevaron una vida nómada.

Ninguna de estas mujeres tuvo estudios superiores -por aquél tiempo no se usaba eso-, pero todas habían pasado por la escuela. Se educaron en instituciones privadas, por lo general católicas, y lo que aprendieron les servía para administrar los gastos, instruir a sus hijos y hacer tolerable una rutina monótona mediante la representación de dramas y la lectura colectiva.

Si las mujeres eran las responsables de transmitir e imponer este mundo de normas, hábitos y creencias, los padres, más "viajados", cultos y emprendedores que sus esposas, aportaban a los niños experiencias y saberes del exterior; de un universo ajeno al hogar al que sólo ellos, por ser hombres, podían llegar. El doctor Henríquez trajo de Europa, a donde fue a especializarse, libros y novedades. A su regreso de la capital, Don Bernardo Reyes enseñaba a sus descendientes periódicos, revistas y atractivos textos escritos en francés. El ingeniero Caso

era un hombre informado, pendiente de los avances científicos y de las tertulias: su mujer tenía que contentarse con los evangelios y el catecismo.

Además de los conocimientos elementales, correspondía a la familia transmitir, vía leyendas heroicas y pasajes históricos, un acervo cívico, mezcla curiosa de tradiciones liberales, orgullo patriótico, sentimiento criollo, rechazo a la barbarie del México indio y exaltaciones al Dictador. Al mejor estilo épico, mitad verdadero, mitad falso, recurriendo a un repertorio de héroes, los padres se encargaban de crear en los menores un sentimiento de identidad nacional. Este sentimiento, puesto a prueba por José Vasconcelos y Nemesio García durante sus respectivas estancias en los Estados Unidos, pasaba siempre por la convicción de que el indígena, o más bien lo indígena, no era sino el residuo de un mundo derrotado por el conquistador extranjero o por los fusiles y la constancia de los valientes colonos. Pasaba, asimismo, por la fe en un progreso infinito y sustentado en la paz impuesta por la mano dura de Don Porfirio.

La instrucción cívica compartía, a menudo, su lugar con la enseñanza religiosa, excluida de algunos hogares de filiación liberal (Reyes y Henríquez) o masona (Naranjo) y reforzada en otros que veían a la ciencia, al positivismo y al progreso como avances del ateísmo gubernamental. Espantada ante estos logros seculares, Carmen Calderón, madre de José Vasconcelos, redobló sus esfuerzos para conducir a su primogénito por el camino de Dios, enseñarle a distinguir las diferencias entre el saber y la fe y protegerlo de las tentaciones. Contaba, para lograr esto, con dos instrumentos básicos: el ejemplo de los santos y los deberes religiosos (misas, fiestas religiosas, ayunos y penitencias) que articulaban la vida familiar.

Antonio Caso, con todo y que su padre era positivista, también recibió una formación religiosa, lo cual muestra que la doctrina cristiana podía convivir, no sin ciertas dificultades, con la de Comte. Esta última, por cierto, no logró permear la rutina familiar, inclusive en aquellos hogares en los que, quizá más por lealtad política que debido a una convicción, regían los principios de la moral positiva. Don Bernardo Reyes creía en el progreso, la civilización y la modernidad, pero introdujo a su hijo en el mundo clásico, la poesía y las fábulas de Samaniego y La Fontaine. Nemesio García García, por su parte, nunca tuvo una actitud beligerante en contra de la iglesia, a la cual le reconocía una función social.

#### La escuela básica.

Asistir a la escuela primaria era, para estos descendientes de familias letradas, un requisito incuestionable, pero mientras unos fueron a instituciones privadas, otros tenían que conformarse con los planteles públicos. Las descripciones -por desgracia escasas- sobre la vida interna de estos recintos escolares permiten analizar el mosaico de la educación básica porfirista. Y digo mosaico porque existían entonces, como ahora, infinidad de métodos y prácticas pedagógicas (mediadas por las historias particulares de cada institución y las condiciones locales) que iban desde las innovaciones didácticas de Laubscher y Rébsamen hasta el uso recurrente del Silabario de San Miguel, desde la débil difusión de los principios roussonianos, hasta el empleo de la regla y el palmetazo. No obstante, dentro de esta diversidad existían dos elementos comunes: la permanencia de la tradición liberal y, como parte de ella, la laicidad de los contenidos. Ninguno de nuestros personajes menciona que en el aula se les haya impartido nociones religiosas; en cambio, los recuerdos acerca de la historia patria, las luchas

anticoloniales y las hazañas de los próceres nacionales son recurrentes.

Si algo queda claro en este panorama, es que el positivismo, doctrina oficial del sistema educativo, no llegó a los salones de la primaria, o por lo menos no lo hizo a aquéllos por los cuales pasaron los sujetos elegidos en esta investigación. Más allá de las reformas promovidas por el Estado, los maestros recurrían a un sentido común, a un saber aprendido en la práctica y a los residuos de métodos ancestrales cuya eficacia había sido probada. Lejos de lo que se piensa, estas formas no eran ni más autoritarias ni más rígidas de las que ahora prevalecen. Salvo las quejas de Alfonso Reyes en contra de los métodos disciplinarios del Liceo Francés, institución favorita de una clase social urbana europeizante, no encontré rastros de castigos corporales o imposiciones dogmáticas.

Resulta difícil ver con los ojos de hoy a la escuela primaria del pasado, una escuela menos cargada de contenidos y que tenía como eje el aprendizaje de ciertas habilidades básicas (leer, escribir, expresarse en público), el manejo de conocimientos elementales de matemáticas y anatomía y la adquisición de nociones de geografía e historia. Como aún no se generalizaba el uso de los libros de texto y los materiales dirigidos a los niños apenas comenzaban a ponerse de moda, se recurría a fuentes directas, incluyendo tratados científicos.

Las relaciones entre la escuela y la casa no siempre eran cordiales, y las pugnas se acentuaban cuando el anticlerismo escolar (recuérdese la experiencia de José Vasconcelos en Toluca) chocaba con las creencias familiares, o cuando los alumnos sentían amenazado su sentimiento nacional. Estos enfrentamientos dejaron una huella perdurable en José Vasconcelos y en Antonio Caso,

ambos místicos de principio a fin, quienes llevaron siempre al plano religioso los conflictos sociales.

### Los libros.

La familia y la escuela no eran los únicos agentes en la formación de los menores, quienes recurrían a un medio poderoso para saciar sus intereses: el libro. Visto con los ojos del presente, de un presente más alfabetizado pero menos literario, no deja de sorprender el contacto tan estrecho que se tenía con la lectura. Las listas de libros que leían nuestros personajes, las descripciones que hacen acerca del placer que encontraban al tener frente a ellos un texto, los relatos de aquellas veladas familiares dedicadas a la lectura compartida, etcétera, nos hablan de vías casi extintas de abordar a la palabra escrita e indican la existencia de otras formas de uso de la escritura. Saber leer y escribir no era sólo un privilegio o una necesidad, sino también un motivo de gozo y satisfacción colectivo. Era, asimismo, un recurso insustituible para atisbar otros mundos y culturas, para escapar de los estrechos límites locales.

Pese a la estricta censura materna (Vasconcelos) o a las preferencias de sus padres (Reyes), los niños recurrían a una gran variedad de textos (poesía, folletos científicos, novelas, fábulas, cuentos y tratados históricos) que hoy suelen considerarse poco adecuados para las mentes infantiles. El dominio de otros idiomas les abría la posibilidad, además, de ir más allá del deficiente mercado editorial mexicano y español y de estar al tanto de las novedades europeas -sobre todo de Francia- y norteamericanas.

¿Qué leían los niños ilustrados de aquella época? De hacer caso al recuento hecho por los sujetos de este estudio, tendríamos que poner, en primer lugar, a los clásicos

griegos, las fábulas y los estudios históricos al estilo Los episodios nacionales, de Pérez Galdós. En los hogares católicos, como el de Vasconcelos, prevalecían el Catecismo del Padre Ripalda, las biografías de los santos y las historias del cristianismo. La familia Henríquez Ureña tenía intereses más vastos, desde el teatro escandinavo hasta el siglo de oro español. Los Reyes, en cambio, eran románticos en sus gustos y apasionados de las crónicas bélicas, como las de Napoleón. Ninguno menciona haber leído las novedades en boga en la capital y Jorge Isaacs, autor de María, era más conocido que Spencer o Comte.

#### La preparatoria.

Concluida la formación elemental, el paso siguiente era el bachillerato, nivel educativo que tenía en aquella época un significado muy distinto al que ahora se le otorga: amén de ser el trampolín hacia la Universidad, constituía la posibilidad de alejarse de la férula materna y, en el caso de ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria, de formar parte de un cuerpo privilegiado. Para quienes provenían de los sectores medios, volvemos a José Vasconcelos, conquistar las aulas de este centro escolar equivalía granjearse un futuro e iniciar un proceso ascendente de movilidad social. Para otros, cuyos padres hubieran podido enviarlos a estudiar al extranjero, significaba recorrer la ruta previamente transitada por sus antecesores. En todo caso, quedarse en provincia era un desprestigio.

En términos académicos, la Escuela Nacional Preparatoria estaba muy lejos de satisfacer los ideales de excelencia y rigor anhelados por Barreda, así como de ser el modelo de una educación sustentada en el positivismo. Si bien sus planes de estudio fueron organizados con base en esta doctrina, en las aulas coexistían diversas vertientes culturales que, más allá de sus diferencias, compartían rasgos comunes. Los contenidos positivistas, con todo y su

pretendida científicidad, eran transmitidos mediante métodos convencionales que cuestionaban las aspiraciones de objetividad, experimentación y cálculo racional. El pensamiento liberal, menos militante y más conciliador que en sus inicios, subsistía en los salones, aunque inmerso en una rutina que invalidaba sus débiles intentos por reconquistar glorias pasadas. Incluso el modernismo, con esa rebeldía hacia lo establecido, fue asimilado por una cotidianeidad burocrática que creía más en la necesidad del orden que en el saber.

Escaparate de la vida política y cultural, por los pasillos de San Ildefonso transitaban las figuras nacionales, los codiciosos "científicos", los trasnochados poetas y hasta algunos vestigios liberales, gracias a la intervención de un gobierno que otorgaba plazas académicas para asegurar a los intelectuales un salario fijo. Estos no vivían de la docencia -el profesor de tiempo completo no existía entonces- pero lograba hacer de ella un ejercicio teatral que ejercía un influjo perdurable sobre los adolescentes.

José Vasconcelos se acercó a este mundo con la actitud de quien se sabe en desventaja por ser pobre y provinciano. Pronto aprendió las reglas ocultas para obtener el éxito académico y social. Y es que, independientemente de lo escrito, existían pautas de comportamiento, actitudes y hábitos que eran la clave para ser reconocido como parte de la futura élite intelectual. Más acostumbrado a estas normas, Antonio Caso vivió sin conflictos su experiencia en la Preparatoria. Menos aún los padeció Alfonso Reyes, quien fue testigo imparcial del deterioro positivista.

A diferencia de la escuela básica, la Escuela Nacional Preparatoria se regía por principios disciplinarios muy estrictos e impuestos con mano dura sobre los estudiantes. Los castigos corporales eran comunes y las expulsiones -en especial las de los opositores al régimen- se utilizaban

con frecuencia. La siniestra figura de Vidal Castañeda y Nájera, director por muchos años de esta institución, simboliza la incapacidad de un gobierno para dirigir a la pléyade estudiantil vía consenso, de buscar acuerdos mínimos con los disidentes y de atraer hacia su programa a las nuevas generaciones.

Al igual que en la educación primaria, en la Escuela Nacional Preparatoria se privilegiaba la enseñanza de la historia patria, asignatura impartida nada menos que por Justo Sierra. Pero mientras en la primera dominaban los cánones liberales, en la segunda lo hacía el modelo positivista cercano al grupo formado directamente por Barrera. Los principios de igualdad y libertad, tan caros a los viejos liberales, fueron sustituidos por los de orden y progreso; el pasado reciente no era una épica de héroes y caudillos, sino una interminable pugna que había conducido al caos. Incapaz de gobernarse a sí mismo, cargando el lastre de una población analfabeta y no acostumbrada a la vida democrática, el país encontró en Díaz su salvación. Gracias a él, la modernidad, el desarrollo económico y la paz habían sido posibles.

Rotos los nexos con las leyendas en las que habían creído, los entonces estudiantes de Preparatoria se declararon, por distintas vías, sierristas. El liberalismo presentaba una época por fortuna superada, aunque presente aún en la atrasada provincia, y los valores jacobinos no conducían sino al desorden social. El progreso, la ciencia, la objetividad y la razón estaban de parte de los metropolitanos "científicos", forjadores de un futuro probablemente no democrático pero sí prometedor.

La experiencia de Nemesio García Naranjo en el Instituto Civil de Nuevo León fue muy distinta. Ahí sobrevivían la tradición liberal, el nacionalismo de Altamirano y el amor por los cánones clásicos, lo cual pone en duda los alcances

de la reforma positivista. Si en la Escuela Nacional Preparatoria ésta solo reinó a medias, en los provincianos institutos apenas si llegó a conocerse. Esto habla de la durabilidad de ciertas estructuras que no fueron destruidas en su contacto con la ideología positivista y que permanecieron casi inamovibles durante largos periodos. Indica, también, que las distancias entre el viejo liberalismo y la filosofía positiva no eran infranqueables.

¿Como vivían fuera de las aulas los preparatorianos del porfiriato? Lejos del control familiar, en una ciudad llena de contrastes y tentaciones, nuestros adolescentes ingresaban a un cuerpo privilegiado, aunque sujeto a severas restricciones morales. Dejaban de ser -por lo menos temporalmente- los hijos de familias numerosas para "hacerse hombres" en una ciudad cuyas costumbres estaban muy lejos de la moralidad deseada por las clases superiores. Jóvenes aún para establecer compromisos matrimoniales, única ruta "decente" hacia la sexualidad, iban a los burdeles o conquistaban meseras, sirvientas o prostitutas, mujeres con las que, en todo caso, no se podía formalizar una relación. Estas experiencias eran vividas con sentimiento de culpa o como desplantes frente a una sociedad que los obligaba a actuar clandestinamente.

#### Jurisprudencia.

Como entonces no existían las escuelas de humanidades y la filosofía estaba arrinconada en los seminarios, la Escuela Nacional de Jurisprudencia era el albergue de quienes, como muestra del fracaso de una reforma que pretendió formar técnicos y científicos, deseaban dedicarse a la filosofía, a las letras y al cultivo del espíritu. Era, también, el trampolín hacia la corte política e intelectual porfiriana.

Menos positivista que la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia aún existían los

patrones clásicos, el derecho romano y el latín, por más que algunos "científicos" se empeñaran en modernizar los planes de estudio. Estos patrones cumplían funciones claves en la formación de los futuros profesionistas y satisfacían ciertas exigencias sociales. La importancia otorgada a la retórica, por ejemplo, tenía que ver más con el alto valor que se le daba al saber expresarse en público que con la tenacidad de los defensores del clasicismo. Saber escribir, cosa impensable en nuestras actuales facultades de Derecho, podía no ser indispensable en las notarías y los juzgados, pero sí en la política, el periodismo y la cultura. Y es que la Escuela Nacional de Jurisprudencia no formaba sólo licenciados, sino políticos y dirigentes, literatos e historiadores.

Por fortuna, ninguno de nuestros personajes tuvo que vivir en la abogacía, de la que sabían poco gracias a las memorizaciones de última hora, a los exámenes rutinarios y a los libros de textos didácticos que comenzaban a ponerse de moda. Pero aprendieron otras cosas no por poco académicas menos importantes, como la audacia intelectual, el juicio fácil y oportuno, la improvisación y, en palabras de Alfonso Reyes, la charlatanería. Dos de los sujetos aquí estudiados, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, harían de su obra un intento de rebelión en contra de estos vicios.

Ya desde entonces, la Escuela Nacional de Jurisprudencia era el centro más sobresaliente del país en el reclutamiento y la formación de las élites políticas, de modo que estudiar ahí permitía tanto establecer contactos con los políticos en servicio -muchos de ellos profesores- como con los futuros dirigentes, con quienes se mantendrían relaciones de servicio y apoyo mutuos. Estas relaciones, muy típicas del sistema corporativo mexicano, les serían de gran utilidad a los futuros intelectuales en el desarrollo de su profesión y de sus intereses.

### La ciudad.

La ciudad fue el escenario de una formación no escolar, menos institucionalizada, pero más significativa y vital. Ahí estaban la energía perdida en la escuela las inquietudes que no cabían en las aulas. Los cafés, los prostíbulos, los cines, las cantinas y los antros eran los espacios de diversión, gozo, sexualidad y aprendizaje de los estudiantes. Tenían a grandes maestros, los modernistas, afrancesados y rebeldes, cuyas impugnaciones contra la moral prevaeciente, el catecismo, el hogar y la familia habían desembocado en toda una escuela de la vida. Siguiendo sus pasos, los jóvenes se esforzaban por tener ojeras, aparentar romances desdichados, vivir al borde del suicidio y escribir versos románticos. Sus esfuerzos, sin embargo, eran vanos: hacía tiempo que el ímpetu renovador del modernismo se había perdido y los otrora "poetas malditos" o se encontraban cómodamente instalados en los sillones de la burocracia o estaban muertos después de malvivir en la precariedad.

Los estudiantes salían de los "bajos fondos" (González Ramírez) para asistir a los eventos culturales, esos sí tolerados, propios de su clase. Eran los tiempos de la ópera, del teatro, de los primeros "cinematógrafos" y de la tertulia literaria, débiles intentos por acercarse a la cultura europea, en especial la francesa, y de mostrar al mundo el esplendor de un régimen que supo imponer la paz. La barbarie había quedado atrás, y los descendientes de los heroicos militares, valerosos pero incultos, luchaban por asimilar el estilo europeo.

El ambiente metropolitano devoró poco a poco los recuerdos del campo, de la añorada provincia, o, como sucedió con Alfonso Reyes, generó la nostalgia por el paraíso perdido. La ciudad era el centro del poder, la cultura, el dinero y la corrupción, el ombligo de una modernidad suspendida

sobre barro y, quizá por ello, instantánea. El campo, con todo y sus paisajes bucólicos, era la tradición, lo convencional, el espacio de aburridas vacaciones familiares en las que las madres repetían hasta el cansancio un código moral perdido. Los jóvenes volvían a él desdeñosos, petulantes, prestos de mostrar a los demás, viejos amigos de infancia destinados a vivir en la periferia, las desventajas del mundo urbano.

#### Las herencias.

Aunque grandiosa en la mentalidad de sus poetas, la capital era una especie de pueblo grande donde todos los "importantes" se conocían entre sí. Y como la mayoría de nuestros sujetos eran de buena familia (una vez más la excepción es Vasconcelos), muy pronto entraron a la élite intelectual. Una élite diversificada internamente y en la cual tenían un lugar desde los modernistas arrepentidos hasta los seguidores de Comte, pasando por uno que otro liberal. Todos estos grupos poseían sus propios órganos de difusión y protagonizaban un papel en la escena pública, pero ninguno fue capaz de construir un programa cultural amplio que atrajera a las nuevas generaciones. Los positivistas, más interesados en la política que en el saber, se contentaban con marchar una vez al año hacia la estatua de Comte y organizar veladas. Su fervor doctrinario, casi religioso, hacia el método y la ciencia, no fue suficiente para impulsar un proyecto educativo de carácter técnico y científico, tan necesario para el país, que combinara el rigor con la creatividad. Finalmente, ¿qué podía haber más alejado del placer del descubrimiento que el dogma positivista?

Muertos los viejos liberales, aquellos al estilo Altamirano, Ramírez y Prieto, el liberalismo militante, con su búsqueda de lo nacional, su candorosa visión del campo y su rebeldía, se fue agotando. Sus ideales serían

recuperados por la juventud opositora, pero dándoles un sentido político y programático, mas no cultural. En ese terreno, el liberalismo no encontró opciones creativas. El tono didáctico de sus obras, su afán moralizante y el desuso social de sus ideales los distanciaban de los jóvenes urbanos, cosmopolitas en sus inquietudes, que difícilmente podían sentirse identificados con las gestas pasadas.

Dentro de este panorama intelectual, gerontocrático como el gobierno mismo, es lógico que nuestros personajes se sintieran atraídos, en un principio, por los modernistas. Ellos les abrieron las puertas hacia otras realidades y formas de vida. Su poesía era universal, hablaba de cosas sentidas, y no intentaba, como la literatura liberal, dictar normas cívicas o, como la "sociología" positivista, difundir verdades. Quizá por ello, desembocó más en una escuela poética, y también de baile (Paz), que en una empresa social. El sueño de una república de poetas terminó en una serie de suicidios, oportunismo político y arrepentimientos morales, de modo que, a comienzos del siglo XX, ser modernista era una incongruencia.

Si algo legó el modernismo fue el interés por "salir del rancho", por ir en busca de otros mundos y novedades. El nacionalismo liberal -nutrido en sus orígenes del pensamiento francés- llegó al extremo de condenar todo lo europeizante; su propósito de crear una literatura mexicana culminó en una cerrazón hacia el exterior. Los positivistas, por su lado, tenían sus ojos puestos en Francia, cuna del comtismo, pero sólo aceptaban aquéllo que no contradijera sus principios. Frente a esta inercia, el modernismo fue una ventana hacia el exterior y un primer intento por acercarse a América Latina y España. Esta inquietud estaría presente en José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, estos dos últimos

estudiosos permanentes de las letras y la cultura de habla hispana.

#### Los maestros.

Dado este vacío, los futuros ateneístas optaron por seguir a maestros, y no escuelas, entre los que sobresale Justo Sierra, el único discípulo de Barreda que compartió con la nueva generación sus inquietudes. Lejos de trazar rutas a seguir, Justo Sierra abrió interrogantes, sembró la semilla del escepticismo y tuvo el valor de confesarse espiritualista. Este último y solitario Sierra fue el que conquistó a una juventud que, como él, dudaba de las fórmulas "objetivas" y cuestionaba los alcances de un método considerado infalible.

Si Justo Sierra fue el padre (Reyes) de los futuros ateneístas, éstos tuvieron dos "hermanos mayores" que habrían de tutelar sus primeros pasos: Enrique González Martínez y Luis G. Urbina. Ambos poetas renunciaron a la tentación de imponer sus normas a los jóvenes y compartieron con ellos lecturas e inquietudes. Los dos creyeron en la necesidad de un cambio cultural y se rebelaron a tiempo tanto contra los excesos del modernismo, fuente de la que habían bebido, como de la inflexibilidad positivista. Su jovialidad, humor sarcástico y vasta cultura los convertían en amigos de quienes, cansados de fórmulas hechas, comenzaban a cuestionar las enseñanzas recibidas.

#### El grupo.

En sus orígenes, el Ateneo de la Juventud fue una tertulia de amigos que buscaban cultivarse, intercambiar lecturas y

discutir. Más que una doctrina común, lo que los unió fue la convicción de que el medio cultural mexicano tenía poco que ofrecer. Al sentirse oprimidos por un ambiente donde campeaba "la ignorancia y la improvisación", buscaron el conocimiento fuera de los salones de clase. Como una especie de protestantes modernos, acudieron directamente a los textos, sin los filtros ideológicos ni la inquisición de los maestros. Y es que el florecimiento de un mercado editorial puesto al día en las modas europeas, el desarrollo cosmopolita de la capital y la proliferación en México de movimientos culturales inéditos propiciaron que las nuevas generaciones vieran con escepticismo y desdén a sus "provincianos" ancestros.

La primera y más poderosa experiencia común de los fundadores del Ateneo fue la lectura de ciertas obras seleccionadas en función de gustos e intereses personales. Un análisis superficial de estas lecturas indica la diversidad de corrientes, estilos y autores abordados, así como un afán por acercarse a manantiales filosóficos y literarios de las más variadas épocas y lugares. Europa era, por supuesto, el centro de la atención, pero a semejanza de sus mayores, cuya vista había sido puesta sólo en Francia, los ateneístas ampliaron su mirada a Inglaterra, Francia y España.

El método de aprendizaje utilizado por estos novicios, con sus eternas discusiones y apasionadas polémicas, estimuló formas de organización grupal muy peculiares en las que cada quien aportaba dudas, conocimientos y obsesiones. Solos, se acercaron a los contenidos en forma autodidacta, lo cual tendría efectos positivos pero también resultados lamentables. La voracidad intelectual, el espontaneísmo ecléctico y la amplitud de intereses propios del Ateneo difícilmente podrían haberse dado en un ambiente académico institucional, con mecanismos estrictos de evaluación.

Sometido a estas pruebas, sin embargo, su pensamiento hubiera ganado rigurosidad.

En su travesía libresca, estos aprendices de intelectual descubrieron el mundo de las humanidades modernas, no aquél de la retórica y la poética, sino el de la filosofía, el ensayo, la crítica y la novela. Una vez avistado este mundo, comenzaron a valorar con nuevos ojos la creación intelectual, como producto de una labor sostenida y no del lirismo espontáneo. Visto así, el campo cultural mexicano ofrecía, en efecto, un paisaje sombrío. La carencia de instituciones académicas dedicadas a la investigación, la mediocridad de los productos culturales y el atraso de las formas y los estilos adoptados, dejaban a nuestro país en un escalafón muy bajo con respecto a otras naciones. De alguna u otra forma, los ateneístas pretendieron resolver esta situación.

En su búsqueda, no todos los amigos tenían las mismas inquietudes ni las mismas oportunidades para acceder al conocimiento deseado, de manera que cualquier intento por homogeneizar lo que fue plural y diverso puede resultar infructuoso. Lejos de disolverse, las diferencias entre los sujetos elegidos se acentuaban conforme más se ponían en juego sus experiencias previas, necesidades momentáneas y proyectos al futuro. No es casual, por ejemplo, que José Vasconcelos y Nemesio García Naranjo, los dos provenientes de estratos inferiores en comparación con los otros y ambos poseedores de un capital cultural menor, optaran tempranamente por la política y creyeran más en la inspiración arrebatada que en el esfuerzo académico sostenido. Tampoco lo es que Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes los "aristócratas" del grupo, optaran por las letras, el estudio riguroso y la experimentación de estilos.

Estas formas diferentes de apropiarse, usar y validar el conocimiento se produjeron, sin embargo, en un campo de producción cultural común que hacía posible y deseable el acceso a cierto tipo de contenidos mientras excluía a otros; que abría determinadas puertas hacia el exterior clausurando otras. Dentro de este campo, los ateneístas construyeron, más que una doctrina, una identidad generacional, un boleto de entrada al mundo de la cultura. Y este boleto fue la filosofía, área del saber de la cual habrían de nutrirse.

En este viaje hacia las humanidades, el regreso hacia los clásicos -ya iniciado por Jesús Urueta- resultaba inevitable. Lo era no sólo porque en la Europa de la preguerra el helenismo resucitaba, sino también porque en su alejamiento de la filosofía positivista, la racionalidad instrumental y la cuantificación (herencia del neorromanticismo alemán), los jóvenes aspiraban a los "verdaderos valores" (la plenitud, la belleza, la integridad, el heroísmo, etcétera) de la cultura occidental. Este modelo platónico trataba, como señala Jean Franco, de aferrarse a lo absoluto y eterno frente a una realidad en fragmentación.

El espíritu original del Ateneo fue romántico y humanista. Fue romántico en la medida en que se opuso al desarrollo "material y pragmático" y reivindicó a la cultura como un mundo opuesto al de la civilización; fue humanista no sólo en el "sentido secundario" (Le Goff) de que apeló a la cultura antigua y a los clásicos, sino sobre todo porque colocó al hombre en el centro de su reflexión. Pero más que al hombre masa, al pueblo candidamente descrito por la novela costumbrista, depositó sus esperanzas en el intelectual, el filósofo rey, como el sujeto creativo capaz de dirigir a una sociedad en caos que había perdido su rumbo inicial en su búsqueda del progreso.

Dado lo anterior, no fue azaroso el entusiasmo del grupo por el arielismo, en especial de su visión de una América Latina dirigida por los "mejores" y sustentada en los ideales eternos de belleza y caridad. La crítica de Rodó al "pragmático, utilitario y materialista" sistema norteamericano y la consecuente imagen de una Latinoamérica espontánea e idealista marcó a todos aquellos que se creían destinados a encabezar una gran batalla en contra de los estragos de la civilización.

## II. El campo intelectual

### Las empresas

El Ateneo, al igual que muchos otros círculos intelectuales, surgió de una revista, Savia Moderna, publicación marginal que, más que ser portavoz de una corriente, fue un órgano abierto a la experimentación estética. Problemas económicos determinaron su pronta desaparición, destino común de las publicaciones sin apoyo estatal. Cumplió, no obstante, con la función de conjugar voluntades autónomas.

Tras el fracaso de Savia Moderna, algunos de sus excolaboradores fundaron la Sociedad de Conferencias y Conciertos, depositando su fe en la palabra oral como medio de difusión. La Sociedad fue un campo de entrenamiento que vino a suplir la falta de circuitos formales para adentrar a los novicios en la profesión. Funcionó, pues, como una academia informal que quiso establecer normas para validar el pensamiento y certificar la genuinidad de los productos culturales. De ahí, quizá, sus exigencias de rigor intelectual.

El Ateneo de la Juventud vino a ampliar los objetivos y la membresía de la Sociedad de Conferencias y Conciertos. Gracias a su declarado apoliticismo, su independencia con respecto a las camarillas en pugna y su actitud poco

sectaria logró atraer a personas de las más variadas orientaciones ideológicas y simpatías políticas, así como constituir un espacio, único en su momento, para la divulgación de contenidos poco usuales en el medio cultural mexicano.

El Ateneo de la Juventud, de ahí su éxito, no fue el órgano de una comunidad religiosa ni de un partido político. Era, en todo caso, la voz de un sector de la juventud urbana que había llegado a juzgar a sus antecesores a partir de sus experiencias metropolitanas y aspiraba a una cultura más moderna y universal. No es de extrañar, entonces, que su público se encontrara en la minoría selecta de gusto cultivado, también citadina y arrogante.

Las empresas posteriores de los ateneístas, el Ateneo de México y la Universidad Popular Mexicana, gestadas bajo el influjo del sector interno del grupo más identificado con Madero y la Revolución, conservaron la autonomía, la pluralidad ideológica y la estructura jerárquica del viejo Ateneo, pero dándoles un sentido más social que académico. Por medio de estas asociaciones, algunos de sus dirigentes buscaron dialogar con otro público (los obreros) y darle un carácter lego, menos especializado, a sus labores. La orientación "cultista" de Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña que finalmente se impuso en el Ateneo -los demás miembros estaban en el exilio o comprometidos con las distintas facciones en lucha- fue condenándolo al olvido. La Universidad Popular Mexicana, por el contrario, subsistiría hasta 1920 (fecha en la que fue incorporada a la Universidad Nacional) gracias al relevo de las nuevas generaciones.

La Universidad Popular fue la última empresa común de los ateneístas aquí estudiados, quienes, no obstante, siguieron actuando, aún desde el exilio, en el campo cultural mexicano. Ya sea mediante publicaciones, conferencias o

artículos periodísticos, nuestros personajes no sólo mantuvieron sino hasta ampliaron su influencia durante los años sangrientos de la Revolución. De hecho, no existe revista, sociedad cultural, movimiento estudiantil, tertulia literaria o evento social de la época que no haya tenido entre sus miembros, colaboradores o líderes a algún ateneísta, lo cual es explicable si consideramos la existencia entre ellos de lazos corporativos que llegaban a tener mayor peso que los antagonismos políticos. Aún cuando estaban más aislados y divididos, estos lazos de apoyo persistían. Desde Europa, Alfonso Reyes buscó espacios en donde pudieran publicar sus viejos amigos; éstos, por su parte, intercedieron ante las autoridades para asegurarle a su "hermano menor" un puesto fijo en alguna embajada.

#### El público.

La sobrevivencia del Ateneo en la vida intelectual mexicana debe mucho al influjo que algunos de sus miembros, en especial Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, ejercieron sobre las generaciones formadas en pleno conflicto revolucionario. Razones monetarias y militares impedían que el estudiantado urbano de la época tuviera acceso a los artículos europeos de consumo cultural. Sus únicos vínculos con el exterior eran los ateneístas dispersos, quienes realizaron una sostenida labor de divulgación y docencia con los jóvenes. Para estos últimos, sus maestros constituían el último reducto de la "alta cultura" en un mundo en el que mantenerse informado de los acontecimientos culturales externos, conseguir una novedad literaria o dedicarse al arte era prácticamente imposible.

#### El mercado.

Además del mercado del consumo nacional, abierto considerablemente al concluir la Revolución, a los sujetos

incluidos en esta investigación les tocó vivir la apertura del mercado trasnacional. El exilio obligado o elegido, el creciente interés en el extranjero por la problemática mexicana y el papel vanguardista cumplido por México en América Latina permitieron a nuestros individuos adentrarse en circuitos internacionales y contar con un público más allá de las fronteras. Por razones que resultan obvias, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña ingresaron a los circuitos académicos especializados. Como lo atestiguan los ocho mil volúmenes a él dedicados que guardó en su Capilla, Alfonso Reyes gozó del reconocimiento y la gratitud de colegas y discípulos de los más diversos lugares del planeta.

La gloria de José Vasconcelos fue más intensa pero menos perdurable. Él actuó -y lo digo en el sentido literal del término- en ambientes más legos, en un momento en el que las miradas del mundo estaban puestas sobre la experiencia mexicana. Nemesio García Naranjo, cuyas iniciativas editoriales tuvieron como escenario el sur de los Estados Unidos, contó con un auditorio irregular constituido en su mayoría por los exiliados mexicanos. Tuvo en su favor la preocupación norteamericana por los acontecimientos de su país vecino.

### La Universidad Nacional

Paralelamente al desarrollo de empresas culturales propias y a su participación en cuanta revista o nueva sociedad cultural surgiera, los ateneístas desplegaron una labor perdurable en la Universidad Nacional, institución a la que algunos de ellos ligaron sus vidas, proyectos y aspiraciones. Sin la Universidad, la trayectoria del Ateneo hubiera sido muy distinta a lo que fue; sin el Ateneo, este centro de enseñanza sería muy distinta a lo que hoy es.

Por más de medio siglo fragmentada en Escuelas Superiores, la Universidad renació justo en el momento en que la generación del centenario irrumpía en la escena pública, reclamando un lugar en la sociedad. Quizá por ello, significó para los jóvenes intelectuales un espacio en el cual ejercer su profesión, prosperar y enfrentarse libremente. Un espacio diseñado, además, a la medida de sus ideales humanísticos y en cuyo proyecto se contemplaba el impulso a la docencia profesionalizada, la investigación científica y la difusión cultural, actividades básicas para el trabajo intelectual moderno. Habrían de pasar muchos años, sin embargo, para que este proyecto fuera una realidad.

El ingreso de los ateneístas a la Universidad se dio al través de la Escuela de Altos Estudios, en donde encontraron un albergue incómodo e inseguro pero abierto a lo nuevo. A diferencia de las Escuelas Superiores, pequeños feudos gremiales, ahí estaba todo por hacerse y no existía una jerarquía burocrática que impusiera su autoridad. Abandonada a su suerte, sin estructura, programas de estudio ni planta docente estables, esta dependencia sería, en el transcurso de la Revolución, el semillero más importante de nuevos intelectuales y el centro promotor de la reforma universitaria.

Ya para 1913, la fracción del Ateneo aquí estudiada tenía en sus manos la dirección parcial de la Universidad. Ello fue posible no sólo por los azares políticos y la colaboración de muchos ateneístas con el gobierno de Huerta, sino porque logró articular un proyecto educativo opuesto al desprestigiado positivismo y que ponía en alto, en un periodo en el que todo parecía desmoronarse, el valor de la cultura superior. Dicho proyecto despertó consenso entre un sector de la minoría ilustrada que, ciega a los acontecimientos nacionales, buscaba mantener sus privilegios.

A partir de 1915, cuando la Revolución llegó a una ciudad que, salvo la decena trágica, sólo había sido espectadora del drama nacional, los conflictos entre el poder público - o más bien los poderes públicos- y la corporación universitaria se agravaron. Con el arribo de Carranza a la ciudad, la lucha por la autonomía cobró fuerza. En ella estaba en juego, más que la dependencia de la institución con respecto al Estado, el tipo de relaciones a establecer en el futuro entre dos sistemas, el político y el académico, con dinámicas, estrategias y ritmos muy distintos. También estaba en juego el trabajo, y por lo tanto el salario, de un contingente profesional que vivía de la Universidad y que desarrollaba en ella una carrera lucrativa y honorífica. La inestabilidad, los sucesivos cambios en la esfera gubernamental y el revanchismo con el que actuaban las fracciones en pugna hicieron más apremiante que nunca la necesidad de fijar los límites de acción del gobierno en el terreno universitario, así como definir los alcances del nuevo bloque dirigente sobre el estudiantado urbano.

Todos estos factores fueron decisivos en el debate entre "robinsones" y "odiseos" sobre el papel que debía tener la enseñanza superior, sus vínculos con el Estado y el tipo de conocimientos a producir y transmitir. Las decisiones

estatales en materia educativa (en especial la separación de la Preparatoria Nacional de la Universidad y la designación de autoridades provenientes del magisterio) lesionaban al gremio académico sometiéndolo aún más al gobierno y desplazándolo de su habitat natural. En esta pugna de fuerzas, los ateneístas reafirmaron su popularidad entre una población que veía con horror que el centro educativo más importante del país quedara en manos de "profesores de banquillo" y que en el futuro "cualquier hijo de vecino" pudiera obtener un título.

El nombramiento de José Vasconcelos como Jefe de Departamento Universitario resolvió temporalmente los conflictos, mismos que habrían de manifestarse con toda su crudeza en 1929. El nuevo rector era un eslabón de continuidad con el programa humanista iniciado tiempo atrás y, a la vez, un punto de ruptura con el conservadurismo presente en la institución, a la cual le asignó un papel preponderante en el proceso de "reconstrucción nacional". Heredó una Universidad formada en la batalla, renuente al cambio y sujeta a presiones por parte tanto de las fuerzas surgidas del movimiento revolucionario como de aquéllas del pasado que habían sobrevivido al caos y para las cuales el privilegio de los títulos y el saber les era vital. En medio de estas tensiones, la Universidad habría de crear una fisonomía que subsiste hasta nuestros días y que tuvo como principios aquellos ideales que motivaron a una generación: la autonomía, la libertad intelectual, la orientación humanista del conocimiento. Este modelo dejó abiertas al futuro contradicciones aún sin resolver, como la vinculación de la enseñanza superior con el aparato productivo.

### III. Los intelectuales y el poder.

#### La política.

En México, la noción del intelectual como un ser separado de la vida política, con funciones fijas y espacios de trabajo independientes, fue producto de un largo proceso histórico en el que jugaron un papel decisivo la división del trabajo urbano, el desarrollo de las ciudades y la creación de nuevas instituciones universitarias. Durante el Siglo XIX no existía el intelectual de oficio al margen de la esfera del poder. Más que intelectual en el sentido estricto del término, los "científicos" y los liberales se consideraban a sí mismos, y de hecho lo eran, servidores públicos. Sus vidas, acciones e ideas estaban enmarcadas en la política y el Estado; hacia ahí dirigían sus actividades, poniendo en juego valores de lealtad para mantener y acrecentar su poder e influencia social. La dictadura, esa gran mecenas que podía decidir el destino de una élite intelectual acomodaticia, fue un terreno fértil para el cultivo de relaciones corporativas, de apoyo, servicio y sostenes mutuos, entre el intelectual y el gobierno. Véase, si no, el triste espectáculo ofrecido por la Unión Liberal en el circo político porfiriano o el fracaso de los poetas modernistas, quienes fueron los primeros en considerar al artista como un profesional cuya relación con la sociedad era de naturaleza particular.

En el porfiriato, los aspirantes al liderazgo cultural seguían tres grandes canales para ingresar a la vida pública: la guía y protección de un mentor, la afiliación a un partido político y el desarrollo -con su grupo de pares- de una asociación propia. Todos nuestros personajes siguieron una u otra vía, de acuerdo con sus posibilidades e inquietudes. Nemesio García Naranjo usó su apellido para incorporarse tempranamente al mundo del trabajo y de la política. Carente de relaciones, José Vasconcelos depositó,

no sin ciertas dudas, su futuro en manos del maderismo. Los otros tres, mejor acomodados y sin la necesidad inmediata de ganarse el pan, optaron por caminos distintos, mas no por ello pudieron aislarse del acontecer nacional. Este vino a modificar radicalmente el destino de todos y a poner a prueba su capacidad para hacer valorar el capital previamente adquirido.

Durante el gobierno de Madero, se dio un proceso de apertura del mercado intelectual favorable a los jóvenes dirigentes (José Vasconcelos), incluyendo a quienes estaban con los conservadores (Nemesio García Naranjo) o se mantenían al margen de la política (Antonio Caso). La huida de los viejos porfiristas, la necesidad del gobierno de directivos, el parcial desarrollo de la sociedad civil (partidos políticos, medios de comunicación, asociaciones, etcétera) y la rápida circulación de nuevas ideas abrieron canales de ascenso y movilidad inéditos e hicieron pensar, por primera vez en muchos años, en la posibilidad de una convivencia no subordinada entre los intelectuales y el poder.

Los sucesos posteriores al golpe huertista vendrían a cancelar los avances logrados y a hacer evidente que, en adelante, la sobrevivencia y los privilegios del sector intelectual dependerían de su adhesión a una u otra de las fuerzas en lucha. Quienes colaboraron con el gobierno usurpador, un gobierno en el fondo despreciado por la intelligentsia que le sirvió, padecieron la humillación de estar sujetos a los "ignorantes" soldados y a una figura, la de Huerta, sanguinaria e "inculta". Quienes se unieron al constitucionalismo (Vasconcelos), habrían de "soportar" a los caudillos en ascenso y verificar la "barbarie" de las masas campesinas, verdaderas protagonistas de la Revolución. Así, cada uno a su manera, nuestros personajes sufrieron, a veces dramáticamente, el padecimiento de saberse dirigidos por aquéllos que no poseían el saber, por

políticos y militares que, de acuerdo con su visión, eran corruptos e incompetentes.

Esta experiencia común se agudizó durante el periodo carrancista, cuando antiguos compañeros del Ateneo (Pani, Palavicini, Cravioto, Atl y Cabrera), convertidos en reformadores sociales, pasaron a ocupar cargos de alto nivel y una fracción del grupo gobernante pretendió cobrar a los intelectuales su actitud conservadora o su colaboración con Huerta. A esto se sumó la franca desilusión de muchos exrevolucionarios por el desenlace del conflicto armado. La derrota de los convencionalistas, a donde habían ido a pasar intelectuales de muy diversas tendencias, así como los cauces que tomó este movimiento una vez liquidado el débil gobierno de Eulalio Gutiérrez, acabaron con el ideal de un proceso de cambio civil dirigido por los letrados y que dejaría intacta la estructura social del porfiriato. La crítica a la Revolución se convirtió, entonces, en un tema recurrente.

En este contexto, el pacto Vasconcelos-Obregón fue mucho más que el acuerdo de dos personalidades para unir temporalmente sus vidas. Por su significado coyuntural y sus efectos a largo plazo, representa el inicio de un nuevo modelo -no del todo alejado del porfirista- en las relaciones entre el intelectual y el gobierno. Un modelo caracterizado por el patronazgo gubernamental y que recuperó la herencia de participación activa de los intelectuales en la esfera pública. La impresionante labor cultural de aquellos años se desarrolló bajo el ala protectora del Ejecutivo, con normas no siempre explícitas y una clara delimitación de cuotas de poder.

La Revolución.

Como a la mayor parte de los mexicanos, a los atencistas la Revolución los tomó por sorpresa. Formados bajo el signo del Caudillo de la Paz, cuya vida parecía eterna y su poder inamovible, no percibieron (quién podía hacerlo en aquel entonces), la magnitud del proceso que se avecinaba. Acostumbrados a mirar con desdén a la provincia, ciegos ante los conflictos de fondo que provocaron la rebelión maderista creyeron que los sucesos de 1910 no eran sino un espectáculo más del circo porfiriano. Un espectáculo novedoso, en tanto tenía como protagonistas a figuras que hasta ese momento no habían destacado en la escena nacional.

Sin entusiasmo, con nostalgia y sintiéndose incómodos en el escenario, Antonio Caso y Alfonso Reyes asimilaron el triunfo de Madero como el resultado inevitable de la incapacidad del régimen porfirista para adaptarse a su tiempo. Si Madero llegó al poder, no fue gracias a la justeza de sus demandas o al apoyo popular, sino a la decadencia de un líder octogenario. Más que un reformador, un portavoz del futuro, Madero era, para ellos, una tuerca del monstruoso engranaje conformado por un pueblo bárbaro e incivilizado y un gobierno gerontocrático, corrupto e incompetente.

Ubicados en polos antagónicos, Nemesio García Naranjo y José Vasconcelos quedaron atrapados en el torbellino político. El primero como el joven conservador que habría de defender, con argumentos insólitos y palabras novedosas, un pasado todavía presente. El segundo como el entusiasta protector de un programa civil, mas no social, débil y titubeante. Ambos luchaban por ideales en cierto modo rebasados. Nemesio García Naranjo creyó en la posibilidad de restaurar un orden y un sistema derruidos; José Vasconcelos en un cambio desde arriba que no tocara la estructura social. Hermanos enemigos, sintieron igual

repulsión hacia la "chusma sanguinaria" que comenzaba a adueñarse de la Revolución.

Muerto Madero, y con él la fe reformadora de José Vasconcelos, la mayoría de nuestros personajes aceptó el cobijo del régimen usurpador. Más que un juicio ético, este hecho exige una explicación. Huerta no tenía, es cierto, legitimidad ante muchos de los intelectuales que colaboraron en su gobierno, pero la lógica indicaba que los conservadores triunfarían y sus enemigos, "militares improvisados", "campesinos guerrilleros", "intelectuales mediocres" y "masas rebaño", volverían a ocupar sus lugares de platea en la vida nacional. Además, la intelectualidad huertista se sentía más segura e identificada con la vieja oligarquía que con los ejércitos rebeldes, a quienes se acusaba de amenazar la paz e imponer el caos.

No fue sino hasta el arribo victorioso a la capital de las fuerzas constitucionalistas que los sujetos estudiados, sin importar sus preferencias políticas, comenzaban a percibir, y algunos a padecer, los estragos de una guerra que ya había cobrado nuevas dimensiones. El campo invadió finalmente a la afrancesada ciudad, trayendo consigo a la "chusma sombrero" y sus "atilas", el hambre, la angustia y la desolación. Incrédulos, humillados, los ateneístas vieron con horror la emergencia de las masas como actores históricos, el encumbramiento de los caudillos, la lucha fratricida y el derrumbe de los hogares patricios. El "México bárbaro" triunfaba sobre aquella ciudad cosmopolita, llevándose con él la esperanza de un país culto y civilizado.

Ya sea desde el exilio (Reyes, García Naranjo, Henríquez Ureña), el centro del conflicto (Vasconcelos) o desde la Colonia Santa María (Caso) nuestros personajes vieron derrumbarse aquello en lo que habían creído. El desmoronamiento del gobierno de Eulalio Gutiérrez acabó con

el ideal vasconcelista de restaurar la epopeya de Madero e hizo temer a Antonio Caso la próxima llegada del apocalipsis. La derrota de Huerta dejó fuera del elenco a quienes, como Nemesio García Naranjo, apostaron en favor de la continuidad. Alfonso Reyes hacía tiempo que había renunciado a explicar el por qué del movimiento revolucionario. Este era ahora, desde su visión, una batalla campal entre "camarillas de bandidos" que se disputaban el saqueo del país.

Por diferentes motivos y circunstancias, ninguno de los sujetos incluidos en esta investigación colaboró con Carranza, quien fue, sin duda, el presidente de la década revolucionaria más criticado por ellos. Y es que el triunfo de los constitucionalistas fue vista por nuestros personajes como el ascenso de una nueva casta, la de los militares, "arribista e improvisada", sin autoridad ni principios. Significó, también, la pérdida de privilegios puestos en peligro por "maestros de banquillo" e "intelectuales de segunda" que, convertidos en reformadores sociales, invadían cotos reservados a los "verdaderos" poseedores del conocimiento y la "alta cultura". Carranza simbolizó para unos la derrota definitiva del porfiriato; para otros, el desenlace fatal de una lucha en sus orígenes digna y justa pero, según ellos, convertida por "las hordas" en una pugna entre matones.

Puesta en marcha la "etapa constructiva" de la Revolución, con su discurso civilista y su llamado a la unidad, el catastrofismo de Antonio Caso, el desafío de José Vasconcelos y hasta la crítica de Nemesio García Naranjo bajaron de tono. La "pesadilla" había concluido. Era el momento de guardar las armas, emprender la lucha contra la "ignorancia, el fanatismo y la incivilidad" de las masas y crear una estética a la altura de la épica revolucionaria. Caudillos e intelectuales, hombres de letras y políticos,

debían trabajar juntos por la salvación de un país en el umbral de su historia.

Arrebatados unos, escépticos otros, los ateneístas que regresaron a México o salieron de sus guaridas una vez pasada la tormenta comenzarían a mirar con nuevos ojos la Revolución. Los campesinos no eran ya, como señaló con candor Pedro Henríquez Ureña, las ordas amenazantes en búsqueda de tierra, sino seres desvalidos y ansiosos de instrucción. El campo volvió a ser provincia, paisaje folclórico y complemento secundario de una ciudad abierta al mundo. México dejaba de ser la nación de segunda que antes era para convertirse en la vanguardia de un continente, el salvador de una raza y la residencia de una cultura viva.

## BIBLIOGRAFIA

## ARTICULOS EN REVISTAS

Anónimo, "Altos Estudios: historia", Boletín de la Universidad. Tomo I, diciembre de 1917, pp. 102-111.

"La Escuela Nacional de Altos Estudios, su origen y necesidad", Boletín de la Universidad. Tomo I, núm. 1, diciembre de 1917, pp. 55-61.

Alvarado, María de Lourdes. "La Escuela de Altos Estudios. Sus orígenes", Memorias del primer encuentro de historia sobre la universidad. México, UNAM. CESU, 1984, pp. 57-68.

Aragón, Agustín. "Dos discursos universitarios del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes", Revista Positiva. Tomo X, núm. 127, noviembre de 1910.

Aragón, Agustín, "La educación por el estado y el positivismo", Revista Positiva. Tomo XIV, núm. 170, diciembre de 1914, pp. 70-77.

Aragón, Agustín. "La universidad anglomexicana", Revista Positiva, Tomo XI, núm. 129, enero de 1911.

Armendariz, Antonio. "Evocación al maestro Caso", Revista de la Universidad de México, núm. 3, mayo de 1949.

Barreda, Horacio. "Apuntes para la historia o diálogos entre el buen sentido común y uno de sus discípulos", Revista Positiva, Tomo X, núm. 120, diciembre de 1910.

Bastian, Jean Pierre. "La estructura social en México a fines del siglo XIX y principios del XX", Revista Mexicana de Sociología, Año LI, núm. 2, abril-junio 1989, pp. 413-432.

Bosque Lastra, Margarita. "Algunas consideraciones sobre la situación de las fuentes documentales de la UNAM", en Memorias del... pp. 164-174.

Bravo Ugarte, José. "Historia y odisea vasconceliana", Historia Mexicana, Vol. X, núm. 4, abril-junio, 1961.

Camp, Roderic. "The National School of economics and public life en Mexico", Latin American Research Review, núm. 10, Otoño de 1975, pp. 137-151.

Capistrán, Miguel. "Los contemporáneos por sí mismos", Revista de la Universidad, núm. 6, febrero de 1967.

Capistrán, Miguel. "México, Alfonso Reyes y los Contemporáneos", Revista de la Universidad, núm. 9, mayo de 1967.

Castro Leal, Antonio. "La profesión literaria", Boletín de la Universidad, Tomo 2, agosto-septiembre de 1918, pp. 165-170.

Castro Leal, Antonio. "Páginas inéditas de Carlos Díaz Dufóo hijo", Revista de la Universidad, núm. 9, marzo 1968.

Córdova, Arnaldo. "México: revolución burguesa y política de masas", Cuadernos Políticos, núm. 13, julio-septiembre de 1977, pp. 85-101.

Coser Lewis. "The differing roles of intellectuals in contemporary France, England and America". Ensayo presentado en el Simposio de Sociología del Intelectual, Buenos Aires, 3-5 julio de 1967.

Delmaz, Albert. "The positivist philosophy in mexican education, 1967-1873", Americas, núm. VI, julio de 1949, pp. 32-44.

Fabela, Isidro. "Homenaje a mi maestro Justo Sierra", Universidades, Vol. IV, núm. 16 agosto 1964, pp. 14-38.

Fernández MacGregor, Genaro. "El Ateneo de la Juventud", Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 10. de noviembre de 1960.

García, Verástegui, Lía. "proyección de la obra educativa de Vasconcelos en la prensa de su época. La Dirección del Departamento Universitario", Op. Cit. pp. 107-117.

González, José Luis. "Tío Pedro en el álbum familiar", Los Universitarios, núm. 16, UNAM, agosto de 1984, pp. 12-15.

González Navarro, Moisés. "Educación y trabajo en el porfiriato", Historia Mexicana, Vol. III, núm. 4, abril-junio de 1957, pp. 620-625.

González Navarro, Moisés. "Los positivistas mexicanos en Francia", Historia Mexicana, Vol. IX, núm. 3, julio-septiembre de 1959, pp. 119-129.

González Ramírez, Sergio. "En el antro", Nexos, núm. 104, pp. 36-40.

- Guerra, Francois, Xavier. "Teoría y método en el análisis de la revolución mexicana", Revista Mexicana de Sociología, Año LI, núm. 2, abril-junio 1989, pp. 3-24.
- Guerrero, Javier. "Moisés Sáenz, el precursor olvidado", Nueva Antropología, Vol. 7, núm. 1, 1975.
- Guevara Niebla, Gilberto. "La autonomía universitaria en el proyecto de Justo Sierra", Cultura en México, núm. 1383, 26 de dic. de 1979.
- Guevara Niebla, Gilberto. "La primera autonomía", Buelna, Año 1, núm. 1, 1979.
- Guevara Niebla, Gilberto. "La universidad y el Estado en los años veintes". Los universitarios, núms. 154, 165 y 166, mayo-abril de 1980.
- Guy, Alain. "Samuel Ramos y el humanismo filosófico de México", Diánoia, Año VI, núm. 6, pp. 163-169.
- Henríquez, Natacha. "Horas cotidianas", Los Universitarios, No. 16, pp. 22-23.
- Hernández Luna, Juan. "La Universidad de Justo Sierra", Filosofía y Letras, octubre-diciembre de 1947.
- Hernández Luna, Juan. "Polémica de Caso contra Lombardo sobre la Universidad", Historia Mexicana, Año XVIII, núm. 5, julio-septiembre de 1969, pp. 87-104.
- Hernández Luna, Juan. "Sobre la fundación de la Universidad Nacional", Historia Mexicana, Año XVI, núm. 1, enero-marzo de 1967.
- Innes, John. "The Universidad Popular Mexicana", The Americas, núm. 30, julio de 1973, pp. 110-112.
- Knight, Alan. "Los intelectuales en la revolución mexicana", Revista Mexicana de Sociología, Año LI, núm. 2, abril-junio 1989, pp. 25-67.
- Krauze, Enrique. "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña", Vuelta Vol. 9, núm. 100, pp. 11-20.
- Leal, Luis. "Pedro Henríquez Ureña en México", Revista Iberoamericana, Vol. 21, núms. 41-42, marzo-abril de 1964.
- Lombardo Toledano, Vicente. "Pedro Henríquez Ureña, el educador", Siempre, núm. 224, junio de 1966.
- Lomnitz, Larissa. "Carreras de vida en la UNAM", Plural marzo de 1976, pp. 18-22.

Malagón Barceló, Javier. "Breve reseña histórica de la Escuela Nacional de Jurisprudencia", Revista de la Facultad de Derecho de México, núm. 1, enero-junio de 1951, pp. 163-188.

María y Campos Alfonso de y J. Molinar. "El movimiento estudiantil y la autonomía universitaria", Revista de la Universidad de México, mayo-junio 1979 (número especial).

Martínez, José Luis. "Entrevista con Xavier Villaurutia", México en la Cultura, 14 de enero de 1951.

Matute, Alvaro. "Henríquez Ureña, ateneísta", Los Universitarios, núm. 16, agosto 1984, pp. 9-11.

Monsiváis, Carlos. "¡Oh inteligencia, páramo de espejos!" Comunidad, núm. 19, junio de 1969.

Moreno Sánchez, Manuel. "La Revolución Mexicana y el problema universitario", Universidad, noviembre de 1937.

Muriel, Guadalupe. "Reformas educativas de Gabino Barreda", Historia Mexicana, Vol. XII, núm. 3, abril-junio 1964, pp. 551-577.

Murillo Reveles, Antonio. "La universidad Nacional Autónoma y la Revolución Mexicana", Boletín Bibliográfico, Abril 1961.

Novo, Salvador. "La cultura y los jóvenes", La Antorcha, Tomo 1, núm. 7, noviembre de 1924.

Novo, Salvador. "Mis recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", Revista de la Universidad, núm. XX, 10 de junio de 1966.

O'Gorman, Edmundo. "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México", Filosofía y Letras, Tomo XVII, núm. 33, enero-marzo de 1948.

Pacheco, José Emilio. "Sombras del novecientos", Siempre No. 18, diciembre de 1968.

Pasquel, Leonardo. "Juventud del maestro Antonio Caso", Hoy, 27 de agosto de 1955.

Prieto Laurens, Jorge. "Manuel Gómez Morín y los Siete Sabios", Publicación del Frente Anticomunista Mexicano, núm. 47, Marzo 1973.

Raat, William. "Ideas and Society in Don Porfirio's México", The Americas, Tomo XXX, núm. 1, July 1973, pp. 32-53.

Raat, William. "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena, Historia Mexicana, Vol. XX, núm. 3, enero-marzo de 1971, pp. 412-427.

Raat, William. "The Antipositivist Movement in Prerevolutionary Mexico. 1892-1911", Journal of Interamerican Studies and World Affairs, Vol. 19, núm. 1, february, 1977, pp. 83-98.

Revueltas, Eugenia. "Henríquez Ureña, Odiseo Americano", Los Universitarios, núm. 16, Agosto 1984, pp. 5-8.

Rodríguez Chicharro, César. "Alfonso Reyes y la generación del Centenario", Pie de página, núm. 11.

Rodríguez Monegal. "Las metamorfosis de Calibán", Vuelta Vol. 3, núm. 25, diciembre de 1978.

Ruiz Castañeda, María del Carmen. "El movimiento estudiantil de 1875", Siempre, núm. 368, 2 de marzo de 1969.

Ruiz Gaytán Beatriz. "Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios", Historia Mexicana, Vol. XVI, núm. 1, abril-junio de 1967, pp. 541-564.

Ruiz Gaytán, Beatriz. "La Facultad de Filosofía y Letras y sus postulados de acción social", Historia Mexicana, Vol. XIX, núm. 4, 1970, pp. 575-584.

Schmidt, C. "Los intelectuales de la Revolución desde otra perspectiva", Revista Mexicana de Sociología, Año LI, núm. 2, abril-junio de 1989, pp. 27-87.

Silva Herzog, Jesús. "Los problemas de la Universidad Nacional de México", Cuadernos Americanos, enero-febrero de 1974, pp. 60-93.

Torres Bodet, Jaime. "El maestro del alma incansable", Revista de la Universidad, núm. 7, marzo de 1953.

Torri, Julio. "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", Siempre núm. 224, junio de 1966.

Valadés, Diego. "El proceso de la autonomía", Cuadernos del Centro de Documentación Legislativa Universitaria, núm. 3, enero-marzo de 1980.

Villegas Moreno, Gloria. "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", Memorias del primer encuentro de Historia sobre la Universidad. México, UNAM-CESU, 1984.

Villoro, Luis. "La cultura mexicana de 1910 a 1960"  
Historia Mexicana, Vol. X, núm. 38, octubre-diciembre de  
1960.

## DEBATES

Diario de los debates de la Cámara de Senadores del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. XXVII Legislatura, año 1, Tomo 1, domingo 15 de abril de 1917, p. 49.

Diario de los debates de la Cámara de Senadores del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. XXVII Legislatura, año 1, Tomo II, núm. 19, jueves 4 de octubre de 1917, pp. 9-12.

Diario de los debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. XXVII Legislatura, Año 1, Tomo II, núm. 32, miércoles 14 de noviembre de 1917.

Diario Oficial. Organó del Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. México, Poder Ejecutivo Federal, Tomo VIII, No. 11, Lunes 14 de enero de 1918, p. 97.

Diario Oficial. Organó del Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. México. Poder Ejecutivo Federal, Tomo XIII, No. 4, jueves 4 de septiembre de 1919, pp. 97.

## DISCURSOS

Chávez Ezequiel. "Discurso pronunciado en la ceremonia de apertura de cursos del año 1914", CESU-EACH, Leg. 6, Doc. 118.

García Naranjo, Nemesio. Discurso pronunciado por el Sr. Lic. Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en la Cámara de Diputados el 4 de diciembre de 1913, con motivo de las facultades solicitadas por el Ejecutivo para legislar en materia de instrucción pública. México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.

Parra, Porfirio. Discurso pronunciado por el Sr. Dr. Director de la Escuela Nacional Preparatoria el día 10 de febrero de 1907 al inaugurarse el XXXIX año escolar. México, Talleres Tipográficos de "El tiempo", 1907.

Sierra, Justo. Discurso pronunciado por el Señor Lic. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en la inauguración de la Universidad Nacional. México, Imp. de Manuel León Sánchez, 1910.

Universidad Nacional de México. Piezas literarias pronunciadas en la ceremonia con que la Universidad Nacional de México celebró el CDXXV aniversario del descubrimiento de América. México, Imp. de la Sría. de Gobernación, 1917.

Vasconcelos, José. "Discurso pronunciado al recibir la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria", Boletín de la Universidad, Tomo 1, núm. 1, Dic. 1917, pp. 39-42.

Vigil, José N. y Rafael Angel de la Peña. Discursos pronunciados por los profesores en la Escuela Nacional Preparatoria los días 27 y 31 de agosto y 10 y 4 de septiembre del presente año: con motivo de la designación de texto para la clase de lógica. México, Imprenta del Gobierno, 1885.

#### INFORMES

Anónimo. "El Consejo Universitario en 1916", Boletín de la Universidad, Tomo 1, núm. 1, Dic. 1917, pp. 34-38.

Anónimo. "La descentralización de la enseñanza", Boletín de Educación, Tomo 1, núm. 1, Sept. 1914, pp. 4-6.

Departamento Universitario y de Bellas Artes. "Informe de Labores del... 1917-1918", Boletín de la Universidad, Tomo 1, núm. 2, Nov. 1918, pp. 37-48.

Departamento Universitario y de Bellas Artes. "Informe de Labores del ... 1918-1919", Boletín de la Universidad, Tomo 2, núm. 1, Dic. 1919, pp. 5-26.

Eguía Lis, Joaquín. Informe que el... Rector de la Universidad Nacional de México eleva acerca de las labores de la misma universidad, durante el periodo de septiembre de 1910, a sept. de 1912. México, Imp. 1913.

Pruneda, Alfonso. La Universidad Popular Mexicana en el sexto año de sus labores (1917-1918). México, Imp. Victoria, 1918.

Universidad Nacional de México. La Escuela Nacional de Jurisprudencia en el año de 1920. México, Editorial Cultura, 1921.

#### REGLAMENTOS Y PROGRAMAS DE ESTUDIO

"El Nuevo Plan de Estudios de la Escuela Nacional Preparatoria", Boletín de Educación, Tomo 1, núm. 3, Feb. 1916, pp. 16-20.

Carranza, Venustiano. Acuerdo referente a la rivalidación de títulos y grados universitarios y condiciones de admisión. México, 10. de marzo de 1919.

Carranza, Venustiano. Proyecto de decreto para reformar algunos puntos de la ley constitutiva de la Universidad de México, a fin de lograr su liberación definitiva. México, 7 oct. de 1914, CESU.

Consejo Universitario. Consideraciones sobre el proyecto de Ley de la Universidad Nacional de México. México, 31 de marzo de 1914. CESU-UNAM, Leg. 6 doc. 85.

Chávez Ezequiel A. Anteproyecto de la ley costitutiva de la Universidad Nacional de México. México, 1910. CESU-EACH, leg. 1 doc. 14.

Chávez, Ezequiel A. Anteproyecto de las disposiciones reglamentarias para normar la distribución de tiempo y las reuniones de los alumnos de las facultades universitarias. México, 1920. CESU-EACH. Leg. 2 doc. 127.

Chávez, Ezequiel A. Bases reglamentarias para la instrucción militar que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes ha acordado para la Escuela Nacional Preparatoria. México, 27 abril de 1914, CESU-BACH.

Chávez, Ezequiel A. Notas sobre el anteproyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional de México. México, 1910, CESU-EACH, Leg. 1 doc. 12.

Chávez, Ezequiel A. Proyecto de ley de la Universidad Nacional, presentado a la junta de profesores universitarios. México, 10. dic. de 1914, CESU-EACH, Leg. 4. Doc. 81.

Chávez, Ezequiel A. Proyecto y reglamento que define y asegura tanto la independencía como el futuro funcionamiento de la Universidd Nacional. México, enero de 1915. CESU-EACH Leg. 4. Doc. 2.

Escuela de Jurisprudencia del Estado. Cuestionario para los exámenes de la Escuela de Jurisprudencia del Estado aprobado por el H. Consejo de Instrucción Pública. Segundo curso de derecho civil. Segundo curso de derecho civil. Segundo curso de derecho romano. Mérida, Imp. de la Esc. Correccional de Artes y Oficios, 1910.

Escuela de Jurisprudencia del Estado. Programa de estudio de la Escuela de Jurisprudencia del Estado para el año

escolar de 1910 a 1911. Mérida, Imp. de la Escuela Correccional de Artes y Oficios, 1910.

Escuela Libre de Derecho. Estatuto. Plan de estudios, reglamento, y otros documentos. México, Imp. I. Escalante, S. A. 1913.

Escuela Nacional de Altos Estudios. Ley constitutiva de la Escuela Nacional de Altos Estudios, expedida el 7 de abril de 1910. México, Tipogr. Económica, 1910.

Huerta, Victoriano. Decreto que confirma las facultades concedidas al Ejecutivo para revisar todo lo referente a la instrucción pública. México, 22 mayo de 1914. CESU-EACH. Leg. 4. Doc. 87.

Huerta, Victoriano. "Decreto referente a la ley de la Universidad Nacional" México, Diario oficial, 17 de abril de 1914.

Liga Nacional de Estudiantes Católicos. Estatutos o bases generales. México, Nueva Imprenta Mariana, 1912.

Museo Nacional. Documentos relativos a la translación de las clases que actualmente se cursan en el museo, a la Escuela Nacional de Altos Estudios. México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1915.

Obregón, Alvaro. Proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal. Presentado por el Ejecutivo de la Unión a la XXIX Legislatura. México, Universidad Nacional, 1920.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Colección de Leyes y reglamentos expedidos por la... de enero a junio de 1914. México, Imprenta del Museo Nal. de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Lista de los textos que deberán utilizarse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante el año escolar de 1917. CESU EACH. Leg. 3, Doc. 25.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. La Universidad Nacional Autónoma. Proyecto de Ley presentado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Veracruz, Imprenta de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1915.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ley constitutiva de la Universidad Nacional de México. México, Tipogr. Económica, 1910.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Plan de estudios formulado por la... para la Escuela Nacional Preparatoria. México, 19 dic. de 1913. CESU-EACH. Leg. 4 Doc. 94.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Programa que regirá en la Escuela Nacional de Jurisprudencia para el año 1907. México, 1907. CESU-EACH. Leg. 3. Doc. 26.

Secretaría de Educación Pública y Bellas Artes. Reglamento provisional para la organización disciplinaria de la Escuela Nacional Preparatoria. México, Eusebio Gómez, 1913.

Universidad Nacional de México. Bases reglamentarias para el establecimiento de academias militares en la Escuela Nacional Preparatoria. México, 10. Mayo de 1914. CESU-UACH. Leg. 4., Doc. 16.

Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Altos Estudios. Disposiciones relativas a la Facultad de Altos Estudios aprobadas provisionalmente el 17 de enero de 1916 por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y Plan general de la misma Facultad que se deriva de las mencionadas disposiciones. México, Imp. Francesa, 1918.

## LIBROS

Aguirre Beltrán Gonzalo, et. al. La cultura nacional. México, UNAM, FFyL, 1984.

Aguilar Camín, Héctor. La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana. México, Siglo XXI, 1977.

Aguilar Camín, Héctor. Saldos de la Revolución. Cultura y política en México (1910-1980). México, Editorial Nueva Imagen, 1982.

Aguilar, Gilberto. El barrio estudiantil de México. México, Editorial Latina, 1951.

Alarcón, Alfonso. Burla, burlando; anales epigramáticos del grupo de delegados al Primer Congreso Nacional de Estudiantes, reunido en la Ciudad de México, en 1910. México, STYLO, 1952.

Alba, Pedro de. Trayectoria de la Secretaría de Educación. De Justo Sierra a Vasconcelos. México, SEP, 1944.

Alba, Víctor. Las ideas sociales contemporáneas en México. México, FCE, 1960.

Alessio Robles, Miguel. A medio camino. México, STYLO, 1949.

Alessio Robles, Vito. Mis andanzas con nuestros Ulises. México, 1938.

Alessio Robles, Vito. Monterrey en la historia y en la leyenda. México, Robredo, 1936.

Alvear Acevedo, Carlos. La educación y la ley: la legislación en materia educativa en el México Independiente. México, s. e., 1963.

Amos, Virginia. A Mexican Positivist: Gabino Barreda. His Life and Works. Texas, Cristina University, 1969.

Aragón, Agustín. Datos para la historia de un crimen, con algunos comentarios y ciertas reflexiones. La educación por el estado y el positivismo. La revolución mexicana de 1910-1914 y una de sus causas inmediatas desde el punto de vista agrario. México, Tipografía Económica, 1914.

Aragón, Agustín. La nota más discordante del centenario. Comentario inexcusable y dos discursos del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. México, Tipografía Económica, 1910.

- Archivo Casasola. Historia gráfica de la Revolución; 2a. ed. México, Archivo Casasola, 1962.
- Arriaga Rivera, Agustín. "El movimiento juvenil", en México cincuenta años de Revolución, México, FCE, 1963.
- Ateneo de la Juventud. Conferencias. México, Imprenta Laclaud, 1910.
- Attoni, José. Las finanzas de la Universidad a través del tiempo. México, Escuela Nacional de Economía, 1951.
- Avelino, Andrés, et. al. Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Santo Domingo, Polo Hermanos, 1947.
- Azuela, Salvador. La aventura vasconcelista. México, Diana, 1980.
- Balán, Jorge. Las historias de vida en ciencias sociales. teoría y técnica. Buenos Aires, Jorge Balán, 1975.
- Bar-Lewan Milstock, Itzhac. José Vasconcelos, vida y obra. México, Editora Intercontinental, 1965.
- Barreda, Gabino. La educación positivista en México (selección, estudio introductorio y preámbulo por Edmundo Escobar). México, Editorial Porrúa, 1978.
- Bartra, Roger. La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano. México, Grijalbo, 1987.
- Basave, Agustín. La filosofía de José Vasconcelos (el hombre y su sistema); 2a. ed. México, Diana, 1973.
- Bassols, Narciso. La autonomía de la Universidad. México, Imp. de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1934.
- Bassols, Narciso. Obras. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Béjar Navarro, Raúl. Cultura nacional, cultura popular y extensión universitaria. México, UNAM, Coordinación de Extensión Universitaria, 1979.
- Benedetti, Mario. Genio y figura de José Enrique Rodó. Buenos Aires, EUDEBA, 1966.
- Blanco-Combona, Rufino. El modernismo y los poetas. Madrid, Mundo Latino, 1929.
- Blanco, José Joaquín, et. al. En torno a la cultura nacional. México, SEP-Instituto Nacional Indigenista, 1976.

- Blanco, José Joaquín. La paja en el ojo. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980.
- Blanco, José Joaquín. Se llamaba Vasconcelos. México, FCE, 1977.
- Bourdieu, Pierre. Cosas dichas. Buenos Aires, Gedisa, 1989.
- Bourdieu, P. y J.C. Passeron. Los estudiantes y la cultura. Madrid, Labor, 1971.
- Bremauntz, Antonio. Autonomía universitaria y planeación educativa en México. México, Ed. Avelar Hnos. Impresores, 1969.
- Brunner José Joaquín y Angel Flisfisch. Los intelectuales y las instituciones de la cultura. Santiago de Chile, FLACSO, 1981.
- Buzzi, A. R. La teoría política de Antonio Gramsci. Barcelona, Fontanella, 1969.
- Calderón Vega, Luis. Cuba 88: memorias de la UNEC. Morelia, Fimax Publicistas, 1959.
- Calderón Vega, Luis. Los siete sabios de México. México, Jus, 1961.
- Camp, Roderic. La Formación de un gobernante: la socialización de los líderes políticos en el México post-revolucionario. México, FCE, 1981.
- Camp, Roderic. Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX. México, FCE, 1988.
- Carballo Emanuel. Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. México, Empresas Editoriales, 1965.
- Chávez, Ezequiel A. En respuesta; 2a. ed. México, Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, 1967.
- Chávez, Ezequiel. La imposición del laicismo en las escuelas particulares. El verdadero concepto de la educación. México, Universidad Popular Mexicana, 1918.
- Chávez Ezequiel A. Las cuatro grandes crisis de la educación de México a través de los siglos, México, JUS, 1942.
- Chávez, Ezequiel A. Qué es la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional en el sistema educativo de la República y por qué en él es insustituible. México, Imp. de la Dirección, 1914.

- Chávez, Ezequiel. Síntesis de los principios de moral de Herbert Spencer. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894.
- Chico Goerne, Luis. La universidad y la inquietud de nuestro tiempo. México, s.e., 1937.
- Cardoso, Ciro (coordinador). México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social. México, Nueva Imagen, 1980.
- Careaga, Gabriel (comp.) Intelectuales, poder y revolución. México, Océano, 1982.
- Careaga, Gabriel. Los intelectuales y la política en México. México, Extemporáneos, 1971.
- Carilla, Emilio. Pedro Henríquez Ureña. México, UNAM, 1967.
- Caso, Antonio. El problema de México y la ideología nacional. México, cultura, 1924.
- Caso, Antonio. Obras completas. México, UNAM, 1963.
- Caso, Antonio. Ramos y yo; un ensayo de valoración personal. México, Cultura, 1927.
- Castellanos, Abraham. Discurso a la nación mexicana sobre la educación nacional. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1913.
- Castillo, Isidro. México y su revolución educativa. México, s. e., 1968. (5 vols)
- Castro, Eusebio. Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria. México, UCLA, 1968.
- Cervillos, Miguel Angel: La Escuela Nacional Preparatoria. Ensayo Crítico. Proemio del Dr. Antonio Caso. México, Imp. Mundial, 1933.
- Clapier, Valadón. Récit de vie. théorie et pratique. París, PUF, 1983.
- Cockcroft, James, D. Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. 1900-1913. México, Siglo XXI, 1976.
- Colegio Nacional de México. Homenaje de el Colegio Nacional al maestro Antonio Caso. México, Cultura, 1946.
- Compilación de legislación universitaria de 1910 a 1976. México, UNAM, 1977.

- Contreras Roeniger, Elsa. Julio Torri. México, UNAM-FFyL, 1963.
- Córdova, Arnaldo. La formación del poder político en México; 6a. ed. México, Era, 1978.
- Córdova, Arnaldo. La ideología de la Revolución mexicana. México, Era-UNAM, 1973.
- Coser A. Lewis. Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo. México, FCE, 1982.
- Cosío Villegas, Daniel (coordinador). Historia general de México. México, El Colegio de México, 1976. (4 vols.)
- Cosío Villegas, Daniel. Memorias. México, Joaquín Mortíz, 1976.
- Cravioto, Alfonso. El alma nueva de las cosas viejas. Poesías. México, Eds. México Moderno, 1921.
- Cumberland, Charles. La revolución mexicana. Los años constitucionalistas. México, FCE, 1972.
- Cumberland, Charles. Madero y la Revolución Mexicana; 2a. ed. México, Siglo XXI, 1981.
- Davison, Ned. El concepto del modernismo en la crítica hispánica. Buenos Aires, Nova, 1971.
- De Imaz, José. Los que mandan. New York, State University Press of New York, 1970.
- Díaz de Ovando, Clementina. Los afanes y los días: Escuela Nacional Preparatoria (1869-1910). México, UNAM, 1972 (2 vols.)
- Directorio jurídico biográfico mexicano. México, Sociedad Mexicana de Información Biográfica Profesional, 1972.
- Dromundo Baltasar. Mi calle de San Ildefonso. México, Editorial Guaranía, 1956.
- Elmore, Edwin. Vasconcelos frente a Chocano y Lugones. Los ideales americanos ante el sectarismo contemporáneo. Miraflores, Perú, Ed. de Teodoro Elmore Letts, 1926.
- Escandón, Carlos. La respuesta moral en la filosofía del maestro Antonio Caso. México, Porrúa, 1968.
- Escobar Peñalosa, Edmundo. Antonio Caso: recuerdos e imágenes. biografía filosófica. México, Porrúa, 1974.

Farias, Héctor. Nemesio García Naranjo: Mexico's Minister of Education, 1913-1914. Evanston, Graduate School Northwestern University, 1971.

Federación Estudiantil Universitaria de México. Discursos pronunciados en la ceremonia conmemorativa de la reforma universitaria. México, Imprenta Sáiz y Herrera, 1933.

Fernández Mac Gregor, Genaro. Mi vida, México, FCE, 1974.

Fernández Mac Gregor, Genaro. Vasconcelos, México, SEP, 1942.

Fernández Retamar, Roberto. Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América, 2a. ed. México, Diógenes, 1974.

Fischer, Ernest. Problemas de la generación joven. Madrid, Ciencia Nueva, 1967.

Flores, Francisco. Algunos artículos publicados en la prensa con motivo del centenario. México, s. e., 1910.

Franco, Jean. La cultura moderna en América Latina. México, Grijalbo, 1983.

Fuentes Díaz, Vicente y Alberto Morales Jiménez. Los grandes educadores mexicanos del siglo XX. México, Ed. Altiplano, 1969.

Frost, Elsa Cecilia. Las categorías de la cultura mexicana. México, UNAM, 1972.

Fuentes Mares, José. Introducción a Gabino Barreda. México, UNAM, 1941.

Fuentes Mares, José. Monterrey: una ciudad creadora y sus capitanes. México, Jus, 1976.

Gama, Valentín. Escarceos sobre la enseñanza preparatoria, por un pobrecito hablador. México, s. e. 1912.

Gamboa, Federico. Diario (1892-1939) México, Siglo XXI, 1977. (Selección y notas de José Emilio Pacheco).

Gaos, José. En torno a la filosofía mexicana. México, Porrúa, 1952.

Gaos, José, et. al. Homenaje a Antonio Caso. México, STYLO, 1947.

García Cantú, Gastón. El pensamiento de la reacción mexicana. México, Ed. Empresas Editoriales, 1965.

- García Laguardia, Jorge Mario. La autonomía universitaria en América Latina. México, UNAM, 1977.
- García Naranjo, Nemesio. Discursos en honor del Gral. Porfirio Díaz. Laredo, Tex., 1919.
- García Naranjo, Nemesio. Memorias. México, s/e, 1963 (8 vols).
- García Naranjo, Nemesio. Porfirio Díaz. México, Letras, 1970.
- García Vázquez, Arturo. Influencia política y educativa de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1910-1933). México, UNAM, 1984.
- García Verástegui, Lía. Del proyecto nacional para una Universidad de México (1867-1910). México, UNAM, 1980.
- Garrido Díaz, Luis. Antonio Caso, una vida profunda. México, UNAM, 1961.
- Gastéllum, Bernardo. La revolución mexicana. Interpretación de un espíritu. México, Porrúa, 1966.
- Gastéllum, Bernardo. Voces de México. México, Editorial Porrúa, 1973.
- Gaxiola, Francisco Javier. Memorias. México, Porrúa, 1975.
- Goldsmith, Bernard. The Ateneo de la Juventud. Tesis, Clark University, 1969.
- Gómez Morín, Manuel. 1915 y otros ensayos. México, Ed. Cultura, 1927.
- Gómez Morín, Manuel. La Univeridad de México. Su función social y la razón de ser su autonomía. México, Tipografía La Previsión, 1934.
- Gómez-Quiñonez, Juan. Social Change and Intellectual Discontent. The Growth of Mexican Nationalism, 1890-1911. University of California, Los Angeles, tesis de doctorado, 1971.
- González Cárdenas, Octavio. Los cien años de La Escuela Nacional Preparatoria. México, Porrúa, 1972.
- González Cosío, Arturo. Historia estadística de la Universidad 1910-1967. México, UNAM, 1968.
- González de la Vega, Francisco. Antonio Caso: palabras de homenaje. México, Miguel N. Lira, 1946.

- González y González, Luis. La ronda de las generaciones. México.
- González y González, Luis. Todo es historia. México, Océano, 1989.
- González Ramírez, Manuel. La revolución social de México. Las ideas. La violencia. México, FCE, 1960.
- González Navarro, Moisés. El Porfiriato: vida social. Vol. IV de la Historia moderna de México, compilada por Daniel Cosío Villega. México, Ed. Hermes, 1970.
- González Ramírez, Manuel. Antología de la Escuela Nacional Preparatoria en el centenario de su fundación. México, Costa-Amic. 1967.
- González Ramírez, Manuel. Recuerdos de un preparatoriano de siempre. México, UNAM, 1982.
- Gouldner, Alvin. El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase. Madrid, Alianza, 1980.
- Guerra Francois, Xavier. Le Mexique: De l'Ancien Régime à la Revolution. Paris, Editions L'Harmattan, 1985 (2 vols).
- Guevara Niebla, Gilberto. El saber y el poder. México, UAS, 1975.
- Guevara Niebla, Gilberto. Las luchas estudiantiles en México. México, Línea, 1981.
- Guisa y Azevedo, Jesús. Me lo dijo Vasconcelos. México, Polis, 1965.
- Guzmán Martín, Luis. Academia: tradición, independencia, libertad. México, Compañía General de Ediciones, 1959.
- Guzmán Martín, Luis. La querrela de México. Imprenta Clásica Española, 1915.
- Haddox, John Herbert. Antonio Caso, philosopher of Mexico. Austin, University of Texas, 1971.
- Heffernau, Paul John. The "Científicos" of the Porfirio Díaz Regime, México, Universidad de las Américas, 1969.
- Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo. México, FCE, 1954.
- Henríquez Ureña, Pedro. Estudios mexicanos. México, FCE, 1983

- Henríquez Ureña, Pedro. José Enrique Rodó. México, Victoria, 1916.
- Henríquez Ureña, Pedro. Poesías Juveniles. Bogotá, Espiral, 1949.
- Henríquez Ureña, Pedro. Obras Completas. Santo Domingo, Universidad de Santo Domingo, 1978.
- Henríquez Ureña, Pedro. Universidad y educación. México, UNAM, 1969.
- Hernández Luna, Juan. Ezequiel A. Chávez: impulsor de la educación mexicana. México, UNAM, 1981.
- Hernández Luna, Juan. Las conferencias del Ateneo de la Juventud. México, UNAM, 1962.
- Hernández Luna, Juan. La universidad de Justo Sierra. México, SEP, 1948.
- Hernández Luna, Juan. Rumbo de la universidad. Testimonio de la polémica Antonio Caso-Lombardo Toledano. México, Complejo Editorial Mexicano, 1973.
- Howard Pugh, William. José Vasconcelos y el despertar del México Moderno. México, s.e., 1958.
- Icaza, Xavier. La revolución mexicana y la literatura. Conferencias del Palacio de Bellas Artes. México, Imp. Mundial, 1934.
- Innes, John. Revolution and Renaissance in Mexico: El Ateneo de la Juventud. Austin, Tex., Faculty of The Graduate School, University of Texas, 1970.
- Jiménez Grullón, Juan Isidro. Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito y otro ensayo. Sto. Domingo, Librería Dominicana, 1969.
- Jiménez Rueda, Julio et al. Ensayos sobre la Universidad de México. México, UNAM, 1951.
- Jiménez Rueda, Julio. Historia jurídica de la Universidad de México. México, UNAM, Ediciones Conmemorativas del IV Centenario de la U.N.M., 1951.
- Junco, Alfonso. Controversia con Don Antonio Caso. México, JUS, 1955.
- Kadushin, Charles. American Intellectual Elite. Boston, Little Brown, 1974.

- Krauze, Enrique. Caudillos culturales en la Revolución Mexicana. México, Siglo XXI, 1974.
- Krauze, Enrique. Porfirio Díaz, místico de la autoridad. México, FCE, 1987.
- Krauze, Rosa. La filosofía de Antonio Caso. México, UNAM, 1964.
- Lara Juan Jacobo. Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra. Santo Domingo, Universidad Nacional, 1976.
- Larroyo, Francisco. Historia comparada de la educación en México. México, Porrúa, 1964.
- Larroyo, Francisco. Teoría y práctica de la escuela de bachilleres, con una aportación de A. Caso y pról. de Manuel Gómez Morín. México, Impr. Unidos, 1942.
- Lartigue, Aurelio. Biografía del Gral. de División Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y Marina. Monterrey, Tip. del Gobierno en Palacio, 1901.
- Leal, Juan Felipe. La burguesía y el estado mexicano. México, El Caballito, 1972.
- Le Goff, Jacques. Los intelectuales en la edad media. Barcelona, Gedisa, 1985.
- Le Goff, Jacques. Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval. Madrid, Taurus, 1983.
- Lemoine, Ernesto. La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda 1867-1878. México, UNAM, 1970.
- Leonardo, Patricia de. La educación superior privada en México. Bosquejo Histórico. México, Editorial Línea, 1983.
- López Escalera, José. Diccionario biográfico y de historia de México. México, Editorial Magistrado, 1964.
- Llinás Alvarez, Edgar. Revolución, educación y mexicanidad. México, UNAM, 1979.
- Magdaleno, Mauricio. Las palabras perdidas. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Martínez, Rufino. Diccionario biográfico-histórico dominicano (1821-1930). Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1971.
- Matute, Alvaro (comp.) José Vasconcelos y la Universidad.

México, UNAM, 1983.

Mendieta y Núñez, Lucio. Historia de la Facultad de Derecho. México, UNAM, 1956.

Mendieta y Núñez, Lucio. La universidad creadora y otros ensayos. México, Cultura, 1936.

Mendoza, Vicente. Vida y costumbres de la Universidad de México. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1951.

Meyer, Eugenia. Luis Cabrera: teórico y crítico de la Revolución. México, SEP, 1972.

Millon, Robert. Vicente Lombardo Toledano, a Mexican Marxist. North Carolina, Chapel Hill, 1966.

Moreno, Daniel. Presencia de la Universidad. México, Costa Amic, 1970.

Monroy Rivera, Oscar. México y su vivencia dramática en el pensamiento vasconcelista. México, Costa-Amic Editor, 1972.

Monsiváis, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Historia General de México, No. 4. México, Hermes, 1976.

Monsiváis, Carlos. La poesía mexicana del siglo XX. México, Empresas Editoriales, 1966.

Monterde Francisco. Las revistas literarias de México. México, INBA, 1963.

Navarro, Bernabé. La introducción de la filosofía moderna en México. México, El Colegio de México, 1948.

Novo, Salvador. Toda la prosa. México, Empresas Editoriales, 1964.

O'Gorman, Edmundo. Seis estudios históricos de tema mexicano. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1960.

Pacheco Calvo, Ciriaco. La organización estudiantil en México. México, UAS, 1980.

Palacios, Juan. El programa preparatorio. México, Imprenta Inocencio Arreola, 1909.

Palavicini, Félix. La patria por la escuela. México, Linotipografía Artística, 1916.

- Palavicini, Félix. Mi vida revolucionaria. México, Ediciones Botas, 1937.
- Palavacini, Félix. Problemas de la educación. México, Valencia, F. Sempere y Compañía Editores, 1910.
- Pani, Alberto. La instrucción rudimentaria en la República. México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1912.
- Pani, Alberto. Mi contribución al nuevo régimen. México, Ed. Cultura.
- Pani, Alberto. Una encuesta sobre educación popular con la colaboración de especialistas extranjeros y nacionales y conclusiones formuladas por Ezequiel A. Chávez, Machorro y Pruneda. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1918.
- Peña Guillermo de la, et. al. Bibliografía comentada sobre la historia de la educación en México. México, INAH, 1980.
- Pérez y Soto, A. La simulación filosófica y educativa del licenciado Antonio Caso. México, Imp. de J. I. Muñoz, 1919.
- Pruneda, Alfonso. La Universidad Popular Mexicana en el cuarto año de sus labores (1915-1916). México, Imprenta Victoria, 1917.
- Pruneda, Alfonso. Universidad y universitarios. México, UNAM, 1942.
- Pugh, William. José Vasconcelos y el despertar del México moderno. México, JUS, 1958.
- Quirarte, Martín. Gabino Barrera, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud. México, UNAM, 1970.
- Ramos, Samuel. El perfil del hombre y la cultura en México. México, UNAM, 1963.
- Raat, William. El positivismo durante el porfiriato. México, SEP, 1975.
- Ramos, Samuel. Historia de la filosofía en México. México, Imprenta Universitaria, 1943.
- Ramos, Samuel. Veinte años de educación en México. México, UNAM, 1941.
- Rangel Guerra, Alfonso. Las ideas literarias de Alfonso Reyes. México, El Colegio de México, 1989.

- Raby, David. Educación y revolución social en México (1921-1940). México, SEP, 1974.
- Reyes, Alfonso. Albores. Segundo Libro de recuerdos. México, El Cerro de la Silla, 1960.
- Reyes, Alfonso. Anecdotario. México, Era, 1968.
- Reyes, Alfonso. Composiciones presentadas en los exámenes de 1o. y 2o. curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria. México, Tipografía Económica, 1907.
- Reyes, Alfonso. Cuatro poemas en torno a Monterrey. Monterrey, Sierra Madre, 1972.
- Reyes, Alfonso. Diario (1911-1930). Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969.
- Reyes, Alfonso. Justo Sierra. Un discurso. México, SEP, 1917.
- Reyes, Alfonso. Oración del 9 de febrero. México, Era, 1963.
- Reyes, Alfonso. Parentalia. Primer Libro de Recuerdos. México, El Cerro de la Silla, 1958.
- Reyes, Alicia. Genio y figura de Alfonso Reyes. México.
- Reyes, Alfonso. Universidad, política y pueblo. México, UNAM, 1964.
- Reyes, Bernardo. El Gral. Porfirio Díaz: estudio biográfico con fundamentos de datos auténticos. México, J. Ballezá y Cía., 1903.
- Roeder, Ralph. Hacia el México moderno. México, FCE, 1981 (2 vols.).
- Rodó, José Enrique. Ariel. Madrid, Aguilar, 1937.
- Rodríguez Chicharro, César. Estudios de literatura mexicana. México, UNAM, 1983.
- Rodríguez, Valdemar. The National University of México. Rebirth and Role of the Universitarios, 1910-1957. Texas, University of Texas, 1958.
- Roggiano, Alfredo. Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos. México, s/e, 1961.
- Romanell, Patrick. La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. México, Colegio de México, 1954.

Ruiz Gaytán de San Vicente, Beatriz. Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras. México, UNAM, 1954.

Salazar Mallén Rosendo. La Escuela Nacional Preparatoria. Su papel en la vida cultural de México. México, Asociación Nacional de Abogados, 1968.

Salmerón, Fernando. Estudios de historia de la filosofía en México. México, UNAM, 1973.

Salmerón, Fernando. Cuestiones educativas y páginas sobre México. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1962.

Sánchez Villaseñor, José. El sistema filosófico de Vasconcelos. México, Polis, 1939.

Secretaría de Educación Pública. La enseñanza preparatoria. México, Departamento Editorial de la Dirección General de Educación Pública, 1917.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. La Universidad Nacional de México. México, Talleres de la Vda. de F. Díaz de León, 1910.

Sierra, Justo. La educación nacional. Artículos, actuaciones y documentos. México, UNAM, 1977.

Skirius, John. José Vasconcelos y la cruzada de 1929. México, Siglo XXI, 1978.

Solana, Fernando et. al. Historia de la educación pública en México. México, FCE, 1981.

Starkweather, James. El Ateneo de la Juventud. The Change in the Direction of Thought in Mexico, 1880-1925. Los Angeles, University of California, 1964.

Sutton, Delia Leonor. Antonio Caso y su impacto cultural en el intelecto mexicano. México, Publicaciones del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1971.

Universidad Nacional Autónoma de México. Reseña de las ceremonias efectuadas en México con motivo de las fiestas de la Raza y organizadas por la Universidad Nacional de México. México, Imprenta Franco Mexicana, 1919.

Universidad de Santo Domingo. Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Puerto Príncipe. Polo. Hnos., 1947.

Urbina, Luis A. Cuentos vividos y crónicas soñadas. México, Eusebio Gómez de la Puente, 1915.

- Urbina, Luis A. Hombres y libros. México, El Libro Francés, 1923.
- Urbina, Luis A. La vida literaria en México. Madrid, Imp. Sáez Hnos., 1917.
- Uría Santos, María Rosa. El Ateneo de la Juventud; su influencia en la vida intelectual de México. University of Florida, 1968.
- Valadés, José. Historia general de la Revolución Mexicana, México, SEP- Gernika, 1985 (10 vols).
- Valdés, Héctor. Introducción al estudio de la Revista Moderna, 1898-1903. México, UNAM, 1964.
- Valle, Rafael Heliodoro. Añoranzas del Primer Congreso de Estudiantes. México, s/e, 1943.
- Vasconcelos, José. Cartas políticas. México, Clásica Selecta, 1959.
- Vasconcelos, José. Discursos 1920-1950. México, Ed. Botas, 1950.
- Vasconcelos, José. La educación pública en México. México, SEP-Talleres Gráficos de la Nación, 1922.
- Vasconcelos, José. La tormenta. México, JUS, 1936.
- Vasconcelos, José. Ulises criollo. México, SEP-FCE., 1983 (2 vols.).
- Vázquez Gómez, Francisco. La enseñanza secundaria en el Distrito Federal: estudio crítico; 2a ed. México, Talleres Tipográficos de "El Tiempo", 1907.
- Velázquez, Gregorio. La autonomía del Departamento Universitario se impone. La escuela debe ser libre. México, 1917.
- Villa, Luis. Vasconcelos: pensador y educador mexicano. México, Centro de Estudios Educativos, 1968.
- Villaurutia, Xavier. Obras. México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Villegas, Abelardo. La filosofía en la historia política de México. México, Formaca, 1966.
- Villegas, Abelardo. La filosofía de lo mexicano. México-Buenos Aires, FCE, 1960.